

El expediente 113

Advertencia editorial

Émile Gaboriau, siguiendo la moda que imperaba cuando escribía sus novelas, introducía episodios y personajes accesorios que no tenían ninguna importancia para la trama policial de sus novelas. Siguiendo la tradición de los editores modernos de Gaboriau, nos hemos tomado la libertad de dejar al desnudo la intriga central y la sobriedad que indudablemente estaba al centro de la concepción original del autor y que seguramente habría mantenido de no mediar las exigencias del público y de los periódicos para los que entonces trabajaba, viéndose obligado a introducir digresiones interminables coincidiendo con el gusto de los folletines de la época.

Creemos sinceramente que los cortes que nos hemos permitido no han hecho perder nada ni al autor ni al lector contemporáneo, sino que, por el contrario, permitirá al público apasionarse con el viejo maestro que fue predecesor de Sherlock Holmes y del Padre Brown.

La banca de André Fauvel, calle de Provence número 87, era una de las más importantes de París, y por sus numerosos empleados casi parecía un ministerio.

En la planta baja se hallaban las oficinas, y sus ventanas, que dan a la calle, estaban protegidas por barrotes de hierro, bastante grueso y próximos entre sí como para desalentar cualquier tentación.

Una amplia puerta cristalera daba acceso a un inmenso vestíbulo en el que, mañana y tarde, permanecían tres o cuatro mozos.

A la derecha se hallaban las dependencias abiertas al público y un corredor que llevaba a la ventanilla de la caja principal. Las oficinas de correspondencia, del libro mayor y de contabilidad general se hallaban a la izquierda. Al fondo se distinguía un pequeño patio acristalado al que daban seis o siete ventanillas de ordinario inútiles, pero indispensables en ciertas ocasiones.

El despacho de *monsieur* André Fauvel se encontraba en el primer piso, a continuación de sus magníficas habitaciones. El despacho comunicaba directamente con la oficina por una pequeña escalera oscura, estrecha y bastante empinada que daba al despacho ocupado por el cajero principal.

Ese despacho, que en la casa llamaban la caja, se hallaba protegido contra cualquier posible asalto.

Gruesas planchas de metal revestían la puerta y el tabique en el que se encontraba la ventanilla, y una fuerte reja obstruía el tiro de la chimenea.

Allí se encontraba, sujeta al muro con enormes ganchos, la caja fuerte, uno de esos muebles fantásticos y formidables que hacen soñar a cualquier pobre diablo cuya fortuna quepa enteramente, y con facilidad, en su portamonedas.

Obra maestra de la casa Becquet, la caja fuerte tenía dos metros de altura y un metro y medio de ancho. Toda ella de hierro colado y de triple revestimiento y dividida en compartimentos aislados para caso de incendio.

Una llave, pequeña y bonita, abría el mueble. Y es que, para abrirlo, la llave era lo de menos. Cinco botones móviles de acero, en los que estaban grabadas todas las letras del alfabeto, constituían la mayor fuerza del poderoso e ingenioso aparato de cierre. Antes de introducir la llave en la cerradura había que saber colocar las letras de los botones en la posición en que se hallaban cuando la puerta fue cerrada.

Además, en casa de *monsieur* Fauvel, como en todas las demás, la caja se cierra por medio de una palabra que se cambia de vez en cuando y esta palabra sólo la conocía el banquero y el cajero. Cada uno de ellos tenía, también, una llave.

Con un mueble así, aun poseyendo más diamantes que el duque de Brunswick, se puede dormir a pierna suelta. Sólo se corre, al parecer, un peligro, el de olvidar la palabra que es el «Sésamo ábrete» de la puerta de hierro...

El 28 de febrero por la mañana, los empleados de la casa Fauvel llegaron a su

trabajo como de costumbre. A las nueve y media cada uno se ocupaba de su trabajo cuando un hombre de cierta edad, muy moreno, de aspecto militar y de luto se presentó en la oficina abierta al público en la que trabajan cinco o seis empleados y solicitó hablar con el cajero principal.

Le respondieron que el cajero no había llegado todavía y que, por otra parte, la caja no abría hasta las diez, como lo anunciaba un cartel colocado en el vestíbulo.

Esa respuesta pareció desconcertar y contrariar enormemente al recién llegado.

—Pensé —dijo en un tono seco que rozaba la impertinencia— que hallaría alguien a quien dirigirme, puesto que ayer me puse de acuerdo con *monsieur* Fauvel. Soy el conde Louis de Clameran, dueño de fundiciones en Oloron y vengo a retirar 300 000 francos. Es sorprendente que no hayan dado las instrucciones pertinentes...

Ni el título del noble propietario de fundiciones ni sus razones parecieron impresionar a los empleados.

—No ha llegado el cajero —repetían—. No podemos hacer nada.

—Llévenme, entonces, a presencia de *monsieur* Fauvel.

Se produjeron ciertas dudas, pero un joven empleado llamado Cavaillon, que trabajaba junto a la ventana, tomó la palabra.

—A esta hora el patrón no está nunca en casa —respondió.

—En ese caso, volveré —dijo *monsieur* de Clameran.

Y salió, sin saludar ni rozar siquiera el ala de su sombrero, tal como había hecho a la entrada.

—Un cliente mal educado —dijo el pequeño Cavaillon—, pero no ha tenido suerte. Aquí llega Prosper.

El cajero principal de la casa André Fauvel, Prosper Bertomy, era un alto y apuesto muchacho de treinta años, rubio y de ojos azules, acicalado hasta lo indecible y vestido a la última moda.

Habría resultado muy simpático si no afectara en demasía el estilo inglés, fingiéndose exageradamente frío y grave; y si cierto aire de suficiencia no estropeará su fisonomía, de natural sonriente.

—¡Ya está usted aquí! —exclamó Cavaillon—. Han venido preguntando por usted.

—¿Quién? Un propietario, ¿verdad?

—Eso es.

—¡Bueno!, ya volverá. Sabiendo que hoy llegaría tarde, ayer preparé todo.

Prosper había abierto su despacho mientras hablaba y, entrando, cerró tras de sí la puerta.

—¡Caramba! —exclamó uno de los empleados—, este sí que es un cajero tranquilo. El patrón le ha hecho más de veinte escenas porque llega demasiado tarde y le importa un rábano.

—¡Y tiene razón, qué diantre! Consigue del patrón lo que quiere.

—Además, ¿cómo puede llegar pronto un muchacho que lleva una vida

endemoniada, que pasa las noches en blanco? ¿Se han fijado en la cara de desenterrado que trae esta mañana?

—Habrà jugado de nuevo, como el mes pasado; supe por Couturier que en una sola sesi3n perdi3 mil quinientos francos.

—¿Pero hace bien su trabajo? —interrumpió Cavaillon—. Si usted estuviera en su lugar...

Se detuvo de pronto. Acababa de abrirse la puerta de la caja y el cajero se acercaba titubeando.

—¡Robado! —balbució—. ¡Me han robado!

La fisonomía de Prosper, su voz ronca, el temblor que le sacudía expresaban tan bien una horrenda agonía que todos los empleados se levantaron al unísono y corrieron hacia él.

Se dejó caer en sus brazos, no podía casi sostenerse, se encontraba mal, fue preciso sentarle. Mientras, sus colegas le rodeaban, le interrogaban todos a la vez, conminándole a explicarse.

—¿Robado? —decían—, ¿cómo y por quién?

Poco a poco, Prosper iba recuperándose.

—Se han llevado —respondió— todo lo que había en la caja.

—¿Todo?

—Sí, tres fajos de cien billetes de mil francos y uno de cincuenta. Los cuatro fajos estaban revueltos en una hoja de papel y atados juntos.

La noticia del robo se había extendido con la rapidez del relámpago por toda la banca; los curiosos acudían de todas partes; la oficina estaba llena.

—Veamos —le decía a Prosper el joven Cavaillon—, ¿han forzado la caja?

—No, está intacta.

—Pues en ese caso...

—En ese caso sigue siendo un hecho; ayer por la noche había 350 000 francos y esta mañana no los encuentro.

Todo el mundo callaba; sólo un antiguo empleado no compartía la consternación general.

—No pierda la cabeza, *monsieur* Bertomy —dijo—; piense que el patrón ha podido disponer de los fondos.

El infeliz cajero se puso en pie; se asió a esa idea.

—Sí, en efecto, tiene usted razón; habrá sido el patrón.

Y luego, reflexionando:

—No —prosiguió en tono de profundo desaliento—, no, no es posible. Nunca, en cinco años que soy cajero, *monsieur* Fauvel la ha abierto sin mí. Dos o tres veces ha necesitado fondos y me ha esperado o ha mandado a buscarme antes que tocarlos en mi ausencia.

—No importa —objetó Cavaillon—; antes de desesperarse hay que avisarle.

Pero *monsieur* André Fauvel había sido avisado. Un botones de la oficina había

subido a su despacho contándole lo sucedido y apareció cuando Cavaillon proponía ir a buscarle.

Monsieur André Fauvel era un hombre de unos cincuenta años; de talla mediana y cabellos grises; bastante grueso, ligeramente encorvado como todos los trabajadores consagrados intensamente a su tarea, y tenía la costumbre de balancearse al andar.

Jamás una de sus acciones ha desmentido la expresión bondadosa de su rostro. Tenía un aspecto afable, la mirada viva y franca, los labios rojos y bien dibujados. Nacido en los alrededores de Aix, recobraba, al animarse, un ligero acento provenzal que daba un toque particular a su carácter, pues era un hombre agudo.

La noticia que le llevó el botones le impresionó.

Su cara —por lo común bastante rojiza— estaba pálida.

—¿Qué me han dicho? —preguntó a los empleados que se apartaban respetuosamente a su paso—. ¿Qué sucede?

La voz de *monsieur* Fauvel devolvió al cajero la ficticia energía de las grandes crisis. El instante decisivo y temido había llegado: se levantó y avanzó hacia su patrón.

—Señor —comenzó—, puesto que esta mañana teníamos que efectuar el pago que usted ya sabe, mandé a buscar ayer tarde al banco 350 000 francos.

—¿Por qué ayer tarde, señor mío? —interrumpió el banquero—. Me parece que le he dicho mil veces que hay que sacar el dinero en el mismo día.

—Lo sé, señor. Me equivoqué, pero el mal está ya hecho. Ayer por la noche guardé los fondos; han desaparecido y, sin embargo, la caja no ha sido forzada.

—¡Está usted loco! —gritó *monsieur* Fauvel—. ¡Usted sueña!

Esas breves palabras aniquilaron toda esperanza, pero el propio horror de la situación daba a Prosper, si no la sangre fría de una resolución reflexionada, al menos esa especie de estúpida indiferencia que sigue a las catástrofes inesperadas.

Casi sin inmutarse aparentemente, respondió:

—Por desgracia no estoy loco ni sueño; digo lo que ha sucedido.

Esta calma en semejante momento pareció exasperar a *monsieur* Fauvel. Tomó a Prosper por el brazo y, sacudiéndole con rudeza, gritó:

—¡Hable! ¡Hable! ¿Quién quiere usted que haya abierto la caja?

—No puedo decirlo.

—Sólo usted y yo conocemos la palabra; sólo usted y yo tenemos la llave.

Era una acusación formal, al menos así lo entendieron todos los oyentes.

Sin embargo, la terrible calma del cajero no desapareció. Se liberó suavemente de la mano de su patrón y, con mucha lentitud, dijo:

—En efecto, señor, sólo yo he podido coger ese dinero...

—¡Infeliz...!

Prosper retrocedió y, con los ojos fijos obstinadamente en los de *monsieur* André Fauvel, añadió:

—¡O usted!

El banquero hizo un gesto de amenaza y nadie sabe qué hubiera podido ocurrir si, de pronto, no se hubiese oído el ruido de una discusión en la puerta que daba al vestíbulo.

Un cliente quería entrar a toda costa, pese a las protestas de los conserjes y, en efecto, entró. Era *monsieur* de Clameran.

Todos los empleados reunidos en la oficina estaban de pie, inmóviles, helados; el silencio era profundo, solemne. Fácil era comprender que una cuestión terrible, una cuestión de vida o muerte se debatía entre aquellos hombres.

El dueño de las fundiciones no quiso ver nada. Se adelantó sin descubrirse y, con el mismo tono impertinente, dijo:

—Señores, son las diez pasadas.

Nadie contestó y *monsieur* de Clameran iba a continuar cuando se dio cuenta de la presencia del banquero a quien no había visto. Avanzó directamente hacia él.

—¡Por fin! —exclamó—. Afortunadamente le encuentro. He venido ya una vez esta mañana y la caja estaba cerrada. El cajero no había llegado y usted estaba ausente.

—Se equivoca usted, caballero, yo estaba en mi despacho.

—Sin embargo, me han asegurado lo contrario y, mire, es ese caballero quien me lo ha dicho.

Y el propietario de fundiciones señalaba con el dedo a Cavaillon.

—Por otra parte, poco importa —continuó—; regreso ahora y no sólo continúa la caja cerrada sino que, además, me niegan la entrada en la oficina. Naturalmente no he hecho caso. Ya me dirá usted si puedo o no retirar mis fondos.

Monsieur Fauvel le escuchaba temblando de cólera. Su rostro había pasado de la palidez al carmesí; sin embargo, se contuvo.

—Le agradecería, caballero —dijo finalmente con voz sorda—, que quisiera concederme algún tiempo.

—Creo recordar que me había dicho...

—Sí, ayer. Pero esta mañana, ahora mismo, acabo de saber que he sido víctima de un robo de 350 000 francos.

Monsieur de Clameran se inclinó con ironía.

—¿Tendré que esperar mucho tiempo? —preguntó.

—El necesario para ir al banco.

En seguida, volviendo la espalda al propietario de fundiciones, *monsieur* Fauvel se dirigió a su cajero.

—Prepare una orden de pagos —le dijo—; envíe en seguida con un coche a que retiren los fondos disponibles en el banco.

Prosper no se movió.

—¿Me oye usted? —repitió el banquero próximo a estallar.

El cajero se sobresaltó y pareció salir de un sueño.

—Es inútil —respondió fríamente—, el crédito del caballero es de trescientos mil

francos y en el banco ni siquiera tenemos cien mil.

Monsieur de Clameran, al parecer, esperaba esta respuesta porque murmuró:

—Naturalmente...

Sólo pronunció esta palabra; pero su voz, su gesto, su fisonomía decían bien a las claras: «La comedia ha sido bien representada, pero es una comedia; y a mí no me engañan».

¡Ay!, mientras el propietario fundidor dejaba adivinar tan brutalmente su opinión, los empleados, tras la respuesta de Prosper, no sabían qué pensar. Y es que París, en aquel momento, acababa de sufrir escandalosos desastres financieros. La tormenta de la especulación había hecho temblar los cimientos de antiguas y sólidas casas. Se había visto hombres honorables y orgullosos ir de puerta en puerta implorando ayuda y asistencia.

El crédito, ese extraño pájaro de la calma y de la paz, dudaba en posarse, dispuesto a desplegar sus alas al primer ruido sospechoso.

Esto significa que la idea de una comedia convenida de antemano entre el banquero y su cajero podía muy bien no ser inverosímil para quien, sin estar al corriente, estuviese en condiciones de comprender todas las triquiñuelas que, al hacer ganar tiempo, pueden asegurar la salvación.

Monsieur Fauvel poseía demasiada experiencia como para no adivinar la impresión producida por la frase de Prosper; leía la más mortificante de las dudas en todas las miradas.

—¡Oh, tranquilícese, caballero! —dijo rápidamente a *monsieur* de Clameran—. Mi casa posee otros recursos, tenga un poco de paciencia. Regreso en seguida.

Salió, subió a su despacho y, al cabo de cinco minutos, reapareció llevando en la mano una carta y un fajo de títulos.

—Rápido, Couturier —dijo a uno de sus empleados—. Tome mi coche, que están engancho ya, y vaya con el señor a casa de *monsieur* de Rothschild. Entregue la carta y los títulos y, a cambio, le darán 300 000 francos que usted entregará al caballero.

Visible fue el malestar del dueño de fundiciones; pareció querer excusar su impertinencia.

—Créame, caballero —comenzó—, que yo no albergaba intención ofensiva alguna. Hace años ya que mantenemos relaciones y jamás...

—Basta, señor —interrumpió el banquero—, no me interesan sus excusas. En los negocios no hay conocidos ni amigos. Debo y no puedo, usted me apremia; es justo, está en su derecho. Vaya con mi empleado, él le entregará sus fondos.

Luego, volviéndose hacia los empleados atraídos por la curiosidad:

—En cuanto a ustedes, señores —dijo—, regresen a sus despachos.

En unos segundos la habitación contigua a la caja quedó vacía. Sólo quienes trabajaban en ella permanecieron allí y, sentados en sus pupitres, con la nariz pegada a los papeles, parecían estar absorbidos en su trabajo.

Aún bajo el efecto de los rápidos acontecimientos que acababan de suceder, *monsieur* André Fauvel paseaba arriba y abajo, agitado, enfebrecido, dejando escapar a intervalos alguna sorda exclamación.

Prosper, por su parte, había permanecido de pie, apoyado en el tabique. Pálido, aniquilado, con la mirada fija, parecía haber perdido incluso la facultad de pensar.

Por fin, tras un largo silencio, el banquero se detuvo ante Prosper; había reflexionado y tomado una decisión.

—Tenemos que hablar —dijo—; pase a mi despacho.

El cajero obedeció sin decir palabra, casi maquinalmente, y su patrón le siguió, cuidando de cerrar la puerta tras de sí.

Nada en aquel despacho anunciaba el paso de malhechores extraños a la casa. Todo estaba en su lugar; ni un solo papel había sido tocado.

La caja estaba abierta y en el estante superior había un número de monedas de oro, olvidadas o desdeñadas por los ladrones.

Monsieur Fauvel, sin tomarse el trabajo de examinar nada, cogió una silla y ordenó a su cajero que se sentara. Había recuperado plenamente el dominio de sí mismo y su fisonomía tenía de nuevo la expresión habitual.

—Ahora que estamos solos, Prosper —comenzó—, ¿no tiene nada que decirme?

El cajero se sobresaltó como si esta pregunta pudiera asombrarle.

—Nada, señor —dijo—, que no le haya dicho ya.

—¡Cómo nada...! Se obstina usted en mantener una fábula ridícula, absurda, que nadie creerá. Es una locura. Confíe en mí, esto es lo único que puede salvarle. Yo soy su patrón, es cierto, pero soy también, y ante todo, su amigo, su mejor amigo. No puedo olvidar que hace quince años me fue usted confiado por su padre y que, desde entonces, sólo puedo elogiar sus buenos y leales servicios. Sí, hace ya quince años que está usted en mi casa. Por aquel entonces comenzaba yo a edificar mi fortuna, y usted la ha visto crecer piedra a piedra, hilada a hilada. Y, a medida que yo me enriquecía, me esforcé en mejorar su posición, la de usted que, muy joven todavía, es ya el más antiguo de mis empleados. Cada año le he aumentado el sueldo.

Jamás Prosper había escuchado a su patrón expresándose con voz más dulce, más paternal. Una profunda sorpresa se leía en su rostro.

—Respóndame —prosiguió *monsieur* Fauvel—, ¿no he sido siempre un padre para usted? Desde el primer día le abrí mi casa; quise que mi familia fuese la suya. Durante mucho tiempo usted vivió como si fuera mi hijo, entre mis dos hijos y mi sobrina Madeleine. Pero se cansó usted de esa vida feliz. Cierta día, hace de ello un año, comenzó usted a rehuirnos y después...

Los recuerdos de este pasado evocados por el banquero asaltaron la mente del infeliz cajero; iba poco a poco enterneciéndose; por fin se deshizo en lágrimas, ocultando el rostro entre sus manos.

—A un padre puede contársele todo —siguió *monsieur* André Fauvel, conmovido por la emoción de Prosper—, no tema nada. Un padre no ofrece perdón sino olvido.

¿No sé acaso las terribles tentaciones que en una ciudad como París pueden asaltar a un joven? Existen ambiciones que pueden romper las más sólidas honestidades. Existen horas de extravío y vértigo en las que no se es uno mismo, en las que se actúa como un loco, como un forzado, sin tener, por así decirlo, conciencia de los propios actos. Hable, Prosper, hable.

—Pero ¿qué quiere que le diga?

—La verdad. Un hombre honrado puede caer, pero se levanta y lava su culpa. Dígame: Sí, me vi arrastrado, deslumbrado, la visión de esas cantidades de oro que manejaba turbó mi razón, soy joven, tengo pasiones...

—¡Yo! —murmuró Prosper—. ¡Yo!

—Pobre muchacho —dijo tristemente el banquero—, ¿cree pues que ignoro su vida desde que, hace un año, dejó usted mi casa? No se da cuenta de que sus compañeros están celosos, que no le perdonan que gane doce mil francos anuales. Nunca hizo usted una locura sin que una carta anónima me informara de ello. Podría decirle el número de noches que ha pasado usted jugando y las cantidades perdidas. ¡Ah, la envidia tiene buenos ojos y finos oídos! Ya sé que no debe hacerse caso de las cobardes denuncias, pero tuve que informarme. Es justo que yo sepa cómo vive el hombre a quien confío mi fortuna y mi honor.

Prosper intentó un gesto de protesta.

—Sí, mi honor —insistió *monsieur* Fauvel con una voz que el resentimiento por la humillación sufrida hacía más vibrante—; sí, mi crédito, que hoy hubiera podido verse comprometido por ese hombre. ¿Sabe qué van a costarme los fondos que entregarán a *monsieur* de Clameran? Y, además, esos títulos que sacrifico yo podría no tenerlos, usted no los conocía.

El banquero se detuvo como esperando una confesión que no se produjo.

—Vamos, Prosper, valor, actúe como es debido... Voy a retirarme y usted visitará de nuevo la caja; apuesto a que, en su confusión, no ha buscado bien... Regresará esta tarde y estoy seguro de que durante el día habrá encontrado usted, si no los 350 000 francos, al menos sí una buena parte de esta suma..., ni usted ni yo recordaremos mañana esta falsa alarma.

Monsieur Fauvel se había levantado ya y se dirigía a la puerta; Prosper le retuvo del brazo.

—Su generosidad es inútil, señor —dijo en tono amargo—; puesto que nada he tomado, nada puedo devolver. He buscado bien, los billetes de banco han sido robados.

—Pero ¿por quién, pobre loco, por quién?

—Por lo más sagrado que hay en el mundo le juro que no he sido yo.

Una oleada de sangre tiñó la frente del banquero.

—¡Miserable! —gritó—. ¿Qué quiere usted decir? ¿Acaso he sido yo?

Prosper bajó la cabeza y no respondió.

—¡Ah, esas tenemos! —continuó *monsieur* Fauvel sin poder contenerse—. ¡Se

atreve usted...! Entonces, entre usted y yo, *monsieur* Prosper Bertomy, la justicia elegirá. Dios es testigo de que he hecho cuanto he podido para salvarle. De lo que va a sucederle sólo usted es el culpable. He rogado al comisario de justicia que tuviera a bien venir; debe estar aguardándome en mi despacho; ¿debo avisarle?

Prosper tuvo el gesto de horrenda resignación del hombre que se abandona, y con voz ahogada respondió:

—¡Hágalo!

El banquero estaba junto a la puerta, la abrió y, tras arrojar una última mirada a su cajero, gritó a un empleado:

—Anselme, dígale al comisario de policía que tenga la bondad de bajar.

Si existe un hombre de mundo a quien nada deba conmover o sorprender, siempre en guardia contra la mentira de las apariencias, capaz de admitirlo y explicarlo todo, este es, sin duda alguna, un comisario de policía de París.

En tanto que el juez, desde lo alto de su tribunal, adecúa a los actos que le son sometidos los artículos del Código, el comisario de policía observa y vigila todos los actos odiosos que la ley no podría alcanzar. Es obligado confidente de las pequeñas infamias, de los crímenes domésticos, de las ignominias toleradas.

Tal vez, cuando se hizo cargo del puesto, conservaba algunas ilusiones; transcurrido un año, no le quedaba ninguna ya.

Si no desprecia por completo la especie humana es que, a menudo, junto a abominaciones de impunidad asegurada, ha encontrado sublimes generosidades que permanecerán sin recompensa. Es que, si ve desvergonzados pillastres que reciben la estimación de las gentes se consuela pensando en los modestos y oscuros héroes que conoce.

Sus previsiones se han equivocado tantas veces que ha llegado al escepticismo más completo. No cree en nada, ni en el mal ni en el bien absolutos, ni en la virtud ni en el vicio.

Llega, sin remedio, a la desoladora conclusión de que no hay hombres sino acontecimientos.

Avisado por los empleados de la oficina, el comisario de policía reclamado por *monsieur* Fauvel no tardó en comparecer. Con el aspecto más tranquilo, más indiferente debería decirse, entró en el despacho.

Un hombrecillo vestido de negro, llevando una corbata anudada en torno a un dudoso cuello postizo, le seguía.

El banquero apenas si se tomó la molestia de saludarle.

—Sin duda, caballero —comenzó—, le han informado de las penosas circunstancias que me fuerzan a recurrir a usted.

—Me han dicho que se trata de un robo.

—Sí señor, de un robo odioso, inexplicable, cometido en este despacho donde estamos, en la caja que ve allí, abierta, y de la que sólo mi cajero —y señaló a Prosper— tiene la combinación y la llave.

Esa declaración pareció sacar de su estupor al infeliz cajero.

—Perdón, señor comisario —dijo con voz apagada—, también mi patrón tiene la llave y la combinación.

—Claro, naturalmente.

Así, desde las primeras palabras, el comisario sabía de qué se trataba.

Evidentemente, aquellos dos hombres se acusaban recíprocamente. De su propia confesión se desprendía que sólo uno de ellos podía ser el culpable.

Y uno era el propietario de una importante banca, siendo el otro un simple cajero.

Uno era el patrón y el otro su empleado.

Pero el comisario de policía estaba demasiado acostumbrado a ocultar sus emociones como para que su semblante traicionara lo que pensaba. Ni un solo músculo de su rostro se movió.

Simplemente, poniéndose grave, observaba alternativamente al cajero y a *monsieur* Fauvel, como si de su aspecto, de sus actitudes, pudiera extraer algún dato provechoso.

Prosper seguía estando muy pálido y extraordinariamente abatido; se había derrumbado en la silla y sus brazos pendían inertes a lo largo del cuerpo.

El banquero, por el contrario, permanecía de pie, rojo, animado, con los ojos brillantes, expresándose con extraordinaria violencia.

—Y la importancia del robo es enorme —prosiguió *monsieur* Fauvel—, me han quitado una fortuna, ¡350 000 francos! Ese robo hubiera podido tener para mí desastrosas consecuencias. Estamos en un momento en que, a falta de tal suma, el crédito de la casa más rica puede verse comprometido.

—En efecto, eso creo, el día de un vencimiento...

—¡Pues bien, caballero, precisamente hoy tenía yo que efectuar un pago considerable!

—¡Ah, ciertamente...!

El tono del comisario de policía era inconfundible. Una sospecha, la primera, acababa de abrirse paso en su espíritu. El banquero lo comprendió, se sobresaltó y prosiguió en seguida:

—Pero yo, al precio de un desagradable sacrificio, he hecho frente a mis compromisos. Debo añadir que de haberse cumplido mis órdenes esos 350 000 francos no hubieran estado en la caja.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta tener, por la noche, grandes sumas en casa. Mi cajero tenía órdenes de aguardar siempre a última hora para que fuesen a buscar los fondos depositados en el Banco de Francia. Y sobre todo le había prohibido formalmente guardar nada en la caja por la noche.

—¿Oye usted? —dijo el comisario a Prosper.

—Sí, señor —respondió el cajero—, lo que *monsieur* Fauvel dice es completamente cierto.

Tras esa explicación la sospecha del comisario de policía, lejos de afirmarse, se disipó.

—En fin —continuó—, se ha cometido un robo. ¿Por quién? ¿Procedía el ladrón del exterior?

El banquero dudó un momento.

—No lo creo —dijo al fin.

—Y yo —declaró Prosper— estoy seguro de que no.

El comisario de policía había preparado tales respuestas, las aguardaba. Pero no le

convenía llegar ahora hasta las últimas consecuencias.

—De todos modos —objetó— debe preverse todo.

Y dirigiéndose al hombre que le acompañaba dijo:

—Mire pues, *monsieur* Fanferlot, si descubre usted algún indicio que haya escapado a la atención de esos caballeros.

Monsieur Fanferlot, llamado el Ardilla, debía el apodo —del que se sentía orgulloso— a una agilidad casi prodigiosa. A pesar de sus músculos de acero su apariencia era frágil y enclenque y al verle con su levita negra abotonada hasta el mentón podría tomársele por el sexto pasante de un ujier. Su fisonomía era de las que inquietaban. Tenía la nariz odiosamente respingona, los labios delgados y unos ojillos de enojosa movilidad.

Empleado desde hacía cinco años en la policía de seguridad, Fanferlot ardía en deseos de distinguirse, de hacerse una reputación; era ambicioso. Lamentablemente, siempre le habían faltado las ocasiones o el talento.

Y antes de que el comisario hablase ya había hurgado por todas partes, estudiado las puertas, observado los tabiques, examinado la ventanilla y registrado las cenizas de la chimenea.

—Me parece muy difícil —dijo— que un extraño haya podido entrar aquí.

Dio unas vueltas por el despacho.

—Esta puerta —preguntó—, ¿está cerrada por la noche?

—Siempre, con llave.

—¿Quién guarda la llave?

—El conserje de la oficina, al que se la doy cada noche cuando me retiro —respondió Prosper.

—El conserje —añadió *monsieur* Fauvel— duerme en la entrada en una cama plegable que prepara todas las noches y que retira cada mañana.

—¿Está ahora aquí? —preguntó el comisario.

—Sí, señor —respondió el banquero.

Inmediatamente entreabrió la puerta y llamó:

—¡Anselme!

Este hombre era de toda confianza; desde hacía diez años estaba al servicio de *monsieur* Fauvel. No podía ser sospechoso y él lo sabía, pero la idea de un robo es terrible y, al presentarse, temblaba como una hoja.

—¿Ha dormido usted esta noche en la sala contigua? —le preguntó el comisario de policía.

—Sí, señor, como de costumbre.

—¿Y a qué hora se acostó usted?

—Hacia las diez y media; pasé la velada en el café de aquí al lado, con el criado del señor.

—¿Y no ha oído ningún ruido en toda la noche?

—Ninguno; y, sin embargo, tengo el sueño tan ligero que, a veces, si el señor baja

a la caja cuando estoy dormido el ruido de sus pasos me despierta.

—¿Es decir que *monsieur* Fauvel viene con frecuencia por la noche a la caja?

—No, señor, por el contrario, raras veces lo hace.

—¿Vino la última noche?

—No, señor, estoy completamente seguro porque apenas si he pegado ojo debido al café que bebí con el criado.

—De acuerdo, amigo mío —dijo el comisario de policía—, puede usted retirarse.

Una vez Anselme hubo salido, *monsieur* Fanferlot prosiguió sus investigaciones. Había abierto la puerta de la pequeña escalera del banquero.

—¿Adónde lleva esta escalera? —preguntó.

—A mi despacho —respondió *monsieur* Fauvel.

—¿No es allí donde fui conducido a mi llegada? —dijo el comisario.

—Exactamente.

—Necesitaré verlo —declaró *monsieur* Fanferlot—, quisiera estudiar esta salida.

—Nada más fácil —dijo rápidamente *monsieur* Fauvel—. Vengan, caballeros; usted también, Prosper.

El despacho particular de *monsieur* André Fauvel se componía de dos piezas: primero la sala de espera, suntuosamente decorada y el gabinete de trabajo amueblado con una inmensa mesa de despacho, tres o cuatro sillones de cuero y, a cada lado de la chimenea, un *secrétaire* y un archivador.

Las dos piezas sólo tienen tres puertas: una es la de la escalera oculta, otra da a la habitación del banquero, la tercera se abre al vestíbulo de la escalera principal, por la que entran clientes y visitantes.

De una ojeada *monsieur* Fanferlot hizo el inventario de la habitación en la que se hallaba el despacho. Parecía despechado, como quien ha albergado esperanzas de hallar algún indicio y no encuentra nada.

—Veamos del otro lado —dijo.

En seguida pasó a la sala de espera, seguido por el banquero y el comisario de policía.

Prosper permaneció solo en el despacho.

Por grande que fuera el desorden de sus ideas no podía por menos que advertir el progresivo agravamiento de su situación.

Había pedido y aceptado la lucha con su patrón, la lucha se había iniciado y, ahora, no dependía ya de su voluntad detenerla ni evitar sus consecuencias.

Iban a combatir, sin tregua ni cuartel, utilizando todas las armas, hasta que uno de ambos sucumbiese, pagando con su honor la derrota.

¿Quién sería el inocente ante los ojos de la justicia?

Por desgracia el infeliz empleado sentía en demasía la desigualdad de oportunidades, y el sentimiento de su inferioridad le abrumaba.

Jamás, no, jamás hubiera creído que su patrón llevara a cabo sus amenazas. Porque, al fin y al cabo, en un proceso como el que iba a entablarse, *monsieur* Fauvel

arriesgaba mucho y se exponía a perder más que su empleado.

Sentado en un sillón junto a la chimenea se hallaba sumido en las más sombrías reflexiones cuando la puerta del despacho del banquero se abrió.

Una muchacha notablemente hermosa apareció en el umbral.

Era bastante alta, esbelta, y su salto de cama, ceñido a las caderas por un cordón de seda, ponía en relieve toda la riqueza de su talle. Morena, con grandes ojos dulces y profundos, su tez tenía la palidez lisa y mate de la camelia blanca, y sus hermosos cabellos negros, aún en desorden, escapando a la pequeña peineta de concha que los retenía, caían profusamente, en rizados mechones, sobre su cuello de trazo exquisito.

Era la sobrina de *monsieur* André Fauvel, de la que había hablado hacía un momento: Madeleine.

Viendo a Prosper Bertomy en aquel despacho donde, probablemente esperaba encontrar a su tío solo, no pudo contener una exclamación de sorpresa:

—¡Ah...!

Prosper, por su parte, se había levantado como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Sus ojos, apagados por completo, brillaron de pronto, como si hubiera visto una mensajera de esperanza.

—¡Madeleine! —exclamó—. ¡Madeleine!

La muchacha se puso más roja que una amapola. Al principio pareció dispuesta a retirarse, incluso dio un paso atrás, pero Prosper se adelantó hacia ella; un sentimiento más fuerte que su voluntad la dominó y le tendió una mano que él tomó y estrechó con respeto.

Madeleine murmuró con voz apenas inteligible:

—¡Usted, Prosper, usted!

—Sí, efectivamente, soy Prosper, compañero de infancia, que hoy es sospechoso y acusado del robo más cobarde y más vergonzoso. Prosper, a quien su tío acaba de entregar a la justicia y que, antes de que termine el día, será detenido y arrojado en prisión.

Madeleine tuvo un gesto de espanto sincero; su mirada expresaba una profunda compasión.

—¡Dios mío! ¿Qué quiere usted decir?

—¿Cómo, señorita, no lo sabe usted? ¿Su señora tía, sus primos, no le han dicho nada?

—Nada. Apenas si he visto a mi primo esta mañana y mi tía se encuentra tan mal que he venido a buscar a mi tío. Pero, por favor, hable, dígame qué le sucede.

Prosper agitó tristemente la cabeza y dijo:

—Gracias, señorita, por esta prueba de interés, sin duda la última que recibiré de usted; pero permítame que, callando, le ahorre una pesadumbre y me ahorre el dolor de ruborizarme ante usted.

Madeleine le interrumpió con un gesto imperioso.

—Quiero saberlo —insistió.

—Lamentablemente, señorita —respondió el cajero—, demasiado pronto sabrá usted mi desgracia y mi vergüenza; y entonces, sí, entonces se congratulará usted por lo que ha hecho.

Ella quiso insistir; en vez de ordenar, rogó, pero Prosper había tomado su determinación.

—Su tío está aquí al lado, señorita —continuó—, con el comisario y un agente de policía, regresarán. Por favor, retírese, que no la vean...

Mientras hablaba iba empujándola con dulzura y, pese a que ella se resistía un poco, consiguió cerrar la puerta.

Justo a tiempo, pues el comisario de policía y *monsieur* Fauvel regresaban. Habían visitado la sala de espera, examinado la escalera principal y no habían podido escuchar nada de lo que pasaba en el despacho.

Pero Fanferlot lo había escuchado por ellos.

El excelente sabueso no había perdido de vista al cajero. Y se dijo: «Se creará solo, su rostro hablará, sorprenderé una sonrisa, un guiño que me informarán».

Dejando pues a *monsieur* Fauvel y al comisario en sus investigaciones, se había puesto a observar. Había visto abrirse la puerta y entrar a Madeleine, no había perdido un solo gesto, una sola palabra de la rápida escena que acababa de producirse entre Prosper y la muchacha.

Efectivamente, aquella escena no significaba nada, cada frase dejaba adivinar una reticencia, pero *monsieur* Fanferlot era bastante hábil como para completar todos los sobreentendidos.

Por el momento sólo tenía una sospecha; pero era ya una sospecha, algo, una hipótesis, un punto de partida.

Tan dispuesto estaba a edificar un plan sobre el menor incidente que incluso le parecía que en el pasado de aquella gente a la que no conocía se adivinaba un drama. Y es que, si el comisario de policía es un escéptico, el agente de seguridad tiene fe: cree en el mal.

«He aquí —pensó lo que ha ocurrido: el joven ama a la muchacha, que, ¡palabra!, es muy bonita, y como tampoco él está mal, ella le ama a su vez. Tales amores han contrariado al banquero, se comprende, y no sabiendo cómo librarse honestamente del enamorado, ha imaginado esta acusación de robo que es bastante ingeniosa».

De modo que, en el pensamiento de *monsieur* Fanferlot, el banquero se había sencillamente robado a sí mismo, y el cajero, inocente, era víctima de la más odiosa maquinación.

Pero esta convicción del agente de seguridad no iba a servir mucho, a Prosper al menos por el momento.

Fanferlot, el ambicioso, el hombre que quiere triunfar, que tiene sed de celebridad, estaba perfectamente decidido a guardar para sí sus conjeturas.

«Dejaré que los demás hagan su camino —se decía—, y yo recorreré en solitario el mío. Cuando, más tarde, gracias a un incesante espionaje, a fuerza de pacientes

investigaciones, reúna los elementos para una buena y definitiva condena, desenmascararé al culpable».

Por lo demás, estaba radiante. Por fin se hallaba frente al crimen tan anhelado que debía hacerle famoso. Nada faltaba, ni las odiosas circunstancias, ni el misterio, ni el elemento novelesco y sentimental representado por Prosper y Madeleine.

Tener éxito parecía difícil, casi imposible; pero Fanferlot, llamado el Ardilla, confiaba plenamente en su talento investigador.

Mientras, la visita al piso superior había terminado y habían bajado de nuevo al despacho de Prosper.

El comisario de policía, tan tranquilo cuando entró, se mostraba cada vez más preocupado. Se acercaba el momento de tomar una decisión y bien se veía que todavía dudaba.

—Ya ven, señores —comenzó—, que nuestras investigaciones no han hecho más que confirmar nuestra primera opinión.

Monsieur Fauvel y el cajero tuvieron un mismo gesto de asentimiento.

—¿Y usted, *monsieur* Fanferlot? —continuó el comisario—, ¿qué piensa?

El agente de seguridad no contestó.

Ocupado estudiando con la lupa la cerradura de la caja fuerte, mostraba evidentes síntomas de sorpresa. Sin duda alguna, acababa de hacer algún descubrimiento de la mayor importancia.

Aparentemente bajo el influjo de idéntica emoción, *monsieur* Fauvel, Prosper y el comisario de policía se levantaron con rapidez y rodearon al agente de seguridad.

—¿Ha encontrado usted algún indicio? —preguntó el banquero.

Fanferlot se dio la vuelta con aire contrariado. Se reprochaba no haber sabido disimular mejor sus impresiones.

—¡Oh! —dijo despreocupadamente—, he podido constatar una minucia.

—De todos modos, quisiéramos saber... —insistió Prosper.

—Simplemente acabo de adquirir la certeza de que esta caja fuerte ha sido no sé si abierta o cerrada, pero recientemente y con cierta fuerza y precipitación.

—¿Cómo es eso? —preguntó el comisario de policía prestando atención.

—Aquí, señor, mire, en la puerta; ¿no ve este rasguño que comienza en la cerradura?

El comisario tomó la lupa que acababa de utilizar el agente de seguridad, se inclinó y, a su vez, examinó larga y atentamente la caja fuerte. Se veía muy bien un ligero arañazo que había afectado la capa de barniz en una longitud de doce o quince centímetros, de arriba abajo.

—Ya veo —dijo el comisario—, pero ¿qué prueba esto?

—¡Oh!, nada en absoluto —respondió Fanferlot—; precisamente lo que yo decía.

Sí, en efecto, Fanferlot lo decía, pero no lo pensaba.

Aquel arañazo —reciente, no podía negarse— tenía para él un significado que escapaba a los demás; descubría en él la confirmación de sus suposiciones. Pensaba

que si el cajero hubiera tomado el dinero no hubiese tenido motivo alguno para apresurarse. El banquero, por el contrario, bajando por la noche, silenciosamente, con el temor de despertar al conserje que dormía al lado, dispuesto a desvalijar su propia caja, tenía mil razones para temblar, para apresurarse, para retirar precipitadamente la llave que, resbalando fuera de la cerradura, había arañado el barniz.

Resuelto a esclarecer en solitario los embrollados hilos del asunto, el agente de seguridad tenía que guardarse sus conjeturas, del mismo modo que callaba la entrevista secreta entre Madeleine y Prosper.

Más todavía, se dispuso a hacer olvidar, poniendo todo su empeño, aquel incidente.

—Concluyendo —continuó dirigiéndose al comisario de policía—, afirmo que ningún extraño ha podido introducirse aquí. Por otra parte la caja está absolutamente intacta. No se ha ejercido sobre los diales ninguna presión sospechosa. Puedo asegurar que no se ha introducido en la cerradura ningún objeto para violentarla, ni siquiera un mondadientes. Quien la haya abierto sabía la combinación y tenía la llave.

Esta afirmación tan formal de un hombre al que sabía hábil puso fin a las dudas del comisario de policía.

—Bueno, todo está dicho —afirmó—, sólo me queda solicitar a *monsieur* Fauvel un momento para verle.

—Estoy a sus órdenes, caballero —respondió el banquero.

Prosper comprendió. Puso con afectación su sombrero en evidencia sobre una mesa, como para indicar que no tenía intención de alejarse, y pasó al despacho contiguo.

Fanferlot salió también; pero el comisario de policía tuvo tiempo de hacerle una señal, que los demás no vieron, y a la que él respondió.

Esa señal significaba: «Me responde usted de este hombre».

El agente de seguridad no necesitaba que le alentaran a la vigilancia. Sus sospechas eran excesivamente vagas y su deseo de triunfo demasiado fuerte como para que perdiera de vista a Prosper o como para que dejara de estudiarle.

Por ello, entrando en el despacho tras los talones del cajero, se situó al fondo, en la penumbra, sentándose en una banqueta; pareció buscar una posición cómoda, se revolvió una o dos veces, bostezó hasta casi desencajarse las mandíbulas y, finalmente, cerró los ojos.

Prosper, por su parte, había ido a sentarse en el lugar y ante la mesa de uno de los empleados, ausente por el momento. Los demás ardían en deseos de conocer el resultado de las investigaciones, la más encendida curiosidad brillaba en sus pupilas, pero no se atrevían a preguntar.

Sin poder aguantar más, el pequeño Cavaillon, el defensor del cajero, se arriesgó:

—¿Bueno...? —insinuó.

Prosper se encogió de hombros.

—No se sabe —respondió.

¿Era el convencimiento de su inocencia, la certeza de la impunidad, la indiferencia por el resultado? Los empleados advirtieron, no sin profundo estupor, que el cajero había recuperado su habitual actitud, aquella especie de glacial altivez que tantos enemigos le había granjeado en la casa.

De su emoción, tan grande había sido hacía unos instantes que dio pena verle, sólo conservaba una palidez aún mayor, un círculo más oscuro alrededor de sus ojos enrojecidos y el desorden de sus cabellos, húmedos todavía por el frío sudor del espanto.

De haber entrado un extraño jamás hubiera supuesto que sobre aquel joven sentado, que jugaba maquinalmente con un lápiz, pesaba una acusación de robo e iba a ser detenido.

Pronto, sin embargo, dejó de mover el lápiz que sostenía; tomó una hoja de papel y trazó apresuradamente algunas líneas.

«¡Eh, eh! —pensó Fanferlot, llamado el Ardilla, cuya vista y oído funcionaban a las mil maravillas pese a su profundo sueño—; ¡eh, eh!, hacemos pequeñas confidencias al papel; así que vamos a saber por fin algo positivo».

Escrita su corta misiva, Prosper la dobló con cuidado reduciéndola al menor volumen posible y, tras una mirada furtiva al agente de seguridad, siempre inmóvil en su rincón, la arrojó al pequeño Cavaillon con una sola palabra:

—¡Gypsy!

Todo fue ejecutado con tal sangre fría, con tanta limpieza, con tan rara habilidad, que Fanferlot —un conocedor— quedó impresionado, confundido e, incluso, algo inquieto.

—¡Diablo! —se dijo—, para ser inocente mi muchacho tiene más corazón y nervios que muchos de mis antiguos conocidos. ¡Lo que consigue la educación!

Sí, inocente o culpable, era preciso que Prosper estuviera dotado de mucha energía para demostrar tan imperturbable calma, para dar pruebas de tanta presencia de ánimo; pues, al fin y al cabo, al otro lado del tabique, en aquellos precisos instantes, se estaba decidiendo su suerte, su porvenir, su honor y su vida. ¡Y sólo tenía treinta años...!

Antes de actuar, bien por una natural deferencia o para hacer que brotara alguna luz de una conversación más íntima, el comisario de policía había querido prevenir al banquero.

—Ya no cabe duda, señor —dijo en cuanto estuvieron solos—; el muchacho le ha robado. Faltaría a mi deber si no me hiciera cargo provisionalmente de su persona; a continuación el juzgado lo dejará en libertad o mantendrá su arresto.

Tales palabras parecieron conmover singularmente al banquero.

—¡Pobre Prosper! —murmuró.

Y, viendo el asombro de su interlocutor, añadió:

—Hasta hoy, caballero, he tenido la más absoluta confianza en su probidad; sin dudar le hubiera confiado mi fortuna. Me he puesto casi de rodillas, hace unos

instantes, para obtener su confesión de un instante de extravío, prometiéndole el perdón y el olvido: no he podido conmoverle. Le quería, e incluso ahora, pese a las preocupaciones y las humillaciones que va a producirme, no puedo odiarle.

El comisario pareció no comprenderle.

—¿Cómo —preguntó—, humillaciones?

—¡Pero, caballero —exclamó con vivacidad *monsieur* Fauvel—, no debe la justicia ser igual para todo el mundo! ¿Acaso por ser yo el propietario de la casa mientras él es un simple empleado debe creerse en mi palabra? ¿Por qué no puedo haberme robado a mí mismo? No sería el primero. Me exigirán una declaración, me veré obligado a exponer al juez la exacta situación de mi casa, a explicarle mis negocios, a revelar el secreto y el mecanismo de mis operaciones.

—En efecto, es muy posible, caballero, que le exijan ciertas explicaciones, pero su bien conocida honradez...

—¡Ay, él también era honrado...! ¿Quién hubiera sido el sospechoso si esta mañana no hubiese podido encontrar de inmediato cien mil escudos? ¿Quién hubiera sido el sospechoso si no pudiese probar que mi activo disponible supera en más de tres millones a mi pasivo...?

Para cualquier hombre de corazón, el pensamiento, la posibilidad, la apariencia de una sospecha significa un cruel sufrimiento; el banquero sufría, el comisario lo advirtió.

—Esté tranquilo, caballero —dijo—, antes de ocho días la justicia habrá reunido bastantes pruebas para establecer la culpabilidad del infeliz al que ahora podemos ya hacer entrar.

Tras haber sido llamado, Prosper regresó con *monsieur* Fanferlot, a quien había costado mucho trabajo despertar, y sin un sobresalto, con la apariencia de la mayor insensibilidad, escuchó cómo le anunciaban que estaba detenido.

Simplemente respondió sin el menor énfasis:

—¡Juro que soy inocente!

Monsieur Fauvel, mucho más turbado que su cajero, intentó una última tentativa:

—Todavía está a tiempo, hijo mío —dijo—; en nombre del cielo, reflexione...

Prosper no pareció escucharle. Sacó de su bolsillo una pequeña llave que depositó sobre la chimenea.

—Aquí tiene, señor —dijo—, la llave de su caja. Espero, en mi beneficio, que algún día reconocerá que no le he robado nada; por usted espero que no lo hará demasiado tarde.

Luego, como todo el mundo callaba, continuó:

—Antes de marcharme, aquí están los libros, los papeles, los estados de cuenta necesarios a quien me reemplace. Debo advertirle, además, que, sin hablar de los 350 000 francos robados, dejo en la caja un déficit.

¡Déficit...! Esa palabra siniestra en boca de un cajero estalló como un obús en los oídos de los auditores de Prosper.

Su declaración, por otra parte, fue interpretada de muy distinta manera:

«¡Un déficit! —pensó el comisario de policía—; ¿cómo, después de esto, dudar de la culpabilidad de este muchacho?, antes de robar la caja al por mayor iba entrenándose con pequeñas bribonadas al por menor».

«¡Un déficit! —se dijo el agente de seguridad—; ahora sí que, para dudar de la inocencia de este pobre diablo, es necesario suponerle una perversidad y una premeditación inadmisibles; ciertamente, de ser culpable, hubiera devuelto un dinero del que disponía».

La explicación que dio Prosper debía disminuir de modo singular la gravedad y el significado del hecho.

—Faltan de la caja —continuó— tres mil quinientos francos que se descomponen así: dos mil francos que yo mismo tomé como adelanto de mi sueldo y mil quinientos que he adelantado a alguno de mis colegas. Hoy estamos a últimos de mes, mañana se paga el sueldo y, por lo tanto...

El comisario de policía le interrumpió.

—¿Estaba usted autorizado —preguntó con severidad— a tomar de la caja lo que necesitase y a conceder adelantos?

—No, pero es evidente que *monsieur* Fauvel no me hubiera negado el permiso de hacer un favor a mis compañeros. Lo que yo he hecho se hace en todas partes; simplemente he seguido el ejemplo de mi predecesor.

El banquero asintió con un gesto de aprobación.

—Por lo que a mí respecta —continuó el cajero—, de algún modo yo tenía el derecho que me tomé, puesto que todas mis economías, es decir unos quince mil francos, están en la casa.

—Es cierto —apoyó *monsieur* Fauvel—, *monsieur* Bertomy tiene en mi casa, al menos, esta cantidad.

Solucionado este último incidente, la misión del comisario de policía había terminado, el atestado de su investigación sumaria estaba cerrado. Anunció que iba a retirarse y ordenó al cajero que se dispusiera a seguirle.

Por lo general, este momento en que la realidad estalla, en que se siente que uno no se pertenece ya, en que se pierde la libertad, es un momento horrible.

Ante la fatal orden: «¡Sígame!» que abre, por decirlo así, las puertas de la cárcel, los más despreocupados, los más endurecidos se debilitan, derraman lágrimas y solicitan gracia.

Prosper, en cambio, no perdió un ápice del estudiado flematismo que fingía, y que en su interior el comisario tachaba de extraordinaria desvergüenza.

Lentamente, con tanta tranquilidad como si se tratara de ir tan sólo a comer a la ciudad, tomó su abrigo, arregló el desorden de su cabellera, tomó sus guantes y dijo:

—Estoy dispuesto, caballero, a acompañarle.

El comisario de policía había tomado ya su cartera y saludado a *monsieur* Fauvel.

—¡Vamos! —dijo.

Salieron y, con una opaca tristeza y los ojos húmedos de lágrimas que apenas si podía contener, el banquero les miró mientras se alejaban.

—¡Dios mío! —murmuró—, ¿por qué no me habrán robado el doble dejándome la posibilidad de seguir estimando al pobre Prosper y tenerlo a mi lado como antaño?

Fanferlot, el hombre del oído siempre atento, recogió y anotó aquella frase, y proclive a la sospecha, demasiado dispuesto a imaginar en los demás un fondo de astucia igual al suyo, no estuvo muy lejos de pensar que había sido pronunciada a favor de su intención.

Con el pretexto de buscar un paraguas que jamás había tenido, se había quedado el último en el despacho y con calculada lentitud se retiraba no sin repetir varias veces que regresaría para ver si lo habían encontrado.

Normalmente él hubiera debido encargarse de custodiar y conducir a Prosper pero, en el momento de la partida, se había aproximado al comisario de policía solicitando y obteniendo, en bien del asunto, libertad de acción.

La nota escrita por Prosper, aquella nota que estaba en el bolsillo del pequeño Cavaillon, le daba vueltas en la cabeza. Incluso una vez hubo regresado al despacho del cajero tuvo buen cuidado de dejar la puerta entreabierta, espionando por el rabillo del ojo, dispuesto a actuar al menor movimiento del joven empleado.

Apoderarse de aquella prueba escrita, que podía ser importante, podía parecer la cosa más sencilla del mundo. ¿Qué debía hacer? Simplemente detener a Cavaillon, asustarle, pedirle la nota y, si era necesario, quitársela por la fuerza. El agente de seguridad tuvo, por un momento, esta idea.

Sí, pero ¿a qué conduciría ese escándalo? A nada o, al menos, a un resultado incompleto y equívoco.

Fanferlot estaba convencido de que la nota no estaba destinada al joven empleado sino a una tercera persona. Violentado, ¿daría Cavaillon a conocer esa tercera persona, que muy bien podía no llamarse Gypsy, nombre pronunciado por el cajero? Y suponiendo lo mejor: ¿si hablara, no mentiría?

Tras arduas reflexiones, el agente decidió, con su prudencia policial, que era pueril preguntar un secreto cuando podía averiguarlo. Espiar a Cavaillon, seguirle, atraparle en flagrante delito, de modo que no pudiera negar, sería sólo un juego.

Además, este modo de actuar correspondía mucho mejor al carácter del empleado de la calle Jerusalem, de naturaleza suave y silenciosa, y que, por su profesión, siente horror al ruido, al escándalo y a todo lo que parezca violencia.

El plan de Fanferlot estaba irrevocablemente decidido cuando llegó al vestíbulo.

Allí, hizo hábilmente hablar a un conserje y, tras cuatro o cinco preguntas, en apariencia por completo inocuas, adquirió la certeza de que la casa Fauvel no tenía salida a la calle Victoire y los empleados debían entrar y salir por la puerta principal que da a la calle Provence.

Desde aquel momento, la tarea que se había impuesto no tenía la menor sombra de dificultad. Cruzó con rapidez la calle y se colocó, enfrente, bajo una puerta

cochera.

Su lugar de observación estaba admirablemente elegido. No sólo podía vigilar desde su puesto las idas y venidas de la banca sino que también podía ver todas las ventanas. Poniéndose de puntillas veía, a través de los cristales, a Cavaillon inclinado sobre su pupitre.

Fanferlot permaneció mucho tiempo agazapado en aquella puerta. Pero era paciente, y varias veces, por algo de menor interés, había permanecido al acecho jornadas completas con sus respectivas noches.

Además, no tenía tiempo de aburrirse. Estudiaba el valor de sus descubrimientos, sopesaba sus oportunidades y, como la infeliz lechera que quería vender, su jarra de leche, levantaba sobre su éxito el edificio de su fortuna.

Por fin, hacia la una, el agente de seguridad vio que Cavaillon se levantaba, dejaba el guardapolvo para ponerse su ropa de calle y tomaba su sombrero.

«¡Bueno! —se dijo—, el mozo va a salir, estemos atentos».

En efecto, al instante Cavaillon apareció por la puerta de la banca. Pero antes de poner el pie en la acera, miró a derecha e izquierda; dudaba.

«¿Sospechará algo?», pensó Fanferlot.

No, el joven empleado no sospechaba nada; simplemente, teniendo que llevar a cabo un encargo y temiendo que su ausencia fuera notada, se preguntaba cuál era el camino más corto. Pronto se decidió. Llegó al *faubourg* Montmartre, subió por él y tomó la *rué* Notre-Dame-Lorette. Caminaba de prisa, preocupándose muy poco de las murmuraciones de los viandantes a quienes iba dando codazos, y el agente tenía problemas para seguirle.

Llegado a la *rué* Chaptal, Cavaillon giró de pronto y entró en la casa número 39.

Apenas si había dado tres pasos por el corredor, bastante estrecho, cuando se dio la vuelta con rapidez, sintiéndose golpeado en el hombro, y se encontró cara a cara con Fanferlot. Le reconoció perfectamente, de modo que palideció y retrocediendo, buscó una salida para huir. Pero el agente había previsto esa maniobra y le cerraba por completo el paso. Cavaillon se sintió perdido.

—¿Qué quiere usted de mí? —preguntó con una voz ahogada por el miedo.

Lo que, en especial, distinguía a *monsieur* Fanferlot, llamado el Ardilla, de sus colegas era su exquisita suavidad y su cortesía sin igual. Incluso con sus víctimas es perfecto, agarra y encierra a la gente con las mayores atenciones, con las fórmulas más obsequiosas de la urbanidad.

—¿Tendría usted, querido señor —respondió—, la bondad de dignarse perdonar mi atrevimiento? Pero quisiera solicitar de su benevolencia una pequeña información.

—¿Una información? ¿A mí?

—A usted, en efecto, querido señor; al señor Eugéne Cavaillon.

—Pero yo no le conozco.

—¡Oh, sí!; me ha visto usted muy bien esta mañana. Además se trata de una nimiedad y si tuviera usted la bondad de aceptar mi brazo y salir un instante conmigo, me llenarla usted de satisfacción.

¿Qué hacer? Cavaillon tomó el brazo de *monsieur* Fanferlot y salió con él.

La *rué* Chaptal no es una de esas vías ruidosas y atestadas, en las que los coches

representan un continuo peligro para el peatón. Sólo hay en ella dos o tres tiendas y, de la esquina de la *rué Fontaine*, ocupada por una farmacia, hasta enfrente de la *rué Leonie*, se levanta un gran muro triste agujereado, aquí y allá, por pequeñas ventanas que iluminan talleres de ebanistería.

Es una de esas calles en las que se puede charlar con comodidad, sin verse obligado continuamente a bajar de la acera, y *monsieur Fanferlot* y *Cavaillon* no tenían por qué ser molestados por los viandantes.

—Así están las cosas, querido señor —comenzó el agente—, esta mañana *monsieur Prosper Bertomy* le ha lanzado a usted, con bastante habilidad, una nota.

Cavaillon presentía vagamente que se trataba de la nota; se había esforzado para ponerse en guardia, para prepararse.

—Se equivoca usted —dijo ruborizándose hasta las orejas.

—¡Perdón!, me sabría muy mal, le ruego que me crea, llamarle mentiroso, pero estoy seguro de lo que digo.

—Le aseguro que *Prosper* no me ha dado nada.

—Por favor, querido señor, no lo niegue —insistió *Fanferlot*—, me forzaría usted a demostrarle que al menos cuatro empleados han visto cómo le lanzaba una nota escrita a lápiz y minuciosamente doblada.

El joven empleado comprendió que obstinarse en presencia de un hombre tan bien informado sería una locura y cambió de sistema.

—De acuerdo —dijo—, es cierto, he recibido una nota de *Prosper*; pero como era para mí, después de haberla leído la he roto y he quemado los pedazos.

Eso podía ser perfectamente cierto. *Fanferlot* lo temió, pero ¿cómo asegurarse? Recordó que las más groseras artimañas son las que tienen mejor éxito y, confiando en su buena estrella, dijo al azar:

—Me permito, querido señor, recordarle que eso es inexacto; la nota le ha sido enviada para que la entregara a *Gypsy*.

Un desesperado gesto de *Cavaillon* descubrió al agente que no se había equivocado; respiró.

—Le juro, señor... —comenzó el joven mensajero.

—No jure, querido señor —interrumpió *Fanferlot*—; todos sus juramentos serán inútiles. No sólo no ha roto usted la nota sino que ha entrado en esta casa para entregarla a su destinatario y la lleva usted en el bolsillo.

—¡No señor, no...!

Monsieur Fanferlot no pareció escuchar la negativa y prosiguió con su voz más suave:

—Y tendrá usted la amabilidad, estoy convencido de ello, de comunicarme su contenido; esté seguro de que sin una necesidad absoluta...

—¡Nunca! —respondió *Cavaillon*.

Y considerando que el momento era favorable intentó, dando una violenta sacudida, liberar su brazo de la presa de *Fanferlot* y huir.

Pero fue una vana tentativa, el agente era tan fuerte como suaves eran sus maneras.

—Tenga cuidado con lastimarse, mi joven amigo —dijo el hombre de la prefectura—, y, créame, confieme esa nota.

—¡No la tengo!

—¡Vamos, vamos!, va usted a obligarme a utilizar penosos métodos. ¿Sabe a lo que se expone si se empecina? Llamaré a dos guardias que le tomarán cada uno de un brazo y le llevarán a la comisaría de policía, y una vez allí tendré el dolor de registrarle de buen o mal grado. Mire, con franqueza, me desilusiona usted.

Ciertamente Cavaillon era fiel a Prosper, pero estaba claro como el día que una lucha no conduciría a nada, que ni siquiera tendría tiempo de deshacerse del «cuerpo del delito». Entregar, en esas condiciones, la nota no suponía una traición; se resignó maldiciendo su impotencia, casi llorando de rabia.

—Usted es el más fuerte —dijo—; obedezco.

Y al mismo tiempo extrajo de su cartera la desafortunada nota y la entregó al agente de seguridad. Las manos de Fanferlot temblaban de placer al desplegar el papel pero, sin embargo, fiel a sus costumbres de meticulosa cortesía, una vez abierta la nota se inclinó ante Cavaillon murmurando:

—¿Permite usted, no es cierto, querido señor?, le aseguro que estoy desolado por la indiscreción.

Querida Nina:

Si me amas, de prisa, sin un instante de duda, sin reflexionar, obedéceme. Cuando recibas estas letras toma todo lo que tengas en casa —absolutamente todo— e instálalo en algún apartamento amueblado en el otro extremo de París. No te dejes ver, desaparece tanto como te sea posible. Tal vez de tu obediencia dependa mi vida. Estoy acusado de un considerable robo y voy a ser detenido. En el secretaire debe haber quinientos francos, tómalos. Deja tu dirección a Cavaillon que te explicará lo que yo no puedo decirte. No pierdas, de todos modos, las esperanzas y hasta pronto.

Prosper

De haber estado menos consternado, Cavaillon hubiera podido advertir en el rostro del agente los signos de una inmensa decepción.

Fanferlot se había arrullado en la esperanza de que iba a apoderarse de un documento muy importante y, ¿quién sabe?, tal vez de una prueba irrecusable de la inocencia o culpabilidad de Prosper. En vez de ello acababa de apoderarse de una notita de enamorado que se inquietaba más por la mujer amada que por sí mismo.

Por más que se devanase los sesos, no descubriría en aquella nota ningún significado preciso, ningún sentido determinado. No probaba nada, ni a favor ni en contra de quien la había escrito. Las dos palabras «absolutamente todo» estaban, es cierto, subrayadas, ¡pero podían interpretarse de tantas maneras...!

De cualquier modo, el agente creyó necesario proseguir:

—¿La tal *madame* Nina Gypsy —preguntó a Cavaillon— es, sin duda, una amiga de *monsieur* Prosper Bertomy?

—Es su amante.

—¡Ah! ¿Y vive en el número 39?

—Bien lo sabe usted, puesto que me ha visto entrar.

—Lo sospechaba, en efecto, querido señor, y dígame, ¿el apartamento está alquilado a su nombre?

—No. Vive en casa de Prosper.

—Perfecto. ¿Y en qué piso?

—En el primero.

Monsieur Fanferlot había vuelto a doblar cuidadosamente la nota y se la deslizó al bolsillo.

—Muchas gracias, querido señor por sus informaciones; a cambio, si le parece bien, le evitaré el encargo que debía usted hacer.

—¡Caballero!

—Sí, con su permiso, yo mismo entregaré la nota a *madame* Nina Gypsy.

Cavaillon intentó resistirse un poco, quiso discutir, pero *monsieur* Fanferlot tenía prisa y cortó sus observaciones.

—Querido señor, voy a atreverme —dijo— a darle un consejo que considero bueno. En su lugar yo regresaría tranquilamente a la oficina y no me mezclaría más en este asunto.

—Pero, caballero, Prosper ha sido mi protector, me sacó de la miseria, es mi amigo.

—Razón de más para permanecer tranquilo. ¿Puede usted serle útil? No, ¿verdad? ¡Pues bien!, por mi parte le diré que puede usted perjudicarlo. Es sabido que le es fiel, ¿no advertirán su ausencia? Si se mueve usted, si empieza a hacer intentonas que no conducen a ninguna parte, ¿no serán mal interpretadas?

—Prosper es inocente, señor, estoy seguro.

Esta era, evidentemente, la opinión de Fanferlot; pero no le convenía que adivinaran sus íntimos pensamientos y, no obstante, en interés de sus próximas investigaciones, le interesaba imponer al joven empleado discreción y prudencia. De buena gana le hubiera rogado que silenciara lo que acababa de ocurrir entre ellos; pero no se atrevió.

—Lo que usted afirma es muy posible —respondió— y, por *monsieur* Bertomy, así lo espero. También, y sobre todo, lo espero por usted que, en caso de que él sea culpable, indefectiblemente le molestarán, vista su notoria intimidad con él. E incluso, tal vez, sospechoso de complicidad.

Cavaillon bajó la cabeza; estaba aterrorizado.

—De modo que, créame, mi joven amigo —prosiguió Fanferlot—, reintégrese a sus ocupaciones... y espero tener el honor de volverle a ver.

El pobre muchacho obedeció. Lentamente, con el corazón oprimido, regresó a la rue Notre-Dame-de-Lorette. Se preguntaba cómo ser útil a Prosper, cómo avisar a *madame* Gypsy, cómo, sobre todo, vengarse de aquel odioso agente de policía que tan

cruelmente acababa de humillarle.

En cuanto hubo dado la vuelta a la esquina, Fanferlot entró en la casa, le gritó al portero el nombre de Prosper Bertomy, subió y llamó a la puerta del primer piso.

Un criado de unos quince años, vistiendo una bonita librea, abrió.

—¿*Madame* Nina Gypsy? —preguntó el agente.

El pequeño *groom* dudó; viéndolo, *monsieur* Fanferlot mostró la carta.

—Me envía —insistió— *monsieur* Prosper para que entregue esta carta a *madame* y aguarde respuesta.

—En ese caso, entre, voy a avisar a *madame*.

El nombre de Prosper había producido el efecto apetecido. Fanferlot fue introducido en un saloncillo forrado de seda adamascada con puntitos dorados y adornada con pasamanería y motivos azules. Todas las ventanas tenían triples cortinas y todas las puertas cortinones. Una espléndida alfombra cubría el suelo de madera.

—¡Diablos! —murmuró el agente—, qué bien vive nuestro cajero.

Pero no tuvo tiempo de proseguir su inventario; uno de los cortinones se levantó y apareció *madame* Nina Gypsy.

Madame Nina Gypsy era entonces una mujer muy joven, frágil, delicada, bonita, morena o, más bien, dorada como una cuarterona de La Habana, con pies y manos de niña. Largas pestañas, sedosas y rizadas, tamizaban el brillo intenso de sus grandes ojos negros; sus labios, algo gruesos, sonreían sobre dientes más blancos que los de un gato, finos, brillantes, nacarados y tan agudos como para devorar diez patrimonios.

Todavía no se había vestido y, friolera, se envolvía en una amplia bata de terciopelo por cuyas aberturas escapaban oleadas de encaje de su camisón. Pero ya había pasado por las manos de un peluquero o de una hábil doncella. Sus cabellos estaban crespados y rizados por delante, alrededor de la cabeza, atados con cintas de terciopelo rojo y recogidos en un gran moño muy alto en la nuca. Estaba, así, deslumbradora. Y tenía una belleza tan insolente y traviesa que Fanferlot se sintió admirado e intimidado al principio.

«¡Caracoles! —se dijo pensando en la noble y severa belleza de Madeleine, entrevista algunas horas antes—, qué buen gusto tiene nuestro cajero, muy buen gusto... demasiado buen gusto».

Mientras pensaba esto, cariacontecido, preguntándose cómo comenzar la entrevista *madame* Gypsy le miraba de arriba abajo con el aire más desdeñoso, asombrándose de ver en su salón aquel personaje exiguo y gastado, con un sombrero grasiento y remendado.

Teniendo acreedores, buscaba en su memoria cuál de ellos podía tener aquel aspecto subalterno o, al menos, cuál podía permitirse enviarle semejante adefesio para que se limpiara las botas agujereadas en la espesa lana de sus alfombras.

Y terminado su examen dijo:

—¿Qué desea usted? —preguntó por fin, forzando sus ojos al más impertinente

parpadeo.

Cualquier otro, que no hubiese sido Fanferlot, se hubiera indignado ante aquellas miradas y aquel tono; él sólo los tuvo en cuenta para extraer algunas conclusiones sobre el carácter de la joven.

«No es buena, no —pensó—, y carece de toda educación».

Como tardara en responder, *madame* Nina dio impaciente algunos golpecitos con su pie.

—¡Hable de una vez! —repitió—. ¿Qué desea?

—Querida señora —dijo el agente con su más suave y humilde voz—, me han encargado que os entregue una nota de *monsieur* Bertomy.

—¡De Prosper...! ¿Le conoce usted?

—He tenido ese honor e incluso, si puedo atreverme a decirlo, soy uno de sus amigos.

—¡Caballero...! —exclamó *madame* Gypsy, herida en su amor propio.

Monsieur Fanferlot no se dignó prestar atención a la injuriosa exclamación. Era ambicioso; el desprecio resbalaba en él como la lluvia sobre una capa de grasa.

—Su amigo he dicho —insistió—, y pocas personas, estoy seguro de ello, tendrían hoy el valor de confesar en voz alta su amistad por él.

El agente se expresaba con una seriedad tan convencida que *madame* Gypsy se turbó.

—Jamás he sabido desentrañar los enigmas —dijo con sequedad—; ¿qué pretende usted insinuar?

El hombre de la prefectura extrajo lentamente de su bolsillo la carta que le había quitado a Cavaillon y, presentándola a *madame* Gypsy dijo:

—Lea.

En verdad, ella no presentía nada funesto. Aunque poseyera la mejor vista del mundo, se ajustó a la nariz unos encantadores anteojos y desplegó la nota.

Palideció al principio y, luego, se ruborizó; un estremecimiento nervioso le recorrió de pies a cabeza; sus piernas se debilitaron; titubeó. Fanferlot, creyendo que iba a caer, tendió sus brazos para sostenerla.

¡Precaución inútil! *Madame* Gypsy era una de esas mujeres cuya perezosa despreocupación enmascara una endiablada energía. Frágiles criaturas cuya capacidad de resistencia no tiene límites; gatas por la gracia y la delicadeza, gatas, sobre todo, por sus nervios y sus músculos de acero.

El vértigo del mazazo que acababa de recibir duró lo que dura un relámpago. Titubeó pero no cayó. Se irguió con más fuerzas y, asiendo por las muñecas al agente con sus encantadoras manos, oprimiéndoselas hasta hacerle gritar, dijo:

—¡Explíquese!; ¿qué significa esto? ¿Sabe usted lo que esta carta me anuncia?

Por valeroso que fuera, él que cada día se enfrentaba con los pillos más peligrosos, Fanferlot tuvo casi miedo de la cólera de *madame* Nina Gypsy.

—Lamentablemente —murmuró el agente.

—Quieren detener a Prosper, le acusan de haber cometido un robo...

—Sí, afirman que ha tomado de la caja 350 000 francos.

—¡Es falso! —gritó la joven—; es una infamia absurda.

Había soltado las muñecas de Fanferlot y, en su furor, verdadera rabia de niño mimado, se agitaba en desordenados gestos. En verdad se preocupaba muy poco de su bata y sus encajes, que desgarraba sin piedad.

—¡Prosper ladrón! —decía—; no, sería demasiado estúpido. ¡Robar! ¿Por qué? ¿No posee una gran fortuna...?

—Eso es precisamente, hermosa señora —insinuó el agente—, lo que se afirma; que *monsieur* Bertomy no es rico, que para vivir sólo dispone de su sueldo.

Tal respuesta pareció confundir todas las ideas de *madame* Gypsy.

—Sin embargo —insistió—, siempre he visto que tenía mucho dinero. No es rico... pero entonces...

No se atrevió a concluir, pero su mirada encontró la de Fanferlot, y ambos se comprendieron.

La mirada de *madame* Gypsy significaba:

«¿Acaso habrá robado por mí, para mi lujo y mis caprichos?».

«Tal vez», respondió la mirada del agente.

Pero diez segundos de reflexión devolvieron a la mujer su primera seguridad. La duda que apenas había rozado su mente se disipó.

—¡No! —gritó—, por desgracia Prosper jamás hubiera robado un céntimo por mí. Puede comprenderse que un cajero robe a manos llenas, por una mujer a la que ame, el dinero de la caja que ha sido confiada a su honor, es explicable; pero Prosper no me ama, no me ha amado jamás... Sólo una vez en mi vida fui amada por un hombre bueno, y por lo que sufro desde hace un año, comprendo qué desgraciado le hice. No represento nada en la vida de Prosper, apenas un accidente...

—Pero, en ese caso, por qué...

—¡Eso es...! —interrumpió *madame* Gypsy—, ¿por qué? Muy listo tendrá que ser usted para decírmelo. Hace un año que busco en vano una respuesta a esta pregunta, terrible para mí; y yo soy mujer...

—Se dice —aventuró él— que *monsieur* Bertomy es jugador, y el juego puede llevar muy lejos.

Madame Gypsy se encogió de hombros.

—Sí, es cierto —respondió—, juega. Le he visto, sin un sobresalto, perder o ganar sumas considerables. Juega pero no es jugador. Juega como cena, como se emborracha, como hace locuras; sin pasión, sin entusiasmo, sin placer. A veces me da miedo: me parece que arrastra un cuerpo en el que ya no hay alma. ¡Ah!, no soy feliz. Vamos, jamás he podido ver en él más que una profunda indiferencia, tan inmensa que, a veces, me ha parecido desesperación. ¡Y dicen que tal hombre ha robado! ¡Vamos, vamos! Mire, nadie podrá quitarme la idea de que en su vida hay algo terrible, un secreto, una gran desgracia, no lo sé, pero algo.

—¿Y jamás le habló de su pasado?

—¿El...? Pero ¿no me ha oído usted? Le he dicho que no me ama... ¡Pero yo le amo! —gritó, y yo le salvaré. ¡Ah!, yo sabré hablar con su patrón, con el miserable que le acusa, con el juez y con todo el mundo. Está detenido, probaré que es inocente. Venga, señor, vayámonos, y le prometo que antes de que termine el día él estará libre o yo estaré encarcelada con él.

El proyecto de *madame* Gypsy era loable, naturalmente, y dictado por los más nobles sentimientos, pero por desgracia era impracticable.

Además, tenía el defecto de oponerse a las intenciones de *monsieur* Fanferlot.

Por decidido que estuviese a reservarse las dificultades y los beneficios de aquella investigación, *monsieur* Fanferlot se daba perfecta cuenta de que no podría ocultar *madame* Nina al juez de instrucción. Por fuerza, un día u otro, sería puesta en causa y buscada. Este era el motivo por el cual no deseaba que ella se presentara voluntariamente. Se proponía hacerla aparecer cuando lo creyera conveniente, para atribuirse, por si acaso y sin vergüenza, el mérito de haberla descubierto.

Por lo tanto, y en principio, se esforzó concienzudamente en calmar la exaltación de la joven. Creía que sería fácil demostrarle que la menor gestión en favor de Prosper hubiera sido una insigne locura.

—¿Qué ganaría usted, querida señora? —le decía—; nada. No tiene, se lo aseguro, la menor posibilidad de éxito. Y piense que se comprometería de modo grave. Tal vez la justicia llegara a ver en usted un cómplice de *monsieur* Bertomy.

Pero tan inquietantes perspectivas, que habían surtido efecto con Cavaillon, que le habían hecho entregar tontamente una carta que hubiera podido defender perfectamente, sólo lograron estimular el entusiasmo de *madame* Gypsy.

—¿Viene usted, caballero —preguntó con febril impaciencia—, viene usted?

—Estoy a su disposición, bella dama —respondió—; sea, partamos. De todos modos, ahora que estamos todavía a tiempo, déjeme decirle que, con toda probabilidad, vamos a prestar un flaco servicio a *monsieur* Bertomy.

—¿Por qué?

—Porque vamos a sorprenderle, bella dama, porque intentamos una gestión que no puede prever después de la carta que la ha escrito.

Madame Gypsy tardó en responder. Examinaba el valor de la objeción de Fanferlot.

—Tiene usted, bella dama —continuó este—, un medio muy fácil de servir al hombre que ama.

—¿Cuál, caballero, cuál?

—Obedézcale, hija mía —dijo paternal mente *monsieur* Fanferlot.

Madame Gypsy esperaba algo muy distinto.

—¡Obedecerle! —murmuró—; ¡obedecerle!

—Este es su deber —continuó Fanferlot poniéndose grave y digno—. Un deber sagrado.

Ella dudaba todavía, él tomó de encima de la mesa la carta de Prosper, que la muchacha había puesto allí.

—¡Cómo! *Monsieur* Bertomy, en un terrible momento, cuando va a ser detenido, le escribe para indicarle la conducta a seguir y usted quiere hacer inútil tan prudente previsión. ¿Qué le dice? Tome, releamos juntos la nota que es el testamento de su libertad. Le dice en ella: «Si me amas, te lo ruego, obedece...». Y usted duda en obedecer. Sigue diciendo: «Mi vida depende de ello...». ¿No le ama usted? ¡Pero no comprende usted, infeliz, que al empujarla a la huida, a ocultarse, *monsieur* Bertomy tiene sus razones, imperiosas, terribles...!

—¿Razones...? —comenzó ella—; ¿acaso Prosper desea que se ignoren nuestras relaciones...?

Permaneció unos instantes pensativa, luego, de pronto, la luz se hizo en su mente y gritó:

—¡Sí! Ahora comprendo. Qué tonta he sido al no verlo en seguida. En efecto, mi presencia aquí, donde vivo desde hace un año, sería para él una prueba abrumadora. Harían un inventario de todo lo que poseo, de mis vestidos, de mis encajes, de mis joyas, y fabricarían un crimen con mi lujo. Le preguntarían de dónde ha sacado el dinero para colmarme hasta el punto de no poder ya desear nada.

El agente movió la cabeza en signo de asentimiento.

—Eso es —respondió.

—Entonces, es preciso huir, caballero, huir de prisa. Quién sabe si la policía ha sido ya avisada, si va a presentarse de un momento a otro.

—¡Oh! —dijo *monsieur* Fanferlot con aire despreocupado—, tiene usted tiempo, la policía no es tan rápida ni tan hábil.

—No importa...

Dejando solo al agente, *madame* Nina se precipitó hacia su habitación llamando a gritos a la camarera, a la cocinera e, incluso, al pequeño *groom*, ordenando que vaciaran los cajones y los armarios, que amontonaran desordenadamente en las maletas cuanto le pertenecía y, sobre todo, que se dieran prisa.

Ella misma daba ejemplo, con la mejor voluntad, cuando una idea repentina la devolvió junto a Fanferlot.

—En seguida estará todo listo —dijo— y me iré; pero ¿dónde?

—¿Acaso no se lo ha dicho *monsieur* Bertomy, querida señora? Al otro extremo de París, a una casa amueblada o a un hotel.

—No conozco ninguno.

El hombre de la comisaría pareció reflexionar. Le costaba mucho disimular una gran alegría que se reflejaba, por más que la ocultase, en sus redondos ojillos.

—Yo conozco un hotel —dijo por fin—, pero tal vez no le convenga. ¡Caramba, no es tan lujoso como esta casa...!

—¿Estaré bien...?

—Con mi recomendación la tratarán como a una pequeña reina, y sobre todo

estará oculta...

—¿Dónde está?

—Al otro lado del río, *quai* Saint-Michel, hotel del *Grand-Archange*, dirigido por *madame* Alexandre...

A *madame* Nina jamás le había costado mucho tomar una decisión.

—Aquí tiene con qué escribir —le dijo al agente—, escriba su carta de recomendación.

En un minuto estuvo lista.

—Con estas cuatro líneas, bella dama —dijo—, hará usted lo que quiera con *madame* Alexandre.

—Muy bien. Y ahora, ¿cómo comunicar mi dirección a Cavaillon? Él debía entregarme la carta de Prosper...

—No ha podido venir, querida señora —interrumpió el agente—, pero le veré luego y le diré dónde puede encontrarla...

Madame Gypsy envió a buscar un coche. Fanferlot, que dijo tener prisa, se encargó de ello. El pretexto para escabullirse era bueno.

Además, aquel día todo le salía bien. Un *fiacre* pasaba ante la casa y lo detuvo.

—Espera aquí —le dijo al cochero, tras haberle comunicado su identidad— a una pequeña dama morena que bajará con su equipaje. Si te dice que la lleves al *quai* Saint-Michel, restalla el látigo; si te indica otra dirección, baja de tu asiento antes de partir, como para arreglar el tiro; yo estaré allí para ver y oír.

En efecto, fue a emboscarse al otro lado de la calle, en una taberna. Se sentía muy aturdido por lo que acababa de escuchar y, sin saber ya qué pensar, necesitaba poner orden en sus ideas.

No tuvo mucho tiempo: unos formidables latigazos turbaron el silencio de la calle: *madame* Nina se dirigía al *Grand-Archange*.

—¡Bueno! —gritó alegremente—, al menos tengo a esta.

Precisamente a la misma hora en que *madame* Nina Gypsy iba a buscar refugio en el hotel *Grand-Archange*, que le había recomendado *monsieur* Fanferlot, llamado el Ardilla, Prosper Bertomy estaba encarcelado en los calabozos de la prefectura de policía.

Desde que, dueño de sus emociones, consiguió recuperar su habitual compostura, su sangre fría no le había fallado.

En vano las gentes que le rodeaban, ingeniosos observadores, habían espiado un desfallecimiento de su mirada, una expresión dudosa de su fisonomía: les parecía de mármol.

En el despacho del comisario, donde había permanecido más de dos horas mientras esperaban la llegada de órdenes, había charlado con los dos policías que le custodiaban.

A mediodía, puesto que estaba en ayunas, notó, según declaró, necesidad de tomar algo. Le hicieron traer el almuerzo de un restaurante vecino, y comió con bastante buen apetito, bebiéndose casi una botella de vino.

Mientras permanecía allí, al menos diez agentes y diferentes empleados de la prefectura, que todas las mañanas van a resolver asuntos a las comisarías, fueron a examinar su aspecto con curiosidad. Todos fueron de la misma opinión y la formularon en términos casi idénticos. Decían:

—Es una buena pieza.

O también:

—Ese tipo es demasiado tranquilo como para que no se le mantenga al fresco.

En el despacho del archivo del Tribunal, mientras se llevaban a cabo las formalidades del registro, Prosper respondió con una altivez mezclada con desdén, a las inevitables preguntas que le dirigieron.

Pero cuando, tras haberle ordenado que vaciara sus bolsillos sobre la mesa y se acercaron a él para registrarle, un relámpago de indignación brotó de sus ojos y, luego, una cálida lágrima enjugada en seguida por el calor de sus pómulos. Sólo fue un instante. Luego se dejó hacer, levantando los brazos, mientras, de arriba abajo, manos brutales le palpaban para asegurarse que no ocultaba bajo sus ropas algún objeto sospechoso.

Las investigaciones habrían podido llegar más lejos y hubieran sido más ignominiosas sin la intervención de un hombre de cierta edad, de apariencia distinguida, que llevaba corbata blanca y gafas de patillas doradas, que se calentaba junto a la estufa y que, en aquel lugar, parecía encontrarse en su casa.

Viendo a Prosper, que entraba seguido por los agentes, tuvo un gesto de sorpresa y pareció muy conmovido; incluso se adelantó, como para dirigirle la palabra, pero cambió de opinión.

Por turbado que estuviera, el cajero no pudo evitar advertir que los ojos de aquel

hombre permanecían obstinadamente fijos en él. ¿Acaso le conocía? Por más que buscó en su memoria, no recordó haberle visto jamás.

Aquel hombre, con aspecto de jefe de oficina, no era otro que un ilustre empleado de la prefectura de policía, *monsieur* Lecoq.

Cuando los agentes que habían registrado a Prosper se disponían a ordenarle que se quitara las botas —¡una lima o un arma ocupan tan poco lugar!— *monsieur* Lecoq hizo un gesto y dijo:

—Ya es bastante.

Los demás obedecieron. Todas las formalidades se habían llevado a cabo y el infeliz cajero fue conducido por fin a una estrecha celda cuya puerta, reforzada con cerrojos y barrotes, se cerró tras él; suspiró; estaba solo.

Sí, se creía solo, muy solo, ignoraba que la cárcel es de cristal, que el inculpado se halla en ella como el miserable insecto bajo el microscopio del entomólogo. No sabía que las paredes tienen oídos siempre abiertos, los ventanucos ojos siempre fijos.

Estaba tan seguro de estar solo que todo su orgullo se fundió en un torrente de lágrimas, su máscara de impasibilidad cayó. Su cólera, contenida durante tanto tiempo, estalló violenta y terrible como un incendio que, tras haberse fraguado durante largo tiempo, calcina todas las materias inflamables.

Tuvo un arrebato de locura, gritó, lanzó imprecaciones y blasfemias. Magulló sus puños contra las paredes en un acceso de rabia enloquecida e impotente como la de la bestia salvaje encerrada tras el primer momento de estupor. Y es que Prosper Bertomy no era lo que aparentaba.

Aquel *gentleman* altivo y correcto, especie de pisaverde gélido, tenía ardientes pasiones y un temperamento de fuego.

Pero cierto día, hacia sus veinticuatro años, la ambición había hecho presa en su corazón. Mientras todos sus deseos sufrían prisioneros en su mediocridad como un alumno en un uniforme demasiado pequeño, mirando a su alrededor a aquellos ricos a quienes el dinero concede la varita mágica de las mil y unas noches, envidió su suerte.

Investigó los orígenes y el punto de partida de todos los opulentos jefes de las grandes empresas financieras y reconoció que, al principio, poseían en su mayor parte menos que él mismo.

¿Cómo habían progresado? A fuerza de energía, de inteligencia y de audacia. Para ellos, el pensamiento fecundo había sido una especie de lámpara maravillosa en manos de Aladino.

Se juró imitarles y llegar a ser como ellos.

Desde aquel día, con una fuerza de voluntad mucho menos rara de lo que pueda creerse, impuso silencio a sus instintos. Modificó, no su carácter, sino las manifestaciones exteriores de su carácter.

Y sus esfuerzos no fueron baldíos. Tenía fe en su carácter y en sus medios. Quienes le conocían afirmaban:

—¡Llegará lejos...!

Y allí estaba, en prisión, acusado de un robo, es decir, perdido.

Pues no se engañaba. Sabía que, inocente o culpable, el sospechoso queda marcado por una cicatriz tan imborrable como las letras impresas antaño a fuego en el hombro de los forzados.

¡Por lo tanto, para qué luchar! ¡Para qué sirve un triunfo que no lava la mancha...!

Cuando el guardia de servicio, por la noche, le llevó la comida, le encontró tendido en la cama, con la cabeza oculta en la almohada, llorando a lágrima viva.

¡Ah, ahora que estaba solo no tenía ya hambre! Un invencible embotamiento le invadía; su voluntad, perdida, flotaba en una opaca niebla.

Llegó la noche, larga, terrible, y por primera vez sólo tuvo para medir las horas el cadencioso paso de las rondas que relevaban a los centinelas. Sufría.

De madrugada, sin embargo, el sueño llegó con la luz, y todavía dormía cuando la voz del carcelero resonó en la celda.

—Vamos, señor —dijo—, al interrogatorio.

Se levantó de un salto, iban a interrogarle.

—Vamos —dijo, sin ni siquiera pensar en poner remedio al desorden de su aspecto.

Durante el trayecto, su guardián le dijo:

—Está usted de suerte, tendrá que vérselas con un buen hombre.

El guardián tenía mucha razón. Dotado de una penetración notable, firme, incapaz de prejuicio, tan alejado de la falsa piedad como de la severidad excesiva, *monsieur* Patrigent poseía, en alto grado, todas las cualidades que exige la delicada y difícil misión del juez de instrucción.

Tal vez carecía de la actividad febril, necesaria a veces para golpear con rapidez y precisión; pero poseía una infinita paciencia en la que no cabía cansancio ni desaliento. Muy capaz, además, de seguir durante años una instrucción, como lo hizo en el caso de los billetes belgas cuyos hilos sólo pudo reunir al cabo de cuatro años de investigación.

Hicieron recorrer a Prosper un largo pasillo, cruzar una sala llena de gendarmes, bajar una escalera, cruzar una especie de subterráneo y, luego, subir una estrecha y empinada escalera que parecía no terminar nunca.

Llegó por fin a una larga y estrecha galería de piso bajo a la que daban numerosas puertas numeradas.

El guardián del infeliz cajero le detuvo ante una de aquellas puertas.

—Hemos llegado —le dijo—; aquí se decidirá su suerte.

Ante esa reflexión del guardián, hecha en tono de profunda conmiseración, Prosper no pudo evitar un estremecimiento.

Sin embargo, recurriendo a todo su valor, ponía ya la mano sobre el pomo de la puerta cuando su guardián le detuvo.

—¡Oh!, todavía no —le dijo—, no puede entrar así: siéntese y le llamarán cuando le llegue el turno.

El desgraciado obedeció y su guardián se colocó a su lado.

Nada tan horrendo, tan lúgubre como permanecer en la sombría galería de los jueces de instrucción.

La galería, cuando Prosper llegó, estaba bastante animada. El banco se hallaba casi completamente ocupado. Ante la puerta de cada uno de los jueces de instrucción se hallaban grupos de testigos y se hablaba en voz baja. Constantemente iban y venían los gendarmes, cuyas gruesas botas resonaban en las baldosas, que traían o se llevaban a los prisioneros. A veces, dominando el sordo murmullo, se oía un sollozo y una mujer, madre o hermana de algún detenido, se llevaba un pañuelo a los ojos. A cortos intervalos una puerta se abría y volvía a cerrarse, y la voz de un ujier gritaba un nombre o un número.

Ante ese espectáculo, ante esos infamantes contactos, en esa atmósfera cálida y cargada de extrañas emanaciones, el cajero se sintió desfallecer cuando un viejecillo vestido de negro, con las insignias de su dignidad, la cadena de acero en bandolera, gritó:

—¡Prosper Bertomy!

El infeliz se levantó, rígido, y, sin saber cómo, se halló en el despacho del juez de instrucción.

Al entrar quedó cegado. Había estado en un lugar bastante oscuro y la ventana de la habitación en la que entraba, colocada ante la puerta, dejaba entrar chorros de una luz viva y deslumbrante.

Aquel despacho, como todos los de la galería, no tenía un aspecto particular. Parecía el de cualquier hombre de negocios.

El rostro de *monsieur* Patrigent, rostro irregular, enmarcado por cortas patillas pelirrojas, animado por ojos vivos y espirituales, respirando bondad, era de los que atraen y tranquilizan de inmediato.

—Tome una silla —dijo a Prosper.

Tal atención fue muy apreciada por el detenido porque esperaba ser tratado con el mayor desprecio. Le pareció un favorable augurio y le devolvió cierta libertad de espíritu.

Mientras, *monsieur* Patrigent había hecho una señal a su secretario.

—Comenzamos, Sigault —dijo—. Atención.

Y volviéndose hacia Prosper:

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

—Auguste-Prosper Bertomy, señor.

—¿Qué edad tiene usted?

—Cumpliré treinta años el cinco de mayo próximo.

—¿Cuál es su profesión?

—Soy, señor, es decir era el cajero de la banca André Fauvel.

El magistrado le interrumpió para consultar una pequeña agenda que tenía a su lado. Prosper, que seguía con atención todos sus movimientos, empezaba a hacerse ilusiones, pensando que un hombre que parecía tener tan pocas prevenciones contra él jamás le retendría en prisión.

Hallado el dato que buscaba, *monsieur* Patrigent continuó el interrogatorio:

—¿Dónde vive usted? —preguntó.

—En la rué Chaptal, 39, desde hace cuatro años. Antes vivía en el *boulevard* del Batignolles, número siete.

—¿Dónde nació usted?

—En Beaucaire, departamento del Gard.

—¿Viven todavía sus padres?

—Perdí a mi madre hace dos años, señor, pero todavía tengo padre.

—¿Vive en París?

—No, señor, vive en Beaucaire con mi hermana que está casada con uno de los ingenieros del canal del Midi.

Prosper contestó a estas últimas preguntas con una voz terriblemente turbada. Y es que hay momentos en la vida en los que el recuerdo de la familia alienta y consuela, pero hay otros momentos horribles en los que se desearía estar solo en el mundo y haber salido del hospicio.

Monsieur Patrigent advirtió perfectamente la emoción del detenido al hablar de sus padres.

—¿Y cuál es —continuó— la profesión de su padre?

—Fue contramaestre del Ministerio de Obras Públicas, señor, y luego empleado del canal del Midi, como mi cuñado; ahora está jubilado.

Se produjeron unos instantes de silencio. El juez de instrucción había colocado el sillón de modo que aun pareciendo tener la cabeza vuelta no se perdía nada de la fisonomía de Prosper.

—¡Bueno! —dijo de pronto—, está usted acusado de haber robado a su patrón 350 000 francos.

Desde hacía veinticuatro horas, el infeliz joven había tenido tiempo de familiarizarse con la terrible idea de tal acusación pero, sin embargo, formulada y precisada de tal modo, le aterró y fue incapaz de articular una sílaba.

—¿Qué responde usted? —insistió el juez de instrucción.

—¡Soy inocente, señor, se lo juro, soy inocente!

—Así lo espero por usted —dijo *monsieur* Patrigent—, y puede usted contar conmigo para que le ayude con todas mis fuerzas a demostrar su inocencia. ¿Tiene usted, al menos, algún hecho que pueda alegar en su defensa, algunas pruebas?

—¡Ah, señor! Qué puedo decirle cuando ni siquiera yo comprendo qué ha podido pasar. Sólo puedo invocar mi vida...

El magistrado interrumpió a Prosper con un gesto.

—Precisemos —dijo—, el robo ha sido cometido en tales circunstancias que las

sospechas sólo pueden, al parecer, alcanzar a *monsieur* Fauvel o a usted. ¿Puede sospecharse de alguien más?

—No, señor.

—Usted afirma que es inocente, por lo tanto el culpable es *monsieur* Fauvel.

Prosper no contestó.

—¿Tiene usted —insistió *monsieur* Patrigent— algún motivo para creer que su patrón se ha robado a sí mismo? Por leve que sea, dígamelo.

Y como el detenido seguía guardando silencio:

—Vamos —continuó el juez—, ya veo que necesita reflexionar un poco más. Escuche la lectura de su interrogatorio que va a hacer mi secretario, luego firmará usted y le llevarán de nuevo a la cárcel.

El infeliz estaba aniquilado. El último atisbo de esperanza que había iluminado su desesperación, se extinguía. No escuchó nada de cuanto Sigault leyó y, a ciegas, firmó.

Al salir del despacho del juez titubeaba tanto que su guardián le aconsejó que se apoyara en él.

—¿La cosa no ha ido bien? —le preguntó el hombre—; vamos, caballero, valor.

¡Valor! Prosper ya no lo tenía cuando se halló de nuevo en su celda; pero, con la cólera, el odio entró en su corazón. Se había prometido hablar con el juez de instrucción, defenderse, establecer su inocencia y no le habían dado tiempo. Se reprochó amargamente haber creído en apariencias benevolentes.

«¡Qué farsa! —se decía—, ¿esto es un interrogatorio?».

No, aquello no había sido un interrogatorio sino una simple formalidad.

Al hacer comparecer a Prosper, *monsieur* Patrigent obedecía el artículo 93 del Código de instrucción criminal, que dice «todo inculpado contra el que se haya dictado orden de detención será interrogado en un plazo máximo de veinticuatro horas».

Pero en veinticuatro horas un juez de instrucción no puede reunir, sobre todo en un asunto como aquel, sin cuerpo del delito, sin pruebas materiales, sin indicio alguno, los elementos de un interrogatorio.

Para vencer la terca defensa de un detenido que se encierra en la negación como en una fortaleza, se precisan armas. Y *monsieur* Patrigent se ocupaba de preparar tales armas. Si Prosper hubiera permanecido una hora más en la galería habría podido ver al mismo ujier que le había llamado saliendo del despacho del juez de instrucción y gritando:

—¡El número 3!

El testigo que tenía el número 3 y que se había sentado aguardando su turno, en el banco de madera, era *monsieur* André Fauvel.

El banquero no era ya el mismo hombre. Mientras permaneció en su despacho, parecía animado por benévolas intenciones; sin embargo cuando entró en el despacho del juez, parecía muy irritado contra su cajero. La reflexión que —por lo general conlleva junto con la calma la necesidad de perdonar— en él había desatado cólera y deseos de venganza.

Apenas si habían finalizado las inevitables preguntas que inician cualquier interrogatorio cuando, dominado por su fogosa naturaleza, estalló en recriminaciones, e incluso, invectivas contra Prosper.

Monsieur Patrigent tuvo que imponerle silencio, recordándole que debía dominarse fueran cuales fuesen los delitos de su empleado.

Mientras con el detenido, poco antes, el juez de instrucción se mostraba deferente, ahora estaba atento y metucioso. Porque el interrogatorio de Prosper había sido sólo una formalidad, la comprobación de un hecho brutal. Ahora se trataba de investigar los hechos accesorios, las particularidades; agrupar por fin las circunstancias más insignificantes, en apariencia, para obtener una convicción.

—Procedamos por orden, caballero —dijo a *monsieur* Fauvel—, y, por el momento, límitese, se lo ruego, a contestar mis preguntas. ¿Dudaba usted de la honradez de su cajero?

—¡En absoluto! Y, sin embargo, tenía mil razones para sentirme inquieto.

—¿Qué razones?

—*Monsieur* Bertomy, mi cajero, jugaba. Pasaba noches enteras jugando al *baccarat*, y en diversas ocasiones supe que había perdido fuertes cantidades. Frecuentaba malas compañías. Cierta vez, con uno de los clientes de mi casa, *monsieur* de Clameran, se vio mezclado en un asunto escandaloso de juego, que había comenzado en casa de una mujer y que terminó en la comisaría.

Y durante más de un minuto el banquero se desencadenó contra Prosper. Cuando por fin se detuvo:

—Admita, caballero —dijo el juez—, que ha sido usted muy imprudente, por no decir culpable, al haber confiado su caja a un hombre semejante.

—¡Ay, señor! —contestó *monsieur* Fuvel—, Prosper no fue siempre así. Hasta el año pasado fue el modelo de los hombres de su edad. Admitido en mi casa formaba parte de mi familia, pasaba sus veladas con nosotros. Era el amigo íntimo de mi hijo mayor, Lucien. Luego, de pronto, bruscamente, de la noche a la mañana, dejó de visitarnos y no lo volvimos a ver. Sin embargo, yo tenía poderosos motivos para creerle muy enamorado de mi sobrina Madeleine.

Monsieur Patrigent frunció ligeramente sus cejas del modo que le era habitual cuando creía haber encontrado un indicio.

—¿No puede ser precisamente esta inclinación —preguntó— la que haya determinado el alejamiento de *monsieur* Bertomy?

—¿Por qué? —dijo el banquero con aire sorprendido—. Yo le habría concedido de buena gana la mano de Madeleine y, para ser franco, suponía que me la pediría. Mi sobrina hubiera sido un buen partido, un inesperado partido para él; es muy bonita y tendrá medio millón de dote.

—¿De modo que no encuentra usted motivo alguno para la conducta de su cajero? El banquero pareció buscar.

—Absolutamente ninguno —respondió—. Siempre supuse que Prosper había sido arrastrado fuera del recto camino por un joven a quien conoció en mi casa, en aquella época, *monsieur* Raoul de Lagors.

—¡Ah...!, ¿quién es ese joven?

—Un pariente de mi mujer, un muchacho encantador, espiritual, bien educado, algo aturdido pero lo bastante rico como para pagar sus torpezas.

El juez de instrucción no tenía ya aspecto de escuchar; anotaba en su agenda el nombre de Lagors a continuación de una lista de nombres ya larga.

—Ahora —continuó—, vayamos al hecho: Usted está seguro de que el robo no ha sido cometido por nadie de su casa.

—Prácticamente seguro; sí, señor.

—¿No deja usted nunca su llave?

—Pocas veces. Y cuando no la llevo conmigo la pongo en uno de los cajones del *secrétaire* de mi habitación.

—¿Dónde estaba la noche del robo?

—En mi *secrétaire*.

—Pero entonces...

—Perdón, señor —interrumpió *monsieur* Fauvel—, permítame hacerle observar que en una caja fuerte como la mía la llave no significa nada. Ante todo hay que conocer la combinación de letras para mover los cinco botones. En último extremo puede abrirse con la palabra y sin la llave, pero sin la combinación...

—¿Y usted no le dijo la combinación a nadie?

—A nadie, no señor. Y además, muchas veces, yo hubiera tenido muchas dificultades para decir cuál era la combinación que abría mi caja. Prosper la cambiaba cuando le parecía bien, me avisaba y, a veces, yo la olvidaba.

—¿La había olvidado usted el día del robo?

—No, la combinación había sido cambiada la ante víspera y su singularidad me sorprendió.

—¿Qué palabra era?

—Gypsy, G,Y,P,S,Y —dijo el banquero deletreando.

Monsieur Patrigent anotó también ese nombre.

—Una pregunta más, caballero —dijo—, ¿estaba usted en su casa el día del robo?

—No, señor. Cené en casa de unos amigos y pasé allí la velada. Cuando regresé a casa, hacia la una, mi mujer estaba ya acostada y yo me acosté de inmediato.

—¿E ignoraba usted qué cantidad había en la caja?

—Por completo. Según mis órdenes formales debía suponer que sólo había una cantidad insignificante: así lo declaré al señor comisario y *monsieur* Bertomy lo reconoció.

—Efectivamente, así consta en el acta.

Monsieur Patrigent calló. Para él todo estribaba en este hecho: «El banquero ignoraba que hubieran 350 000 francos en la caja, y Prosper había faltado a su deber al retirarlos del banco», por lo tanto... era fácil extraer la conclusión.

Viendo que el juez ya no le interrogaba, el banquero pensó que por fin podía soltar todo lo que llevaba encerrado dentro.

—Pienso, señor, que estoy por encima de cualquier sospecha —comenzó—, y sin embargo, sólo dormiré tranquilo cuando esté perfectamente probada la culpabilidad de mi cajero. La calumnia ataca con preferencia al hombre que ha triunfado; pueden calumniarme. 350 000 francos son una fortuna capaz de tentar al más rico. Le agradeceré que haga examinar la situación de mi empresa, este examen probará que no puedo tener ningún interés en robarme a mí mismo. La prosperidad de mis negocios...

—Basta, caballero.

Bastaba, en efecto. *Monsieur* Patrigent estaba informado ya y sabía tan bien como el banquero qué pensar de la situación. Le rogó que firmara el interrogatorio y le acompañó hasta la puerta, cortesía rara en él.

Monsieur Fauvel salió, Sigault, el secretario, se permitió una observación.

—Este es un asunto endiabladamente oscuro —dijo—. Si el cajero es hábil y se mantiene firme, me parece muy difícil que logremos procesarle.

—Tal vez —respondió el juez—; pero veamos a los demás testigos.

El que tenía el número 4 era Lucien, el hijo mayor de *monsieur* Fauvel.

Aquel joven, alto y bien parecido, de veintidós años, respondió que quería mucho a Prosper, que sabía que sentía por él mucho afecto y que siempre le había considerado un hombre honesto, incapaz incluso de una indelicadeza.

Declaró que ni siquiera ahora podía explicarse cómo y por qué circunstancias fatales Prosper había llegado a cometer un robo. Había advertido que Prosper jugaba, pero no tanto como se afirmaba. Jamás había visto que hiciera gastos por encima de sus posibilidades.

Acerca de su prima Madeleine, respondió:

—Siempre pensé que Prosper estaba enamorado de Madeleine y hasta ayer estaba convencido que se casaría con ella, sabiendo que mi padre no se opondría a tal boda. Siempre atribuí el alejamiento de Prosper a una pelea con mi prima, pero estaba persuadido de que terminarían reconciliándose.

Esta declaración, más aún que la de *monsieur* Fauvel, esclareció el pasado del cajero, pero no reveló en apariencia indicio alguno del que pudiera sacarse partido en aquellas circunstancias.

Lucien firmó su declaración y se retiró.

Había llegado el momento de interrogar al joven Cavaillon.

El pobre muchacho se hallaba, cuando se presentó al juez, en un estado que daba compasión. Tras haber contado, con gran secreto, la víspera, a uno de sus amigos, pasante de abogado, su aventura con el agente de policía, el pasante se había burlado groseramente de su cobardía. Sentía terribles remordimientos y había pasado la noche reprochándose haber perdido a Prosper.

Tenía por lo menos el mérito de esforzarse en reparar lo que él llamaba su traición.

No acusó a *monsieur* Fauvel pero declaró valerosamente que era amigo del cajero, que le debía muchos favores, y que estaba seguro de su inocencia como de la suya propia.

Por desgracia, además de no tener prueba alguna para apoyar sus afirmaciones, la apasionada declaración de amistad quitaba mucho valor a su testimonio.

Tras Cavaillon, seis u ocho empleados de la casa Fauvel desfilaron uno tras otro por el despacho del juez; pero sus declaraciones fueron casi todas insignificantes.

Uno de ellos, sin embargo, proporcionó un detalle que el juez anotó. Pretendió saber que Prosper había especulado en la Bolsa, por medio de *monsieur* Raoul de Lagors, y ganado sumas importantes.

Daban las cinco cuando terminó la lista de testigos citados para aquel día. Pero la tarea de *monsieur* Patrigent no había terminado todavía. Llamó al ujier, que apareció en seguida, y le dijo:

—Vaya rápidamente a buscar a Fanferlot.

El agente tardó en obedecer las órdenes del juez. Había encontrado en la galería a uno de sus colegas, se había creído obligado a cierta cortesía, y el ujier tuvo que ir a buscarlo a la tabernucha de la esquina.

—¿Desde cuándo se hace usted esperar? —dijo severamente el juez cuando Fanferlot entró. Fanferlot se había presentado haciendo una inclinación. Y es que, pese a su risueño rostro, le torturaban mil inquietudes. Para seguir a solas el asunto Bertomy tenía que jugar un doble juego que podía ser descubierto. Tenía que encender una vela al dios de la justicia y otra al diablo de su ambición, corriendo así grandes riesgos, el menor de los cuales era perder su puesto.

—Tengo mucho trabajo —respondió para excusarse—, y no he perdido el tiempo.

Y de inmediato se puso a dar cuenta de sus gestiones. No sin dificultad, pues hablaba con toda clase de restricciones, eligiendo lo que debía decir y lo que podía callar. Confesó así la historia de la carta de Cavaillon. Entregó incluso al juez la carta que había robado a Gypsy, pero no dijo una palabra de Madeleine. En cambio, dio acerca de Prosper y *madame* Gypsy una multitud de detalles biográficos recogidos de aquí y de allá.

A medida que iba avanzando en su relato, las convicciones de *monsieur* Patrigent se hacían más firmes.

—Evidentemente —murmuró— el joven es culpable.

Fanferlot hizo caso omiso de esta reflexión. No era su opinión pero le encantaba la idea de que el juez iba equivocado pensando que así mayor sería su gloria al descubrir al verdadero culpable. Lo deplorable era que ignoraba todavía cómo llegar a tan bellos resultados. Tras escuchar todas las informaciones, el juez despidió a su agente encomendándole distintas misiones y citándole para el día siguiente.

—Sobre todo —dijo al terminar—, no pierda de vista a la muchacha, a Gypsy; debe saber dónde está el dinero y puede ponernos en la pista.

Fanferlot sonrió maliciosamente.

—El señor juez puede estar tranquilo —dijo—; la dama está en buenas manos.

Cuando quedó solo, y aunque fuese ya tarde, *monsieur* Patrigent dio órdenes para la convocatoria de otros testigos de los que esperaba importantes declaraciones.

Este asunto lo tenía completamente subyugado: le atraía y le irritaba al mismo tiempo. Le parecía descubrir en él ciertos aspectos oscuros y misteriosos que se había jurado desvelar.

Al día siguiente, mucho antes de su hora acostumbrada estaba ya en su despacho. Escuchó aquel día a *madame* Gypsy, hizo regresar a Cavaillon y envió a buscar a *monsieur* Fauvel. Durante los siguientes días desplegó una actividad semejante.

Sólo faltaron dos de los testigos citados.

El primero era el conserje del banco que Prosper había enviado a retirar los fondos: se hallaba gravemente enfermo a causa de una caída.

El segundo era *monsieur* Raoul de Lagors.

Pero su ausencia no impidió que el dossier de Prosper aumentara, y el lunes siguiente, es decir cinco días después del robo, *monsieur* Patrigent creyó tener entre las manos bastantes pruebas morales como para aplastar al detenido.

Mientras que toda su vida era objeto de las más minuciosas investigaciones, Prosper se hallaba en prisión, incomunicado. Las dos primeras jornadas no le habían parecido demasiado largas. A petición suya le habían dado algunas hojas de papel, numeradas, de las que debía dar cuenta, y escribía con una especie de rabia planes de defensa y memorandos justificativos. A) tercer día comenzó a ponerse nervioso, pues sólo veía a los penados que prestaban servicio en la sección de los incomunicados y al carcelero que se encargaba de llevarle las comidas.

—¿No van a interrogarme otra vez? —preguntaba siempre.

—Ya le llegará el turno —respondía invariablemente el carcelero.

Y el tiempo pasaba, y el infeliz torturado por las angustias de la incomunicación, que destroza las naturalezas más enérgicas, caía en la más sombría desesperación.

—¿Acaso estoy aquí para siempre? —gritaba.

No, no le habían olvidado, pues el lunes por la mañana, a una hora en la que los carceleros no acudían nunca, oyó rechinar los cerrojos de la celda.

Se levantó de un salto y corrió hacia la puerta.

Pero, viendo a un hombre de cabellos blancos de pie en el umbral, pareció fulminado.

—¡Mi padre —balbuceó—, mi padre!

—Sí, su padre...

Un sentimiento de inmensa alegría había reemplazado el primer estupor de Prosper.

Sin pensar, llevado por un impulso de enternecida efusión, Prosper abrió los brazos como para arrojarlos al cuello de su padre.

Monsieur Bertomy le rechazó con dureza.

—Aléjese —ordenó.

Entró entonces en la celda cuya puerta volvió a cerrarse. El padre y el hijo estaban por fin solos, frente a frente. Prosper roto, aniquilado, *monsieur Bertomy* irritado, casi amenazador.

Rechazado por ese postrer amigo, su padre, el infeliz cajero pareció envararse bajo un dolor atroz.

—¡También usted —gritó—, usted...! También usted me cree culpable.

—Ahórrese esta vergonzosa comedia —interrumpió *monsieur Bertomy*—, lo sé todo.

—Pero soy inocente, padre, lo juro por la sagrada memoria de mi madre.

—¡Desgraciado! —gritó *monsieur Bertomy*—, ¡no blasfeme!

Una ternura irresistible se apoderó de él y con voz débil, casi ininteligible, añadió:

—Su madre ha muerto, Prosper, yo ignoraba que llegaría el día en el que bendeciría a Dios por habérsela llevado. ¡Su crimen la hubiera matado!

Se produjo un largo, silencio; por fin, Prosper prosiguió:

—Me abruma usted, padre mío, en el momento en que preciso todo mi valor, cuando soy víctima de la más odiosa maquinación.

—¡Víctima! —dijo *monsieur* Bertomy—, ¡víctima...! Es decir que intenta usted calumniar con sus insinuaciones al hombre honorable y bueno que le ha cuidado, que le ha cubierto de bondades, que le había asegurado una posición brillante, que le estaba preparando un inesperado porvenir. Basta con haberle robado, no le calumnie.

—¡Por piedad, padre mío! Déjeme decirle...

—¡Cómo!, ¿acaso va usted a negar las bondades de su patrón? Y sin embargo, estaba usted tan seguro de su afecto que un día me escribió diciéndome que me preparara a viajar hasta París para solicitar a *monsieur* Fauvel la mano de su sobrina. ¿Era una mentira...?

—No —respondió Prosper con voz ahogada—, no...

—De eso hace un año; amaba usted a *madame* Madeleine, entonces al menos eso me escribió...

—Sí todavía la amo, padre mío. Más que nunca; jamás he dejado de amarla.

Monsieur Bertomy hizo un gesto de despectiva piedad:

—¡De verdad! —gritó—. Y pensar en la casta y pura jovencita que usted ama no le detuvo en el umbral del vicio. ¡La ama! ¿Cómo se atreve, pues, sin ruborizarse, a presentarse ante ella cuando deja sus deshonorosas compañías?

—¡En nombre del cielo! Déjeme explicarle por qué fatalidad Madeleine...

—Basta, caballero, basta. Lo sé todo, ya se lo he dicho. Ayer vi a su patrón. Esta mañana he visto a su juez y gracias a su bondad he podido llegar hasta usted. Sepa que he debido, yo, permitir que me registrasen, que me desnudaran casi, para entrar aquí. Creían que le traía un arma.

Prosper ya no intentó luchar. Se había dejado caer, desesperado, en el taburete de su prisión.

—Ha visto su apartamento y he comprendido su crimen. He visto forros de seda en todas las puertas y cuadros de marcos dorados en las paredes. En casa de mi padre las paredes estaban encaladas y sólo había un sillón en la casa, el de mi madre. Nuestro único lujo era nuestra honradez. Usted ha sido el primero de la familia en tener alfombras de Aubusson; cierto que es también usted el primer ladrón de nuestra familia.

Ante este último insulto la sangre afluyó a las mejillas de Prosper; sin embargo, no se movió.

—Pero ahora se quiere lujo —prosiguió *monsieur* Bertomy, animándose y exaltándose ante el sonido de sus palabras—; se quiere lujo a cualquier precio. Se desea la insolente opulencia y el fasto del nuevo rico antes de llegar a serlo. Se mantienen amantes que llevan chinelas de satén forradas de plumón, como las que he visto al pie de su lecho, y se tienen criados de librea. ¡Y se cometen robos!

Y los banqueros han llegado a no poder confiar a nadie la llave de sus cajas. Y cada mañana algún robo inesperado llena de lodo a familias honorables...

Monsieur Bertomy se detuvo de pronto; acababa de advertir que su hijo no parecía en estado de escucharle.

—Dejémoslo ahí —continuó—, no he venido a hacerle reproches, he venido para salvar, si es posible, algo de nuestro honor, para impedir que nuestro nombre salga en los periódicos de sucesos mezclado con los nombres de asesinos y ladrones. Levántese y escúcheme.

Ante la imperiosa voz de su padre, Prosper se levantó. Tantos golpes sucesivos le habían reducido al estado de hosca insensibilidad del miserable que ya no tiene nada que temer.

—Ante todo —comenzó *monsieur Bertomy*—, ¿cuánto le queda todavía de los trescientos cincuenta mil francos que ha robado?

—Una vez más, padre mío —respondió el infeliz con acento de horrenda resignación—, una vez más: soy inocente.

—De acuerdo, esperaba esta respuesta. Así pues, nuestra familia reparará el perjuicio que usted ha causado a su patrón.

—¡Cómo!, ¿qué quiere usted decir?

—Cuando supo su crimen, su cuñado me trajo la dote de su hermana: setenta mil francos. Por mi lado he podido reunir ciento cuarenta mil francos. En total llevo conmigo doscientos diez mil francos y voy a llevárselos a *monsieur Fauvel*.

Tal amenaza sacó a Prosper de su aniquilamiento.

—¡No hará usted una cosa así! —gritó con mal contenida ira.

—Lo haré antes de que termine el día. Por lo que respecta al resto de la cantidad, *monsieur Fauvel* me dará tiempo. Mi pensión de jubilado es de mil quinientos francos, puedo vivir con quinientos y todavía tengo suficientes fuerzas para desempeñar un trabajo; por su lado, su cuñado...

Monsieur Bertomy se detuvo de pronto, asustado ante la expresión del rostro de su hijo. Una cólera tan furiosa que parecía locura contraía sus rasgos; sus ojos, apagados hasta hacía poco, lanzaban chispas.

—No tiene usted derecho, padre mío —gritó—. No, no tiene usted derecho a actuar así. Es usted muy libre de negarse a creerme; pero no puede usted intentar una gestión que parecería una confesión y me perdería. ¿Quién le asegura que soy culpable? Pero ¿cómo, cuando la justicia duda, usted, mi padre, no duda y, más implacable que la justicia, me condena sin escucharme?

—¡Cumpliré con mi deber!

—Es decir que estoy al borde del abismo y usted va a precipitarme en él. ¿Le llama a esto su deber? ¡Cómo!, ¿no duda usted entre los extraños que me acusan y yo que le grito que soy inocente? ¿Por qué? ¿Porque soy su hijo? Nuestro honor está en peligro, es cierto; razón de más para apoyarme, para ayudarme a defenderlo y a salvarlo.

Prosper había sabido hallar los acentos que hacen penetrar la duda en lo más profundo de la conciencia y conmueven las más sólidas convicciones. *Monsieur*

Bertomy estaba conmovido.

—Sin embargo —murmuró—, todo le acusa.

—¡Ah, padre mío!, es que usted ignora que un día tuve que huir de Madeleine; era preciso. Estaba desesperado, quise aturdirme. Busqué el olvido, hallé el asco y la vergüenza. ¡Oh, Madeleine!

Se enterneció; pero pronto continuó con creciente violencia:

—¡No importa que todo esté contra mí!, sabré demostrar mi inocencia o pereceré en el intento. La justicia humana puede errar; inocente, puedo ser condenado; sea, sufriré mi pena; pero de la cárcel se sale...

—Infeliz, ¿qué está diciendo...?

—Digo, padre mío, que ahora soy otro hombre. A partir de aquí mi vida tendrá un objetivo, la venganza. Soy víctima de una maquinación infame. Mientras me quede una gota de sangre en las venas perseguiré a su autor. Y le encontraré, tendrá que expiar mis torturas y mis angustias. El golpe viene de la casa Fauvel, tengo que buscar por allí.

—¡Cuidado! —dijo *monsieur* Bertomy—, la cólera le está engañando...

—Sí, le comprendo, va usted a alabarme la honradez de *monsieur* André Fauvel; va usted a decirme que todas las virtudes se albergan en el seno de esta familia patriarcal. ¿Qué sabe usted? ¿Sería acaso la primera vez que hermosas apariencias de honestidad ocultaran los más vergonzosos secretos? ¿Por qué me despidió cuando sufre tanto como yo por nuestra separación, cuando todavía me ama? Me oye usted, todavía me ama..., estoy seguro, tengo la prueba.

La hora concedida a *monsieur* Bertomy para entrevistarse con su hijo había transcurrido, el carcelero fue a avisarle.

Quería salir grave e irritado como lo estaba al entrar: no tuvo ese cruel valor. Su corazón se rompió, abrió los brazos y estrechó a Prosper contra su pecho.

—¡Oh, hijo mío! —murmuró al retirarse—, ¡ojalá me hayas dicho la verdad...!

Prosper triunfaba, casi había convencido a su padre de su inocencia. Pero no tuvo tiempo de alegrarse por su victoria.

La puerta de la celda se abrió casi inmediatamente después de haberse cerrado y la voz del carcelero, como la primera vez, gritó:

—Vamos, señor, al interrogatorio.

Era necesario obedecer y obedeció.

Pero su aspecto no era ya el de los primeros días, en él se había operado un cambio completo. Caminaba con la frente alta, el paso seguro y el fuego de la resolución brillando en sus ojos.

Ahora conocía el camino y andaba algo por delante del gendarme que le acompañaba.

Cuando cruzó la pequeña sala baja en donde estaban los agentes y los guardias de servicio, se cruzó con aquel hombre de gafas de oro que, en la sala de atestados le había mirado fijamente durante tanto tiempo.

—¡Valor, *monsieur* Prosper Bertomy! —le dijo aquel personaje—. Si es usted inocente, le ayudaremos.

Prosper, sorprendido, se detuvo; buscaba una respuesta pero el hombre ya se había alejado.

—¿Quién es ese caballero? —preguntó al guardia que le seguía.

—¡Cómo!, ¿no le conoce usted? —respondió el guardia con profunda sorpresa—. Es *monsieur* Lecoq, de la Seguridad.

—¿Lecoq?

—Podría usted decir: «señor Lecoq» —dijo el guardia ofendido—; por eso no se le iba a caer la lengua. *Monsieur* Lecoq es un hombre como no hay otro y que sabe cuánto quiere saber. Si le hubiera tocado a usted en vez del empalagoso imbécil de Fanferlot, su asunto ya estaría resuelto hace tiempo. Con él jamás se eterniza. Pero parece conocerle.

—Jamás le había visto antes de que me trajeran aquí.

—No lo jure porque, ¿sabe usted?, nadie puede presumir de conocer el verdadero rostro de *monsieur* Lecoq. Hoy es una cosa y mañana otra; unas veces moreno y otras veces rubio, aquí joven, y allá tan viejo que se le darían cien años. Fíjese, a mí, a mí mismo, me engaña como quiere. Estoy hablando con un desconocido, ¡paf!, es él. Cualquiera puede ser él. Si me hubieran dicho que usted era él habría respondido: es muy posible. ¡Ah, él sí que puede envanecerse de hacer con su cuerpo lo que quiere!

El gendarme hubiera proseguido mucho tiempo con la leyenda de *monsieur* Lecoq, pero llegó con su detenido a la galería de los jueces de instrucción.

Esta vez Prosper no tuvo que aguardar en la humilde banqueta de madera; el juez le esperaba.

Era, en efecto, *monsieur* Patrigent quien, como profundo observador de los estados anímicos, había arreglado la entrevista de *monsieur* Bertomy con su hijo.

Estaba seguro de que entre el padre, hombre de rígida honradez, y el hijo, acusado de robo, tendría lugar una escena desgarradora, lamentable. Y contaba con que la escena destrozaría a Prosper.

Había dispuesto que le enviaran al detenido inmediatamente después, para que llegara con los nervios destrozados, tremendamente emocionado y arrancarle así la

verdad aprovechándose de su turbación y desesperación.

De modo que se sintió más que medianamente sorprendido por la actitud del cajero, actitud resuelta pero no envarada, orgullosa y segura, sin impertinencias ni desafíos.

—¡Bueno! —le preguntó para comenzar—, ¿ha reflexionado usted?

—Puesto que no soy culpable, señor, no tenía nada que reflexionar.

—¡Ah! —dijo el juez—, la prisión no ha sido buena consejera. Ha olvidado usted que, ante todo, quien debe merecer la indulgencia de los jueces necesita sinceridad y arrepentimiento.

—No necesito, señor, ni indulgencia ni perdón.

Monsieur Patrigent no pudo contener un gesto de despecho. Calló por unos momentos y luego dijo:

—¿Qué me respondería usted si le preguntara qué sabe usted de los 350 000 francos?

Prosper movió tristemente la cabeza.

—Si lo supiera —respondió simplemente—, yo estaría en libertad y no aquí.

—De modo —continuó—, que se aferra usted a su primer sistema. Persiste en acusar a su patrón.

—A él o a cualquier otro.

—¡Perdón! Sólo a él puesto que sólo él conocía la combinación. ¿Tenía algún interés en robarse a sí mismo?

—Lo he buscado, señor, pero no lo veo.

—¡Muy bien! —dijo con severidad el juez—, voy a decirle qué interés tenía usted en robarle.

Monsieur Patrigent hablaba como un hombre seguro de sí mismo, pero su seguridad era sólo aparente.

Estaba preparado para dar un último mazazo a un detenido que presumiblemente se le acercaría jadeante. Y ahora se sentía desconcertado al verle tan tranquilo y dispuesto a resistir.

—¿Quiere usted decirme —comenzó en un tono que revelaba su despecho—, quiere usted decirme cuánto ha gastado desde hace un año?

Prosper no necesitó cálculos ni reflexiones.

—Sí, señor —respondió sin dudar—. Las circunstancias eran tales que he podido ordenar perfectamente mi desorden; he gastado unos 50 000 francos.

—¿Y de dónde los ha sacado usted?

—Primero, señor, yo tenía 12 000 francos procedentes de la herencia de mi madre. He cobrado de *monsieur* Fauvel en concepto de sueldo y participación en los beneficios 14.0 francos. He ganado en la Bolsa unos 8.0 francos. El resto lo he pedido prestado, lo debo, pero puedo pagarlo puesto que tengo 15 000 francos, que me pertenecen, en casa de *monsieur* Fauvel.

Las cuentas estaban claras, precisas, fáciles de verificar; debían ser exactas.

—¿Quién le presta dinero?

—*Monsieur* Raoul de Lagors.

Aquel testigo, que había salido de viaje el mismo día del robo, no había podido ser escuchado. *Monsieur* Patrigent se veía forzado, al menos por el momento, a atenerse a la declaración de Prosper.

—Sea —dijo—, no insistiré en este punto. Dígame por qué pese a las órdenes formales de su patrón, ordenó usted que sacaran el dinero del banco la víspera y no el mismo día del pago.

—Es que *monsieur* de Clameran me había comunicado que le gustaría, incluso que le sería útil, tener su dinero a primeras horas de la mañana; él podrá decírselo si le hace llamar. Por otro lado yo pensaba llegar tarde a mi despacho.

—¿El tal *monsieur* de Clameran es pues uno de sus amigos?

—De ningún modo; incluso siento por él una especie de repulsión injustificada, lo reconozco; pero se relaciona bastante con mi amigo *monsieur* de Lagors.

Durante el tiempo, bastante largo, indispensable a Sigault, el secretario, para transcribir la respuesta del detenido, *monsieur* Patrigent le daba vueltas al asunto. Se preguntaba qué escena había podido tener lugar entre *monsieur* Bertomy y su hijo para transformar así a Prosper.

—Otra cosa —continuó el juez de instrucción—; ¿cómo pasó usted la velada la víspera del crimen?

—Al salir del despacho, a las cinco, tomé el tren de Saint Germain y fui al Vésinet a la casa de campo de *monsieur* Raoul de Lagors. Le llevaba 15.00 francos que me había pedido y que, en su ausencia, entregué a su criado.

—¿Le han dicho que *monsieur* de Lagors tuvo que salir de viaje?

—No, señor, ignoro incluso si está ausente de París.

—Muy bien. ¿Y qué hizo usted al salir de la casa de su amigo?

—Regresé a París y cené en uno de los restaurantes del bulevar con uno de mis amigos.

—¿Y luego?

Prosper dudó.

—Calla usted —continuó *monsieur* Patrigent—; entonces voy a decirle yo cómo empleó su tiempo. Regresó a su casa, a la rué Chaptal, se vistió y se dirigió a una velada que daba una de esas mujeres que se llaman artistas dramáticas y que deshonran los teatros en los que se exhiben, que cobran cien escudos de sueldo y que poseen caballos y coches. Esa noche usted se dirigió a casa de la Wilson.

—Es cierto, señor.

—¿Y se juega fuerte en las reuniones en casa de la Wilson?

—Algunas veces.

—Además, está usted acostumbrado a este tipo de reuniones. ¿No estuvo mezclado en una aventura escandalosa que había tenido lugar en casa de otra mujer de este tipo llamada Crescenzi?

—Digamos que tuve que declarar haber sido testigo de un robo.

—En efecto, el juego lleva al robo. Y en casa de la Wilson, ¿no jugó usted al *baccarat* perdiendo 1800 francos?

—Perdón, señor, sólo 1100.

—Sea. ¿Pagó usted por la mañana un billete de mil francos?

—Sí, señor.

—Además, quedaban 500 francos en su *secrétaire*, y cuando fue detenido llevaba en la cartera 400 francos. Es decir, en veinticuatro horas un total de cuatro mil quinientos francos.

Prosper no estaba desconcertado sino estupefacto. Sin sospechar los poderosos medios de investigación de que dispone la policía de París, se preguntaba cómo, en tan poco tiempo, el juez podía estar tan exactamente informado.

—Sus datos son exactos, señor —dijo por fin.

—¿De dónde procedía este dinero cuando la misma víspera iba usted tan corto de fondos que retrasó el pago de una factura poco importante?

—Señor, el día a que usted se refiere vendí por medio de un agente de cambio algunos títulos que poseía, obteniendo 3000 francos; además, tomé de la caja, como un adelanto de mi sueldo, 2000 francos. Nada tengo que ocultar.

Decididamente el detenido tenía respuesta para todo. *Monsieur* Patrigent tuvo que buscar otro punto de ataque.

—Y si no tiene nada que ocultar —dijo—, ¿por qué esta nota —la mostró— arrojada misteriosamente a uno de sus colegas?

El golpe llegó esta vez a su destino. Los ojos de Prosper vacilaron bajo la mirada del juez de instrucción.

—Creí —balbuceó—, quise...

—Quiso usted esconder a su amante.

—¡Bien, sí, señor, es cierto! Sabía que cuando un hombre se ve, como yo, acusado de un crimen, todas sus debilidades, todos los deslices de su vida se convierten en cargos terribles.

—Es decir, que comprendió usted que la presencia de una mujer en su casa daba un enorme peso a la acusación. Porque usted vive con una mujer...

—Soy joven, señor...

—¡Basta! La justicia puede perdonar deslices pasajeros, pero no excusar el escándalo de estas uniones que representan un desafío permanente arrojado a la moral pública. El hombre que se respeta tan poco como para vivir con una mujer perdida, no levanta a tal mujer hasta su nivel sino que desciende al de ella.

—¡Señor...!

—¿Sabe usted, imagino, quién es la mujer a la que usted permitía que dieran el nombre honorable llevado por su madre?

—*Madame* Gypsy, señor. Era institutriz cuando la conocí; nació en Oporto y llegó a Francia siguiendo a una familia portuguesa.

El juez de instrucción se encogió de hombros.

—Ni se llama Gypsy —dijo—, ni ha sido nunca institutriz, ni es portuguesa.

Prosper quiso protestar, pero *monsieur* Patrigent le impuso silencio. Buscó entre los papeles que contenía un enorme *dossier* colocado ante él.

—¡Ah!, aquí está —dijo—, escuche. Palmyre Chocareille, nacida en París en 1840, hija de Chocareille (Jacques), empleado de pompas fúnebres y de Caroline Piedlent, su mujer.

El detenido hizo un gesto de impaciencia. No comprendía que, en aquellos momentos, al juez le interesaba sobre todo probarle que nada escapa a la policía.

—Palmyre Chocareille —prosiguió— entró como aprendiz, a los doce años, en casa de un fabricante de zapatos, donde permaneció hasta los dieciséis años. Faltan datos durante un año. A los diecisiete años entró como criada en casa de los señores Dombas, tenderos, rué Saint-Genis, y permaneció tres meses. En este mismo año, 1857, pasó por ocho o diez casas. En 1858, harta de servir, entró como dependienta en una tienda de abanicos del pasaje Choiseul.

Mientras leía, el juez de instrucción observaba a Prosper buscando en su rostro el

efecto que sus revelaciones producían.

—A fines de 1858 —prosiguió— la Chocareille entró al servicio de una cierta señora Nunes y se va con ella a Lisboa. ¿Cuánto tiempo permanece en Portugal? ¿Qué hace allí? Mis informes permanecen mudos a este respecto. Lo cierto es que, en 1861, había regresado ya a París y era condenada por el tribunal del Sena a tres meses de prisión por lesiones. ¡Ah, sí, se había traído de Portugal el nombre de Nina Gypsy!

—Pero, señor —comenzó Prosper—, le aseguro que...

—Sí, ya comprendo; sin duda esta historia es menos novelesca que la que ella le contó; pero en cambio, tiene la virtud de ser cierta. Perdemos a Palmyre Chacareille, llamada Gypsy, a su salida de prisión. Pero la encontramos de nuevo, seis meses más tarde, tras haber conocido a un viajante de comercio llamado Caldas, que se había prendado de su belleza y le había puesto un apartamento cerca de la Bastilla. Vivía con él y llevaba su nombre cuando le abandonó para seguirle a usted. ¿Oyó usted hablar del tal Caldas?

—Nunca, señor...

—El infeliz amaba tanto a aquella muchacha que la noticia de su abandono estuvo a punto de hacerle enloquecer de dolor. Era, al parecer, un hombre enérgico y había jurado en público que mataría al que le había arrebatado su amante. Tenemos motivos para pensar que se suicidó. Lo cierto es que, poco después de la marcha de la Chocareille, vendió los muebles del apartamento y desapareció. Todos los esfuerzos para encontrar su rastro han sido inútiles.

El juez de instrucción se detuvo un momento como para permitir que Prosper reflexionara, luego, enfatizando bien las palabras, añadió:

—¡Esa es la mujer que ha sido su compañera, la mujer por la que usted ha robado...!

También esta vez, mal ayudado por las informaciones incompletas de Fanferlot, *monsieur* Patrigent equivocaba el camino. Había esperado arrancar un grito de pasión a Prosper, herido en lo más vivo, en absoluto, permaneció impassible. De cuanto el juez había dicho sólo retuvo el nombre del pobre viajante de comercio que se había suicidado, Caldas.

—Confiese al menos —insistió *monsieur* Patrigent—, que esta muchacha ha sido su perdición.

—No puedo confesar una cosa así, señor, pues no es cierta.

—Sin embargo, ella ha sido la causa de sus mayores gastos. Tome —el juez sacó una factura del *dossier*—, sólo en el último mes de diciembre pagó usted a un modisto, al señor Van-Klopen: dos vestidos de calle, 900 francos; un traje de noche, 700 francos; un dominó adornado con encaje, 400 francos.

—He gastado todo ese dinero porque he querido, fríamente, sin que nadie me obligara.

Monsieur Patrigent se encogió de hombros.

—Está usted negando la evidencia —dijo—. ¿Negará usted también que a causa

de esta muchacha renunció a sus costumbres de varios años y dejó de pasar sus veladas en casa de su patrón?

—No fue por su causa, señor, se lo aseguro.

—En ese caso, por qué, de pronto, desaparecer de una casa en la que usted parecía cortejar a una jovencita cuya mano le hubieran concedido según *monsieur* Fauvel me ha dicho, y como usted mismo escribió a su padre.

—Tuve razones que no puedo revelar —respondió Prosper con voz temblorosa.

El juez respiró. Por fin hallaba una grieta en las defensas del detenido.

—¿Acaso *madame* Madeleine le alejó a usted? —preguntó.

Prosper guardó silencio. Estaba a todas luces muy agitado.

—Hable —insistió *monsieur* Patrigent—, debo prevenirle que esta circunstancia es muy grave para usted.

—Sea cual sea el peligro del silencio, debo callar.

—Tenga cuidado —dijo el juez—, la justicia no acostumbra a reconocer escrúpulos de conciencia.

Monsieur Patrigent se calló. Aguardaba una respuesta que no llegó.

—Se obstina usted —continuó—, ¡muy bien!, prosigamos. En un año ha gastado, según usted, 50 000 francos. El atestado dice 70 000; pero admitamos su cifra. Sus recursos están agotándose, su crédito no existe ya, es imposible continuar este género de vida; ¿qué contaba usted hacer?

—No tenía proyecto alguno, señor, me decía que todo seguiría igual mientras pudiera y luego...

—Y luego se vaciaría la caja, ¿no es cierto?

—¡Eh, señor! —exclamó Prosper—, de ser culpable no estaría aquí. No hubiera sido tan tonto de regresar a la oficina, habría huido...

Monsieur Patrigent no pudo disimular una sonrisa de satisfacción.

—¡Por fin! —dijo—, he aquí el argumento que esperaba. Es precisamente no huyendo, quedándose para enfrentarse con la tempestad, como usted prueba su inteligencia. Varios procesos recientes han enseñado a los cajeros infieles que la huida al extranjero es un medio lamentable. El ferrocarril es rápido, pero el telégrafo eléctrico es más rápido todavía. Bélgica está a dos pasos; en Londres se detiene a un ladrón francés en 48 horas con una llamada. Ni siquiera América es ya un refugio seguro. Prudente, usted se ha quedado diciéndose: «puedo salir de esta y, en el peor de los casos, si sucumbo, tras tres o cinco años de reclusión podré gozar una fortuna». Mucha gente sacrificaría así cinco años de su vida por 350 000 francos.

—Pero, señor, si yo hubiera pensado así, no me hubieran bastado 350 000 francos; hubiera aguardado una ocasión y robado un millón.

—¡Oh! —dijo *monsieur* Patrigent—, no siempre puede esperarse.

Prosper reflexionaba y la contracción de sus facciones revelaba el esfuerzo de su pensamiento.

—Señor —dijo por fin—, hay un detalle que he olvidado a causa de mi turbación,

que me vuelve ahora a la memoria y que puede contribuir a mi justificación.

—Explíquese.

—El conserje que fue a buscar los fondos al banco me los trajo cuando yo sólo esperaba ya su regreso para partir. Estoy seguro, sí, seguro de haber guardado el dinero delante suyo. ¡Ah!, si él se hubiera dado cuenta. En cualquier caso, dejé la oficina antes que él.

—Muy bien —dijo *monsieur* Patrigent—, escucharemos lo que este muchacho tenga que decirnos. Ahora le llevarán de nuevo a su celda y, hágame caso, reflexione.

Monsieur Patrigent despedía así, con tanta brusquedad, a su detenido porque ese nuevo hecho, revelado de improviso, le inquietaba. La declaración del conserje iba a tener una enorme importancia. Si este afirmaba que había visto al cajero guardar los billetes y salir, ¿qué podría deducirse? ¿Era posible que estuviera de acuerdo con Prosper?

—Dígame, Sigault —preguntó a su secretario cuando hubo salido Prosper—, ¿ese conserje del que habla el detenido, ese Antonin, es el que no vino a declarar presentando como excusa un certificado médico de enfermedad?

—Precisamente, señor.

—¿Dónde vive?

—Señor —respondió Sigault—, Fanferlot me ha dicho que no está en su casa. Su herida era grave y, como debía permanecer mucho tiempo en la cama, hizo que le trasladaran al hospital Dubois.

—¡Muy bien!, voy a interrogarle hoy, ahora mismo. Tome lo que necesite y mande buscar un coche.

El hospital Dubois está muy lejos del Palacio de Justicia, pero el cochero de *monsieur* Patrigent, espoleado por la promesa de una magnífica propina, supo dar a sus flacos rocines la velocidad de caballos purasangre.

¿Se hallaría Antonin en condiciones de responder? Esta era la cuestión.

Pero el director del hospital pronto tranquilizó al juez de instrucción.

El infeliz conserje se había roto la rodilla al caer; sufría mucho pero estaba perfectamente lúcido.

—Siendo así, señor —dijo el juez—, le agradecería que me condujera junto a ese hombre, al que debo interrogar; pero sería conveniente, si es posible, que nadie pudiera escuchar su declaración.

—¡Oh!, nadie oirá nada —respondió el director—; está en una habitación de cuatro camas, cierto es, pero está solo.

—¡Muy bien! En ese caso, vamos.

Viendo entrar al juez de instrucción seguido de un joven alto y delgado que llevaba una cartera de abogado, Antonin, sabiendo quiénes eran, adivinó de qué se trataba.

—¡Ah! —dijo—, el señor viene por el asunto de *monsieur* Bertomy.

—Exactamente.

Monsieur Patrigent permaneció de pie junto a la cama del enfermo mientras Sigault, el secretario, se instalaba con sus papeles en una mesita.

Cuando el conserje hubo contestado a todas las preguntas habituales y declarado que se llamaba Antonin Poche, que tenía cuarenta años, que era soltero y había nacido en Cadaujac (Gironde):

—Veamos, amigo mío —dijo el juez—, ¿se siente usted en condiciones de contestar?

—Perfectamente, señor.

—¿Fue usted quien, el 27 de febrero, fue a buscar al banco los 350 000 francos que han sido robados?

—Sí, señor.

—¿A qué hora regresó?

—Bastante tarde; tuve trabajo en el Crédito Mobiliario antes de ir al banco; debían ser las cinco cuando regresé a la oficina.

—¿Recuerda usted lo que hizo *monsieur* Bertomy cuando le entregó usted la suma? No se precipite en la respuesta, intente recordarlo bien.

—Espere..., primero contó los billetes e hizo cuatro paquetes que introdujo en la caja, y luego... cerró la caja, y más tarde... me parece... sí, sí, no me equivoco, sí, salió.

Pronunció estas últimas palabras con tanta vivacidad que, olvidando su rodilla hizo un movimiento que le arrancó un grito.

—¿Está usted seguro de lo que dice? —preguntó el juez de instrucción.

El tono solemne de *monsieur* Patrigent pareció asustar a Antonin.

—¡Seguro...! —respondió con marcado titubeo—, comprende usted... me apostararía la cabeza. Pero no puedo decir que esté completamente seguro.

Fue imposible obligarle a precisar su declaración. Tenía miedo, ya se veía comprometido. Por menos de nada se habría retractado.

Pero el efecto se había producido ya y, al salir, *monsieur* Patrigent dijo a su secretario:

—Es grave, muy grave.

El hotel del *Grand-Archange*, refugio de *madame* Gypsy, es el mejor del quai Saint-Michel.

Madame Alexandre, que fue una hermosa mujer, era hoy una matrona terriblemente oprimida por sus corsés y excesivamente arreglada siempre, quien gustaba exhibir cadenas de oro pendiendo de sus imponentes senos.

Su mirada era vivaz todavía y sus dientes blancos; pero ¡ay!, tenía la nariz roja. Y es que, de todos sus gustos, y bien sabe Dios que ha tenido muchos en su vida, muchos y de todas clases, sólo ha sobrevivido uno. Le gusta la buena carne generosamente regada.

Perdón, también adora a su marido, y mientras *monsieur* Patrigent regresaba del hospital, ella comenzaba a estar muy impaciente puesto que su «maridito» no llegaba para la cena. Se disponía incluso a sentarse a la mesa cuando el mozo del hotel gritó:

—Aquí viene el señor.

Y Fanferlot en persona apareció en el umbral.

Tres años antes, Fanferlot tenía una pequeña oficina de detective privado; *madame* Alexandre, vendedora de bisutería sin licencia, necesitó que vigilaran a algunos deudores sospechosos; ahí empezaron sus primeras relaciones.

Si se casaron de verdad en el juzgado y en la iglesia fue porque, de ese modo, les pareció que un sacramento sería el bautismo que lavara su pasado.

A partir de aquel día, Fanferlot dejó su despacho de investigación para entrar en la Prefectura en la que antes había estado empleado, y *madame* Alexandre renunció al comercio.

Haciendo un solo capital con sus ahorros alquilaron y amueblaron el hotel del *Grand-Archange*, y prosperaron, estimados, o casi, por el vecindario que ignoraba las relaciones de Fanferlot con la Prefectura de policía.

—Qué tarde vienes, maridito —gritó ella dejando el cucharón para correr a besarlo.

Pero él recibió las caricias con aire distraído.

—Estoy agotado —dijo—; he jugado todo el día al billar con Evariste, el criado de *monsieur* Fauvel, le he dejado ganar tanto como ha querido; y es un tipo que no sabe siquiera lo que es un taco... ¡En fin! Le conocí anteayer y ahora soy su mejor amigo; si quiero entrar en el banco como conserje en vez de Antonin, estoy seguro de la protección de *monsieur* Evariste.

—¡Cómo! ¡Vas a hacerte conserje, tú!

—¡Maldición!, si es necesario para ver las cosas claras en la casa Fauvel y estudiar mis personajes de más cerca...

—¿No te ha dicho nada el criado?

—Al menos nada que pueda servirme y, sin embargo, le he dado la vuelta como si fuera un guante. El tal banquero es un hombre de los que ya no quedan. No tiene un

solo vicio, según dice Evariste, ni siquiera un mal defectillo con el que su criado pueda ganarse unas monedas. No fuma, no bebe, jamás juega, no tiene amantes; ¡un verdadero santo! Es millonario y vive modestamente, avaramente, como un tendero; está loco por su mujer, adora a sus hijos, recibe a menudo, pero sale raras veces.

—¿Es joven su mujer?

—Debe tener unos cincuenta años.

Madame Alexandre reflexionó un momento.

—¿Te has informado —preguntó— sobre las demás personas de la familia?

—Claro. Uno de los hijos es oficial no sé dónde, no hablemos de él: es el más joven. El mayor, Lucien, que vive con sus padres, es, por lo que parece, prudente como una damisela.

—¿Y la mujer, y esa sobrina de la que me has hablado?

—Evariste no ha podido decirme nada de ella.

Madame Alexandre se encogió de hombros.

—Si no has encontrado nada es que no hay nada. Mira, ¿sabes lo que haría en tu lugar?

—Habla.

—Iría a consultar a *monsieur Lecoq*.

Al oír este nombre Fanferlot saltó como si hubieran disparado un tiro junto a su oreja.

—¡Bonito consejo! —dijo—, ¿quieres que pierda mi puesto? Si *monsieur Lecoq* sospechara tan sólo lo que he querido hacer...

—¿Quién habla de decirles tu secreto? Se le pregunta su opinión con aire indiferente; se toma nota de lo que pueda tener de bueno y, luego, se actúa como se quiere.

El agente pareció sopesar las razones de su esposa.

—Tal vez tengas razón —dijo—, sin embargo, *monsieur Lecoq* es endiabladamente malicioso, y muy capaz de descubrirme.

—¡Malicioso...! —respondió *madame Alexandre* molesta—, ¡malicioso...! Habéis sido vosotros, todos los de la Prefectura quienes, a fuerza de repetir esto, habéis forjado su reputación.

—En fin —concluyó Fanferlot—, veremos. Ya pensaré en ello, pero mientras, ¿qué dice la pequeña?

La pequeña era *madame* Nina Gypsy.

Al instalarse en el *Grand-Archange*, la pobre muchacha creyó seguir un buen consejo, y todavía ahora, puesto que Fanferlot no se había mostrado, estaba convencida de que había obedecido a un amigo de Prosper. Cuando recibió la citación de *monsieur* Patrigent, admiró la habilidad de la policía que en tan poco tiempo había descubierto su escondrijo; pues se había instalado en el hotel con un falso nombre, es decir con su nombre verdadero. Palmyre Chocareille.

Hábilmente interrogada por la antigua vendedora de bisutería, se había sincerado

sin desconfianza, contando toda su historia.

De este modo, con poco esfuerzo, Fanferlot había podido quedar ante el juez como un agente de superior habilidad.

—¿Sigue arriba la pequeña? —dijo *madame* Alexandre.

—Allí sigue... y no sospecha nada. Pero retenerla se hace cada vez más difícil. No sé lo que el juez le habrá dicho, pero ha regresado fuera de sí. Quería ir a organizar un escándalo en casa de *monsieur* Fauvel. Y luego, tras un acceso de cólera, ha escrito una carta y se la ha dado a Jean para que la echara al correo; pero la he cogido para enseñártela.

—¡Cómo! —interrumpió Fanferlot—, tienes una carta y no me lo habías dicho, y tal vez encierre la clave del enigma. ¡Rápido, dámela...!

Tras las palabras de su marido, la antigua vendedora de bisutería abrió un pequeño costurero y, sacando la carta de *madame* Gypsy, se la entregó.

—Toma —le dijo—, ya puedes estar contento.

Ciertamente, para ser una antigua criada, Palmyre Chocareille, en la actualidad *madame* Gypsy, no tenía mala letra.

La dirección de la carta, escrita en bellos caracteres ingleses, decía así:

Señor
L. DE CLAMERAN, Fundidor,
Hotel del Louvre.
Para entregar a M. RAOUL DE LAGORS
«Muy urgente».

—¡Oh, oh! —dijo Fanferlot, acompañando su exclamación con un pequeño silbido que le era habitual cuando creía haber descubierto algo—. ¡Oh, oh...!

—¿No vas a abrirla? —preguntó *madame* Alexandre.

—Claro —contestó Fanferlot, haciendo saltar el lacre con maravillosa habilidad.

Leyó y *madame* Alexandre, inclinada sobre el hombro de su maridito, leyó también:

Señor RAOUL:
Prosper está en la cárcel, acusado de un robo que no ha cometido, estoy segura. Hace ya tres días que le escribí a este respecto...

—¡Eh, cómo...! —se interrumpió Fanferlot—, ¡esta personita ha escrito y yo no he visto su carta!

—Pero, maridito mío, la infeliz puede haber echado ella misma la carta al correo cuando salió para ir al Palacio de Justicia.

—En efecto, es posible —dijo Fanferlot algo calmado.

Continuó su lectura:

... Hace ya tres días que le escribí a este respecto y no he recibido respuesta. ¿Quién acudirá en socorro de Prosper si sus mejores amigos le abandonan? Si deja usted sin respuesta esta carta me consideraré desligada de cierta promesa que usted conoce y, sin escrúpulos, le contaré a Prosper la conversación entre usted y *monsieur* de Clameran que yo sorprendí. Puedo contar con usted, ¿no es cierto? Le esperaré en el hotel del Grand-Archange, pasado mañana, desde el mediodía a las cuatro

Leída esta carta, Fanferlot, sin decir nada, comenzó a copiarla.

—Bueno —preguntó *madame* Alexandre—, ¿qué dices?

Fanferlot estaba devolviendo con delicadeza la carta copiada a su sobre cuando la puerta de la recepción del hotel se abrió de pronto y el mozo silbó dos veces: ¡Fiiu, fiiu...!

Fanferlot, con maravillosa rapidez, desapareció en una habitación oscura que daba al comedor.

No tuvo tiempo de cerrar la puerta, *madame* Gypsy entró.

¡Ay!, la pobre muchacha había cambiado cruelmente. Estaba más pálida, sus mejillas se habían hundido, sus labios perdido su brillo provocador y sus ojos reluciendo con el ardor de la fiebre y enrojecidos por sus lágrimas, estaban rodeados por un amplio círculo sombrío.

Al verla, *madame* Alexandre no pudo contener un grito de sorpresa:

—¿Pero cómo, hija mía, sale usted?

—Es preciso, señora, y vengo a rogarle que, si alguien pregunta por mí, tenga la bondad de hacerle esperar.

—Pero ¿a dónde quiere ir, Dios mío, a esta hora y enferma cómo está?

Madame Gypsy dudó un momento.

—¡Oh, tenga! —dijo por fin—, a usted que ha sido tan buena conmigo puedo confiárselo; tenga esta nota que acaba de traerme un mensajero.

—¿Cómo —dijo *madame* Alexandre asombrada—, un mensajero... en mi casa que ha subido a su habitación?

—¿Qué tiene de extraño?

—¡Oh! Nada, nada... —respondió la exvendedora.

Y en voz muy alta, para que la oyeran bien desde la habitación oscura leyó:

«Un amigo de Prosper, que ni puede recibirle a usted ni presentarse en su casa, necesita hablarle con toda urgencia. Esta noche, lunes, vaya usted, a las nueve en punto, a la oficina de los ómnibus que está frente a la torre Saint-Jacques, y el que le escribe se acercará y le dirá lo que tiene que decirle.

»Le indico este lugar de cita para alejar de su espíritu todo temor».

—¿Y va usted a esta cita? —gritó *madame* Alexandre.

—Claro.

—Pero es una terrible imprudencia, una locura; le están tendiendo una trampa.

—¡Qué importa, *madame*! —interrumpió Gypsy—, soy lo bastante desgraciada ya como para no tener nada que temer.

Y sin querer escuchar más, salió.

Madame Gypsy no había llegado todavía a la calle cuando Fanferlot saltó fuera de su escondrijo.

El dulce agente estaba pálido de furor y blasfemaba como un poseso.

—¡Mil millones de diablos! —gritó—, pero qué clase de casa es el *Grand-*

Archange, por la que uno puede pasearse con tanta libertad como por una plaza pública.

Madame Alexandre no sabía dónde ir.

—¡Habrase visto nada igual! —prosiguió el agente—; ha venido un mensajero y nadie le he visto. ¿Cómo lo habrá hecho para introducirse tan furtivamente? ¡Ah!, me estoy oliendo alguna mala jugada. Y usted, *madame* Alexandre, usted, una bruja inteligente, es lo bastante simple como para intentar que esta viboruela no acuda a su cita.

—Pero, amigo mío...

—¡Cómo!, ¿no comprendes acaso que voy a seguirla y sabré así lo que nos oculta? Vamos, rápido, ayúdame, no debe reconocerme.

En un abrir y cerrar de ojos, Fanferlot, con una peluca y una espesa barba quedó irreconocible.

Se había puesto una blusa y tenía todas las apariencias de uno de esos obreros poco honestos que buscan trabajo rogando a Dios no encontrarlo.

Cuando estuvo listo le preguntó *madame* Alexandre, siempre llena de solicitud:

—¿Llevas tu documentación y tu «puño americano»?

—Sí, sí; haz que echen al correo la carta de esta infeliz a *monsieur* Clameran y... ojo avizor.

Sin escuchar a su esposa que le gritaba: «¡Buena suerte!», Fanferlot se lanzó a la calle.

Madame Gypsy le llevaba unos ocho o diez minutos de ventaja; pero el agente recuperó con presteza la distancia.

La joven caminaba con paso indeciso: a veces de prisa, a veces despacio, como una persona que, impaciente por acudir a una cita, ha salido demasiado pronto y pierde el tiempo.

En la plaza de Chatelet, dio dos o tres vueltas, se aproximó a los carteles teatrales, se sentó en un banco y, por fin, a las nueve menos cuarto aproximadamente, fue a trasladarse en una de las banquetas de la sala de espera de los omnibuses.

Un minuto después entró Fanferlot. Pero, como a pesar de su espesa barba temía la mirada de *madame* Gypsy, fue a colocarse en la otra punta de la sala, en la penumbra.

¡Extraño lugar de cita —pensaba mientras estudiaba a la joven. ¿Quién puede haberle dado esta cita? Por la curiosidad que leo en sus ojos, por su evidente inquietud, juraría que ignora a quién espera.

La sala de espera, mientras, se había llenado de gente. Continuamente los empleados gritaban el destino de los omnibuses que llegaban. Mucha gente entraba y salía, pedían informaciones o cambiaban de línea.

Cada vez que alguien llegaba, Gypsy se sobresaltaba y Fanferlot se decía: «¿Será esta?».

Por fin cuando daban las nueve en el reloj del ayuntamiento, entró un personaje que, sin pedir información en la oficina, se dirigió directamente a *madame* Gypsy y se sentó a su lado.

Era un hombre de mediana estatura, bastante grueso, con espesas patillas de un rubio chillón que enmarcaban su rostro iluminado. Su atuendo, que era el de todos los negociantes acomodados, no tenía nada de extraordinario, al igual que su persona.

Fanferlot le miraba fijamente.

«A ti, amigo mío —pensó—, te reconoceré en cualquier lugar donde te encuentres; y, esta misma noche, siguiéndote, sabré quién eres».

Desgraciadamente, por más que aguzara el oído, no oía absolutamente nada de lo que decían el recién llegado y *madame* Gypsy. Todo lo que podía hacer era intentar adivinar por sus gestos y la expresión de su fisonomía el tema de la conversación.

Al principio, cuando el hombre grueso la saludó, la muchacha pareció tan sorprendida que era evidente, le estaba viendo por primera vez. Cuando, después de sentarse, le dijo algunas palabras, ella se levantó a medias con un gesto de espanto como si quisiera huir. Una sola mirada bastó para obligarla a sentarse de nuevo. Luego, a medida que el grueso caballero hablaba, la actitud de Gypsy revelaba cierta aprensión. Hizo un gesto negativo pero pareció rendirse a las buenas razones que le daban. En cierto momento, pareció a punto de llorar y, casi de inmediato, una sonrisa iluminó su hermoso rostro. Por fin, extendió la mano como si estuviera prestando un

juramento.

¿Qué significaba todo aquello? Fanferlot, en su banco, se mordía las uñas.

«¡Qué idiota había sido —se dijo— sentándome tan lejos!».

Estaba pensando en llevar a cabo alguna hábil maniobra que le permitiera acercarse sin despertar sospechas, cuando el grueso caballero se levantó, ofreció su brazo a *madame* Gypsy, que lo aceptó sin dudar y, juntos, se dirigieron hacia la puerta.

Parecían tan preocupados uno y otro que Fanferlot no vio inconveniente alguno en seguirles de cerca; sabía precaución pues el bulevar estaba lleno de gente.

Cuando llegó a la puerta, vio que el hombre grueso y Gypsy cruzaban la acera, se dirigían a un *fiacre* que estaba cerca de la sala de espera de los omnibuses y subían a él.

—¡Perfecto! —murmuró Fanferlot—, ahora ya les tengo, es inútil darse prisa.

Mientras el cochero cogía sus riendas, el agente se dispuso a seguirlos y, cuando el coche se puso en marcha, en cuatro saltos lo alcanzó, decidido a seguirlo hasta el fin del mundo.

El *fiacre* subió por el *boulevard* Sebastopol. Iba bastante rápido, pero no en vano a Fanferlot le habían apodado el Ardilla. Con los codos pegados al cuerpo, economizando su respiración, logró mantener la distancia.

Sin embargo, al llegar al bulevar Saint-Denis, comenzó a jadear, y sintió un ligero dolor en el costado cuando el *fiacre*, tras haber cruzado la calzada, se introdujo en la rué del Faubourg-Saint-Martin.

Pero Fanferlot, que ya a los ocho años deambulaba por las calles de París, era un hombre de recursos. Agarrándose a las ballestas del coche, se levantó a fuerza de brazos y se mantuvo colgado con las piernas apoyadas en el eje de las ruedas traseras. No es que estuviera cómodo, pero no corría ya el riesgo de que le perdieran de vista.

—Ahora —dijo riendo bajo su barba postiza— ya puedes darle al látigo, cochero.

En efecto, el cochero le daba al látigo y, al trote largo, el coche subió la pendiente bastante empinada de la rué del Faubourg-Saint-Martin. Por fin, en la plaza del antiguo fielato, el *fiacre* se detuvo ante una taberna, el cochero bajó y fue a que le sirvieran un vaso.

El agente de policía, por su parte, había dejado su incómodo puesto y, acurrucado en el marco de una puerta, esperaba que bajaran el señor grueso y Gypsy, dispuesto a seguirles la pista.

Pero, al cabo de cinco minutos no habían bajado todavía.

Pero ¿qué están haciendo?, pensó el agente.

Se acercó, no sin precauciones.

¡Oh decepción!, el coche estaba vacío.

Fue como un cubo de agua helada que cayera sobre la cabeza de Fanferlot; se quedó allí, plantado sobre sus dos pies, más petrificado que la mujer de Lot.

Cuando se recuperó un poco, al cabo de algunos segundos, fue para soltar una

docena de blasfemias capaces de hacer temblar todos los cristianos del barrio.

¡Robado! —se decía— ¡burlado, engañado, estafado, ridiculizado...! ¡Ah, me las pagarán!

En unos instantes su ágil mente recorrió la gama de eventualidades probables e improbables.

—Evidentemente —murmuró—, este individuo y Gypsy han entrado por una portezuela y salido por la otra; la maniobra es elemental. Pero si la han empleado es que temían ser seguidos. Si temían ser seguidos es que no tienen la conciencia tranquila, por lo tanto...

Interrumpió su monólogo porque se le ocurrió la idea de interrogar al cochero, que podía, perfectamente, saber algo.

Por desgracia, el cochero, que estaba de muy mal humor, se negó a decir nada e, incluso, agitó su látigo de un modo tan poco tranquilizador que Fanferlot consideró prudente batirse en retirada.

¡Bueno, bueno! —se dijo—, ¿estará también el cochero en el ajo?

¿Qué hacer, pues, a estas horas? No tenía ni la menor idea. Tristemente emprendió de nuevo el camino del *quai* Saint-Michel, y eran las once y media, por lo menos, cuando llamó a la puerta del hotel.

—¿Ha regresado la pequeña? —preguntó en seguida.

—No, pero aquí hay dos grandes paquetes que han traído para ella.

Rápidamente, con notable habilidad, Fanferlot deshizo los paquetes. Contenían tres vestidos de indiana, gruesos zapatos, unas faldas muy simples y tres sombreros de tela.

El agente no pudo contener un movimiento de despecho.

—¡Vamos, vamos! —exclamó—, ahora va a disfrazarse; ¡palabra que no entiendo nada!

Pero, una vez en su casa, una vez en presencia de un hecho nuevo que podía dar al traste con todas sus conjeturas, las consideraciones de su amor propio se desvanecieron. El agente lo confesó todo: sus esperanzas próximas a realizarse, su desventura increíble, sus sospechas. Y, durante largo tiempo, marido y mujer estuvieron discutiendo, estudiando el asunto en todas sus facetas, buscando una explicación plausible. Y estaban decididos a no acostarse antes de que regresara *madame* Gypsy de la que *madame* Alexandre se proponía obtener algunas aclaraciones.

¿Pero regresaría? Esta era la cuestión.

Regresó algo después de la una, cuando los esposos comenzaban a desesperar y a decirse: «No volveremos a verla».

Cuando sonó la campanilla, Fanferlot se ocultó en la habitación oscura y *madame* Alexandre permaneció sola en la recepción del hotel.

—¡Por fin!, ya está usted aquí, hija mía —exclamó—, ¡no le ha sucedido nada malo! ¡Ah!, estaba mortalmente inquieta.

—Gracias por su interés, *madame* —respondió Gypsy—; ¿no han traído nada para mí?

Había vuelto muy cambiada, la pobre Gypsy: seguía muy triste pero no abatida. A la postración de los días precedentes había sucedido una firme y generosa resolución que transparentaban su actitud y el brillo de sus ojos.

—Han traído estos paquetes —respondió *madame* Alexandre—, ¿de modo que ha visto usted al amigo de *monsieur* Bertomy?

—Sí, *madame*, y sus consejos han modificado tanto mis proyectos que, mañana, tendré el pesar de despedirme de usted. Me marcho.

—¡Mañana! —dijo la antigua vendedora de bisutería—, ¿sucede algo?

—¡Oh, nada que pueda interesarle!

Y, tras haber encendido su vela en el mechero de gas, *madame* Gypsy se retiró tras un «buenas noches» de lo más significativo.

—¿Qué piensas de este regreso, *madame* Alexandre? —preguntó Fanferlot saliendo de su escondrijo.

—¡No puedo creerlo! La pequeña escribe a *monsieur* de Clameran para citarle aquí, y no le espera.

—Evidentemente desconfía de nosotros. Sabe quién soy.

—En ese caso, ha sido ese amigo del cajero quien la ha informado.

—¡Quién sabe! Mira, terminaré por creer que me las estoy viendo con ladrones muy astutos; han adivinado que les sigo los pasos y quieren despistarme. Si mañana me dijeran que esta bribonzuela tiene el dinero y quiere huir con él, no me sorprendería.

—No estoy de acuerdo —respondió *madame* Alexandre—; pero, escucha, yo sigo con mi idea, consulta con *monsieur* Lecoq.

Fanferlot permaneció un momento pensativo.

—¡Muy bien, sea! —exclamó—. Iré a verle, pero sólo para tener la conciencia tranquila, pues donde yo no he visto nada, tampoco él verá nada. Por más terrible que sea, no me da miedo. Si se permitiera tratarme mal o ser insolente, sabría ponerle en un sitio.

De cualquier modo, el agente durmió mal aquella noche o, mejor dicho, no durmió en absoluto, preocupado más por el asunto Bertomy que un dramaturgo por la obra que está fraguando en su cerebro.

A las seis y media estaba ya en pie —hay que levantarse pronto si se quiere encontrar a *monsieur* Lecoq— y aligerado con una taza de café con leche, se encaminó al habitáculo del célebre policía.

Ciertamente, Fanferlot, llamado el Ardilla, no tenía miedo del patrón, como él le llama, y la prueba es que salió del *Grand-Archange* con la cabeza alta y el sombrero inclinado. Sin embargo, cuando llegó a la calle Montmartre, donde vive *monsieur* Lecoq, su fanfarronería había disminuido sensiblemente. Tuvo algunas palpitaciones al entrar en la avenida que llevaba a la casa y se detuvo algunas veces mientras subía la escalera.

Llegado al tercer piso, ante una puerta decorada con el escudo del célebre agente —un gallo, símbolo de la vigilancia—, el corazón casi se le detuvo y le costó decidirse a llamar.

La criada de *monsieur* Lecoq, una antigua presidiaria que parecía un carabnero, más fiel a su dueño que un perro pastor, llamada Janouille, vino a abrirle.

—¡Ah! —dijo al verle—, llega justo a punto, señor Ardilla, el patrón le espera.

Ante estas palabras, a Fanferlot le dominó un violento deseo de batirse en retirada. ¿Por qué, cómo, por qué azar era esperado?

Pero, mientras dudaba, Janouille le tomó por el brazo y, tirando de él, le hizo entrar en el apartamento diciendo:

—¿Quiere echar raíces ahí fuera? Vamos, venga, el patrón está trabajando en su despacho.

En medio de una vasta sala, extrañamente amueblada, mezcla de biblioteca de literato y camerino de actor, sentado ante una mesa, escribía el mismo personaje de gafas doradas que, en los pasillos de la prefectura, le había dicho a Prosper Bertomy: «Valor».

Era *monsieur* Lecoq con su apariencia oficial.

Cuando Fanferlot entró, avanzando respetuosamente con la espalda curvada, levantó ligeramente la cabeza, dejó la pluma y dijo:

—¡Ah!, ¿ya estás aquí, hijo mío? Bueno, de modo que el asunto Bertomy no funciona.

—Cómo —balbuceó Fanferlot—, sabe usted...

—Sé que has complicado tanto las cosas que ahora ya no ves nada claro, y que te rindes.

—Pero, patrón, no he sido yo...

Monsieur Lecoq se había levantado y andaba por su despacho. De pronto se volvió hacia Fanferlot...

—¿Pero qué pensarías tú, maese Ardilla —dijo en un tono duro e irónico— de un hombre que abusa de la confianza de quienes le dan trabajo, que de lo que ha descubierto revela sólo lo justo como para dar falsas pistas al atestado, que traiciona en provecho de su estúpida vanidad la causa de la justicia y la de un infeliz detenido?

Fanferlot, asustado, había retrocedido un paso.

—Diría —comenzó—, diría...

—Piensas que un hombre así debe ser castigado y despedido, y tienes razón. Cuanto menos respetada es una profesión más respetables deben ser quienes la ejercen. Sin embargo, tú has traicionado. ¡Ah!, maese Ardilla, somos ambiciosos y hemos intentado actuar como un policía fantasioso. Hemos dejado que la justicia se perdiera por un lado mientras nosotros estábamos por el otro. Hay que ser un lebrél mucho más inteligente de lo que tú eres, muchacho, para cazar sin cazador y a sus expensas.

—Pero, patrón, le juro...

—Cállate. ¿Quieres acaso probarme que le has dicho todo al juez de instrucción, como era tu deber? ¡Vamos, vamos! Mientras se instruyen las diligencias contra el cajero, tú, por tu parte, las instruyes contra el banquero, le expías, te pones de acuerdo con su criado...

¿Estaba el señor Lecoq verdaderamente enfadado? Fanferlot, que le conocía bien, lo dudaba, pero con ese hombre endiablado jamás sabe uno a qué atenerse.

—Si al menos hubieras sido hábil —prosiguió—, pero no. Querías ser dueño y ni siquiera eres un buen obrero.

—Tiene usted razón, patrón —dijo lastimosamente Fanferlot, que no pensaba ya en negar—. Pero ¿cómo actuar en un asunto semejante, en el que no hay ni una pista, ni una prueba comprometedora, ni un indicio, nada de nada?

Monsieur Lecoq se encogió de hombros.

—¡Pobre muchacho! —dijo—. Debes saber que el día en que fuiste con el comisario de policía para investigar el robo, tuviste (no lo aseguro, pero es muy probable), entre tus estúpidas manos la posibilidad de saber cuál de ambas llaves, la del banquero o la del cajero, había servido para cometer el robo.

—Por ejemplo...

—¿Quieres pruebas?, sea. ¿Recuerdas aquel arañazo que advertiste en la caja fuerte? Te llamó la atención pues no pudiste contener una exclamación al verlo. Lo examinaste cuidadosamente, con la lupa, y pudiste convencerte de que era reciente todavía, muy reciente. Pensaste entonces, y con razón, que el arañazo se había producido en el momento del robo. Ahora bien, ¿con qué había sido producido? Con una llave, es evidente. Siendo así, era necesario pedir las llaves del banquero y del cajero para examinarlas atentamente. Una de ambas seguramente conservaba en su extremo algunos átomos, por lo menos, de aquella pintura que recubre el metal de las cajas fuertes.

Fanferlot había escuchado aquella explicación con la boca abierta. Al escuchar las últimas palabras se golpeó con violencia la frente exclamando:

—¡Imbécil!

—Tú lo has dicho —respondió *monsieur Lecoq*—, ¡imbécil! Tienes los indicios ante los ojos y los dejas pasar, no extraes de ellos conclusión alguna. Sin embargo, este era el verdadero, el único punto de partida del asunto. Si encuentro al culpable

será gracias a ese arañazo, y lo encontraré, quiero encontrarlo.

De lejos, Fanferlot, llamado el Ardilla, maldecía de buena gana al señor Lecoq y le desafiaba valerosamente; pero de cerca, sufría inevitablemente la influencia que ejerce ese hombre extraordinario sobre quienes se le aproximan.

Las informaciones precisas, los minuciosos detalles que acababan de comunicarle echaban abajo todas sus ideas. ¿Dónde y cuándo los había obtenido *monsieur* Lecoq?

—¿De modo que se ha ocupado usted del caso, patrón? —preguntó.

—Naturalmente. Pero no soy infalible, puede haberseme escapado algún precioso indicio. Toma una silla y dime lo que sabes.

Con *monsieur* Lecoq nadie puede tergiversar, nadie puede hacer trampas. Fanferlot fue muy sincero, lo que sucedía pocas veces. Sin embargo, cuando estaba terminando su relato, dominado por su orgullo herido, no contó cómo, la víspera, había permitido que se la jugaran *madame* Gypsy y el caballero grueso.

—Me parece, maese Ardilla —dijo *monsieur* Lecoq—, que olvidas algo. ¿Hasta dónde seguiste al *fiacre* vacío?

Fanferlot, pese a su aplomo, se ruborizó hasta las orejas y bajó los ojos como una interna a quien hubieran sorprendido en falta.

—¡Cómo, patrón! —balbuceó—, ¿también sabe eso? Cómo ha podido...

Pero una súbita idea cruzó su cerebro y calló, saltó de su silla y exclamó:

—¡Oh!... ya lo sé... El caballero grueso de patillas pelirrojas era usted.

La sorpresa de Fanferlot daba a su fisonomía tan singular expresión que *monsieur* Lecoq no pudo evitar una sonrisa.

—De modo que era usted —continuó maravillado el agente—, era usted el hombre grueso que yo examiné, ¡y no pude reconocerle! ¡Ah, patrón, qué actor sería usted si quisiera!, ¡yo también me había disfrazado!

—Haciéndolo muy mal, muchacho, hay que reconocerlo. ¿Piensas acaso que basta, para ser irreconocible, una espesa barba y una blusa? ¿Y la mirada, infeliz?, ¿y la mirada? Hay que cambiar la mirada. Ese el secreto.

La teoría de la mirada en lo referente al disfraz explica por qué Lecoq, oficial que le daría a un lince sopas con honda, jamás ha sido visto en los pasillos de la Prefectura de policía, sin sus gafas de patillas doradas.

—Pero, entonces, patrón —dijo Fanferlot prosiguiendo con su idea—. ¿Ha hecho confesar usted a la pequeña mientras *madame* Alexandre no ha podido obtener nada? ¿Sabe usted por qué se va del *Gran-Archange*, por qué no espera a *monsieur* de Clameran, por qué se ha comprado vestidos de percal?

—Actúa siguiendo mis consejos.

—En ese caso —dijo el agente profundamente desalentado—, sólo me resta confesar que no soy más que un estúpido.

—No, Ardilla —continuó *monsieur* Lecoq bondadosamente—, no, no eres un estúpido. Simplemente has cometido el error de encargarte de una tarea superior a tus fuerzas. ¿Has conseguido que adelantara un solo paso el asunto, desde que te ocupas

de él? No.

Y es que, ¿sabes?, siendo incomparable como teniente, no posees la sangre fría de un general. Voy a regalarte un aforismo, recuérdalo y que se convierta en tu norma de conducta: *Mejor es ser cabeza de ratón que cola de león.*

Jamás, jamás de los jamases, Fanferlot había visto al patrón tan conversador y tan bonachón. Sabiéndose descubierto, había esperado una tormenta que le derribara; pero no, en absoluto. Se estaba librando con un chaparrón que apenas si le mojaba la cabeza. La cólera de *monsieur* Lecoq se estaba disipando como esas nubes negras que, momentáneamente cubren el horizonte y son barridas por un soplo de viento.

Sin embargo, el esposo de *madame* Alexandre se sentía inquieto, se preguntaba si tan sorprendente amabilidad no ocultaba algún trasfondo.

—¿Cómo, patrón? —preguntó—, ¿conoce usted al culpable?

—No más que tú, muchacho, e incluso, mientras tú tienes formada tu opinión, yo ignoro qué pensar. Me aseguras que el cajero es inocente y el banquero culpable, y yo no sé si te equivocas o tienes razón. Habiendo llegado después de ti, todavía me encuentro en los preliminares de mi investigación. De lo único que estoy seguro es de que existe un arañazo en la caja fuerte. Y de ahí parto.

Mientras hablaba, *monsieur* Lecoq había tomado, desenrollado y extendido, sobre su mesa, una inmensa hoja de papel de dibujo. En esta hoja se había reproducido la puerta de la caja fuerte de *monsieur* Fauvel. Estaban todos los detalles con la mayor exactitud. Se reconocían a la perfección los cinco botones móviles con las letras grabadas y la estrecha cerradura con protección de cobre. El arañazo había sido plasmado con una admirable claridad.

—Aquí tenemos —comenzó *monsieur* Lecoq— nuestro arañazo. Va de arriba abajo, a partir del ojo de la cerradura, diagonalmente y, fíjate bien, de izquierda a derecha, es decir que termina del lado que da a la puerta de la escalera disimulada que conduce a los apartamentos del banquero. Muy profundo junto a la cerradura, termina como una rayadura apenas visible.

—Sí, patrón, eso es, ya lo veo.

—Naturalmente, pensaste que el arañazo debía haber sido hecho por el autor de la sustracción. Veamos si tienes razón. Aquí tengo un cofrecillo metálico, pintado de verde como la caja de *monsieur* Fauvel; aquí está. Toma una llave e intenta rayarlo.

Sin adivinar el objetivo que su patrón se proponía, el agente hizo lo que le mandaba, frotando fuertemente el cofre con el extremo de una llave.

—¡Diablos! —dijo tras dos o tres tentativas—, esta pintura es dura de pelar.

—Muy dura, en efecto, hijo mío, y la de la caja fuerte es más dura todavía, lo comprobé. De modo que el arañazo que descubriste no ha podido ser hecho por la mano temblorosa de un ladrón a quien le hubiera resbalado la llave.

—¡Caramba! —exclamó Fanferlot estupefacto—, jamás hubiera yo averiguado una cosa así. Y es cierto, para rayar este cofre es necesario apoyar muy fuerte.

—Sí, pero ¿por qué? Aquí donde me ves estoy devanándome los sesos desde hace tres días y sólo ayer lo descubrí. Examinemos juntos si mis suposiciones presentan bastantes posibilidades de ser ciertas como para convertirse en el punto de partida de mi investigación.

Monsieur Lecoq había dejado la reproducción para acercarse a la puerta que comunicaba su despacho con su habitación, y había cogido la llave que mantenía en su mano.

—Ven —dijo a Fanferlot—, colócate aquí, a mi lado; muy bien. Supongamos que yo quiero abrir esta puerta y tú no quieres que lo haga. Cuando ves que aproximo la llave a la cerradura, ¿cuál es tu movimiento instintivo?

—Tomo su brazo con mis dos manos y tiro hacia mí con fuerza, de modo que no pueda usted introducir la llave.

—Eso es. Entonces, repitamos el movimiento, vamos...

Fanferlot obedeció y la llave que tenía *monsieur* Lecoq, en lugar de penetrar en la cerradura, resbaló sobre la puerta trazando un arañazo perfectamente claro de arriba abajo, diagonal, reproducción exacta del que figuraba en la copia.

—¡Oh! —dijo en tres tonos distintos el esposo de *madame* Alexandre—, ¡oh, oh!
Y permaneció contemplando la puerta.

—¿Comienzas a comprender? —preguntó *monsieur* Lecoq.

—¡Sí, comprendo!, patrón. Ahora hasta un niño lo adivinaría. ¡Ah, qué hombre es usted! Veo la escena como si hubiera estado presente. En el momento del robo había dos personas junto a la caja: una quería apoderarse de los billetes, la otra no quería que los tocara. Es claro, evidente, seguro...

Acostumbrado a otra clase de triunfos, el célebre policía se divertía mucho ante el estupor y entusiasmo del agente.

—Te precipitas de nuevo —dijo suavemente—; tomas por cierta y probada una circunstancia que puede ser destruida y que, como mucho, es sólo probable.

—No, patrón; no —gritó Fanferlot—, un hombre como usted no se equivoca: la duda no es posible.

—A ti te toca, entonces, extraer las consecuencias de nuestro descubrimiento.

—En principio, eso prueba que mi olfato no me había engañado; el cajero es inocente.

—¿Por qué?

—Porque pudiendo abrir y cerrar la caja cuando le viniera en gana, no habría buscado un testigo precisamente en el momento de abrirla.

—Bien razonado. Pero, siendo así, también el banquero es inocente; piensa un poco.

Fanferlot reflexionó y perdió toda su excitación.

—Es cierto —dijo con aire desesperado—, ¡es cierto! ¿Qué hacemos?

—Buscar un tercer ladrón, es decir el que ha abierto la caja y tomado los billetes, que debe dormir ahora muy tranquilo mientras se sospecha de los demás.

—¡Imposible, patrón, imposible! ¿Acaso no le han dicho que sólo *monsieur* Fauvel y su empleado tenía llave y que, además, no la dejaban nunca?

—Perdón, la víspera del robo el banquero había dejado su llave en el *secretaire*.

—Pero con la llave sólo no basta: hay que saber la combinación.

Monsieur Lecoq, impaciente, se encogió de hombros.

—¿Cuál era la palabra? —preguntó.

—Gypsy.

—Es decir, el nombre de la amante del cajero. ¡Muy bien, muchacho, busca! El día en que encuentres un hombre bastante ligado a Prosper como para sospechar las circunstancias del nombre, y lo bastante familiar en casa de *monsieur* Fauvel como para tener acceso a su dormitorio, ese día tendrás al verdadero culpable. El problema estará resuelto.

Egoísta como todos los grandes artistas, *monsieur* Lecoq jamás había tenido un alumno y no intentó tenerlo. Trabajaba solo. Odiaba a los colaboradores y no quería compartir ni los goces del triunfo ni las amargas de la derrota.

De modo que, Fanferlot, que conocía a su patrón como la palma de su mano, se

sentía confundido al oír cómo le daban consejos, en lugar de órdenes.

Estaba, incluso, tan intrigado que, a despecho de sus superiores preocupaciones, no pudo evitar demostrar su sorpresa.

—Es preciso, patrón —aventuró—, que sienta usted por este asunto un gran interés personal, para haberlo estudiado así.

Monsieur Lecoq sufrió un sobresalto nervioso que escapó a su agente; luego, sus cajas se frunció y respondió con voz dura.

—Ser curioso es tu profesión, maese Ardilla; sin embargo, no hay que serlo demasiado, ¿me oyes?

Fanferlot intentó excusarse.

—¡Bueno, bueno! —interrumpió *monsieur* Lecoq—. Si te doy un empujoncito es sólo porque me conviene. Me agrada ser la cabeza mientras tú eres el brazo. Solo, con tus ideas preconcebidas, jamás hubieras encontrado al culpable; entre los dos lo haremos, o dejaré de llamarme *monsieur* Lecoq.

—Lo conseguiremos ya que usted está en ello.

—Sí, estoy en ello, y en cuatro días he sabido bastantes cosas. Sólo que, no lo olvides: tengo buenas razones para no aparecer en este asunto. Suceda lo que suceda, te prohíbo que pronuncies mi nombre. Es preciso que, si tenemos éxito, puedan atribuírtelo sólo a ti. Y sobre todo, no intentes saber jamás demasiado, conténtate con las explicaciones que querré darte.

Esas condiciones no parecieron enojar en absoluto al agente.

—Seré discreto, patrón —aseguró.

—Cuento con ello, muchacho. Para comenzar, vas a tomar esta fotografía de la caja fuerte e irás a ver al juez de instrucción. *Monsieur* Patrigent, lo sé, está muy perplejo con respecto al detenido. Tú le explicarás, como si fuera cosa tuya, lo que acabo de hacerte ver, le repetirás mis demostraciones y, estoy convencido, estos indicios le determinarán a ordenar que suelten al cajero. Es preciso que Prosper esté en libertad para que yo pueda comenzar mis operaciones.

—De acuerdo, patrón. Pero ¿debo insinuar que sospecho de un culpable que no sea el patrón o el cajero?

—¡Es preciso! La justicia no debe ignorar que tú continuarás la investigación. *Monsieur* Petrigent te ordenará que vigiles a Prosper; respóndele que no le perderás de vista. Te aseguro que estará en buenas manos.

—¿Y si me pide noticias de Gypsy?

Monsieur Lecoq dudó unos momentos.

—Le dirás —dijo por fin—, que le has convencido, en interés de Prosper, para que se coloque en una casa en la que vigila a alguien de quien tú sospechas.

Fanferlot, satisfecho, había enrollado la reproducción de la caja fuerte, había tomado su sombrero y se disponía a salir. *Monsieur* Lecoq le retuvo con un gesto.

—No he terminado —dijo—. ¿Sabes conducir un coche y cuidar un caballo?

—¿Cómo puede preguntarme eso, patrón? ¡Soy un antiguo caballista del circo

Bouthor!

—Tienes razón. Siendo así, en cuanto el juez te haya despedido, regresas enseguida a tu casa, te disfrazas de criado de casa bien y vas, con esta carta, a la agencia de empleos que está en la esquina del pasaje Delorme.

—Pero patrón...

—No hay peros que valgan, muchacho; en esa agencia te presentarán a *monsieur* Clameran que busca un criado, pues el suyo le ha dejado ayer noche.

—Perdone si me atrevo a contradecirle, pero este Clameran no reúne las condiciones indicadas, no es amigo del cajero.

—Ya estás interrumpiéndome —dijo *monsieur* Lecoq con su voz más imperativa—, haz lo que te digo y no te preocupes de lo demás. *Monsieur* de Clameran no es amigo de Prosper, cierto; pero es el amigo, el protector de Raoul de Lagors. ¿Por qué? ¿De dónde viene la intimidad de dos hombres de edades tan distintas? Hay que averiguarlo. Hay que averiguar también quién es ese marqués que vive en París y no se ocupa para nada de sus altos hornos. Un tipo que ha tenido la idea de alojarse en el hotel Louvre, en medio de una multitud que se renueva sin cesar, es un tipo difícil de vigilar, gracias a ti tendré siempre un ojo vigilando sus movimientos. Tiene un coche, tú lo conducirás, en menos que canta un gallo conocerás sus relaciones y podrás darme cuenta de sus menores gestiones.

—A sus órdenes, patrón.

—Una palabra más. *Monsieur* de Clameran es un caballero muy susceptible y aún más desconfiado. Te presentará a él con el nombre de Joseph Dubois te exigirá informes. Aquí tienes tres que aseguran que has servido al marqués de Sairmeuse, el conde de Commarin y, en último lugar, que acabas de dejar, la casa del barón de Woschen, que ha regresado a Alemania. Y presta atención, cuida tu aspecto, vigila tus movimientos. Sirve bien pero sin excesos. Y sobre todo, no seas demasiado honesto, levantarías sospechas.

—Esté tranquilo, patrón; ¿dónde tengo que ir a presentar mis informes?

—Vendré a visitarte todos los días. Hasta nueva orden te prohíbo que pongas los pies aquí: podrían seguirte. Si sucede algo imprevisto envía una nota a tu mujer; ella me avisará. Ve... y sé prudente.

Cuando la puerta se cerró tras Fanferlot, *monsieur* Lecoq pasó rápidamente a su habitación. En un abrir y cerrar de ojos se despojó de su apariencia de jefe de oficina, se quitó las gafas de oro y la corbata almidonada, y devolvió la libertad a sus espesos cabellos negros. El Lecoq oficial desaparecía dando paso al verdadero Lecoq, al que nadie conocía, un hombre apuesto, de ojos claros y aspecto decidido.

Pero sólo permaneció así un segundo. Sentado ante una mesa tocador más cargada de cremas, esencia, coloretes y postizos que el tocador de una solterona, comenzó a deshacer nuevamente la obra del creador y a rehacerse una fisonomía.

Trabajaba con lentitud, manejando sus pequeños pinceles con extremado cuidado; pero al cabo de una hora había terminado una de sus obras maestras cotidianas.

Cuando hubo terminado no era ya Lecoq sino el grueso caballero de rojizas patillas que Fanferlot no había reconocido.

—Vamos —se dijo echando una última ojeada al espejo—, no he olvidado nada, casi no he dejado nada al azar, todos mis hilos están bien atados, puedo comenzar. ¡Mientras el Ardilla no pierda el tiempo...!

Pero Fanferlot estaba demasiado contento como para perder un minuto, no corría, volaba por el camino del Palacio de Justicia.

¡Por fin!, por fin iba a poder dar pruebas, a su vez, de una perspicacia superior.

Ni siquiera pensaba en el hecho de que iba a triunfar con ideas ajenas. El acontecimiento, además, no echó en absoluto abajo sus esperanzas. Si el juez no estuvo plena y absolutamente convencido, sí admiró, al menos, lo ingenioso del procedimiento.

—Eso me ha decidido —dijo al despedir a Fanferlot—; voy a presentar al tribunal conclusiones favorables y probablemente, mañana soltarán al cajero.

Y, en efecto, comenzó a redactar una de esas terribles actas de «no ha lugar» que devuelven la libertad, pero no el honor, al hombre acusado; que dicen que no es culpable, pero no lo proclaman inocente.

«Dado que no existen contra el detenido Prosper Bertomy cargos suficientes; visto el artículo 128 del Código de procedimiento criminal, declaramos que no ha lugar a proceder, por ahora, contra el citado y ordenamos que sea liberado de la cárcel donde está detenido y puesto en libertad por sus guardianes, etc.».

Cuando hubo terminado:

—Vamos —dijo a su secretario Sigault—, este será otro de los crímenes jamás esclarecidos por la justicia. Un nuevo *dossier* deberá cerrarse sin solución.

Y, con su propia mano, escribió en la cubierta el número de orden: *Expediente 113*.

Hacía nueve días que Prosper Bertomy estaba en la cárcel, incomunicado, cuando la mañana del jueves, el carcelero le comunicó la orden de «no ha lugar».

Le condujeron a la recepción donde le devolvieron varios objetos que le habían quitado cuando, a su llegada, había sido registrado: su reloj, un cortaplumas, algunas joyas, y le hicieron firmar una gran hoja de papel.

Le introdujeron entonces por un oscuro corredor, muy estrecho, se abrió una puerta y volvió a cerrarse tras él, con siniestro ruido.

Se hallaba en la calle, solo, libre.

¡Libre!, es decir que la justicia se declaraba incapaz de demostrar el crimen del que le había acusado.

¡Libre!, podía caminar, respirar aire puro, pero todas las puertas se le cerrarían cuando se acercara a ellas.

La absolución en un juicio significa la rehabilitación. La declaración de «no da lugar» deja planear por encima de quien ha sido detenido una eterna sospecha.

La opinión pública tiene rigores más temibles, ¡los «secretos»!

En el momento en que le era devuelta la libertad, Prosper sintió con tanta crueldad el horror de su situación que no pudo evitar un grito de rabia y odio.

—Pero soy inocente —gritó—, soy inocente.

¡De qué le servía! Dos viandantes se detuvieron en la acera para mirar; le tomaban por loco.

Allí, a sus pies, corría el Sena; el pensamiento del suicidio cruzó por su espíritu.

—¡No —dijo—, no!; ni siquiera tengo derecho a matarme. No, no quiero morir sin haberme rehabilitado.

Muchas veces, en la celda de la prefectura, Prosper Bertomy se había repetido la palabra rehabilitación. Llevando en el corazón el odio fríamente pensado que da la fuerza o la paciencia de romper o desgastar todos los obstáculos, se decía: ¡Ah, por qué no seré libre!

Era libre y sólo ahora se daba cuenta de las inmensas dificultades de su tarea, sólo podría hacer brillar su inocencia si entregaba un culpable; ¿cómo descubrirlo y entregarlo?

Desesperado, pero no desalentado, tomó el camino de su casa. Le asaltaban mil inquietudes. ¿Qué habría ocurrido en los nueve días que había pasado ausente de entre los vivos? Ninguna voz había llegado a él. El silencio de la incomunicación es tan terrible como el de la tumba.

Cuando llegó a la rué Chaptal, ante su casa, cuando se dispuso a franquear el umbral de la puerta, dudó.

Sufría la timidez del hombre honesto del que se ha sospechado, hubiera deseado no volver a ver un rostro conocido. Sin embargo no podía permanecer allí, en la acera

y entró.

Al verle, el portero lanzó una exclamación de júbilo.

—¡Por fin!, ya está aquí, señor —gritó—, ya decía yo que saldría de allí limpio como la nieve. Cuando leí en los periódicos que le acusaban de haber robado, dije a todos los que quisieron escucharme: «¿El inquilino del tercero un ladrón?, ¡vamos, anda!».

Las felicitaciones de aquel hombre, torpes tal vez, pero sinceras sin duda, impresionaron penosamente a Prosper; quiso cortar de raíz cualquier explicación.

—Sin duda, la señora se ha ido —dijo—, ¿sabe dónde está?

—No, no señor. El día de su detención pidió un *fiacre*, cargaron todas sus cosas y, desde entonces, si te he visto no me acuerdo, no hemos oído hablar de ella.

Aquello fue para el infeliz cajero una pesadumbre que se añadía a todas las demás.

—¿Y mis criados?

—También se marcharon, señor. Su padre les pagó y les despidió.

—¿Y tiene usted la llave?

—No, señor. Cuando su padre salió esta mañana, a las ocho, me dijo que dejaba en su apartamento a uno de sus mejores amigos y que le considerara como el dueño hasta que usted regresara. Sin duda usted debe de conocerlo; es un hombre grueso, poco más o menos de su estatura, con patillas pelirrojas.

Prosper estaba muy asombrado. Un amigo de su padre en su casa, ¿qué quería decir aquello? Sin embargo, no dejó adivinar su asombro.

—Sí, ya sé —respondió—, ya sé.

Y subiendo rápidamente las escaleras, llamó a la puerta de su casa.

Le abrió el amigo de su padre.

Era tal como el portero se lo había descrito: bastante grueso, de rostro colorado y labios sensuales, su mirada tenía una vivacidad extraordinaria, su aspecto era bondadoso y nada excepcional. El cajero no le había visto nunca.

—Encantado de conocerle, señor —dijo.

Estaba en casa de Prosper como si se hallara en la suya; en la mesa del salón había un libro tomado de la biblioteca; poco faltaba para que hiciera los honores de la casa.

—Debo confesarle, caballero... —comenzó a decir el cajero.

—Que está usted sorprendido de encontrarme aquí, ¿no es cierto? Lo imagino. Su padre se había propuesto presentarme a usted, pero se ha visto obligado a marcharse esta mañana a Beaucaire. Añadiré que se ha marchado con la convicción, que yo comparto, de que no ha cogido usted un solo céntimo del dinero de *monsieur* Fauvel.

Ante esta noticia de feliz augurio, Prosper no pudo contener una exclamación de alegría.

—Además —continuó el hombre—, esta carta de su padre, que estoy encargado de darle, reemplazará, así lo espero, cualquier presentación.

El cajero tomó la carta que le entregaban y, a medida que iba leyendo, su rostro se iluminaba, la sangre acudía de nuevo a sus pálidas mejillas.

Terminada la lectura, tendió la mano al grueso caballero.

—Mi padre, señor —dijo—, me escribe que es usted su mejor amigo; me recomienda que tenga en usted la más absoluta confianza y que siga sus consejos.

—Eso es. Esta mañana, su buen padre me ha dicho: Verduret (este es mi nombre), Verduret, mi hijo tiene un problema, hay que arreglarlo. Le he contestado: «Aquí estoy», y heme aquí. El hielo se ha roto, ¿no es cierto? Bueno, vayamos al grano. ¿Qué piensa hacer?

La pregunta encendió de nuevo la cólera del cajero, sus ojos lanzaban chispas.

—¿Qué pienso hacer? —preguntó con voz temblorosa—, quiero encontrar al miserable que me ha perdido, entregarle a la justicia, ¡vengarme!

—Claro. ¿Y tiene usted algún medio de conseguirlo?

—Ninguno; y sin embargo lo conseguiré porque un hombre que entrega toda su vida a una tarea, que despierta cada mañana deseando lo que ya deseaba la víspera, está seguro de conseguirlo.

—Bien dicho, *monsieur* Prosper, y mire, con franqueza, esperaba encontrarle de este modo. La prueba la tiene usted en que he pensado y buscado por usted. Tengo un plan. Para empezar, venderá usted sus muebles, dejará esta casa y desaparecerá.

—¡Desaparecer! —gritó el cajero resbalándose—, ¡desaparecer! Ni lo piense, señor, eso sería confesarse culpable, autorizar a todo el mundo para que dijeran que me oculto para disfrutar en paz de los 350 000 francos robados.

—¡Bueno!, ¿y qué importa? —dijo fríamente el hombre de las patillas pelirrojas—; ¿no acaba usted de decirme que está dispuesto a sacrificar su vida? El nadador hábil, arrojado al agua por unos malhechores, se guarda muy bien de regresar en seguida a la superficie; por el contrario, bucea, nada bajo el agua mientras puede contener la respiración y reaparece lo más lejos posible, regresa a tierra fuera de la vista de sus agresores y, cuando le creen perdido, ahogado, surge de pronto y se venga. ¿Tiene usted un enemigo? Sólo una imprudencia puede entregárselo. Pero, mientras le vea erguido, tendrá miedo.

Con una especie de admirativa sumisión, Prosper escuchaba a aquel hombre que, pese a ser el amigo de su padre, le era desconocido. Sin darse cuenta de ello, sufría el ascendiente de una naturaleza más enérgica que la suya. Carecía de todo y se sentía feliz de encontrar apoyo.

—Seguiré su consejo —respondió Prosper tras unos instantes de reflexión.

—Estaba seguro de ello, querido amigo. Hagamos así hoy limpieza. Y tenga en cuenta, además, que el producto de la venta nos será muy útil. ¿Tiene usted dinero? No. Y, sin embargo, lo necesitamos. Estaba tan seguro de que iba a convencerle que he mandado llamar a un comerciante en muebles. Se queda con todo, en bloque, por 12 000 francos, exceptuando los cuadros.

Muy a su pesar, el cajero tuvo un sobresalto que *monsieur* Verduret advirtió.

—Sí —dijo—, es duro, lo sé, pero necesario. Escúcheme —añadió en un tono que desentonaba con el resto de la conversación—: es usted el enfermo, y yo soy el médico que se encarga de curarle. Si corto en vivo, rece, pero déjeme cortar. Su salvación depende de ello.

—Proceda, señor —respondió Prosper cada vez más subyugado.

—Perfecto. Y... Vamos a otra cosa pues el tiempo vuela... ¿Es usted muy amigo de *monsieur* de Lagors?

—¿De Raoul?, sí, señor, amigo íntimo.

—Bueno, ¿quién es ese individuo?

La calificación de «individuo» pareció herir a Prosper.

—*Monsieur* de Lagors, caballero —respondió en tono molesto—, es el sobrino de *monsieur* Fauvel; es un hombre muy joven, rico, distinguido, espiritual y, que yo sepa, el mejor y el más leal muchacho.

—¡Hum! —dijo *monsieur* Verduret—, he aquí un mortal repleto de cualidades, me encanta la idea de que voy a conocerle. Pues, tengo que confesarlo, le he escrito en su nombre una notita para rogarle que venga hasta aquí, y ha respondido que vendría.

—¡Cómo! —exclamó Prosper aturdido—, podría usted suponer...

—¡Oh!, yo no supongo nada. Pero es preciso que vea a ese joven. Incluso tengo en la cabeza, y voy a comunicárselo, un pequeño proyecto de conversación...

Un campanillazo cortó las palabras de *monsieur* Verduret.

—¡Maldición! —dijo—, ya está aquí; adiós mi plan. ¿Dónde puedo ocultarme para escuchar y ver?

—Allí, en mi habitación, dejando la puerta abierta y corridas las cortinas.

Resonó un campanillazo.

—¡Voy, voy! —gritó el cajero.

—Por su propia vida, Prosper —dijo *monsieur* Verduret con un tono que hubiera podido convencer al espíritu más rebelde—, por su propia vida, ni una palabra a ese hombre de sus proyectos ni de los míos. Muéstrese con él desalentado, débil, dubitativo...

Y desapareció mientras Prosper se apresuraba a abrir la puerta. La descripción de *monsieur* de Lagors no había sido exagerada. Jamás una fisonomía más agradable estuvo al servicio de un noble carácter. A los veinticuatro años, que afirmaba tener, Raoul apenas si aparentaba veinte. De estatura mediana, estaba admirablemente proporcionado. Con abundantes cabellos de un castaño claro que se rizaban naturalmente alrededor de su frente llena de inteligencia. La franqueza y el orgullo brillaban en sus grandes ojos azules.

Su primer movimiento fue arrojarse al cuello del cajero.

—¡Pobre y querido amigo —dijo estrechándole las manos—, pobre y querido Prosper...!

Sin embargo, bajo esas demostraciones de afecto se leía un cierto malestar que, si

escapó al cajero, debió ser advertido por *monsieur* Verduret.

—Tu carta, amigo mío —prosiguió Raoul una vez sentado en el salón—, me ha hecho mucho daño. Me ha asustado. He llegado a preguntarme si te estabas volviendo loco. Y, dejándolo todo, he venido en seguida.

Prosper parecía escuchar apenas, preocupado por una carta que no había escrito. ¿Qué le habían hecho decir? ¿Quién era aquel hombre cuya ayuda había aceptado?

—¿Acaso te falta valor? —continuó *monsieur* de Lagors—. ¿Por qué desesperar? A nuestra edad todavía hay tiempo de rehacerse la vida. Al menos té quedan amigos. Si he venido es porque quería decirte: Cuenta conmigo. Soy rico, la mitad de mi fortuna está a tu disposición.

Tan noble ofrecimiento, hecho con la más noble simplicidad emocionó profundamente a Prosper.

—Gracias, Raoul —respondió con voz conmovida—, ¡gracias! Por desgracia, todo el dinero de la tierra no me serviría ahora de nada.

—¿Por qué? ¿Cuáles son tus proyectos? ¿Te propones quedarte en París?

—No lo sé, amigo mío, no tengo ningún proyecto; he perdido la cabeza.

—No me cansaré de decírtelo —repitió vivamente Raoul—, hay que recomenzar la vida. Perdóname esta franqueza, es la de la amistad; mientras no se aclare este misterioso robo, permanecer en París es imposible.

—¿Y si no se aclara jamás?

—Razón de más para que te olviden. Mira, hace sólo una hora que estaba hablando de ti con Clameran; eres injusto con él, pues te estima. Si yo fuera Prosper, me decía, lo convertiría todo en dinero, me iría a América, haría fortuna y volvería para aplastar con mis millones a quienes sospecharon de mí.

Ese consejo hería el orgullo de Prosper. Sin embargo, no opuso reparo alguno. Las palabras del desconocido, que en aquel mismo momento estaba a la escucha, volvían a su memoria.

—¿Qué te parece! —insistió Raoul.

—Lo pensaré —murmuró el cajero—, ya veremos... quisiera saber qué dice *monsieur* Fauvel.

—¿Mi tío...! Ya sabes que desde que decliné la proposición que me hizo de entrar a trabajar en su oficina, estamos casi enfadados. Hace casi un mes que no he puesto los pies en su casa; pero he tenido noticias tuyas...

—¿Por qué medio?

—Por tu protegido, el joven Cavaillon. Parece ser que mi tío, después del asunto, está más consternado que tú mismo. Apenas si se le ve en las oficinas, se diría que sufre alguna terrible enfermedad.

—Y *madame* Fauvel, y... —el cajero dudó— y *mademoiselle* Madeleine.

—¿Oh! —dijo Raoul en tono ligero—, mi tía sigue siendo muy devota; ha encargado algunas misas por la salvación del culpable. Por lo que se refiere a mi hermosa y glacial prima, jamás consentirá en ocuparse de vulgares detalles, está muy

absorbida por los preparativos del baile de disfraces que dan, pasado mañana, los señores Jandidier. Ha descubierto, según me comunicó una de sus amigas, una modista de talento, desconocida, que le está haciendo un vestido de dama de honor de Catalina de Médicis, que es una verdadera maravilla.

Cierto es que el excesivo sufrimiento, adormeciendo el pensamiento, produce una especie de insensibilidad. Prosper había sufrido terriblemente, sin embargo, este último revés le aterró.

—¡Madeleine...! —murmuró—. ¡Madeleine...!

Monsieur de Lagors no creyó oportuno demostrar que había escuchado la exclamación; se levantó.

—Tengo que dejarte, querido Prosper —dijo—; el sábado veré a las damas en el baile y te daré noticias tuyas. Hasta entonces, ten valor y recuerda que, suceda lo que suceda, puedes contar conmigo.

Por última vez Raoul estrechó las manos de Prosper antes de retirarse. Debía estar ya en la calle mientras el infeliz cajero permanecía de pie todavía en el mismo lugar, inmóvil, aniquilado.

Fue precisa, para sacarle de sus sombrías meditaciones, la irónica voz del hombre de patillas rojizas que se había colocado frente a él.

—¡Eso es un amigo! —dijo *monsieur* Verduret.

—¡Sí...! —respondió Prosper con amargura—. Y, sin embargo, usted lo ha oído, me ha ofrecido la mitad de su fortuna.

Monsieur Verduret se encogió de hombros con aire compadecido.

—Es mezquino de su parte —dijo—. Puestos a ofrecer, ¿por qué no ofrecer la fortuna completa? Estos ofrecimientos no comprometen a nada. Sin embargo, estoy persuadido de que el guapo muchacho daría de buena gana diez hermosos billetes de mil francos para tener el océano entre usted y él.

—¡Él!, ¿y por qué..., caballero?

—¿Quién sabe?, tal vez por la misma razón que le ha impulsado a comunicarle que, desde hace un mes, no ha puesto los pies en casa de su tío.

—Pero esa es la verdad, señor, estoy seguro.

—¡Naturalmente! —respondió *monsieur* Verduret con aire burlón—. Pero, mire —continuó seriamente—, ya hemos hablado bastante del guapo muchacho; lo he visto y me basta, es todo lo que necesitaba. Ahora, por favor, cámbiese de ropa e iremos juntos a visitar a *monsieur* Fauvel.

Aquella proposición pareció sublevar a Prosper.

—¡Jamás! —gritó con extraordinaria violencia—. ¡No, jamás!, no podría soportar la vista de ese miserable.

Aquella resistencia no sorprendió a *monsieur* Verduret.

—Le comprendo —dijo—, y le perdono, pero espero que cambie de parecer. Así como he querido ver a *monsieur* de Lagors, quiero ver a *monsieur* Fauvel, ¿me oye?, es preciso. ¿Tan débil es usted que no puede esforzarse durante cinco minutos? Me

presentaré como uno de sus parientes, no tendrá usted que decir palabra alguna.

—Si es absolutamente necesario —dijo Prosper—, si usted lo desea...

—Sí, lo deseo. Vamos, ¡caramba!, un poco de seguridad y de confianza. Rápido, vaya a arreglarse un poco, se hace tarde. Tengo hambre, comeremos por el camino mientras charlamos.

El cajero acababa de entrar en su habitación cuando sonó otro campanillazo.

Monsieur Verduret fue a abrir. Era el portero; llevaba en la mano un sobre bastante voluminoso.

—Tenga —dijo—, esta mañana han traído esta carta para *monsieur Bertomy*; cuando la he visto estaba tan afectado que ni siquiera he pensado en dársela. Y es una extraña carta, ¿no es cierto, señor?

En efecto, era una carta fuera de lo normal. La dirección no había sido escrita a mano; las palabras que la componían habían sido formadas con letras impresas cuidadosamente recortadas de un libro o de un periódico y pegadas en el sobre.

—¡Oh! —dijo *monsieur Verduret*—. ¿Qué es esto?

Y dirigiéndose al portero:

—Siéntese un momento aquí, buen hombre —dijo—, vuelvo en seguida.

Dejó al portero en el comedor y pasó al salón, cerrando con cuidado la puerta. Allí estaba Prosper; primero había oído la campanilla, luego un rumor de voces y venía a saber qué pasaba.

—Han traído esto para usted —dijo *monsieur Verduret*.

Y sin contemplaciones abrió el sobre.

Unos billetes de banco salieron de él; los contó, había diez.

Prosper se había vuelto púrpura.

—¿Qué significa esto? —dijo.

—En seguida lo sabremos —respondió *monsieur Verduret*—, aquí hay una nota.

La nota, como la dirección, había sido compuesta con letras y palabras impresas, recortadas y pegadas.

Era corta pero explícita.

Querido Prosper, un amigo que conoce el horror de su situación le envía este socorro. Es un corazón, sépalo, que comparte todas sus angustias. Váyase, salga de Francia, es usted joven, el futuro le pertenece. Váyase y que este dinero le aporte felicidad.

A medida que el hombre de las patillas pelirrojas leía en voz alta, la cólera de Prosper se hacía mayor. Loca cólera, pues no sabía cómo explicarse los acontecimientos que se sucedían y sentía que su raza se extraviaba.

—Todo el mundo quiere que me vaya —exclamó—; ¡es una conjura!

Monsieur Verduret disimuló una sonrisa satisfecha.

—¡Por fin! —dijo—, abre usted los ojos, comienza a comprender. Sí, hijo mío, hay gente que le odia por todo el mal que le ha hecho a usted; sí, hay gente para quien su presencia en París supone una perpetua amenaza y que desea alejarle cueste lo que cueste.

—¿Y quiénes son, señor?, dígamelo; dígame quién se permite enviarme este dinero.

El amigo de *monsieur Bertomy* padre movió tristemente la cabeza.

—Si supiera su nombre, querido Prosper —respondió—, mi tarea estaría cumplida, pues sabría entonces quién ha cometido el robo de que le acusan. Pero lo buscaremos. Por fin tengo uno de esos indicios que, más pronto o más tarde, se convierten en un cargo abrumador. Sólo poseía deducciones más o menos probables; ahora tengo un hecho que prueba que no me equivocaba. Caminaba en la oscuridad; ahora tengo una luz que me guía.

Monsieur Verduret, aquel hombre de trivial apariencia, con la fácil vivacidad del viajante de comercio, hallaba, cuando le parecía, esos imperiosos acentos que se imponen a las almas débiles y dominan los espíritus enfermizos.

Prosper, escuchándole, recuperaba cierta seguridad y sentía que, en él, renacía la esperanza.

—Se trata —prosiguió *monsieur Verduret*—, de sacar partido a este indicio que nos entrega la imprudencia de sus enemigos. Comencemos interrogando al portero.

Abrió la puerta y llamó:

—¡Eh, buen hombre!, venga aquí, por favor.

El hombre, persona bastante educada, se acercó manoseando su gorra, muy intrigado por la autoridad que se arrogaba aquel desconocido en casa de su inquilino.

—¿Quién le ha dado el sobre que acaba de subir? —preguntó *monsieur* Verduret.

—Un mensajero que me ha dicho que todo estaba pagado.

—¿Le conoce usted?

—No faltaría más: es el mensajero que ha sentado sus reales en la taberna de la esquina de la rue Pigalle.

—Vaya a buscarle.

Mientras el portero salía corriendo, *monsieur* Verduret sacó de su bolsillo un cuaderno de notas y examinó alternativamente los billetes de banco esparcidos por la mesa y una página cubierta de cifras.

Terminado su examen:

—Esos billetes —dijo en tono decidido— no han sido enviados por el autor de la sustracción.

—¿Cree usted, señor?

—Estoy convencido; a menos claro está, que el ladrón esté dotado de una agudeza y una previsión extraordinarias; lo cierto, lo positivo, es que ninguno de esos billetes de mil francos forma parte de los trescientos cincuenta que fueron robados de su caja.

—Pero —aventuró Prosper, que no se explicaba la certeza de su protector—, sin embargo...

—No hay peros que valgan; tengo la numeración de todos los billetes...

—¡Cómo! ¡Ni yo mismo la tenía!

—Pero el banco afortunadamente sí, joven amigo. Cuando nos ocupamos de un asunto, hay que preverlo todo, no olvidar nada. Para un hombre inteligente no es excusa decir, cuando ha caído en alguna equivocación: ¡Hombre, no había pensado en ello! Yo sí pensé en el banco.

Si Prosper había tenido, al principio, ciertos reparos en ponerse por entero en manos del amigo de su padre, esos reparos se desvanecían uno a uno. Comprendía que, solo, apenas dueño de sí, librado a las inspiraciones de su inexperiencia, jamás habría tenido la paciente perspicacia de aquel extraño personaje.

Él, mientras, prosiguió como hablando para sí, olvidando por completo la presencia de Prosper.

—De modo que, si el envío no procede del ladrón, sólo puede venir, es evidente, de la otra persona que se hallaba junto a la caja en el momento del crimen, que no pudo impedirlo y que, ahora, siente remordimientos. La probabilidad de que hubiera dos personas en el momento del robo, probabilidad apuntada por el arañazo, es ahora ya una certeza indiscutible. *Ergo*, yo tenía razón.

El cajero escuchaba con suma atención, haciendo esfuerzos de imaginación, para comprender algo de un monólogo que no se atrevía a turbar.

—Busquemos —continuó el hombre grueso—, busquemos quién puede ser esa segunda persona atormentada por su conciencia y que, sin embargo, no se ha atrevido a revelar nada.

Tomó la carta y, muy lentamente, tres o cuatro veces, la leyó separando las frases, sopesando todas las palabras.

—Es evidente —murmuró—, muy evidente, que esta carta ha sido compuesta por una mujer. Jamás un hombre que quisiera hacer un favor a otro enviándole dinero habría utilizado la palabra: *socorro*, que es muy hiriente. Un hombre hubiera puesto: *préstamo*, *subsidio*, *fondos*, u otra equivalente, pero nunca *socorro*. Sólo una mujer, ignorando las estúpidas susceptibilidades masculinas, ha podido encontrar natural la idea que representa esta palabra. Por lo que se refiere a la frase: *Es un corazón*, etc... sólo puede haber sido pensada por una mujer.

Esta vez Prosper pudo seguir el trabajo inductivo de su protector.

—Creo que se equivoca usted, señor —dijo—, ninguna mujer puede haber estado mezclada en este asunto.

Monsieur Verduret no pareció advertir la interrupción. Tal vez no la hubiera oído, tal vez no le conviniera discutir sus opiniones.

—Intentemos ahora —prosiguió— descubrir de dónde han sido recortadas las palabras que forman esas tres frases.

Se acercó a la ventana y se puso a estudiar los caracteres pegados con la atención escrupulosa de un sabio que intenta descifrar un viejo manuscrito medio borrado.

—Caracteres pequeños —decía—, muy delicados, muy claros, impresión cuidada, papel bastante delgado y muy satinado. De modo que estas palabras no han sido recortadas ni de un periódico ni siquiera de una novela o un libro de venta corriente. Sin embargo, tengo la impresión de haber visto estos caracteres, los conozco, Didot emplea a menudo unos semejantes, al igual que *Madame*, el de Tours.

Se detuvo con la boca medio abierta, las pupilas dilatadas, lanzando a su memoria una de esas enérgicas llamadas que concentran el pensamiento en un punto único.

De pronto se dio un golpe en la frente.

—¡Ya lo tengo —dijo—, ya lo tengo! ¿Cómo diablos no lo habré descubierto a la primera ojeada? Todas esas palabras han sido recortadas de un devocionario. Además, pronto lo veremos, hay un medio de verificarlo.

Entonces, delicadamente, con la punta de la lengua, mojó algunas de las palabras pegadas en el papel y, cuando vio el pegamento bastante húmedo, con la ayuda de un alfiler consiguió despegarlas. En el reverso de una de esas palabras se hallaba impresa una palabra latina: *Deus*.

—¡Je, je! —exclamó con una risita de satisfacción—, lo he adivinado. Papá Tabaret, si estuviera aquí, estaría contento. Pero ¿qué habrá sido del devocionario mutilado? ¿Lo habrán quemado? No, porque un libro encuadernado no arde así como así. Lo habrán escondido en un rincón.

Monsieur Verduret se interrumpió; el portero regresaba con el mensajero de la esquina de la calle Pigalle.

—¡Ah!, llegas justo a tiempo, muchacho —dijo el hombre grueso con su aire más acogedor.

Y, enseñando al mensajero el sobre de la carta:

—¿Recuerdas —le preguntó— haber traído aquí este pliego?

—Perfectamente, señor; además me había fijado en la dirección: no se ven muchas direcciones escritas así, ¿verdad?

—Soy de tu opinión. ¿Quién te ha encargado que lo traigas? ¿Un hombre o una mujer?

—No, señor, un mensajero.

Esta respuesta, que divirtió enormemente al portero, ni siquiera arrancó una sonrisa a *monsieur Verduret*.

—¿Un mensajero? —prosiguió—, ¿y conocías a ese colega?

—Jamás le había visto.

—¿Cómo es?

—Caramba, señor, ni grande ni pequeño; iba vestido con una chaqueta de terciopelo verdoso y tenía su placa.

—¡Diablos, muchacho!, tu descripción es vaga y puede aplicarse a muchos mensajeros; pero tal vez tu colega te haya dicho quién le había encargado el trabajo.

—No, señor. Sólo me ha dicho, poniéndome diez sueldos en la mano: Toma, lleva eso a la calle Chaptal, al número 39, me lo ha dado un cochero en el bulevar... ¡Diez sueldos!, estoy seguro que me ha estafado.

La respuesta pareció desconcertar a *monsieur Verduret*. Que se tomaran tantas precauciones para hacer llegar la carta a Prosper le inquietaba y trastornaba sus planes.

—Bueno —continuó—, ¿reconocerías al mensajero de esta mañana?

—Eso sí, señor, si le viera.

—Entonces presta atención. ¿Cuánto ganas al día en tu oficio?

—¡Caramba!, señor, no lo sé con precisión, pero tengo una buena esquina; en fin, digamos que entre ocho y diez francos.

—¡Muy bien, muchacho!, yo te daré diez francos diarios sólo por pasear, es decir, por buscar al mensajero de esta mañana. Todas las tardes, hacia las ocho, vendrás al hotel del *Grand-Archange*, en el muelle Saint-Michel, a darme cuenta de tus paseos y a recibir tu paga. Pregunta por *monsieur Verduret*. Si encuentras a nuestro hombre, te daré cincuenta francos. ¿Te conviene el trato?

—¡Carajo!, ya lo creo, maestro.

—Entonces no pierdas ni un minuto, en marcha.

Aunque seguía ignorando el plan de *monsieur Verduret*, Prosper comenzaba a explicarse el sentido de sus investigaciones. Su vida dependía, por decirlo de algún modo, del éxito de estas y, sin embargo, casi lo olvidaba admirando la vivacidad del extraño ayudante que su padre le había procurado, su burlona sangre fría, la seguridad de sus inducciones, la fertilidad de sus métodos, la rapidez de sus maniobras.

—¿De modo, caballero —preguntó cuándo el mensajero se hubo retirado—, que está usted convencido de hallar, en todo lo que me sucede, la mano de una mujer?

—Más que nunca, y de una mujer devota además o, al menos, de una mujer que poseía dos devocionarios puesto que, para escribirle, ha mutilado uno.

—¿Y tiene usted alguna esperanza de encontrarlo?

—Una gran esperanza, querido Prosper.

Y esta gracias a algunas posibilidades de investigaciones inmediatas que utilizaré ahora mismo.

Tras estas palabras se sentó y, rápidamente, garabateó con un lápiz dos o tres líneas en un papelito con el que hizo luego una bola que introdujo en su chaleco.

—¿Está usted listo —preguntó— para nuestra visita a *monsieur* Fauvel? ¿Sí? Pues partamos, me parece que bien nos hemos ganado nuestro almuerzo.

Cuando Raoul de Lagors habló del extremo abatimiento de *monsieur* André Fauvel, no exageraba.

Desde el funesto día en que, a causa de su denuncia, el cajero había sido detenido, el banquero, aquel hombre activo hasta la turbulencia, preso de la más negra melancolía, había dejado por completo de ocuparse de sus asuntos.

Él, el hombre familiar por excelencia, ya sólo se relacionaba con su familia a la hora de las comidas; comía, apresurado, algunos bocados, y desaparecía en seguida. Encerrado en su despacho, ordenaba que nadie cruzara la puerta. Sus contraídos rasgos, su despreocupación por todo, sus continuas distracciones, traicionaban las preocupaciones de una idea fija o el imperio tiránico de un secreto dolor.

El día en que pusieron en libertad a Prosper, hacia las tres, *monsieur* Fauvel estaba como de costumbre sentado en su despacho, con los codos sobre la mesa, la frente entre las manos, la mirada perdida en el vacío, cuando su botones entró precipitadamente, con aspecto asustado.

—Señor —dijo aquel hombre—, el antiguo cajero, *monsieur* Bertomy, está aquí con uno de sus parientes; quiere verle a toda costa, quiere hablar con usted.

Ante estas palabras el banquero se levantó de un salto, más trastornado que si un rayo hubiera caído a sus pies.

—¡Prosper! —exclamó con voz ahogada por la cólera—, pero cómo se atreve...

Comprendió entonces que no debía abandonarse, ante el botones, a sus raptos temperamentales, consiguió dominarse y, con voz relativamente tranquila, añadió:

—Haga entrar a esos caballeros.

Si *monsieur* Verduret, aquel hombre grueso y de aire jovial, había contado con un espectáculo curioso y conmovedor, sus esperanzas no se vieron desengañadas. Nada más terrible que la actitud de aquellos hombres frente a frente: el banquero, rojo con el rostro tumefacto como si estuviera a punto de sufrir un ataque de apoplejía; Prosper, más lívido que el herido que acaba de perder su última gota de sangre. Inmóviles, estremecidos, a tres pasos de distancia, intercambiaban miradas cargadas de un odio mortal, dispuestos a caer uno sobre otro. Durante un largo minuto, por lo menos, *monsieur* Verduret examinó con curiosidad a ambos enemigos, con la distancia y la sangre fría de un filósofo que, en los transportes más violentos de la pasión humana, sólo ve un objeto de estudio y meditación.

Finalmente, como el silencio se hacía cada vez más amenazador, se decidió a tomar la palabra para dirigirse al banquero:

—¿Sin duda sabe usted, caballero —dijo—, que mi joven pariente acaba de ser liberado?

—Sí —respondió *monsieur* Fauvel que hacía, para no estallar, los más loables esfuerzos—; sí, por falta de pruebas.

—Eso es, señor; pues bien, como la mención «falta de pruebas», inscrita en el

acta de «no ha lugar» destroza el futuro de mi pariente, este ha decidido irse a América.

Ante esta declaración, la fisonomía de *monsieur* Fauvel cambió con brusquedad. Sus rasgos se distendieron como si se viera libre de una horrible angustia.

—¡Ah!, se va —repitió varias veces—, se va...

No había duda posible, el tono lo demostraba. La frase: «Se va», pronunciada así, era una mortal injuria.

Monsieur Verduret fingió no advertirlo.

—Creo —continuó con tono ligero— que la determinación de mi pariente es razonable. De todos modos he querido que, antes de dejar París, viniera a presentar sus respetos a su antiguo patrón.

Una amarga sonrisa plegó los labios del banquero.

—*Monsieur* Bertomy —replicó—, podía perfectamente haberse ahorrado un trámite penoso para ambos. No tengo nada que es cuchar, no tengo nada que decir.

Era una despedida formal y *monsieur* Verduret, comprendiéndolo así saludó a *monsieur* Fauvel y salió llevándose a Prosper que no había pronunciado una sola palabra.

Sólo en la calle el cajero recobró el habla.

—Usted lo ha querido, señor —dijo con voz sorda—, usted lo exigió y yo le he seguido. ¿Está contento? ¿Ha avanzado algo añadiendo esta sangrante humillación a todas las demás?

—Usted no —respondió *monsieur* Verduret—, pero yo sí. Yo no podía aproximarme al banquero sin usted y, ahora, sé ya lo que quería saber: tengo la certeza de que *monsieur* André Fauvel no ha tenido parte alguna en el robo.

—¡Oh!, señor —objetó Prosper—, puede fingir.

—Sin duda, pero no hasta ese punto. Y no es eso todo: necesitaba, para mi ulterior proyecto, saber si su patrón sería accesible a ciertas sospechas. Ahora puedo responder con claridad: Sí.

Prosper y su compañero se habían detenido, para charlar con mayor tranquilidad, en la esquina de la rué Laffitte, en el centro de un vasto solar resultado de las recientes demoliciones. *Monsieur* Verduret parecía inquieto y, mientras hablaba, giraba continuamente la cabeza como si estuviera esperando a alguien.

Pronto dejó escapar una exclamación de satisfacción.

Por un extremo de la improvisada plaza acababa de aparecer Cavaillon, iba con la cabeza descubierta y corría. Estaba tan alarmado y tan apurado a un tiempo, que ni siquiera pensó en estrechar la mano, ni en felicitar a su gran amigo Prosper, y se dirigió de inmediato a *monsieur* Verduret.

—Se han marchado —dijo.

—¿Hace mucho?

—No, un cuarto de hora, poco más o menos.

—¡Diablos! —dijo *monsieur* Verduret—, siendo así no tenemos ni un minuto que

perder.

Y entregando a Cavaillon la nota que había escrito unas horas antes en casa de Prosper le dijo:

—Tome, hágale llegar esto y vuelva pronto, que nadie se dé cuenta de su ausencia; salir sin sombrero es una imprudencia que puede levantar la liebre.

El pequeño Cavaillon no se lo hizo repetir dos veces y se marchó, corriendo, como había venido. Prosper estaba estupefacto.

—¿Cómo? —exclamó—, ¿conoce usted a Cavaillon?

—Eso parece —respondió sonriente *monsieur Verduret*—. Pero no es momento de charlar, vamos, ¡apresúrese!

—¿Adónde vamos ahora?

—Ya lo sabrá; vamos, haga funcionar sus piernas...

Él mismo dio ejemplo y, a paso casi gimnástico, subió por la rué Lafayette. Mientras caminaba o, mejor, mientras corría, iba hablando sin preocuparse de que Prosper le oyera o no.

—¡Ah, eso es! —decía—, no se ganan las carreras con los pies clavados en el suelo. Cuando se tiene una pista no debe descansarse ni un momento.

Cuando llegaron frente al número 81, *monsieur Verduret* se interrumpió deteniéndose al mismo tiempo.

—Aquí es —dijo a Prosper—; entremos.

Subieron y se detuvieron en el segundo piso, ante una puerta adornada con una placa de cobre en la que se leía: «*Modas y confecciones*». Junto al marco de la puerta pendía el cordón de una soberbia campanilla, pero *monsieur Verduret* no lo tocó. Llamó muy ligeramente, con la punta de los dedos, con una cadencia determinada, y, en seguida, como si alguien estuviera aguardando esta señal, la puerta se abrió.

La había abierto una mujer. Debía tener unos cuarenta años y su aspecto era sencillo pero muy correcto. Sin ruido, dejó entrar a Prosper y a su compañero en un pequeño comedor muy limpio, al que daban varias puertas. La mujer se había inclinado profundamente ante *monsieur Verduret*, como una protegida ante su protector.

El apenas si respondió al saludo. Con la mirada interrogaba a la mujer. Sus ojos decían:

—¿Bueno?

La mujer inclinó afirmativamente la cabeza.

—Sí.

—Allí, ¿no es cierto? —dijo en voz baja *monsieur Verduret*, señalando una de las puertas.

—No —respondió la mujer en el mismo tono de voz—, al otro lado, en la salita.

Monsieur Verduret abrió en seguida la puerta que le indicaban y, suavemente, empujó a Prosper hacia la salita, murmurando a su oído:

—Entre... Y mantenga su sangre fría.

Inútil recomendación. Apenas hubo visto el interior de aquella sala hacia a la que, a su pesar, le empujaban sin haberle advertido de nada, Prosper lanzó un gran grito:
—¡Madeleine...!

Efectivamente, era la sobrina de *monsieur* Fauvel, más hermosa que nunca, con aquella belleza tranquila y serena que impone admiración y obliga al respeto.

De pie, en medio de la sala, junto a una mesa cubierta con un tapete, arreglaba los pliegues de una falda de terciopelo rojo constelado de oro, sin duda la falda de su disfraz de dama de honor de Catalina de Médicis. Viendo a Prosper, toda la sangre afluyó a su rostro, sus hermosos ojos se entrecerraron, como si estuviera a punto de desvanecerse, y le fallaron las fuerzas hasta el punto de que, para no caer, se vio obligada a apoyarse en la mesa.

Su desfallecimiento sólo duró un momento y, pronto, sus tiernos ojos sólo expresaron altivez y resentimiento. En tono ofendido dijo:

—¿Cómo tiene, caballero, la osadía de espiar mis pasos? ¿Cómo se ha permitido seguirme y penetrar en esta casa?

En verdad, Prosper no tenía la culpa. Quiso explicarle, en pocas palabras, lo que había ocurrido. Pero su impotencia para expresar sus pensamientos le obligó a guardar silencio.

—Me juró usted —prosiguió Madeleine—, por su honor, que jamás intentaría volver a verme. ¿Es así como cumple su palabra?

—Lo juré, en efecto, señorita, pero...

Se detuvo.

—¡Oh, hable!

—... Han ocurrido tantas cosas desde aquel día, que he creído poder olvidar, aunque sólo fuera por una hora, aquel juramento arrancado a mi debilidad. Por azar o, al menos, por una voluntad que no es la mía, he tenido la felicidad de hallarme, una vez más, frente a usted. ¡Ay!, al verla, mi corazón ha saltado de íntimo júbilo.

Sin embargo, con voz bastante firme, ella contestó:

—Me conoce usted bastante, Prosper, como para saber que nada puede golpearle sin alcanzarme a mí misma. Sufre... Le compadezco como una hermana compadece a un hermano a quien ama con ternura.

—¡Una hermana! —exclamó con amargura Prosper—. Sí, esta es la palabra pronunciada el día en que usted me arrojó de su presencia. ¡Una hermana! En ese caso, ¿por qué haberme permitido acariciar, durante tres años, las más decepcionantes ilusiones? ¿Era yo un hermano para usted el día en que, juntos, fuimos en peregrinación a Notre-Dame-de-Fourvières; el día en que, tras habernos jurado al pie del altar amarnos eternamente, puso usted en mi cuello una reliquia bendita diciéndome: «Por amor a mí, llévela siempre, le dará felicidad»?

Madeleine intentó interrumpirle con un gesto dulce y suplicante; él no la vio.

—De eso hace un año —prosiguió—, y había transcurrido menos de un mes cuando usted me devolvió mi palabra arrancándome la promesa de no volver a verla. Si supiera, al menos, qué acción, qué pensamiento mío ha podido ofenderle. Pero no

se dignó explicarme nada. Me echaba y, para obedecer, dejé que creyeran que yo me alejaba voluntariamente. Me dijo usted que un obstáculo invencible se levantaba entre nosotros, y la creí. ¡Estaba loco! El obstáculo era su propio corazón, Madeleine. Sin embargo, siempre he conservado piadosamente la medalla bendita... No me ha dado felicidad.

Más inmóvil y blanca que una estatua, Madeleine inclinaba la frente bajo esa tempestad de inmensa pasión. Gruesas lágrimas corrían silenciosas por sus mejillas.

—Le dije que me olvidara —murmuró.

—¡Olvidar! —continuó Prosper, sublevándose como si hubiera escuchado una blasfemia—, ¡olvidar! ¿Pero puedo hacerlo? ¿Está en mi poder la posibilidad de detener, con mi sola voluntad, la circulación de mi sangre? ¡Ay, usted no ha amado nunca! Para olvidar, como para detener los latidos de mi corazón, sólo hay un medio... morir.

Esta palabra, pronunciada con acentos de feroz resolución, trastornó a Madeleine. Con un gesto imperioso, ella le interrumpió, como si deseara hablar y, ¿quién sabe?, explicarlo todo, disculpase.

Pero una súbita reflexión la detuvo; en un impulso desesperado gritó:

—Prosper, amigo mío, hermano mío, si usted supiera...

—Sólo sé una cosa, Madeleine, que usted me amó, ya no me ama, ¡y yo la amo!

Calló y aguardó una respuesta que no llegó.

Pero, de pronto, un sollozo ahogado rompió el silencio.

Era la doncella de Madeleine que, sentada junto a la chimenea de la salita, lloraba.

Madeleine se había olvidado de ella; Prosper, al entrar, deslumbrado, estupefacto, no la había visto. La miró. Aquella muchacha, vestida como las doncellas de casas acomodadas, era, no cabía duda, Nina Gypsy. Tan violenta fue la conmoción que Prosper sintió, que no pudo lanzar una exclamación, ni siquiera una palabra. El horror de la situación le aterrorizó. Allí estaba, entre las dos mujeres que habían determinado su vida, entre Madeleine, la orgullosa heredera a quien adoraba y que le rechazaba, y Nina Gypsy, la pobre muchacha que le amaba y a la que él desdeñaba.

Y se sorprendió de que Gypsy —la violencia encarnada— permaneciera allí, llorando, y no se levantara para protestar, para maldecirle.

Madeleine, mientras, desde que Prosper guardaba silencio, había conseguido, a fuerza de energía, recuperar su apariencia de tranquilidad. Lentamente, con movimientos de los que apenas si parecía tener conciencia, había tomado su abrigo, tendido en el canapé. Cuando estuvo lista para retirarse, se acercó a Prosper.

—¿Por qué ha venido usted? —dijo—. Usted y yo necesitamos todo nuestro valor. Usted es desgraciado, Prosper, y yo más desgraciada que usted.

Prosper intentó balbucear una respuesta; las palabras expiraron en sus labios; se ahogaba.

—Puedo asegurárselo —prosiguió Madeleine—, no he olvidado nada. ¡Ah, y que

esta certeza no le devuelva ninguna esperanza; no tenemos porvenir alguno! Si me ama, vivirá. No tendrá usted la crueldad de añadir a mis torturas el dolor de su muerte. Tal vez llegue el día en el que me sea permitido justificarme... Y, ahora, hermano mío, mi único amigo, ¡adiós, adiós...!

Al mismo tiempo, inclinándose hacia Prosper, rozó con sus labios la frente del infeliz joven y salió precipitadamente, seguida por Nina Gypsy.

Prosper estaba solo; le parecía despertar. Sólo entonces se esforzó por darse cuenta de lo que acababa de ocurrir, preguntándose si no sería el juguete de un sueño, si su razón no le engañaba.

No podía desconocer ya la soberana influencia de aquel hombre que, aquella misma mañana, había visto por primera vez.

¿Qué misterioso poder poseía, pues, aquel desconocido, para preparar así, a voluntad, los acontecimientos?

Parecía preverlo todo, adivinarlo todo; conocía a Cavaillon, sabía lo que Madeleine hacía; había podido reducir a la independiente Gypsy a la más pura obediencia.

Llegó rápidamente a tal grado de exasperación que, cuando *monsieur* Verduret entró en el saloncito, avanzó hacia él como un loco, furioso, pálido, amenazador y, con voz cortada y dura, le dijo:

—¿Quién es usted?

El hombre grueso sólo pareció sorprenderse muy moderadamente ante el acceso de violencia.

—Un amigo de su padre —dijo—, ¿acaso no lo sabe?

—Esa no es una respuesta, caballero. En un momento de sorpresa pude abdicar mi voluntad en manos de un desconocido, pero ahora...

—¿Qué? ¿Me exige, tal vez, mi biografía? ¿Lo que soy, lo que he sido, lo que puedo ser...? ¿Qué le importa a usted? Le dije: le salvaré; lo esencial es que le salve.

—Pero tengo derecho a preguntarle por qué medios.

—¿A santo de qué?

—Para aceptar sus métodos, señor, o rechazarlos.

—¡Pero si le aseguro el éxito...!

—No basta, señor, y no me conviene ya permanecer por más tiempo privado de mi libre arbitrio, verme expuesto, sin haber sido avisado, a pruebas como las de hoy. Un hombre de mi edad debe saber lo que hace.

—Un hombre de su edad, Prosper, cuando está ciego, toma un guía, y se guarda mucho de tener la pretensión de mostrar el camino a quien le conduce.

El tono de *monsieur* Verduret, medio irónico, medio conmisericordioso, no estaba hecho para calmar la creciente irritación de Prosper.

—Siendo así —gritó—, gracias por sus servicios, caballero, no los quiero. Si combatía para defender mi honor y mi vida era porque, de todos modos, esperaba que Madeleine volviese a mí. Hoy sé que entre ella y yo todo ha terminado, me retiro de

la lucha.

Tan evidente era la resolución de Prosper que, por un instante, *monsieur* Verduret pareció alarmarse.

—Está usted loco —dijo.

—No, por desgracia. Madeleine ya no me ama, qué me importa lo demás.

Su acento era tan desesperado que *monsieur* Verduret se conmovió.

—De modo que —dijo—, ¿no sospecha usted nada? ¿No ha sabido extraer el sentido de sus palabras?

Prosper tuvo un gesto terrible.

—¡Ha escuchado usted! —gritó.

—Lo confieso.

—¡Caballero...!

—¡Sí!, tal vez no sea muy delicado; pero el fin justifica los medios. He escuchado y estoy satisfecho de ello porque, ahora, puedo decirle: recupere su valor, Prosper, *mademoiselle* Madeleine le quiere; nunca ha dejado de quererle.

—¡Oh! —murmuró, tranquilizado de pronto—, si pudiera creerle... Me ama, es libre y huye de mí...

—¡Libre...! No, no lo es. Devolviéndole su palabra, no hacía más que obedecer a una voluntad superior. Se estaba sacrificando... ¿Por quién? Pronto lo sabremos, y el secreto de su sacrificio nos revelará el secreto de la maquinación de que usted es víctima.

A medida que *monsieur* Verduret hablaba, Prosper sentía desvanecerse en él su resolución de rebeldía, la esperanza y la confianza regresaban.

—¡Si estuviera usted en lo cierto, si, a pesar de todo —murmuró—, estuviera usted en lo cierto...!

—¡Infeliz joven!, ¿por qué se obstina usted en cerrar los ojos ante la evidencia? ¿No comprende que Madeleine conoce el nombre del ladrón?

—Es imposible.

—Es cierto. Pero, créame, no hay poder humano capaz de arrancarle ese nombre. Sí, le está sacrificando, pero casi tiene derecho a hacerlo porque, primero, se ha sacrificado a sí misma.

—Estoy decidido, señor —dijo por fin Prosper—. Mi honor es un sagrado depósito del que debo dar cuentas a mi familia, estoy dispuesto a seguirle hasta el final, disponga de mí.

Aquel mismo día, fiel a su palabra, Prosper vendía su mobiliario y escribía a sus amigos una carta en la que anunciaba su próxima marcha a San Francisco.

Y por la noche se instaló, al igual que *monsieur* Verduret, en el hotel del *Grand-Archange*.

No lejos del Palais-Royal, en la rué Saint-Honoré, hay un pequeño establecimiento, medio café, medio tenducho, llamado la *Bonne foi*, muy frecuentado por los empleados del barrio.

En una de las salas de esta modesta taberna, a la mañana siguiente de su puesta en libertad, el viernes, Prosper aguardaba a *monsieur Verduret*, que le había citado a las cuatro.

Dieron las cuatro; *monsieur Verduret*, que era la puntualidad personificada, apareció. Estaba todavía más colorado que la víspera y, como la víspera, lucía aquel porte admirable de estar perfectamente satisfecho de sí mismo.

En cuanto el mozo, a quien había pedido una caña, se hubo alejado preguntó a Prosper:

—¿Bueno, lo ha hecho usted todo?

—Sí, señor.

—¿Ha visto usted al sastre?

—Le he entregado su carta. Todo lo que ha pedido se lo llevarán mañana al *Grand-Archange*.

—Bien, perfecto, porque yo tampoco he perdido el tiempo y tengo grandes noticias.

Monsieur Verduret había tomado su libreta de notas, aquella libreta preciosa que, semejante a los libros encantados de los cuentos de hadas, tiene respuestas para todas las preguntas.

—Mientras esperamos a aquellos colaboradores nuestros que han sido citados aquí —dijo—, ocupémonos un poco de *monsieur* de Lagors.

Al oír ese nombre, Prosper no protestó como había hecho la víspera. Semejante a esos imperceptibles insectos que, una vez han penetrado en un tronco de árbol, lo devoran en una noche, la sospecha, cuando ha penetrado en nuestra alma, se desarrolla en ella y destruye las más fuertes creencias.

La visita de Lagors había inspirado a Prosper dudas que, hora tras hora, por decirlo así, habían crecido y se habían fortalecido.

—¿Sabe usted, querido amigo —prosiguió *monsieur Verduret*—, de qué región es el joven caballero que tanto afirma ser su amigo?

—Es, señor, de la región de *madame Fauvel*, de Saint-Remy.

—¿Está usted seguro?

—Seguro, señor. No sólo me lo ha dicho con frecuencia sino que se lo he oído decir también a *monsieur Fauvel* y lo he oído repetir cien veces a *madame Fauvel* cuando hablaba de su pariente, la madre de Lagors, a la que estima mucho.

—De modo que no hay a este respecto duda ni error posibles.

—No, señor.

—¡Caramba, caramba! —dijo *monsieur Verduret*—, eso sí que comienza a ser,

por lo menos, extraño.

Y silbaba entre dientes lo que, en él, es manifiesta señal de una satisfacción íntima y superior.

—¿Qué es extraño? —preguntó Prosper intrigado.

—Lo que sucede, ¡caramba! —respondió el hombre grueso—, lo que yo había imaginado. ¡Vaya! —continuó, imitando la palabrería de los que exhiben curiosidades en las ferias—. Saint-Remy es un pueblo encantado, seis mil habitantes, deliciosos bulevares en el emplazamiento de las fortificaciones, hermoso ayuntamiento, abundantes fuentes, hilaturas de seda, afamado sanatorio, etcétera.

Prosper parecía estar sobre ascuas.

—Por favor, señor —comenzó.

—Se le conoce —prosiguió *monsieur* Verduret— por un arco de triunfo romano, como no hay otro igual, y un mausoleo griego, pero no hay ningún Lagors. Saint-Remy es la patria de Nostradamus, pero no la de su amigo.

—Sin embargo, señor, he tenido pruebas...

—Naturalmente. Pero las pruebas, ¿sabe usted?, es algo que se fabrica; las parentelas se improvisan. Sus declaraciones son sospechosas, mis testimonios irrefutables. Mientras usted se lamentaba en prisión yo colocaba mis baterías y acumulaba munición para abrir fuego. Escribía a Saint-Remy y he tenido respuestas.

—¿No quiere usted comunicármelas, señor?

—Un poco de paciencia —dijo *monsieur* Verduret hojeando su cuaderno—. ¡Ah!, he aquí la primera, la número 1. Respetemos el estilo, es oficial.

Leyó:

LAGORS: Muy antigua familia, originaria de Maillane, instalada en Saint-Remy desde hace un siglo...

—¡Ve usted! —gritó Prosper.

—Déjeme terminar, ¿eh? —dijo *monsieur* Verduret. Y prosiguió:

El último de los LAGORS (Jules-René-Henri), llevando, aun sin derecho bien probado, el título de conde, desposó en 1829, a la señorita Rosalie-Clarisse Fontanet, de Tarascón; murió en diciembre de 1848, sin heredero varón, dejando sólo dos hijas. Los registros civiles consultados no mencionan a nadie, en la región, que lleve el nombre de Lagors.

—¡Bueno! —preguntó el hombre grueso—. ¿Qué me dice usted de la información?

Prosper estaba asombrado.

—¿Por qué, pues, *monsieur* Fauvel trata a Raoul como a su sobrino?

—Como al sobrino de su mujer querrá usted decir. Examinemos la noticia número 2. No es oficial pero arroja una claridad preciosa sobre las veinte mil libras de renta de su amigo:

Jules-René-Henri, de Lagors, último de su estirpe, murió en Saint-Remy el 29 de diciembre de 1848, casi en la miseria. Había poseído cierta fortuna, la puesta en marcha de un criadero modelo, le arruinó.

No dejó varón, sólo dos hijas, una es maestra en Aix y la otra está casada con un pequeño comerciante de Orgon. Su viuda vive sólo gracias a la bondad de una de sus parientes, casada con un rico banquero de la capital. No se conoce a nadie que lleve el nombre de Lagors en la región de Arlés.

—¡Eso es todo! —dijo *monsieur* Verduret—. ¿Le parece bastante?

—Digamos, señor, que me parece estar soñando. Pero, en ese caso —prosiguió, pensativo—, ¿quién debe ser Raoul?

—Lo ignoro. Con franqueza, es más difícil descubrir quién es que saber quién no es. Sólo un hombre podría informarnos al respecto, pero se guardará mucho de decir nada.

—*Monsieur* de Clameran, ¿no es cierto?

—Eso es.

—Siempre me ha inspirado una inexplicable repulsión —dijo Prosper—. ¡Ah, si pudiéramos tener el *dossier* de este tipo!

—Tengo algunas pequeñas notas —respondió *monsieur* Verduret— que me ha proporcionado su padre, que conoce bien a la familia Clameran; son bastante sucintas, pero aguardo otras.

—¿Qué le ha dicho mi padre?

—Nada favorable, tranquilícese. Veamos, para que se entere usted, el resumen de esas informaciones:

Louis de Clameran nació en el castillo de Clameran, próximo a Tarascón. Tenía un hermano mayor llamado Gastón. En 1842, a consecuencias de una pelea en la que tuvo la desgracia de matar a un hombre y herir gravemente a otro, Gastón se vio obligado a expatriarse. Era un muchacho leal, franco, honesto, a quien todo el mundo quería. Louis, por el contrario, tenía los más detestables instintos y tenía enemigos.

Cuando murió su padre, Louis vino a París y, en menos de dos años, devoró no sólo su parte de la herencia paterna, sino también la parte de su hermano exiliado.

Arruinado, acribillado de deudas, Louis de Clameran se hizo soldado y se portó tan mal en el regimiento que fue enviado a una compañía disciplinaria.

Cuando abandonaba el servicio se le pierde totalmente de vista; todo lo que se sabe es que, sucesivamente, vive en Inglaterra y Alemania, donde protagoniza un horrible asunto de juego.

En 1865 le encontramos de nuevo en París. Estaba en la mayor de las miserias y frecuentaba la peor sociedad, viviendo solo en el mundo de los estafadores y las mujeres de la vida.

Había utilizado ya los más vergonzosos métodos cuando, de pronto, supo del regreso de su hermano a Francia. Gastón había hecho fortuna en México. Pero, joven todavía y acostumbrado a la vida activa cuando acababa de comprar una fundición de hierro cerca de Oloron hace sólo seis meses, murió entre los brazos de su hermano Louis. Esta muerte proporcionó a nuestro Clameran una gran fortuna y el título de marqués.

Prosper reflexionaba. Desde hacía veinticuatro horas, es decir, desde que *monsieur* Verduret trabajaba a su vista, comenzaba a empaparse de su método inductivo. Como él, intentaba agrupar los hechos, ajustar las circunstancias a sospechas más o menos probables.

—De lo que usted me dice —dijo por fin—, se deduce que *monsieur* de Clameran, el nuestro, claro, estaba en la más negra miseria cuando le vi por primera vez ante *monsieur* Fauvel.

—Es evidente.

—Y poco después Lagors llegó de su provincia.

—Eso es.

—Y aproximadamente un mes después de su llegada, Madeleine, de pronto, me ha despedido.

—¡Bueno...! —gritó *monsieur Verduret*—, comienza usted a ejercitarse y a comprender el significado de los hechos.

Viendo que un nuevo cliente entraba en la *Bonne foi*, dejó de hablar.

Era un criado de casa bien, peinado cuidadosamente y lucía con dignidad sus patillas negras a la Bergami; llevaba hermosas botas vueltas, calzón amarillo y un chaleco con mangas, de rayas rojas y negras. Tras una ojeada rápida, pero segura, arrojada a su alrededor se dirigió con rapidez hacia la mesa de *monsieur Verduret*.

—¿Qué hay, maestro Joseph Dubois? —interrogó el hombre grueso.

—¡Ah, patrón, no me hable! —contestó el criado—, eso está que arde, ¿sabe usted?, está que arde.

Prosper concentró toda la atención de que era capaz en el soberbio criado. Le parecía conocer aquella fisonomía. Se decía que, sin ninguna duda, había visto ya en alguna parte su frente huidiza y sus ojos de inquietante movilidad. Pero ¿dónde y en qué circunstancias? Buscaba y no podía hallar la respuesta.

Mientras, maestro Joseph se había sentado, no a la mesa de *monsieur Verduret* sino en la contigua, y había pedido un vaso de absenta, que preparaba con lentitud, dejando que el agua cayera gota a gota desde muy arriba, de acuerdo con la fórmula.

—¡Habla! —le dijo *monsieur Verduret*.

—Para comenzar, patrón, debo confesarle que no todo son rosas en el oficio de criado de *monsieur de Clameran*.

—¡Al grano, al grano!, ya te quejarás mañana.

—De acuerdo allá voy. Ayer, mi señor salió, a pie, hacia las dos. Naturalmente, le seguí. ¿Sabe adónde iba? ¡Es cómico! Se dirigía al *Grand-Archange*, a la cita con nuestra damita.

—Sigue; le dijeron que se había marchado. ¿Y luego?

—¡Luego! ¡Ah, no estaba contento en absoluto, se lo aseguro! Regresó corriendo a la mansión en donde el otro, *monsieur Raoul de Lagors*, le esperaba. No, le aseguro que blasfemando ese hombre no tiene rival. *Monsieur Raoul* le preguntó qué había de nuevo para encolerizarse de aquel modo. «Nada», contestó mi señor; «nada salvo que la pilluela se ha largado, que se ignora a dónde ha ido, que se nos escapa de entre los dedos». Entonces ambos parecieron muy enojados e inquietos. «¿Sabe algo importante?», preguntó Lagors. «Sólo sabe lo que ya te dije», dijo Clameran, «pero esa nimiedad, si cae en los oídos de un hombre con olfato, puede ponerle tras la pista de la verdad».

Monsieur Verduret sonrió, porque tenía razones suficientes como para apreciar en su justo valor los temores de *monsieur de Clameran*.

—¡Hombre! —dijo—, ¿sabes que no carece por completo de inteligencia tu

señor? ¿Y luego?

—Luego, patrón, Lagors se puso verde y gritó: «¡Si tan grave es, hay que deshacerse de esa bribona!». No se anda en barras, el pequeño. Pero mi señor se echó a reír y se encogió de hombros. «Eres un estúpido», respondió, «cuando una mujer como esa molesta, se toman las medidas necesarias para librarse de ella administrativamente». La idea les hizo reír mucho.

—¡No lo dudo! —asintió *monsieur* Verduret—; es una excelente idea; por desgracia, para ellos, es demasiado tarde para llevarla a cabo. La nimiedad que Clameran temía había caído ya en unos oídos inteligentes. Sin embargo, como no deseo que esos tipos enreden mis cartas, hay que dar aviso a la brigada de buenas costumbres.

—Ya lo hice, patrón —respondió con alegría maese Joseph.

Prosper, con una curiosidad enfebrecida y jadeante, escuchaba ese informe, cada una de cuyas palabras daba una nueva luz a los acontecimientos. El tal Raoul, en quien había depositado toda su confianza, sólo podía ser, ahora lo comprendía, un miserable.

Maese Joseph, mientras, proseguía:

—Ayer, después de cenar, mi señor se engalanó como un novio. Le afeité, le peiné, le perfumé, le convertí en un Adonis, tras lo cual subió al coche y le llevé a la calle de Provence, a casa de *monsieur* Fauvel.

—¡Cómo! —gritó Prosper—, tras sus palabras insultantes el día del robo, ahora se atreve a presentarse ante él.

—Sí, joven caballero, ha tenido la osadía de hacerlo e incluso se atrevió a permanecer allí toda la velada, hasta casi medianoche, con gran perjuicio para mi persona, pues tuve que permanecer en mi asiento, empapado como una esponja.

—¿Qué aspecto tenía al salir? —preguntó *monsieur* Verduret.

—Menos satisfecho que al llegar, está claro. Cuando, tras encerrar el caballo y el coche, fui a preguntar si necesitaba alguna cosa, encontré cerrada la puerta y, a través de ella, me lanzó algunos insultos.

Para ayudarse a digerir tal humillación, maese Joseph tomó un trago de absenta.

—¿Es eso todo? —preguntó *monsieur* Verduret.

—Por lo que a ayer respecta, sí, señor. Esta mañana, el señor se ha levantado tarde y, con un humor de perros. A mediodía, el otro, *monsieur* Raoul, se ha presentado furibundo también. Han comenzado a disputar en seguida, pero a disputar de un modo que... oiga, unos cargadores del muelle se habrían ruborizado al verles. En cierto momento el bruto de mi señor ha cogido al pequeño por la garganta y le ha sacudido como si se tratara de un ciruelo; he creído que iba a estrangularle. Pero Raoul, que no es tonto, se ha sacado del bolsillo una hermosa navaja puntiaguda y, palabra, el otro ha tenido miedo, le ha soltado y se ha tranquilizado.

—Pero ¿qué decían?

—¡Ah!, ese es el *hic*, patrón —dijo lastimosamente maese Joseph—; hablaban

inglés, los muy canallas, de modo que no he comprendido nada. Sólo estoy seguro de que se trataba de una cuestión de dinero.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, con vistas a la Exposición Universal, aprendí cómo se dice «dinero» en todas las lenguas de Europa, y la palabra volvía una y otra vez en su conversación.

—Para terminar —prosiguió maese Joseph—, cuando los dos bribones se calmaron, volvieron a hablar en francés. ¡Pero lamentablemente, sólo hablaron de cosas insignificantes, de un baile de disfraces que se da mañana en casa de los banqueros! Tan sólo, cuando acompañaba al pequeño hasta la puerta, mi señor le dijo: «Puesto que la escena es inevitable, cuanto antes mejor; de modo que quédate en casa, en el Vesinet, esta noche». Raoul contestó: «Entendido».

Se acercaba la noche. La tabernita, poco a poco, se llenaba de clientes que, todos a la vez, gritaban para lograr su absenta o su aperitivo. Los mozos, encaramándose en taburetes, aproximaban cerillas a las lámparas de gas que se inflamaban con sordas detonaciones.

—Hay que largarse —dijo *monsieur* Verduret a Joseph—, tu señor puede necesitarte y, además, aquí llega alguien que quiere hablar conmigo. Hasta mañana.

Ese alguien no era otro que Cavaillon, más turbado y tembloroso que nunca. Lanzaba miradas inquietas a todas partes, más sobresaltado que un ladronzuelo al que toda la policía de París le pisara los talones.

Tampoco él se sentó en la mesa de *monsieur* Verduret. Furtivamente dio un apretón de manos a Prosper y, sólo tras haberse asegurado de que nadie le observaba, se arriesgó a entregar a *monsieur* Verduret un paquetito mientras decía:

—Eso es lo que ha encontrado en un armario.

Era un devocionario ricamente encuadernado. *Monsieur* Verduret lo hojeó con rapidez y pronto encontró las páginas de donde habían sido recortadas las palabras pegadas en la carta que Prosper había recibido la víspera.

—Tenía pruebas morales —dijo tendiendo el libro al joven—, he aquí una prueba material que, por sí sola, puede salvarle a usted.

Viendo el libro, Prosper había palidecido. Lo reconocía. Él mismo había regalado el devocionario a Madeleine, a cambio de la medalla bendita. Y, en efecto, en la primera página, Madeleine había escrito: *Recuerdo* de Notre-Dame-de-Fourbière, 17 de enero de 1866.

—¡Pero este libro es de Madeleine! —exclamó.

Monsieur Verduret no respondió.

Hacia la mitad de la rué Saint-Lazare se levantan las mansiones gemelas de los señores Jandidier, dos famosos financieros que, aun sin el prestigio de sus millones, eran hombres notables. ¡Ojalá pudiera decirse lo mismo de todos!

Ambas mansiones, que cuando, hacía unos años, fueran terminadas hicieron lanzar gritos de admiración a la prensa, eran absolutamente independientes una de la otra, pero estaban dispuestas con tanta habilidad que, si era necesario, podían convertirse en una sola.

A las diez de la noche se bailaba ya en ambos salones.

Era un baile de disfraces. Casi todos los vestidos eran lujosos, muchos del mejor gusto y algunos verdaderamente originales.

Entre estos últimos se destacaba un payaso, que parecía auténtico, con la admirable fisonomía de su oficio, mirada insolente, boca glotona y burlesca, pómulos encendidos y una barba tan roja que parecía llamear con el brillo de los candelabros.

El disfraz era como la tradición exige: las botas puestas al revés, el sombrero suficientemente abollado y, los encajes de la chorrera deshilachados.

Llevaba en la mano izquierda el asta de una especie de estandarte de tela en el que se representaban seis u ocho cuadros, groseramente pintados con las imágenes de las barracas de feria. Con la mano derecha agitaba un pequeño puntero con el que golpeaba, de vez en cuando, la tela, al modo como lo hacen los saltimbanquis cuando sueltan su cantinela.

La gente rodeaba al payaso, esperando de él algunos chistes graciosos, pero él se mantenía obstinadamente junto a la puerta de entrada.

Sólo hacia las diez y media abandonó su puesto.

Monsieur y *madame* Fauvel, seguidos por su sobrina Madeleine, acababan de entrar.

Integrado en el batallón de los hombres serios, *monsieur* Fauvel no se había disfrazado; se había echado simplemente, a los hombros, un corto abrigo de seda. De su brazo, *madame* Fauvel, de soltera Valentine de la Verberie, se inclinaba y saludaba con la más graciosa afabilidad. Antaño su belleza había sido notable y, esta noche, por la magia del disfraz y ayudada por la ilusión de las luces, había hallado de nuevo la frescura y el fulgor de la juventud. Jamás se le hubieran dado los cuarenta y ocho años que acababa de cumplir.

Había elegido un vestido corto de los últimos años del reinado de Luis XIV, magnífico y severo, de satén brocado y terciopelo, sin un brillante, sin una joya.

Con el empaque del maquillaje llevaba el traje, con una fácil nobleza como conviene —decían algunas almas caritativas— a una de la Verberie que cometió la equivocación de casarse con un hombre adinerado.

Pero Madeleine acaparaba todas las miradas. Era como una reina bajo su disfraz

de dama de honor, que parecía inventado para realzar las riquezas de su talle.

Un hombre, ya de edad, que llevaba con suprema distinción el manto de veneciano se detuvo ante el payaso.

—¿Sabe usted, señor... Verduret —dijo medio en serio, medio en broma—, lo que me ha prometido?

El payaso se inclinó respetuosa, profundamente, pero sin demostrar bajeza ni humildad.

—¡Lo recuerdo! —respondió.

—Sobre todo, nada de imprudencias.

—El señor conde puede estar tranquilo, tiene mi palabra.

—De acuerdo, caballero; sé lo que vale.

El conde se alejó; pero, durante el corto diálogo, la danza había terminado y el payaso no vio ya ni a *monsieur* Clameran ni a Madeleine.

«Les encontraré junto a *madame* Fauvel» pensó.

Y, de inmediato, se lanzó hacia la muchedumbre buscando a la mujer del banquero.

Molesto por el calor que se hacía sofocante, *mademoiselle* Fauvel había acudido, buscando un poco de aire fresco, a la gran galería de las mansiones Jandidier, transformada por esa noche y gracias al talismán que se llama oro, en un jardín encantado, lleno de naranjos, de adelfas floridas y blancas lilas cuyos delicados racimos empezaban a inclinarse.

El payaso la distinguió sentada junto a un bosquecillo, no lejos de la puerta de una de las salas de juego. A su derecha estaba Madeleine, a su izquierda Raoul de Lagors disfrazado de doncel de Enrique III.

«Hay que reconocer —pensó el payaso mientras buscaba un puesto de observación—, que nadie puede ser más hermoso que ese joven bandido».

Madeleine, ahora, estaba triste. Había arrancado una camelia del árbol vecino y la deshojaba maquinalmente, con la mirada perdida en el vacío.

Raoul y *mademoiselle* Fauvel, inclinados uno hacia otro, charlaban. Sus rostros parecían tranquilos, pero los gestos de él y los sobresaltos de ella evidenciaban preocupaciones superiores y una conversación muy grave.

En la sala de juego sé distinguía al dux, *monsieur* de Clameran, colocado de modo que pudiera ver, sin ser visto, a *mademoiselle* Fauvel y Madeleine.

«¡Si pudiera oír sus palabras! —pensó el payaso—. Estoy seguro de que tras aquellas camelias podría escucharlas».

De inmediato se puso en movimiento, pero acercarse no era fácil, le fue necesario rodear algunos grupos. Cuando llegó al lugar deseado, Madeleine se levantaba y tomaba del brazo a un persa cubierto de pedrerías.

En aquel mismo instante, Raoul se levantó entró en el salón de juego, y dijo algunas palabras al oído de Clameran.

—¡Eso es...! —se dijo el payaso—, estos dos miserables tienen cogidas a las

pobres mujeres, y es en vano que ambas se debatan entre sus garras. Pero ¿cómo las tiene cogidas?, estaba pensando, cuando, de pronto, se produjo un gran movimiento en la galería. Habían anunciado un maravilloso minué en el gran salón.

En unos instantes, la galería quedó casi vacía. Sólo quedaban algunos pobres aislados, picajosos maridos cuyas mujeres bailaban, y algunos jóvenes tímidos e incómodos en sus disfraces.

El payaso pensó que había llegado el momento favorable a sus designios. Bruscamente dejó su lugar blandiendo el estandarte, golpeando la tela con el puntero y tosiendo con afectación como un hombre que se dispone a hablar. Había cruzado la galería y se había colocado entre el sillón ocupado por *madame* Fauvel y la puerta del salón. En seguida se reunieron a su alrededor, formando círculo, los invitados que habían permanecido en la galería. Él se había colocado ya en la orgullosa actitud tradicional, con el sombrero prodigiosamente inclinado hacia la oreja y el cuerpo ladeado en la misma dirección que el sombrero. Con increíble volubilidad y el tono enfáticamente abufonado, comenzó:

—Señoras y señores... Esta misma mañana he solicitado un permiso a la autoridad —saludó— de esta ciudad. ¿Por qué? Para tener el honor, señores, de someter a su juicio un espectáculo que ha conquistado ya los sufragios de las cinco partes del mundo y muchas otras academias. Ahí, en ese aposento, señores, comenzaré la representación de un drama inaudito estrenado por primera vez en Pekín y traducido por nuestros más afamados autores. Ya, señores, ya pueden ocupar su lugar; las luces están encendidas y los actores se preparan.

Se interrumpió y, con una perfección humillante para los instrumentos de metal y los grandes timbales, imitó la desgarradora melodía de los músicos saltimbanquis.

—Pero, señoras y señores —continuó—, ustedes me dirán: Si la obra se representa en ese aposento, ¿qué haces tú aquí? Lo que yo hago, señores, es adelantarles el sabor de las agitaciones, sensaciones, emociones, palpitaciones y demás distracciones que podrán ustedes proporcionarse por medio de la pequeña cantidad de cincuenta céntimos, ¡dos reales...! ¿Ven ustedes este soberbio cuadro? Pues bien, representa las ocho escenas más terribles del drama. ¡Ah!, ya lo veo, se están estremeciendo. Y, sin embargo, no es nada. Este magnífico cuadro sólo nos da la idea exacta de la representación como una gota de agua para dar la idea del mar, o una chispa la idea del sol. Mi cuadro, señores, es la bagatela de la puerta de entrada, como, por decirlo así, el humo que se aspira en las ventanas de los restaurantes...

—¿Conoce usted a este payaso? —preguntó un enorme turco a un melancólico Polichinela.

—No, pero imita magníficamente la trompeta.

—¡Eso sí, magníficamente! ¿Pero adónde quiere llegar?

Lo que el payaso deseaba, sobre todo, era atraer la atención de *madame* Fauvel, quien desde que Raoul y Madeleine se habían alejado, se había abandonado a una profunda y, sin duda, dolorosa ensoñación.

Lo consiguió.

Los gritos de aquella voz estridente devolvieron a la mujer del banquero el sentido de la realidad; se sobresaltó y miró vivamente a su alrededor, como si le hubieran despertado de pronto, luego se volvió hacia el payaso.

Mientras, este continuaba:

—Así pues, caballeros, estamos en China. El primero de los ocho cuadros de mi tela, aquí arriba, a la izquierda —lo señalaba con el puntero— representa al célebre Mandarín Li-Fo, en el seno de su familia. Esta hermosa y joven dama que se apoya en su hombro, no es otra que su esposa, y los niños que juegan en la alfombra son fruto de la más afortunada de las uniones. ¿No respiran ustedes, señores, el perfume de satisfacción y honestidad que brota de esta soberbia pintura? Es que *madame* Li-Fo es la más virtuosa de las mujeres, adora a su marido e idolatra a sus hijos. Siendo virtuosa, es feliz, pues como bien dice Confucio, la virtud tiene muchos más atractivos que el vicio.

Insensiblemente, *madame* Fauvel se había acercado, había incluso abandonado su sillón para sentarse en otro muy cercano al payaso.

—¿Ve usted —preguntó a su vecino, al melancólico Polichinela—, lo que dice que hay en la tela?

—¡En absoluto!, no; ¿y usted?

La verdad es que la tela, furiosamente pintada, tanto podía representar aquello como cualquier otra cosa.

Mientras, el payaso, tras haber imitado un redoble de tambor, continuaba acelerando más todavía su relato.

—¡Cuadro número 2! Esta anciana dama, sentada ante un armario de luna y que se arranca los cabellos, en especial los canosos, ¿la reconocen? ¿No? ¡Muy bien!, es, sin embargo, la hermosa Mandarina del primer cuadro. Veo llanto en sus ojos, señoras y señores. ¡Ah!, lloren, pues si ya no es bella, tampoco es virtuosa, y su felicidad ha desaparecido como virtud. ¡Ah, qué lamentable historia! Cierta día, no se sabe dónde, en una calle de Pekín, se encontró con un joven bandido, hermoso como un ángel, y la infeliz le amó y le ama aún...

Con la más trágica de las voces y un rostro en consonancia, el payaso pronunció estas últimas palabras.

Durante este párrafo, había llevado a cabo una semitransformación. Se encontraba ahora frente a la mujer del banquero y no se perdía uno solo de los movimientos de su rostro.

—Se sorprenden ustedes, señores —prosiguió—, yo no. El gran Bilboquet, mi maestro, nos lo reveló; el corazón no tiene edad y sobre las ruinas florecen los más vigorosos alhelíes. ¡Infeliz...! ¡Tiene cincuenta años y ama a un adolescente! De ahí esta lamentable descorazonadora escena, tan instructiva.

—¡Vaya! —murmuró un cocinero en satén blanco, que se había pasado la velada recitando, sin éxito, muchos *menús*—; en verdad le suponía más divertido.

—Pero —continuaba el payaso—, los sorprendentes efectos de la falta de la Mandarina hay que verlos en el interior del aposento. En ciertos momentos, un brillo de razón ilumina su enfermo cerebro, y las manifestaciones de sus angustias enternecen a los más implacables. Entren y, por dos reales escucharán ustedes unos sollozos como no se oyen ni si quiera en el Odeón en sus más hermosas jornadas. Y es que ella comprende la inanidad, la locura, el ridículo de su pasión, se confiesa a sí misma que está empeñada en la persecución de un fantasma, a ella que ya envejecida intenta en vano retener los restos de una belleza ajada. Se da cuenta de que si, a veces, murmura a su oído palabras de amor, él miente. Adivina que, un día u otro, su manto va a quedarle entre las manos.

Mientras con extrema volubilidad recitaba esa letanía dirigida, en apariencia, al grupo que le rodeaba, el payaso no dejaba de observar a la mujer del banquero.

Pero nada de cuanto decía parecía afectarle.

Medio tendida en su sillón, permanecía tranquila, su mirada conservaba la claridad e, incluso, sonreía con dulzura.

«¡Caramba! —pensó el payaso inquieto—, ¿habré equivocado el camino?».

Por preocupado que estuviera distinguió, sin embargo, un nuevo auditor, el *dux monsieur* Clameran, que también, se incorporaba al círculo.

—En el tercer cuadro —continuó acentuando las *r*—, la vieja Mandarina ha despedido sus remordimientos, que son inquilinos molestos. Se ha dicho que, a falta de amor, el interés ligaría a su lado al joven y seductor jovencito. Con este objeto, tras haberle adornado con una falsa dignidad, le presenta a los principales mandarines de la capital del Hijo del Cielo; luego, como un muchacho apuesto debe tener buena apariencia, se despoja en su favor de todo lo que poseía; brazaletes, anillos, perlas y diamantes; todo desaparece. El monstruo lleva todas estas joyas a los prestamistas de la calle Tien-Tsi y, además, se niega a entregar lo que queda.

El payaso tenía ya motivos para sentirse satisfecho.

Desde hacía unos instantes ya, *madame* Fauvel daba señales, muy claras para él, de malestar y agitación.

Una vez había intentado levantarse para alejarse; pero sus fuerzas le abandonaron y permaneció clavada en su sillón, obligada a escuchar.

—Sin embargo, señoras y señores —continuó el payaso—, los más repletos almacenes se vacían. Llega un día en que la Mandarina no puede ya dar nada. Entonces el joven bandido concibe el monstruoso proyecto de apoderarse del botón jaspe del Mandarín Li-Fo.

Aquella espléndida joya de valor incalculable, emblema de su dignidad, que se guardaba en un estuche de granito, custodiado día y noche por tres soldados. ¡Ah!, la Mandarina se resiste mucho tiempo. Sabía que, sin duda, acusarían a los soldados inocentes, a quienes crucificarían como se estila en Pekín, y este pensamiento le incomodaba. Pero el otro hablaba con voz tan tierna que, ustedes comprenderán..., el botón de jaspe fue robado. El cuarto cuadro representa a ambos culpables bajando sin

hacer ruido la oculta escalera; vean su expresión, vean...

Se interrumpió. Tres o cuatro de sus auditores habían advertido que *madame* Fauvel estaba a punto de sufrir un malestar y se apresuraron a socorrerla. Por otra parte, alguien le oprimía enérgicamente el brazo. Se dio la vuelta con rapidez y se halló frente a *monsieur* de Clameran y Raoul de Lagors, tan pálidos y amenazadores el uno como el otro.

—¿Qué desean ustedes, caballeros...? —preguntó con su aire más gentil.

—Hablarle —respondieron al unísono.

—A sus órdenes.

Y les siguió al otro extremo de la galería, junto al marco de una puerta que daba a un balcón.

Allí nadie debía pensar en observarles, y nadie les observaba, en efecto, salvo aquel personaje de manto veneciano a quien el payaso había saludado en voz baja llamándole: «Señor Conde».

Además, el minué había terminado, las orquestas se tomaban media hora de descanso y la muchedumbre afluía hacia la galería que, en unos momentos se hizo demasiado pequeña. Incluso el súbito malestar de *madame* Fauvel había pasado absolutamente desapercibido; quienes lo advirtieron, viendo que desaparecía en seguida, lo achacaron al calor. *Monsieur* Fauvel había sido avisado; se apresuró a acudir pero, viendo que su mujer charlaba tranquilamente con Madeleine, fue a continuar su partida.

Menos dueño de sí que Raoul, *monsieur* Clameran tomó la palabra.

—Para comenzar, señor —comenzó con voz dura—, me gusta saber a quién me dirijo.

Pero el payaso había decidido fingir que todo era una broma de baile de disfraces mientras no le pusieran los puntos sobre las *i*.

Para ello, y a tono con su disfraz, respondió:

—¿Quiere usted que le enseñe mi documentación, señor dux?, y ¿usted, doncel mío? Documentación tengo, con nombres, apellidos, edad, profesión, domicilio, señas particulares, pero está en manos de las autoridades de esta ciudadela.

Con un gesto furibundo *monsieur* de Clameran le detuvo.

—Acaba usted —dijo— de cometer la más infame perfidia.

—¿Yo? ¡Señor dux!

—¡Sí, usted...! ¿Qué significa la abominable historia que estaba contando?

—¡Abominable...! Eso lo dirá usted, pero yo, que la he escrito...

—Basta, caballero, tenga por lo menos el valor de sus actos y confiese que es sólo una larga y miserable insinuación dirigida a *madame* Fauvel.

El payaso, con la cabeza echada atrás como si estuviera buscando ideas en el techo, escuchaba, con la boca abierta y el asombro de un hombre que, moralmente, cae de las nubes.

Pero es cierto que, quien le conociera, hubiera distinguido brillando en sus negros ojos la satisfacción de una diabólica malicia.

—¡Diablos! —dijo, ya parecía hablarse a sí mismo más que responder—, ¡diablos!, eso sí que es bueno. Encuentran que mi drama de la Mandarina Li-Fo alude a *madame* Fauvel a quien no conozco en absoluto. Por más que busco, investigo, escruto, ¡palabra!, no sé de qué me hablan. A menos que..., pero no, no es posible.

—¿Pretende usted pues —interrumpió *monsieur* de Clameran—, pretende ignorar la desgracia que acaba de ocurrirle a *madame* Fauvel?

Pero el payaso estaba decidido a dejar que le contaran los hechos.

—¿Una desgracia? —preguntó.

—Me refiero, caballero, al robo del que ha sido víctima *monsieur* Fauvel y que, según creo, ha hecho mucho ruido.

—¡Ah, sí, ya sé! Su cajero se ha largado llevándose 350 000 francos. ¡Caramba!, el accidente es vulgar, casi diría que cotidiano. Pero descubrir entre el robo y mi relato la menor relación, eso es otra cosa...

Monsieur de Clameran tardó en responder. Un violento codazo de Lagors le había calmado por arte de magia.

Más frío que el mármol, miraba de pies a cabeza al payaso con ojos llenos de sospecha y parecían dolerle amargamente las significativas palabras que su cólera le había arrancado.

—¡Bien! —dijo con el tono altivo que le era familiar—. Bien, tal vez me he equivocado; tras sus explicaciones, accedo a admitirlo y a creerlo.

Pero el payaso, tan irónicamente humilde hacía unos instantes, al oír la palabra «explicaciones», se animó. Se plantó orgullosamente, con el puño en la cintura, exagerando su actitud de desafío.

—Ni le he dado ni tenía por qué darle explicación alguna.

—¡Caballero...!

—Déjeme terminar, por favor. Sí, sin querer, he herido en algo a la mujer de un hombre a quien estimo, es él, según creo, único juez y árbitro de cuanto interesa a su honor, quien debe hacérmelo saber. Me dirá que no está ya en edad de venir a exigirme reparaciones por una ofensa, es posible; pero tiene hijos y uno de ellos está aquí, acabo de verle. Me ha preguntado usted quién soy yo, por mi lado le responderé: ¿Quién es usted que, por propia iniciativa, se constituye en defensor de *madame* Fauvel? ¿Es usted su pariente, su amigo, su aliado? ¿Con qué derecho la insulta usted pretendiendo descubrir una alusión donde sólo hay una historia absolutamente inventada?

Nada había que añadir a esa respuesta tan firme y lógica y *monsieur* de Clameran buscó una salida.

—Soy amigo de *monsieur* Fauvel —dijo—, y por ello tengo derecho a sentirme celoso de su consideración como de la mía propia. Y si esta razón no le basta, sepa que dentro de poco su familia será la mía.

—¡Ah!

—Así es, caballero, y antes de ocho días se anunciará oficialmente mi matrimonio con *mademoiselle* Madeleine.

La noticia era tan imprevista, tan extraña, que, por unos momentos, el payaso permaneció absolutamente desconcertado y, esta vez, no fingía.

Pero fue sólo un segundo. Se inclinó y con una sonrisa justo lo bastante irónica como para que no pudieran advertirlo, dijo:

—Reciba todas mis felicitaciones, caballero. *Mademoiselle* Madeleine, además de ser esta noche la reina del baile, tiene según dicen, medio millón de dote.

Con visible impaciencia y mirando ansiosamente a todas partes, Raoul de Lagors

había escuchado esta discusión.

—Ya es demasiado —dijo con un tono breve y desdeñoso, por mi parte sólo añadiré una cosa: maese payayo, tiene usted la lengua demasiado larga.

—Tal vez, mi hermoso doncel, tal vez. Pero tengo el brazo más largo todavía.

También Clameran tenía prisa por finalizar.

—Basta —añadió golpeando con el pie—, no se discute con un hombre que oculta su personalidad bajo los oropeles de un disfraz.

—Es usted muy dueño, señor dux, de preguntar quién soy al dueño de la casa... si se atreve.

—Es usted —gritó Clameran—, es usted...

—Señor, yo fui el mejor amigo que tuvo en vida su hermano Gastón. Yo era su consejero, y fui el confidente de sus últimas esperanzas.

—Vamos, ven —le dijo Lagors que había conservado su sangre fría.

Y le arrastró mientras le sostenía, pues titubeando como un hombre embriagado andaba apoyándose en las paredes.

El payaso estaba ahora completamente enajenado de aquella situación de la galería y del baile de los señores Jandidier. Un golpecito que dio en su hombro el personaje del manto veneciano le devolvió bruscamente a la realidad.

—¿Está usted contento, *monsieur Verduret*? —preguntó.

—Sí y no, señor conde. No, porque río he conseguido por completo el fin que me proponía cuando le he rogado conseguir que me admitieran aquí; sí, porque nuestros dos bribones se han entregado de tal modo que ya no es posible dudar.

—¿Y se lamenta usted...?

—No me lamento, señor conde; por el contrario, bendigo el azar, la Providencia debería decir, que acaba de revelarme la existencia de un secreto que yo no sospechaba.

Cinco o seis invitados que, al ver al conde, se acercaban a él, interrumpieron la conversación. El conde se alejó, pero no sin dirigir al payaso un saludo más amistoso que protector. Este, en seguida, dejando su estandarte, se lanzó hacia la multitud tan densa, ya que sólo podía circularse con las mayores dificultades. Buscaba a *madame Fauvel*. Esta había dejado la galería y la encontró instalada en el diván del gran salón, charlando con Madeleine. Una y otra estaban muy animadas.

«¡Bueno! —pensó el payaso—, están hablando de la escena; pero ¿qué ha sido de Lagors y Clameran?»

No tardó en distinguirles. Iban y venían, cruzando los grupos, saludando, dirigiendo la palabra a una multitud de personas.

—Apostaría —murmuró el payaso— a que hablan de mí. Los honorables caballeros intentan saber quién soy. Busquen, amigos, busquen...

Pronto renunciaron a ello. Estaban tan preocupados, sentían tal necesidad de encontrarse a solas, para pensar y deliberar que, sin aguardar la cena, se despidieron de *madame Fauvel* y su sobrina, anunciando que se retiraban.

No mentían. El payaso les vio dirigirse al vestuario, tomar sus abrigos, bajar la gran escalera y desaparecer bajo el porche.

—Por esta noche todo se ha dicho —murmuró—, ya no me queda nada que hacer aquí.

Y, tras haberse puesto un inmenso abrigo que ocultaba casi por completo su disfraz, salió. Había en la puerta muchos coches libres, pero aunque frío, hacía buen tiempo, el adoquinado estaba seco y el payaso decidió regresar a pie diciéndose que el aire, el movimiento, la marcha, clarificarían sus ideas todavía confusas.

Encendiendo un cigarro subió por la calle Saint-Lazare y tomó Notre-Dame-de-Lorette, para, dirigirse al *faubourg* Montmartre. De pronto, cuando tomaba la calle Olivier, un hombre, saliendo de la sombra donde se ocultaba, saltó hacia él con el brazo levantado y, con todas sus fuerzas, le golpeó.

El payaso, afortunadamente, tenía el maravilloso instinto del gato que, por decirlo de algún modo, se desdobra, puede, al mismo tiempo, acechar y cuidar de su seguridad y mirar a un lado y ver a otro.

Vio, o mejor dicho, adivinó al hombre oculto en la sombra, y le sintió, en cierto modo, precipitarse sobre él; pudo girar a medias sobre sus robustas corvas, intentando parar el golpe con sus manos.

Ciertamente el movimiento le salvó la vida y recibió en el brazo la furiosa puñalada que debía matarle.

La cólera más que el dolor le arrancaron una exclamación.

—¡Ah, canalla! —gritó.

Y de inmediato, saltando hacia atrás, se puso en guardia.

Pero la precaución era inútil.

Viendo que su golpe había fallado, el asesino no volvió a la carga. Prosiguió su carrera y pronto desapareció en el *faubourg* Montmartre.

—Sin duda ha sido Lagors —murmuró el payaso—, y el Clameran no debe estar lejos. Mientras yo daba la vuelta a la iglesia por un lado, ellos la daban por el otro y han decidido esperarme aquí.

Entretanto, su herida le hacía sufrir cruelmente. Fue a colocarse bajo un farol para examinarla. Sin duda no presentaba gravedad alguna, pero era bastante ancha y le había atravesado el brazo de parte a parte.

Desgarró en seguida su pañuelo de bolsillo, hizo cuatro tiras y se vendó el brazo con la destreza de un interno de hospital.

«Sin duda —pensó—, estoy siguiendo la pista a cosas muy graves para que esos miserables se hayan decidido a cometer un crimen».

Ahora, permanecer allí, en aquella plaza, no era posible. Se aseguró de que a condición de soportar un vivo dolor, podía todavía servirse de su brazo, y persiguió a su enemigo, cuidando de mantenerse en mitad de la calzada y evitar los rincones oscuros.

Ciertamente no veía a nadie, pero estaba seguro de que le seguían.

No se engañaba. Cuando hubo llegado al *boulevard* Montmartre, cruzó la calzada, distinguió dos sombras que reconoció en seguida y que cruzaron al mismo tiempo que él, algo más arriba.

—Me las estoy viendo —murmuró— con unos malhechores decididos, ni siquiera se ocultan para seguirme. Son inteligentes, deben estar acostumbrados a aventuras como esta y me costará hacerles perder mi pista. Con tipos como esos no hubiera tenido éxito la jugada del coche, en la que tan bien cayó Fanferlot. Además, mi maldito sombrero gris es como un faro en la noche, se ve a una legua.

Subía entonces por el *boulevard* y, sin necesitar volver la cabeza, adivinaba a sus enemigos a unos treinta pasos de distancia.

—Y, sin embargo —se dijo prosiguiendo a media voz su monólogo—, tengo que despistarlos a toda costa. Llevándoles a mis talones no puedo regresar a mi casa ni al *Grand-Archange*. Ya no me siguen para asesinarme sino para saber quién soy. Y si sospechan que el payaso oculta a *monsieur* Verduret y que el propio *monsieur* Verduret es *monsieur* Lecoq, mis proyectos se irán al traste. Se largarán al extranjero, pues dinero no les falta, y sólo habré conseguido algunos gastos y una cuchillada.

Había tomado el *boulevard* Sebastopol y, abandonando el paso indeciso que revelaba sus dudas, se puso a andar con bastante rapidez. Llegado a la plazoleta de Arts-et-Metiers, se detuvo bruscamente. Dos policías municipales se cruzaron con él y les detuvo para preguntarles una tontería. La maniobra tuvo el resultado esperado, Raoul y Clameran se inmovilizaron a unos veinte pasos sin atreverse a avanzar. ¡Veinte pasos...!, era toda la delantera que el payaso necesitaba. Mientras hablaba con los policías había llamado a la casa ante la que se hallaba. Oyendo, por el seco ruido del cordón, que la puerta se había abierto, saludó y entró rápidamente.

Un minuto más tarde, habiéndose alejado los policías, Clameran y Lagors llamaron a su vez a aquella puerta.

Les abrieron e hicieron levantar al portero para preguntarle quién era el individuo que acababa de entrar disfrazado de payaso.

Les respondió que no había visto entrar máscara alguna y que, además, que él supiera ninguno de sus inquilinos había salido disfrazado.

—Pero en realidad —añadió—, no puedo estar seguro de nada, la casa tiene otra salida que da a la calle Saint-Denis.

—¡Nos ha engañado! —interrumpió Lagors—, jamás sabremos quién era ese payaso.

—A menos que lo sepamos demasiado pronto y a nuestras expensas —murmuró Clameran pensativo.

Cuando Raoul y el fundidor se retiraban llenos de inquietud, el payaso, rápido como una flecha, llegaba al hotel del *Grand-Archange* mientras daban las tres.

Acodado a su ventana, Prosper lo vio venir a lo lejos. Desde medianoche, Prosper le estaba esperando con la enfebrecida impaciencia de un acusado que aguarda la decisión de sus jueces.

—¿Qué sabe usted? —dijo—, ¿qué ha podido averiguar? ¿Ha visto a Madeleine? ¿Raoul y Clameran estaban en el baile?

Pero *monsieur* Verduret no acostumbra a hablar en los lugares donde puede ser escuchado.

—Antes que nada —respondió—, entremos y comience por darme un poco de agua para lavarme ese rasguño que me escuece mucho.

—¡Dios mío!, ¡le han herido!

—Sí, es un recuerdo de su amigo Raoul. ¡Ah!, pronto sabrá lo que cuesta estropearme la piel.

La fría cólera de *monsieur* Verduret-payaso tenía algo tan amenazador que Prosper quedó impresionado.

El otro, mientras, terminó de vendar su brazo.

—Ahora —dijo a Prosper—, charlemos. Nuestros enemigos están avisados, debemos golpearles con la rapidez del rayo.

Monsieur Verduret se expresaba en un tono breve e imperativo, que Prosper no le conocía.

—Me equivoqué —dijo—, he tomado el camino equivocado; es algo que puede suceder a los más astutos. He tomado el afecto por la causa, tengo que confesarlo. El día en que creí estar convencido de que *madame* Fauvel y Raoul mantenían relaciones culpables, creí tener el cabo del hilo que nos llevaría a la verdad. Hubiera debido desconfiar, era excesivamente sencillo, demasiado natural.

—¿Supone que *madame* Fauvel es inocente?

—No, ciertamente, pero no es culpable en el sentido que yo creía. ¿Cuáles eran mis suposiciones? Me dije: «Enamorada de un joven y seductor aventurero. *Madame* Fauvel le regala el nombre de uno de sus parientes y le presenta a su marido como si fuera su sobrino. La estratagema era hábil para abrir las puertas de la casa al adúltero. Comenzó dándole todo el dinero de que disponía; más tarde le confió sus joyas, que él llevaba al Monte de Piedad y por fin, al no poseer nada más, le dejó robar la caja de su marido». Eso es lo que yo pensaba.

—Y así todo se explicaba.

—No, no todo se explicaba, yo lo sabía, y por ello he actuado con deplorable ligereza. ¿Cómo explicar, con mi primera suposición, el imperio de Clameran?

—Clameran es, sencillamente, el cómplice de Lagors.

—¡Ah, aquí está el error! También yo creí por mucho tiempo que Raoul lo era todo, pero en realidad no es nada. Ayer, en una discusión surgida entre ambos, el fundidor dijo a su antiguo amigo: «Y sobre todo, pequeño mío, no se te ocurra

resistirme, te rompería como si fueras un cristal». Ahí está todo. El fantástico Lagors no es la criatura de *madame* Fauvel sino el alma condenada de Clameran.

«Y además —prosiguió—, ¿acaso nuestras primeras suposiciones explicaban la resignada obediencia de Madeleine? Madeleine obedece a Clameran y yo a Lagors.»

Prosper intentó protestar.

Monsieur Verduret se encogió imperceptiblemente de hombros. Para convencer a Prosper sólo tenía que pronunciar una palabra; sólo tenía que decirle, sencillamente, que tres horas antes Clameran le había anunciado su boda con Madeleine.

—Clameran —prosiguió—, sólo Clameran tiene sujeta a *madame* Fauvel. Pero ¿de qué modo la tiene?, ¿qué terrible arma asegura su misterioso poder? Informaciones indiscutibles afirman que se vieron hace quince meses por primera vez, desde su juventud, y la reputación de *madame* Fauvel ha estado siempre por encima de cualquier maledicencia. Por lo tanto, hay que buscar en el pasado el secreto, por una parte, de esta dominación y, por la otra, de semejante resignación.

—No podremos saber nada —murmuró Prosper.

—Por el contrario, lo sabremos todo cuando conozcamos el pasado de Clameran. ¡Ah!, cuando esta noche he pronunciado el nombre de su hermano Gastón, Clameran ha palidecido y retrocedido como si hubiera visto un fantasma. Y yo he recordado que Gastón murió de pronto, durante una visita de su hermano.

—¡De modo que cree en un crimen...!

—De gente que ha querido asesinarme, puedo creerlo todo. El robo, hijo mío, sólo es un detalle secundario. Explicar el robo es fácil, y si sólo fuera eso, le diría: mi tarea ha terminado, vayamos a ver al juez de instrucción y a pedirle una orden.

Prosper se levantó con el pecho dilatado, la mirada brillante de esperanza.

—¡Oh, sabe usted...! ¡Es posible...!

—Sí, sé que dio la llave, sé que proporcionó la combinación.

—¡La llave...! Tal vez fuera la de *monsieur* Fauvel. Pero la combinación...

—¡La combinación, infeliz, la combinación la dio usted! ¿Lo ha olvidado, no es cierto? Su amante, afortunadamente, ha tenido memoria por ambos. ¿No recuerda usted que, dos días antes del robo, cenó con *madame* Gypsy, Lagors y dos amigos más? Nina estaba triste. Al terminar la cena, ella le hizo una escena de mujer abandonada.

—En efecto, lo recuerdo muy bien.

—En tal caso, ¿recuerda también lo que respondió?

Prosper pensó unos momentos y contestó:

—No.

—Pues bien, pobre imprudente, le dijo usted a Nina: «Eres muy injusta reprochándome que no pienso en ti pues, a estas horas, tu querido nombre guarda la caja de mi patrón».

Prosper tuvo un gesto enloquecido: La verdad estallaba en su cerebro como un obús.

—¡Sí! —gritó—, sí, lo recuerdo.

—Entonces, debe de comprender el resto. Uno de los dos fue a ver a *madame* Fauvel y la obligó a entregarle la llave de su marido. El miserable colocó los diales para que formaran la palabra Gypsy. Los trescientos cincuenta mil francos desaparecieron. Y sepa que *madame* Fauvel sólo obedeció a causa de terribles amenazas. La pobre mujer, a la mañana siguiente del robo, estaba muy enferma y fue ella quien, a riesgo de perderse, le envió a usted diez mil francos.

—Pero ¿quién los robó? ¿Raoul? ¿Clameran? ¿Qué medios de presión tienen sobre *madame* Fauvel? ¿Cómo está mezclada Madeleine en estas infamias?

—No sé, querido Prosper, contestar aún a estas preguntas, y por ello no iremos todavía a ver al juez. Le pido diez días. Si dentro de diez días no he averiguado nada, regresaré e iremos a contar a *monsieur* Patrigent lo que sabemos.

—Cómo, ¿se va usted?

—Dentro de una hora estaré en camino hacia Beaucaire. ¿No son de allí, de los alrededores, Clameran y *madame* Fauvel, que es una de la Verberie?

—Sí, conozco sus familias.

—Muy bien, allí les estudiaré. Ni Raoul ni Clameran escapan, la policía les vigila. Pero usted, Prosper, amigo mío, sea prudente. Júreme que permanecerá prisionero aquí mientras dure mi ausencia. Prosper juró de buena gana cuanto *monsieur* Verduret le pedía. Pero no podía dejarle alejarse así.

—¿Acaso no sabré quién es usted, señor —preguntó—, y qué razones me han valido su poderoso apoyo?

El hombre extraordinario sonrió con tristeza.

—Se lo diré, en presencia de Nina —respondió—, la víspera del día en que usted se case con Madeleine.

Una vez abandonado a sus pensamientos, Prosper comprendió con claridad qué útil había sido la intervención todopoderosa de *monsieur* Verduret. Y reflexionando sobre las investigaciones de su misterioso protector, se quedó sorprendido de su extensión.

Por lo menos tuvo el buen sentido de seguir las recomendaciones de su mentor. Se encerró obstinadamente en el *Grand-Archange*, sin ni siquiera asomar la nariz por la ventana.

Por dos veces tuvo noticias de *monsieur* Verduret. La primera recibió una carta en la que su amigo le comunicaba que había visto a su padre y que este le había prestado una buena ayuda. La segunda vez, Dubois, el criado de *monsieur* Clameran, fue, de parte de aquel a quien llamaba su «patrón», para anunciarle que todo iba bien.

Todo iba muy bien, en efecto, cuando el noveno día de su voluntaria reclusión, hacia las diez de la noche, a Prosper se le ocurrió salir. Sufría un violento dolor de cabeza, hacía varias noches que dormía mal y pensó que el aire libre le haría bien.

Madame Alexandre, que parecía estar algo enterada del secreto por Verduret, le opuso ciertas objeciones de las que él no hizo caso.

—¿Qué puede ocurrir, a esta hora y en este barrio? —dijo—. Iré por el muelle hasta el *Jardín des Plantes* y no encontraré a nadie.

Por desgracia no se sujetó estrictamente a ese programa. Cuando llegó junto a la estación del ferrocarril de Orleans, sintió sed, entró en un café y se hizo servir un vaso de cerveza. Mientras bebía despacio, maquinalmente, tomó un diario parisino, el *Soleil*, y en la rúbrica: «Rumores del día», bajo la firma de Jacques Durand, leyó:

«Se anuncia el matrimonio de la sobrina de uno de nuestros más honorables financieros, monsieur André Fauvel, con un gentilhomme provenzal, el señor marqués Louis de Clameran».

Un rayo que hubiera caído en la misma mesa de Prosper no le hubiera causado tan espantosa impresión.

La horrible noticia que le llegaba así, de improviso, traída por aquel mensajero indiferente a la alegría o al dolor llamado periódico, le probaba lo acertado de las apreciaciones de *monsieur Verduret*.

¡Ay!, ¿por qué aquella certidumbre no le dio la fe absoluta, es decir, el valor de esperar, la fuerza de no actuar?

Loco de dolor, perdió la cabeza, viendo a Madeleine indisolublemente atada a aquel miserable. Se dijo que tal vez *monsieur Verduret* llegaría demasiado tarde y que era preciso, a cualquier precio, crear un obstáculo.

Pidió al mozo una pluma y papel y, olvidando que no existen situaciones que justifiquen la abominable cobardía que se llama carta anónima, deformando como pudo su escritura, escribió a su antiguo patrón:

Querido señor:

Entregó usted a la justicia a su cajero, hizo bien puesto que está seguro de que le fue infiel.

Pero ¿si fue él quien robó de su caja los 350 000 francos, fue también él quien robó los diamantes de madame Fauvel para llevarlos al Monte de Piedad, donde ahora se encuentran?

En su lugar, después de esta advertencia, no haría ningún escándalo. Vigilaría a mi mujer y descubriría que siempre se debe desconfiar de los primos.

Además, antes de firmar el contrato de matrimonio de mademoiselle Madeleine, me daría una vuelta por la prefectura de policía para informarme sobre el noble marqués de Clameran.

Uno de sus amigos

Escrita la carta, Prosper se apresuró a pagar y salir. Luego, como temiendo que su denuncia no llegase con tiempo suficiente, preguntó por una estafeta importante y echó la carta al correo en la rué del Cardinal-Lemoine.

Hasta entonces no había dudado siquiera de la legitimidad de su acción. Pero, en el último momento, cuando tras levantar la mano, soltó la carta, cuando oyó el sordo ruido que hizo al caer entre las demás, mil escrúpulos se apoderaron de él.

¿No se habría equivocado actuando con tal precipitación? ¿No desbarataría aquella carta todos los planes de *monsieur Verduret*...?

Cuando llegó al hotel, sus escrúpulos se transformaron en amargo remordimiento. En su ausencia se había presentado Joseph Dubois; había ido para comunicarle una nota del patrón anunciando que todo había terminado y que llegaría la noche

siguiente, a las nueve, a la estación de Lyon.

Prosper tuvo un instante de horrenda desesperación. Hubiera dado cualquier cosa por recuperar la carta anónima.

Y, ciertamente, tenía motivos para estar desolado. A aquella misma hora, *monsieur Verduret* tomaba el tren en Tarascón rumiando un plan para sacar el mejor partido de sus descubrimientos.

Porque lo había descubierto todo.

Combinándolo con lo que ya sabía, el relato de una antigua criada de *mademoiselle* de la Verberie y las declaraciones de un viejo criado de los Clameran, utilizando las afirmaciones de la gente del Vesinet al servicio de Lagors — declaraciones recogidas y expedidas por Dubois-Fanferlot— y con ayuda de algunas informaciones dadas por la prefectura de policía había llegado, gracias a su prodigioso genio de investigación y cálculo, a reconstruir por entero y en sus menores detalles el desolador drama que había entrevisto.

Como había imaginado y afirmado, debían buscarse lejos, muy lejos en el pasado, las causas del crimen del que Prosper había sido víctima.

A dos leguas de Tarascón, en la orilla izquierda del Ródano, no lejos de los maravillosos jardines de los señores Audibert, se distingue, ennegrecido por el tiempo, abandonado, en mal estado pero sólido todavía, el castillo de Clameran.

Allí vivían, en 1841, el anciano marqués de Clameran y sus dos hijos, Gastón y Louis.

Más modesto que la mansión Clameran, el hermoso castillo de la Verberie tiene una apariencia menos orgullosa y menores pretensiones. Allí vivía, lamentándose continuamente y maldiciendo la vida, la condesa de la Verberie. Sólo tenía una única hija, que contaba entonces dieciocho años de edad, llamada Valentine. Rubia, blanca, frágil, con grandes ojos temblorosos como para hacer que temblaran en sus hornacinas los santos de piedra de la capilla del pueblo adónde iba cada mañana para oír misa.

Si *monsieur* de Clameran detestaba a la condesa, *madame* de la Verberie execraba al marqués. Si él la había apodado la Bruja, ella jamás le llamaba otra cosa que viejo estornino.

Entre ambos castillos sólo había el río, el Ródano, algo encajonado en aquel lugar, acariciando las orillas con sus rápidas aguas.

Pero entre ambas familias había un odio más profundo que el Ródano, más difícil de desviar o secar.

Sucedió que Gastón, tras haber visto a Valentine en una fiesta, la encontró bella y se enamoró.

Sucedió que, Valentine se fijó en Gastón y no pudo, a partir de entonces, dejar de pensar en él.

Gastón y Valentine, habiéndose visto sólo una vez, eran ya uno de otro, cuando la fatalidad que había presidido su primer encuentro los aproximó de nuevo.

Se encontraron para pasar todo un día en casa de la anciana duquesa de Arlange, llegada a la región para vender las propiedades que en ella tenía todavía. Esta vez se hablaron como viejos amigos, sorprendiéndose cada uno de hallar en el otro el eco de sus mismos pensamientos.

Luego, de nuevo, permanecieron separados muchos meses. Pero ya, sin que les descubrieran, se encontraban, a una hora determinada, a orillas del Ródano y, a uno y otro lado del río, se miraban.

Pensó entonces que cruzar el río a nado sería mucho más corto; pero era un nadador mediocre y cruzar el río por aquel lugar estaba considerado por los más hábiles como una gran temeridad.

¡No importaba!, se ejercitó en secreto y, cierta tarde, Valentine, asustada, le vio salir del agua casi a sus pies.

Le hizo jurar que no volvería a intentar la hazaña. Él lo juró y al día siguiente lo hizo de nuevo y siguió haciéndolo todos los demás.

Cuando se ponía en marcha, Gastón hacía brillar una luz en una de las ventanas del castillo de Clameran y, un cuarto de hora después, se hallaba a los pies de su amiga.

¡Pobres e ingenuos enamorados...! Como si se pudiera ocultar algo a la ociosa perspicacia del campo, a la curiosidad maledicente y siempre despierta de los espíritus vacíos y ociosos, siempre buscando una sensación, buena o mala, un chisme inofensivo o mortal.

Creían guardar su secreto y, desde hacía mucho tiempo, corría de un lado a otro, desde hacía mucho tiempo, la historia de sus amores, de sus citas, llenaba las charlas de las veladas.

A veces, por la noche, habían distinguido una sombra, una barca que se deslizaba por el río, no lejos de la orilla, y se habían dicho:

—Es un pescador retrasado que regresa.

Un día que Gastón se encontraba en un pequeño café de Tarascón oyó algunas bromas soeces que circulaban en boca de un grupo de parroquianos en las que se mezclaba su nombre con el de la condesita de la Verberie. Este hecho le abrió los ojos. Excitado hasta el paroxismo se enfrentó con quienes le insultaban. Estos eran encendidos enemigos de la nobleza y le aventajaban en número, pues eran cinco o seis. Los parroquianos se lanzaron contra Gastón y él, cegado por la ira y la inferioridad, empuñó un cuchillo y se defendió, hiriendo mortalmente a uno de sus adversarios.

Gastón logró evitar el arresto y se refugió en Clameran. Su consternado padre le entregó todo el dinero disponible en aquellos momentos para que no tuviera que afrontar las previsibles dificultades de la fuga y del exilio desprovisto de medios económicos. Por fin, los gendarmes llegados desde Tarascón rodearon el castillo. Gastón pudo huir descolgándose por los muros y, acosado, prefirió lanzarse a las turbulentas y profundas aguas del río antes que dejarse detener. Aquella noche el Ródano corría veloz y en sus negras aguas Gastón desapareció: nadie pensó que el joven se hubiera podido salvar.

Sin embargo, Gastón había alcanzado milagrosamente la otra orilla, donde gracias a Lise, camarera en la Verberie y su única confidente, logró concertar una cita con Valentine. Fue una entrevista desgarradora. Él suplicaba para que huyeran juntos; ella, atemorizada, no se sentía con fuerzas suficientes, pensando además que sería un estorbo. Entonces él le suplicó que le esperase, hasta que pudiese volver. Tenía la intención de ir a Brasil para hacer fortuna. A su vuelta se casarían.

Naturalmente el eco del escándalo llegó hasta la Verberie. La ira de la condesa alcanzó límites inesperados cuando su hija le tuvo que confesar algún tiempo después que se encontraba en estado interesante. Con la excusa de visitar a unos parientes que vivían en Inglaterra, las dos mujeres se marcharon a Londres con la única compañía de la fiel Lise, la sola persona que sabía junto a Valentine que Gastón se había salvado de las aguas del Ródano. Calculando que la noticia de su muerte sería su

mejor seguro contra las persecuciones de la policía, había impuesto el joven un silencio total, a excepción de sus parientes más allegados.

Pero Valentine, enclaustrada en su habitación, no pudo explicar la verdad a los Clameran. Cuando las señoras de la Verberie regresaron de Inglaterra, el hermano de Gastón había abandonado la propiedad tras la muerte de su anciano padre. Valentine había dado a luz un hijo en una aldea próxima a Londres, que fue bautizado con el nombre de Raoul Wilson. La marquesa lo dejó al cuidado de unos lugareños y no se dio paz hasta encontrar una casa conveniente para Lise, pues no quería llevarse consigo a la única persona extraña a la familia que estaba al corriente del escándalo.

Noticias de Gastón de Clameran no las hubo. Varios barcos que habían zarpado desde Marsella rumbo a América, naufragaron en alta mar. Quizás murió ahogado o en algún oscuro rincón del nuevo mundo. Lo cierto es que nadie volvió a tener noticias del joven.

La marquesa estaba en manos de sus acreedores y perdidas las esperanzas de concertar un buen matrimonio para su hija, decidió vender la Verberie y establecerse en París, donde entró en contacto con André Fauvel, quien se hallaba en el comienzo de su fulgurante carrera de éxitos. Ver a Valentine y enamorarse de ella fue una sola cosa. La terrible marquesa, vislumbrando una posibilidad de salvar algo del total naufragio, logró persuadir a su hija sobre los acontecimientos anteriores. A Valentine le pareció que cometía una doble traición, tanto hacia el joven Gastón a quien había prometido esperar, cuanto hacia el hombre que seguramente le pediría en esposa y a quien ocultaba su vergonzoso pasado. Pero después de haber reflexionado durante mucho tiempo no tuvo fuerzas ni voluntad para resistir y se rindió.

Louis de Clameran no lloró a su hermano. Ávido de placeres, egoísta, había envidiado a Gastón, a quien el padre había favorecido instituyendo una especie de mayorazgo. Al quedar solo, vendió lo que pudo, hipotecó el resto y se marchó a París. La idea que le movía era la de situarse como hombre elegante y a la moda y buscarse una situación antes de que se agotase su modesto capital casándose con alguna rica heredera. Pero el dinero se acabó antes de que esta se presentase. Louis se cargó de deudas y empezó a rodar por la pendiente de los hombres sin honor.

Lina mezquina historia de juego le obligó a abandonar París. Buscó refugio en Londres donde su degradación le hizo descender peldaño a peldaño la dignidad humana, hasta alcanzar las compañías menos confesables, buscando sus medios de subsistencia entre los protectores de mujeres, ladrones y hombres sin escrúpulos. Después recorrió toda Europa, sin otro capital que la corrupción, la desfachatez y la infamia.

En 1865, después de conseguir algún dinero desplumando a un par de ingenuos en Hamburgo, decidió regresar a Francia, pensando que en dieciocho años todos habrían olvidado sus cuentas pendientes.

Al regresar a Tarascón, entre las personas que fueron a saludar al último superviviente de los Clameran estaba una anciana de nombre Lise que, en la miseria,

le imploró cristiana caridad a cambio de un secreto que podría interesarle y que hasta aquel momento no había confiado a nadie...

Tras más de veinte años de matrimonio, Valentine de la Verberie, convertida en *madame* Fauvel, sólo había experimentado un dolor real y fue uno de aquellos dolores que nos alcanzan fatalmente en nuestros más queridos afectos: En 1859 había perdido a su madre, víctima de una fluxión en el pecho durante uno de sus frecuentes viajes a París.

Desde entonces (a *madame* Fauvel le gustaba repetirlo) no había tenido un solo motivo serio de pesadumbre, una sola ocasión de verter lágrimas.

Todo había salido perfectamente para esa pareja afortunada. André quiso ser rico y lo era más allá de todas sus esperanzas; más allá, sobre todo, de sus deseos y los de Valentine. Sus dos hijos, Lucien y Abel, hermosos como su madre, corazones nobles, valerosas inteligencias, se contaban entre esos elegidos que son gloria de sus familias y llevan al exterior un reflejo de la felicidad doméstica.

Se ha dicho que nada faltaba a la felicidad de Valentine. En las horas de soledad, cuando, por azar, su marido y sus hijos se alejaban una velada, tenía una compañera, una joven, Madeleine, educada por ella y a la que amaba como a sus propios hijos, que le dispensaba las atentas ternuras de una hija abnegada.

Madeleine era una sobrina de *monsieur* Fauvel que había perdido a sus padres, gente pobre y honesta, cuando todavía estaba en la cuna, y que Valentine había querido recoger, quizás en memoria del pequeño abandonado en Londres.

A la larga, incluso los dolorosos remordimientos y las preocupaciones de Valentine se adormecieron. En la bienhechora influencia de esta atmósfera feliz, casi había hallado el olvido y la tranquilidad de conciencia. Había expiado tan cruelmente su falta, había sufrido tanto por haber engañado a André, que se creía en paz con el destino.

Sí, se creía salvada cuando, durante una ausencia de su marido, llamado a provincias por asuntos graves, un día de noviembre por la tarde, uno de sus criados le trajo una carta entregada al portero por un desconocido que se había negado a decir su nombre.

Sin que el menor presentimiento hiciera temblar o dudar su mano, abrió el sobre y leyó:

Madame:

¿Será esperar demasiado de la memoria de su corazón solicitarle media hora de entrevista?

Mañana, entre las dos y las tres, tendré el honor de presentarme en su mansión.

Marqués De Clameran

Por fortuna, *madame* Fauvel estaba sola.

Una angustia tan horrenda como la que precede a la muerte oprimió el corazón de la pobre mujer cuando, de una ojeada, hubo recorrido la nota.

La releyó diez veces a media voz, como para penetrarse bien de la espantosa

realidad, para probarse que no era víctima de una alucinación.

Llegó el día que temía y deseaba. Hasta las dos estuvo contando las horas. Después, contó los minutos.

Por fin, cuando daba la media, la puerta del salón se abrió y un criado anunció:

—El señor Marqués de Clameran.

Madame Fauvel se había prometido permanecer tranquila, fría incluso. Durante el duro insomnio nocturno se había esforzado por prever y disponer de antemano todas las circunstancias de la penosa entrevista. Había pensado, incluso, en las palabras que pronunciaría; diría eso y, luego, aquello...

Pero, en el instante supremo, su energía le traicionó, una horrenda emoción le clavó a su sillón, sin voz, sin ideas.

Él, mientras tras haberse inclinado respetuosamente, permanecía de pie en medio del salón, inmóvil, aguardando.

Era un hombre de cincuenta años, de bigote y cabellos canosos, de rostro triste y severo, de buen aspecto y que llevaba con distinción sus vestidos negros.

Conmovida por inexpresables sensaciones, temblorosa, *madame* Fauvel le miraba, buscando en su rostro algo de los rasgos del hombre al que había olvidado de sí misma, de aquel amante que había apoyado los labios en los suyos, que la había estrechado contra su pecho, de quien había tenido un hijo.

Y se asombraba de no encontrar en el hombre maduro, nada del adolescente cuyo recuerdo había llenado su vida... No, nada...

Por fin, como él no se moviera, con su voz jadeante murmuró:

—¡Gastón!

Pero él, sacudiendo tristemente la cabeza, respondió:

—No soy Gastón, *madame*. Mi hermano ha sucumbido a los dolores y miserias del exilio; soy Louis de Clameran.

¡Cómo!, no era Gastón quien le había escrito, no era Gastón quien permanecía allí de pie, ante ella.

Con gesto negligente mostró un sillón a Louis, frente a ella, y en el tono más tranquilo dijo:

—En ese caso, caballero tenga la bondad de explicarme el objetivo de una visita que estaba muy lejos de esperar.

El marqués acercó su sillón al sofá de *madame* Fauvel, para poder hablar en voz baja, muy baja, como si le asustara lo que iba a decir.

—Ya le he dicho, *madame* —continuó—, que Gastón ha muerto. Como es natural, yo recogí sus últimas palabras y me eligió como ejecutor de sus postreras voluntades, ¿comprende usted ahora...?

Ni un solo músculo del rostro de *madame* Fauvel se movió. Parecía buscar en su memoria a qué circunstancia aludía Louis.

—¡Oh! Es inútil, *madame*; Gastón, se lo repito, me lo confió todo, todo —añadió subrayando la palabra.

Pero *madame* Fauvel no debía asustarse de tal revelación. ¿Qué podía ser ese todo? Nada puesto que Gastón se había marchado sin saberla encinta.

Se levantó con una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

—Olvida usted, creo, caballero —dijo—, que habla usted a una mujer envejecida ahora, casada y madre de familia. En fin, fuera cual fuese el pasado que usted evoca su recuerdo me ha abandonado desde hace veinte años.

—¿De modo que lo ha olvidado todo?

—Absolutamente todo.

—¿Incluso a su hijo, *madame*?

Esta frase, acompañada de una de esas miradas que llegan al fondo del alma, hirió a *madame* Fauvel como un mazazo.

Por un instante sintió la tentación de expulsar vergonzosamente al marqués de Clameran. La prudencia le detuvo. Se dijo que, al menos, debía conocer algo de sus proyectos.

—¡Bueno! —continuó con risa forzada—, ¿adónde quiere usted llegar?

—Vea, *madame*. Hace dos años los azares del exilio llevaron a mi hermano a Londres. Allí, en una familia, encontró a un joven llamado Raoul. La fisonomía, la inteligencia de aquel adolescente impresionaron de tal modo a Gastón que quiso saber quién era. Era un pobre niño abandonado y, tras haberse informado bien, mi hermano tuvo la certeza de que el tal Raoul era su hijo. ¡Y de usted, *madame*!

—Pero usted me está contando una novela.

—Sí, *madame*, una novela, y el desenlace está en sus manos. Ciertamente, su madre la condesa tomó las más prudentes y minuciosas precauciones para ocultar su secreto; pero los planes mejor elaborados tienen siempre algún fallo. Tras su partida, una de las amigas que su madre tenía en Londres vino a buscarles al pueblecito donde se habían establecido ustedes. La dama pronunció su verdadero nombre ante la granjera que se había encargado del niño. Todo fue descubierto. Mi hermano quiso pruebas, y las obtuvo irrecusables, positivas.

Se detuvo espiando en el rostro de *madame* Fauvel el efecto de sus palabras.

Con gran sorpresa por su parte, no parecía conmovida ni turbada; sus ojos sonreían.

—¿Y qué más? —preguntó con el tono más jovial.

—Luego, *madame*, Gastón reconoció al niño. Pero los Clameran eran pobres y mi hermano murió en la yacija de un hotel, y yo sólo tengo, para vivir, una pensión de 1200 francos. ¿Qué va a ser de Raoul, solo, sin familia, sin protector, sin un amigo? Tales inquietudes torturaron los últimos instantes de mi hermano.

—Ciertamente, caballero...

—Termino en seguida —interrumpió Louis—. Fue entonces cuando Gastón me abrió su corazón. Fue entonces cuando me ordenó visitarle. «Valentine», me dijo, «Valentine recordará, no podría soportar la idea de que nuestro hijo carezca de todo, incluso de pan; ella es rica, muy rica, muero tranquilo».

Madame Fauvel se había levantado; esta vez, evidentemente, se trataba de una despedida.

—Reconocerá usted, sin duda, caballero —comenzó—, que mi paciencia es muy grande.

Esta imperturbable seguridad confundió tanto a Louis que no respondió.

Madame Fauvel llevó la mano hacia un cordón de campanilla.

—No le parecerá mal, caballero —dijo—, que termine esta entrevista.

Rechazado así, *monsieur* de Clameran no creyó oportuno insistir.

—Sea, *madame* —dijo—, me retiro. Debo sólo añadir que mi hermano me dijo también: «Si Valentine lo hubiera olvidado todo, si se negara a velar por el porvenir de nuestro hijo, te ordeno que le obligues a ello». Medite estas palabras, *madame*, pues juré hacerlo por mi honor. ¡Y lo haré...!

Por fin *madame* Fauvel se quedó sola, estaba libre. Por fin podía, sin temores, permitir que estallara su desesperación.

Agotada por los esfuerzos que se había obligada a realizar para conservar la tranquilidad ante Clameran, se sentía rota física y moralmente.

Apenas si tuvo fuerzas para llegar, titubeando, a su habitación y pasó revista al relato de aquel hombre; encontraba en él lagunas y contradicciones casi sorprendentes.

¿Cómo si temía por el porvenir de su hijo, Gastón no había venido a visitarla cuando suponiéndola rica, a punto de morir, se confiaba a ella?

Por un segundo tuvo la idea de arrojarse a los pies de su marido y confesárselo todo. Por desgracia, rechazó este pensamiento salvador. Su imaginación le presentaba el atroz dolor de aquel hombre honesto al descubrir tras más de veinte años, que le habían engañado de un modo odioso.

Por fortuna el banquero estaba ausente y los dos días que siguieron a la visita de Louis, *madame* Fauvel pudo permanecer en su habitación sin que nadie advirtiera su agitación.

Pero Madeleine, con su intuición femenina, adivinó que existía algo más que la enfermedad nerviosa de la que su tía se quejaba y para la que el médico prescribía todo tipo de calmantes.

Advirtió incluso perfectamente que la enfermedad parecía haber sido determinada por la visita de un personaje de aspecto severo, que había permanecido mucho tiempo a solas con su tía.

Tras haber reflexionado, no hallando salida alguna a su deplorable situación, *madame* Fauvel, poco a poco, se decidió a ceder. Consintiendo en todo tenía posibilidad de salvarse. No se engañaba, comprendía que se estaba preparando para una vida imposible pero, al menos, sufriría sola y, en cualquier caso, ganaría tiempo.

Clameran no acudió de nuevo, escribió o, mejor dicho, puesto que era demasiado prudente como para preparar armas contra él mismo, hizo escribir una nota de la que sólo *madame* Fauvel podía conocer el sentido y en la que, diciéndose enfermo, se

excusaba de verse obligado a citarla dos días después, en el hotel del Louvre.

La nota fue casi un consuelo para *madame* Fauvel. Todo era preferible a sus ansiedades. Estaba dispuesta a aceptarlo todo.

Quemó, por lo tanto, la nota, diciéndose: «Iré».

En efecto, transcurridos dos días, a la hora indicada, vistió el más sencillo de sus vestidos negros, aquel de sus sombreros que le ocultaba mejor el rostro, se puso en el bolso un velo y salió.

La habitación del señor marqués Louis de Clameran se hallaba, como le dijo el portero, en el tercer piso.

Llegó a la puerta marcada con el número indicado: 317. Con mano temblorosa, dio tres golpes suaves.

—Adelante —dijo una voz.

Entró.

Pero no era el marqués de Clameran quien se hallaba en aquella habitación, sino un hombre muy joven, casi un niño, que le miraba con singular expresión.

El primer pensamiento de *madame* Fauvel fue que se había equivocado de habitación.

—Perdone, señor —balbuceó enrojecida—, creí que era la habitación del marqués de Clameran.

—Esta es, efectivamente —respondió el joven.

Y viendo que ella no decía una palabra, que parecía preguntarse cómo retirarse, cómo huir, añadió:

—Tengo, según creo, el honor de hablar con *madame* Fauvel.

Con la cabeza, ella hizo un gesto afirmativo; sí.

—Tranquilícese, *madame* —continuó el joven—, está usted tan segura aquí como en el salón de su casa. *Monsieur* de Clameran me ha encargado que le presente sus excusas; no le verá usted.

—Sin embargo, caballero, de acuerdo con una apremiante nota que me envió anteayer, suponía... suponía...

—Cuando le escribió, *madame*, albergaba proyectos a los que ha renunciado para siempre.

Madame Fauvel estaba demasiado sorprendida, demasiado turbada como para poder reflexionar. No veía nada salvo el momento presente.

—¡Cómo! —dijo con cierta desconfianza—, ¿ha cambiado sus intenciones?

—El marqués —dijo el joven con voz dulce y triste— renuncia a lo que consideraba, sin razón, un deber sagrado. Créame, dudó mucho tiempo antes de resignarse a hacerle la más penosa confesión. Usted le rechazó, usted tenía el derecho a escucharle y no comprendió qué imperiosas razones dictaban su conducta. Aquel día, cegado por una injusta cólera, se juró arrancar por el terror lo que no obtenía de buena gana. Resuelto a amenazar la felicidad de usted, había acumulado pruebas que harían brillar la evidencia. Perdónele... Estaba atado por el juramento hecho a un moribundo.

Había tomado de encima de la chimenea un montón de papeles que hojeaba mientras hablaba.

—Esas pruebas —prosiguió— están aquí, flagrantes, irrecusables. Aquí está el certificado del reverendo Setley, la declaración de *mistress* Dobbin, la granjera, un

atestado del cirujano, las declaraciones de las personas que conocieron en Londres a *madame* de la Verberie. ¡Oh, no falta nada! Me costó bastante arrancar todas estas pruebas a *monsieur* de Clameran. Tal vez adivinó mis intenciones porque, *madame*, lo que yo quería hacer con las pruebas era esto.

Con un rápido movimiento lanzó al fuego todos los papeles que, inflamándose, en seguida se convirtieron en un puñado de cenizas.

—Todo ha sido destruido, *madame* —continuó con la mirada brillante de generosa resolución—. El pasado, si usted quiere, está aniquilado como lo están esos papeles. Si alguien ahora se atreve a pretender que usted tuvo un hijo antes de su matrimonio, trátele de calumniador. Ya no hay pruebas, es usted libre.

Por fin *madame* Fauvel empezaba a comprender el sentido de aquella escena.

En aquel momento lo olvidó todo. La ternura maternal tanto tiempo reprimida se desbordó y, con voz apenas audible, murmuró:

—¡Raoul!

Al oír pronunciar así aquel nombre, el joven titubeó. Hubiérase dicho que se doblara bajo el exceso de una inesperada felicidad.

—¡Sí, Raoul! —gritó—. Raoul que prefería morir mil veces que causar a su madre el más ligero sufrimiento. Raoul, que derramaría toda su sangre para evitarle una lágrima.

Ella no intentó luchar ni resistirse; todo su ser vibraba como si sus entrañas se estremecieran reconociendo a aquel a quien había albergado.

Abrió los brazos y Raoul se precipitó a ellos.

Ella interrogaba a su hijo, quería conocer su vida, saber cómo había vivido, qué había hecho.

Él decía, no tenía nada que ocultarle, su existencia había sido la de los hijos de los pobres. La granjera a quien había sido confiado, le había testimoniado siempre cierto afecto. Incluso pensando que tenía buen aspecto y aspecto inteligente, se había complacido en darle cierta educación, superior a los medios de que ella disponía y a la condición de él.

A los dieciséis años le habían colocado en casa de un banquero y, a fuerza de trabajo, comenzaba a ganarse el pan cuando un hombre había llegado diciéndole: «Soy tu padre», y le había llevado consigo.

Desde entonces, nada había faltado a su felicidad, sólo la ternura de una madre. En verdad sólo había sufrido una vez en su vida, el día en que Gastón de Clameran, su padre había muerto entre sus brazos.

Como tuvo ciertas dificultades en hallar un *fiacre* para regresar, eran más de las siete y media cuando llegó a la calle Provence, donde la aguardaban para sentarse a la mesa.

Cuando *monsieur* Fauvel le hizo ciertas bromas a causa de su retraso, ella le encontró común, vulgar e, incluso, un poco estúpido. Así son las súbitas revoluciones de la pasión: le consideraba casi ridículo por la confianza sin límites que tenía en ella.

Y con una calma imperturbable, casi sin esfuerzos, ella, por lo común tan temerosa, respondió a aquellas bromas.

Ni su marido ni sus hijos sospecharon nunca los pensamientos que se agitaban en ella. Por ese lado estaba tranquila, pero temía a su sobrina. Le pareció que, cuando había regresado, Madeleine le había mirado con curiosidad. ¿Sospechaba algo? Durante varios días le había perseguido con extrañas preguntas. Era preciso desconfiar.

Aquella inquietud transformó en una especie de odio el afecto que *madame* Fauvel sentía por su hija adoptiva. Ella, tan buena, tan amante, se arrepintió de haberla recogido dándose así uno de esos vigilantes espías a quienes nada escapa. ¿Cómo librarse, se preguntaba, de aquella inquieta solicitud de la abnegación, de aquella intuición de una joven acostumbrada a seguir en su rostro el rastro de las más fugitivas emociones?

Con indecible alegría, descubrió un medio a su alcance.

Desde hacía casi dos años se hablaba de un posible matrimonio entre Madeleine y el cajero de la banca, Prosper Bertomy, el protegido de su marido. *Madame* Fauvel se dijo que le bastaba con ocuparse de tal unión apresurándola en la medida de lo posible. Madeleine, casada, se iría a vivir con su marido y le dejaría en libertad para disponer de su tiempo libre.

Aquella misma noche se atrevió a hablar de Prosper y, con una duplicidad de la que pocos días antes se hubiera sentido incapaz, arrancó a Madeleine la última palabra.

—Voy, sin perder un momento, a conseguir que André aliente a Prosper; antes de dos meses esos muchachos pueden estar casados.

Por desgracia, prisionera en un torbellino de pasión que no le dejaba reflexionar ni un minuto, aplazó su proyecto.

Si Raoul, despreocupado como pueda serlo un joven de veinte años, se burlaba del porvenir, Louis, aquel hombre de tanta experiencia, parecía muy preocupado por el futuro de su sobrino.

Louis y *madame* Fauvel mantuvieron, a este respecto, largas entrevistas y se prometieron obligarle.

Pero elegir una profesión no era fácil y Clameran pensó que sería prudente reflexionar y consultar las aficiones del joven. Mientras, se convino que *madame* Fauvel pondría a disposición del marqués fondos para cubrir los gastos de Raoul.

Viendo en el hermano de Gastón un padre para su hijo, *madame* Fauvel acabó rápidamente no pudiendo prescindir de él. Sentía sin cesar necesidad de verle, bien para consultarle acerca de ideas que se le ocurrían o bien para hacerle mil recomendaciones.

De modo que se sintió muy satisfecha el día en que le solicitó el honor de recibirle, abiertamente, en su casa.

Nada era más fácil. Presentaría al marqués de Clameran ante su marido como un antiguo amigo de la familia, y sólo de él dependería convertirse en íntimo.

Madame Fauvel no tardó en felicitarle por su decisión.

No pudiendo ver cada día a Raoul; no atreviéndose, si le escribía, a recibir sus respuestas, conseguía noticias suyas a través de Louis.

Tales noticias no fueron buenas por mucho tiempo y, menos de un mes después del día en que *madame* Fauvel había recobrado a su hijo, Clameran le confesó que Raoul comenzaba a preocuparle seriamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó *madame* Fauvel.

—Ocurre —respondió Louis— que en ese joven encuentro el orgullo y las pasiones de los Clameran. Pertenece a esas naturalezas cuyos arrebatos nada puede detener; que se irritan ante los obstáculos, y no veo qué dique oponer a sus violencias.

—¡Dios mío!, ¿qué puede haber hecho?

—Nada condenable, nada irreparable sin duda, pero me asusta su porvenir. Ignora todavía las bondades de usted para con él, cree que el dinero es mío y veo en él la prodigalidad de un millonario. Es excusable, lo sé —continuó—, pero debe cambiar. ¿No podría usted, *madame*, hablarle seriamente, intentar conseguir algo de él?

Ella lo prometió pero no cumplió su promesa. Tenía tan poco tiempo que consagrar a Raoul, que le hubiera parecido horrible emplearlo en tristes reconvenciones.

Por ello, viendo que sus esfuerzos no detenían al imprudente joven que se deslizaba por una desastrosa pendiente, Clameran insistió para que *madame* Fauvel utilizara, por fin, su influencia. Por el futuro de su hijo, ella debiera entrar más íntimamente en su vida, verle cada día.

—¡Ay! —respondió la pobre mujer—, ese es mi más ferviente deseo, pero ¿cómo

hacerlo? ¿Tengo derecho a perderme? Tengo otros hijos a quienes debo dar cuenta de mi honor.

Tal respuesta pareció asombrar al marqués de Clameran. Quince días antes *madame* Fauvel no hubiera hablado en absoluto de sus demás hijos.

—Lo pensaré —dijo Louis—, tal vez en nuestra próxima entrevista tendré el honor de someterle una propuesta que pueda conciliarlo todo.

Las reflexiones de un hombre tan experimentado no podían ser inútiles. Parecía muy tranquilizado cuando, el jueves siguiente, se presentó.

—He buscado —comenzó— y he encontrado.

—¿Qué?

—El medio de salvar a Raoul.

Se explicó. Puesto que *madame* Fauvel no podía despertar las sospechas de su marido viendo cada día a su hijo, era preciso que le recibiera en su casa.

Esta propuesta horrorizó a una mujer que aun habiendo sido muy imprudente, incluso muy culpable, era el honor en persona. Vio mentalmente a Raoul introducido en el santuario de su familia, dando la mano a su marido, convirtiéndose, ¿quién sabe?, en el amigo de sus hijos y sus honestos sentimientos se sublevaron.

—¡Es imposible! —gritó—. Sería vil, odioso, infame...

—Sí —respondió el marqués meditabundo—, pero sería la salvación del muchacho.

Sin embargo, en aquella ocasión, supo resistir. Resistió con una violenta indignación, con una energía que hubiera podido desalentar una voluntad menos firme que la del marqués de Clameran.

—¿Cómo? —decía ella—, ¿con qué pretexto recibir a Raoul?

—Sería muy sencillo —respondió Clameran—, si se tratara de admitirlo como se admite a un extraño. Yo tengo el honor de ser recibido en su salón como un habitual... Para Raoul es necesario algo mejor.

Sólo tras haber torturado largo tiempo a *madame* Fauvel, tras haber aniquilado su voluntad, casi su razón, con continuas alternativas de terror o ternura, él reveló su proyecto definitivo.

—Ya tenemos —dijo por fin— la solución del problema; es una verdadera inspiración.

Ella adivinó, por su acento, que iba a descubrirle sus más profundos pensamientos y le escuchó con la lamentable resignación del condenado que oye la lectura de su sentencia.

—¿No tiene usted —prosiguió Louis—, en Saint-Remy, una pariente ya de edad, viuda, que sólo tiene dos hijas...?

—Sí, mi prima de Lagors.

—Esa es. ¿Cuál es su situación económica?

—Es pobre, caballero, muy pobre.

—Precisamente, y sin la ayuda que secretamente usted le proporciona, se vería

obligada a pedir limosna.

Madame Fauvel estaba asombrada de que el marqués se hallara tan bien informado.

—¡Cómo! —balbuceó—, ¿sabe usted eso?

—Sí, *madame*, eso y otras muchas cosas. Sé, por ejemplo, que su marido no conoce a nadie de su familia y apenas si sospecha la existencia de su prima de Lagors. ¿Comienza a comprender mi plan?

Lo entreveía, al menos, y se preguntaba cómo resistir.

—Eso es —prosiguió Louis— lo que he imaginado: Mañana o pasado, recibirá usted de Saint-Remy una carta de su prima anunciándole que envía a su hijo a París y rogándole que vele por él. Naturalmente enseñará usted la carta a su marido y, algunos días más tarde, recibirá con la mayor cordialidad a su sobrino Raoul de Lagors, un muchacho encantador, rico, espiritual, amable, que hará lo indecible para gustarle y le gustará.

—¡Nunca, caballero! —gritó *madame* Fauvel—, nunca mi prima, que es una mujer honrada, se prestaría a una comedia tan indigna.

El marqués sonrió con fatuidad.

—¿Le he dicho acaso —preguntó— que pondría a la prima en el secreto?

—¡Sería indispensable!

—¡Oh, nones! La carta que recibirá usted y que enseñará a su marido, habrá sido dictada por mí a una mujer cualquiera y echada al correo en Saint-Remy por alguien de confianza. Si hablé del agradecimiento que su prima le debe fue para demostrarle que, en caso de percance, su interés nos responde por ella. ¿Algún obstáculo más?

Madame Fauvel se había levantado llena de indignación.

—Mi voluntad —gritó—, con la que usted no cuenta.

—Perdón —dijo el marqués con irónica cortesía—, estoy seguro de que se rendirá usted a mis razones.

—¡Pero es un crimen, caballero, lo que usted me propone! ¡Un crimen abominable!

También Clameran se había levantado. Todas sus malas pasiones, puestas en juego, daban a su pálida figura una expresión atroz.

—Creo —continuó con una violencia contenida— que no nos entendemos. Antes de hablar de crimen, recuerde usted el pasado. Menos timorata era el día en que, muchacha todavía, tomó usted un amante. Cierto es que renegó usted de ese amante, que se negó a seguirle cuando acababa de matar, por usted, a dos hombres y corría el riesgo de ir al patíbulo. No tenía usted esos mezquinos prejuicios cuando, tras un parto clandestino en Londres, abandonó a su hijo. Debemos ser justos, usted olvidó por completo a ese hijo y, millonaria, ni siquiera se informó de si necesitaban pan. ¿Dónde estaban sus escrúpulos cuando se casó con *monsieur* Fauvel? ¿Le dijo usted a aquel hombre honrado qué frente ocultaba su corona de flores de azahar? Eso son crímenes. Y cuando, en nombre de Gastón, le pido que lo repare, usted se subleva. Es

demasiado tarde. Perdió usted al padre, *madame*, pero salvará al hijo o, por mi honor, no robará usted por más tiempo la estima del mundo.

—Obedeceré, caballero —murmuró la infortunada, vencida, aniquilada.

Y ocho días después, en efecto, Raoul se convertía en Raoul de Lagors y cenaba en casa del banquero entre *madame* Fauvel y Madeleine.

El banquero recibió a aquel sobrino del que jamás había oído hablar con la sonrisa en los labios, y le tendió su leal mano.

—¡Pardiez! —le había dicho—, cuando se es joven y rico hay que preferir París a Saint-Remy.

Raoul quiso mostrarse digno de tan cordial recibimiento. No hacía ni ocho días que había llegado y había sabido ya captarse las simpatías de *monsieur* Fauvel. Se había ganado la amistad de Abel y Lucien, y había seducido por completo a Prosper Bertomy, el cajero de la casa, que por aquel entonces pasaba las veladas en casa de su patrón.

Obligada a rendirse ante la habilidad de Raoul, recuperando una relativa calma tras las más desoladoras aprensiones, *madame* Fauvel casi se felicitaba por haber obedecido al marqués y se disponía a esperar.

¡Ay!, se alegraba demasiado pronto.

Desde que Raoul, gracias a las relaciones de sus primos, se encontraba inmerso en una sociedad de jóvenes ricos, en vez de reformarse, llevaba una vida cada vez más disipada. Jugaba, cenaba fuera; se dejaba ver en las carreras y el dinero, entre sus pródigas manos, se escapaba como arena.

Aquel atolondrado, tan delicado, que sólo aceptaba de su madre algo de afecto, ahora la acosaba con incesantes peticiones de dinero.

En los primeros tiempos, ella había dado con alegría, sin escatimar. Pero no tardó en darse cuenta de que aquella generosidad, si no ponía remedio, sería su perdición.

Su marido jamás había hecho las cuentas con ella. A la mañana siguiente de su boda, le había entregado la llave del *secrétaire* y, desde entonces, libremente, sin control, tomaba lo que creía necesario tanto para los considerables gastos de la casa como para sus gastos personales.

Pero, precisamente porque siempre había sido morigerada en sus gastos, hasta el punto de que su marido le gastaba bromas; precisamente porque había administrado la casa con extremada prudencia, no podía disponer repentinamente de cantidades importantes sin exponerse a inquietantes preguntas.

Un azar podía hacer que el banquero advirtiera el sorprendente crecimiento de los gastos de la casa; ¿qué contestarle si preguntaba la razón?

Y Raoul, en tres meses, había gastado una pequeña fortuna. Había sido preciso instalarle, encontrarle un hermoso alojamiento de soltero. Como si fuera un náufrago, carecía de todo. Quiso un caballo, un coche, ¿cómo negárselos?

Y, luego, cada día había un capricho nuevo.

Si, a veces, *madame* Fauvel se arriesgaba a hacerle un reproche, la fisonomía de

Raoul tomaba en seguida una expresión desolada y sus hermosos ojos se llenaban de lágrimas.

—Es cierto —contestaba—, soy un niño, un pobre loco, abuso. Olvido que soy el hijo de la pobre Valentine y no de la rica *madame* Fauvel.

Su arrepentimiento tenía acentos que laceraban el corazón de la pobre madre. ¡Había sufrido tanto, antaño! De modo que, por fin, era ella quien te consolaba y le excusaba.

Por otra parte, había creído darse cuenta, no sin espanto, que se sentía celosa de Abel y Lucien —sus hermanos, al fin y al cabo:

—Esos —decía—, esos sí que son felices, esos han entrado en la vida por una puerta de oro. Nada les falta, ni la ternura de la familia, ni la consideración de la sociedad; el porvenir les pertenece.

En aquellos instantes, para que Raoul no tuviera nada que envidiar a sus dos hijos, se hallaba dispuesta a todo.

Al menos quiso tener una compensación. Se acercaba la primavera y rogó a Raoul que se estableciera en el campo cerca de la propiedad que ella poseía en Saint-Germain. Esperaba algunas objeciones; no se produjeron. Pareció gustarle aquella proposición y, poco después, anunció que acababa de alquilar un chalet en el Vesinet y que iba a ordenar que llevaran a él su mobiliario.

—De este modo, madre —dijo—, estaré más cerca de ti. ¡Qué buen verano vamos a pasar!

Ella se alegró sobre todo de que, probablemente, los gastos del hijo pródigo disminuirían. Y, en verdad, había llegado a tal extremo que, una noche, mientras cenaban en familia, se atrevió, ante todo el mundo, a dirigirle —con mucha dulzura— algunas observaciones.

La víspera él había ido a las carreras, había apostado y perdido dos mil francos.

—¡Bueno! —dijo *monsieur* Fauvel con la despreocupación de un hombre que tiene el cofre lleno—, mamá Lagors pagará; las madres han sido creadas y puestas en el mundo para pagar.

Y, sin poder advertir la impresión que sobre su mujer hacían tan sencillas palabras, hasta el punto de que se puso más blanca que su gorguera, añadió:

—No te inquietes, vamos, muchacho, cuando necesites dinero ven a verme; te lo prestaré.

¿Qué podía objetar *madame* Fauvel? ¿Acaso no había anunciado, por voluntad de Clameran, que Raoul era muy rico?

¿Por qué le habían obligado a mentir inútilmente? Intuyó por un momento la trampa en la que había caído, pero no había tiempo ya para dar marcha atrás.

Además, las palabras del banquero no habían caído en saco roto. Al finalizar aquella semana Raoul visitó a su tío en su despacho y, sin la menor preocupación, le pidió prestados 10 000 francos.

Informada de tan increíble audacia, *madame* Fauvel se retorció las manos

desesperada.

—Pero ¿qué hará, Dios mío, con tanto dinero? —exclamaba.

Desde hacía bastante tiempo ya no veía a Clameran en la mansión del banquero; *madame* Fauvel se decidió a escribirle para solicitarle una entrevista.

Esperaba que aquel hombre enérgico, con tan vivo sentimiento de sus deberes de tutor, haría algo para sujetar a Raoul y lo conseguiría. Cuando supo lo que ocurría, pues lo ignoraba por completo, según declaró, el marqués pareció mucho más irritado que *madame* Fauvel.

Se produjo entre Raoul y él una escena de extremada violencia.

Pero, despierta la confianza de *madame* Fauvel, esta comenzó a observar —¡era posible!— que su cólera era fingida y que, mientras intercambiaban las más amargas palabras e incluso amenazas, sus ojos reían.

No se atrevió a decir nada, pero la duda, penetrando en su espíritu como una gota de aquel sutil veneno que desorganiza cuanto toca, añadió nuevos sufrimientos a un suplicio casi intolerable. Sin embargo, no pensó en enfadarse con Raoul. Seguía amando con locura a aquel hijo y acusaba al marqués de abusar de la debilidad o la inexperiencia de su sobrino. Se decía que, caída en manos de tal hombre, debía esperar las peores exigencias; luego se esforzó en vano para penetrar en sus intenciones.

Él mismo se las comunicó pronto.

Tras haberse quejado de Raoul con más acritud que de costumbre, tras haber mostrado a *madame* Fauvel el abismo que se abría a sus pies, el marqués declaró que sólo veía un medio de evitar una catástrofe.

Y era que él, Clameran, se casara con Madeleine.

Hacía mucho tiempo que *madame* Fauvel estaba preparada para recibir los asaltos de una ambición que por fin se había puesto al descubierto.

Pero si renunció a cualquier esperanza de felicidad para ella misma, si consintió en sacrificar su vida era porque, a fuerza de abnegación y de valor, contaba con poder asegurar la tranquilidad de los suyos, comprometida por su culpa. La inesperada declaración de Clameran la hirió en lo más vivo, sensibilizada como estaba después de tantas crisis.

—¿Y ha podido creer usted, caballero —exclamó indignada—, que me prestaría a sus odiosos proyectos?

—¿Acaso, señora, sería una desgracia para *mademoiselle* Madeleine convertirse en marquesa de Clameran?

—Mi sobrina, caballero, ha elegido libremente y de muy buen grado un marido. Ama a Prosper Bertomy.

El marqués se encogió desdeñosamente de hombros.

—Enamoramientos de colegiala —dijo—; le olvidará en cuanto usted quiera.

—Pero yo no lo quiero.

—¡Perdón...! —continuó Clameran con la voz baja y velada de un hombre irritado que se esfuerza por contenerse—, no perdamos el tiempo en ociosas discusiones. Hasta ahora usted ha comenzado siempre por protestar para rendirse luego a las excelencias de mis argumentos. También esta vez me hará usted el favor de ceder.

—No —respondió con firmeza *madame* Fauvel—, no.

Él no se dignó darse por enterado de la interrupción.

—Si deseo ese matrimonio es, esencialmente —prosiguió—, porque así se enderezarían sus intereses y los míos, muy comprometidos en estos momentos. El dinero de que usted dispone no puede bastar para las prodigalidades de Raoul, ya ha podido darse usted cuenta. Llegará un momento en el que no tendrá ya nada que darle y le será imposible ocultar a su marido el dinero sacado de la caja familiar. ¿Qué ocurrirá ese día?

Madame Fauvel se estremeció. Entreveía, en un futuro próximo, el día del que hablaba el marqués.

Sin embargo, él continuó:

—Entonces hará usted justicia a mi previsora prudencia y a mis intenciones. *Mademoiselle* Madeleine es rica, su dote me permitirá cubrir el déficit y salvarla a usted.

—Prefiero perderme que salvarme con esos métodos.

—Pero yo no soportaría que comprometiera usted nuestra suerte, estamos asociados en una obra común, *madame*, no lo olvide: el porvenir de Raoul.

Ante estas palabras, ella le dirigió una mirada tan perspicaz que su desvergüenza

se turbó.

—Deje de insistir —dijo al mismo tiempo—, mi decisión es irrevocable.

—¿Su decisión?

—Sí. Estoy resuelta a todo, a todo, óigame bien, para librarme de sus vergonzosas obsesiones. ¡Oh, deje ya esa actitud irónica! Iré a arrojarme a los pies de *monsieur* Fauvel si me obliga a ello, y se lo contaré todo. Me ama, sabrá todo lo que he sufrido y me perdonará.

—¿Usted cree? —preguntó Clameran con tono burlón.

La máscara del hombre de mundo cayó, apareció el bribón, repulsivo en su cinismo. Su rostro tomó la expresión más amenazadora y su voz se hizo brutal.

—¡Ah, sí! —continuó—, está usted decidida a confesárselo todo a *monsieur* Fauvel. ¡Buena idea! Lástima que sea un poco tarde. Si lo hubiera confesado todo el día en que yo aparecí, hubiese podido salvarse: su marido podía perdonar una lejana falta expiada por veinte años de conducta sin tacha. Pues ha sido usted una fiel esposa, *madame*, y una buena madre. Pero, piense qué dirá ese buen hombre cuando usted le informe de que el pretendido sobrino que ha sentado a su mesa, que le pide dinero prestado, es fruto de sus primeros amores. Por excelente que sea el carácter de *monsieur* Fauvel, dudo que acepte de buen grado una broma que le anunciaría, no se engañe usted, una horrenda perversidad, una rara audacia y una superior duplicidad.

Era cierto lo que el marqués decía, terriblemente cierto; sin embargo, el brillo de su mirada no hizo bajar los ojos a *madame* Fauvel.

—¡Maldición! —continuó—, ya veo que ese *monsieur* Bertomy ha sabido adueñarse de su corazón. No duda usted entre los amores del digno cajero y el honor del nombre que lleva. ¡Bueno!, creo que eso le será de gran consuelo cuando *monsieur* Fauvel se separe de usted, cuando Abel y Lucien se marchen, avergonzándose de ser sus hijos; sí, será una gran alegría para usted poder decir: «¡El buen Prosper es feliz!».

—Sucedá lo que suceda —dijo *madame* Fauvel—, haré lo que debo hacer.

—¡Usted hará lo que yo quiera! —exclamó Clameran estallando al fin—, no podrá decirse que un acceso de sentimentalismo nos ha dejado a todos en el fango. La dote de su sobrina nos es indispensable y, además, amo a Madeleine.

El golpe había sido dado y el marqués consideró prudente esperar el efecto. Gracias al sorprendente dominio sobre si mismo, recuperó su flema habitual y, con glacial cortesía, añadió:

—A usted le toca ahora, *madame*, sopesar mis razones. Créame, acepte un sacrificio que será el último. Piense en el honor de su casa y no en los amores de su sobrina. Dentro de tres días vendré a buscar una respuesta.

—Vendrá usted inútilmente, caballero; en cuanto mi marido regrese lo sabrá todo.

Si *madame* Fauvel hubiera conservado su sangre fría, habría podido sorprender en el rostro de Clameran la expresión de una punzante inquietud. Pero duró sólo un instante. Hizo un gesto despreocupado que, a todas luces, significaba: «¡Como usted

quiera!»), y dijo:

—La considero bastante razonable como para guardar nuestro secreto.

Se inclinó en seguida, ceremoniosamente, y salió cerrando tras él la puerta con una violencia que revelaba cuánto se había contenido.

Clameran tenía, por otra parte, razones para temer. La energía de *madame* Fauvel no era fingida.

—¡Sí! —gritó inflamada por el entusiasmo de las grandes resoluciones—, se lo diré todo a André.

Pero en aquel mismo instante, cuando creía estar sola, oyó unos pasos tras ella. Bruscamente, se dio la vuelta. Madeleine avanzaba más pálida y fría que una estatua, con los ojos llenos de lágrimas.

—Hay que obedecer a ese hombre, tía —murmuró.

A ambos lados del salón había dos pequeñas habitaciones, dos salas de juego que sólo estaban separadas de la estancia principal por unos cortinajes.

Madeleine, sin que su tía lo sospechase, se hallaba en una de las salitas cuando llegó el marqués de Clameran y la muchacha había oído la conversación.

—¡Cómo! —exclamó *madame* Fauvel aterrorizada—, sabes...

—Todo, tía.

—¿Y quieres que te sacrifique?

—Te pido de rodillas que me permitas salvarte.

—Pero es imposible que no odies a *monsieur* de Clameran.

—Le odio, tía, y le desprecio. Será siempre para mí el último y el más cobarde de los hombres y, a pesar de ello, seré su mujer.

Madame Fauvel se sentía confusa, comprendía la grandeza de la abnegación que se le ofrecía.

—¿Y Prosper, pobre hija mía —continuó—, Prosper a quien tú amas?

Madeleine ahogó un sollozo que le subía a la garganta y con voz firme respondió:

—Mañana romperé para siempre con *monsieur* Bertomy.

—¡No! —gritó *madame* Fauvel—, no, no podrá decirse que te dejé, a ti, inocente, tomar el peso abrumador de mis culpas.

La noble y valerosa muchacha movió tristemente la cabeza.

—No podrá decirse —replicó— que yo haya dejado entrar el deshonor en una casa que es la mía, cuando puedo evitarlo. ¿Acaso no os debo más que mi vida? ¿Qué habría sido yo sin usted? Una pobre obrera en las fábricas de mi pueblo. ¿Quién me recogió? Usted. ¿No le debo a mi tío esa fortuna que tanto tienta al miserable? ¿No son Abel y Lucien mis hermanos? ¿Puedo dudar cuando la felicidad de todos está amenazada...? No. Seré marquesa de Clameran.

Comenzó entonces, entre *madame* Fauvel y su sobrina, una generosa lucha tanto más sublime cuanto cada una de ellas ofrecía a la otra su vida, y la ofrecía no en un momento de arrebató, sino de buen grado y tras reflexionar.

¡Pobre muchacha!, no se arrepintió. Al día siguiente tomó a Prosper aparte y,

utilizando su ascendiente sobre él, le arrancó la fatal promesa de no intentar volverla a ver e, incluso, de responsabilizarse de aquella ruptura. Él había exigido a Madeleine que le dijera, al menos, las razones de un adiós que iba a destrozar su vida. Ella le había respondido simplemente que su honor y su felicidad dependían de la obediencia de Prosper.

Y se alejó con el alma herida de muerte.

Apenas el hombre había dado cien pasos por el camino, cuando una sombra salió bruscamente de unos matorrales y se plantó ante él.

La noche era muy clara, Louis reconoció a Raoul.

—¿Qué ocurre? —preguntó en seguida, incapaz de dominar su impaciencia—, ¿qué ha sucedido?

—Nada.

—¡Cómo!, ¿no está amenazada nuestra posición?

—En modo alguno. Diría incluso que, sin tus desmesuradas ambiciones, todo iría perfectamente.

Louis lanzó una exclamación, o mejor un rugido de furor.

—Entonces —exclamó—, ¿qué haces tú aquí? ¿Quién te ha permitido abandonar tu puesto a riesgo de perdernos?

—Eso —dijo Raoul con toda tranquilidad— es cosa mía.

Con un gesto brusco, Louis cogió las muñecas del joven y, apretándolas hasta hacerle gritar:

—Explícate —le dijo con la voz ronca y breve que da la inminencia del peligro—, dime las razones de tu extraño capricho.

Sin aparente esfuerzo, con un vigor del que nunca nadie le hubiera creído capaz, Raoul se deshizo de las manos de Louis.

—¡Despacito, eh! —dijo con el tono más provocador—, no me gusta que me maltraten y podría responderte.

Al mismo tiempo, sacó de su bolsillo un revólver y se lo enseñó.

—Justifícate —insistió Louis—, o...

—¿O qué? Renuncia de una vez por todas a tus esperanzas de atemorizarme. Te responderé, pero no aquí, en mitad del camino y con ese claro de luna; ¿sabes acaso si no nos vigilan? Vamos, ven...

Franqueando la cuneta se alejaron a través de los campos, sin preocuparse por las plantas de maíz que aplastaban bajo sus pies.

—Después de todo lo que he hecho por ti tus dudas son absurdas. ¿Quién fue a buscarte a Londres, donde no sabías qué hacer? Yo. ¿Quién te dio un nombre y una familia, a ti que no tenías ni familia ni nombre? También yo. ¿Quién trabaja ahora, tras haberte asegurado el presente, para prepararte un porvenir? Yo, siempre yo.

—¡Bueno! —dijo Raoul—, estamos en un buen embrollo. ¿Y tú, acaso esperas salir de él?

—Sí, si no me traicionas.

—Todavía no he traicionado a nadie, ¿me oyes, marqués? Pero ¿cómo piensas hacerlo?

—No lo sé, pero presiento que encontraré el modo. ¡Ya lo creo que lo encontraré, es preciso! Puedes marcharte tranquilo. En París no corres riesgo alguno mientras que yo, aquí, vigilaré a Gastón.

—¿Estás seguro —dijo— de que no hay riesgo alguno?

—¡Pardiez! Tenemos a *madame* Fauvel demasiado bien cogida como para que se atreva a levantarnos la voz. Aunque supiera la verdad, la auténtica verdad, la que sólo tú y yo conocemos, seguiría callando sintiéndose feliz de escapar al castigo de su pasada falta, al desprecio del mundo, al resentimiento de su marido.

—Es cierto —respondió Raoul poniéndose serio—, tenemos cogida a mi madre, a ella no le temo.

—¿A quién, entonces?

—A una enemiga de tu talla, mi respetable tío; a una enemiga implacable, Madeleine.

Clameran hizo un gesto despectivo.

—¡Ah!, esa... —dijo.

—La desprecias, ¿no es cierto? —interrumpió Raoul con el acento de una profunda convicción—, pues bueno, te equivocas. Se sacrifica por la salvación de su tía, pero no ha cedido. Ha prometido casarse contigo, ha roto con Prosper que está muriéndose de tristeza, pero no ha renunciado a la esperanza. La crees débil, temerosa, ingenua, ¿no es cierto? Error. Es fuerte, y está enamorada. La desgracia le proporcionará experiencia.

—Tiene quinientos mil francos de dote.

—Cierto; y, al cinco por ciento, son 12 500 francos para cada uno. ¡No importa!, si fueras prudente renunciarías a Madeleine.

—¡Nunca!, ¿me oyes? —exclamó Clameran—, nunca. Rica, me caso con ella; pobre, me casaría también. Ya no es la dote lo que quiero ahora, es a ella, Raoul, sólo a ella... ¡la amo!

Raoul pareció aturdido por la brusca declaración de su tío.

Retrocedió tres pasos levantando los brazos al cielo y dando señales de inmensa sorpresa.

—¡Es posible! —repitió—, ¡amas a Madeleine, tú...!

—Sí —respondió Louis en un tono lleno de sospechas—, ¿qué encuentras de extraño?

—Nada, nada de nada, sin duda. Pero esa hermosa pasión me explica las sorprendentes variaciones de tu conducta. ¡Amas a Madeleine! Entonces, venerado tío, sólo nos queda rendirnos.

—Pero ¿por qué?

—Porque, querido tío, cuando el corazón está prisionero se pierde la cabeza. Es un axioma banal. Los generales enamorados han perdido siempre sus batallas.

Fatalmente llegará el día en que, prendado de Madeleine, nos venderás por una sonrisa. Y ella es nuestra enemiga, y es lista y nos acecha.

—Basta —interrumpió Louis—, el día en que fui a arrancarte de la más horrenda miseria, convinimos que yo sería el jefe, ¿no es cierto?

—¡Perdón!, olvidas que mi vida, o al menos mi libertad, está en juego. Tú tienes las cartas, pero déjame aconsejarte.

T tiempo atrás *madame* Fauvel hubiera podido preguntarse: «¿Dónde gasta Raoul todo el dinero que le doy?». Pero ahora no tenía que hacerse esa pregunta.

Raoul mostraba insensatas pasiones; estaba en todas partes, vestido como uno de esos jóvenes pisaverdes que hacen las delicias del bulevar. Podía vérselo presenciando desde un palco todos los estrenos y en las carreras en un coche de cuatro caballos.

Así que las necesidades de dinero eran cada vez más imperiosas. Jamás *madame* Fauvel había tenido que defenderse contra tan exorbitantes y repetidas exigencias.

Por lo demás ya no disimulaba para arruinar odiosamente a la pobre mujer; había dejado de lado cualquier pudor.

Antes, con mil circunloquios mimosos, salvando las apariencias tanto como le era posible pedía, a menudo incluso rogando. Ahora hablaba como si fuera el dueño, como si exigiera algo que debieran, y a la mínima observación amenazaba con modos violentos de un donjuán arrabalero que violentara a su víctima.

A este ritmo, los recuerdos de *madame* Fauvel y su sobrina pronto estuvieron agotados. En un mes el miserable gastó sus ahorros. Entonces ambas recurrieron a los medios vergonzosos de las mujeres cuyos gastos secretos son la ruina de una casa. Llevaron a cabo las más infamantes economías. Hicieron esperar a los proveedores, compraron a crédito. Luego hincharon las facturas o, incluso, las inventaron. Una y otra vez inventaban tan costosas fantasías que *monsieur* Fauvel les dijo una vez sonriendo:

—¡Se están volviendo ustedes muy coquetas, señoras...!

¡Pobres mujeres! Hacía meses que no se compraban nada, vivían de su pasado, rehacían sus antiguos vestidos, desoladas por tener que guardar ciertas apariencias.

Más clarividente que su tía, Madeleine veía, no sin terror, acercarse el momento en el que sería necesario responder: no, y todo se descubriría.

Llegó, mientras, el día en que Madeleine y su tía se hallaron tan desprovistas una como la otra.

La víspera, *madame* Fauvel había recibido algunos invitados a cenar y apenas si había podido entregar al cocinero el dinero necesario para algunas compras que había tenido que realizar en París.

Aquel día se presentó Raoul, diciendo que jamás se había hallado en tan gran compromiso; necesitaba absolutamente dos mil francos.

Por más que se le explicara la situación, por más que le rogaran que aguardara, no quiso saber nada, fue terrible, implacable.

—Pero no me queda ya nada, desgraciado —repetía *madame* Fauvel desesperada —, nada de nada, me lo has quitado todo. Sólo me quedan mis joyas, ¿las quieres? Si pueden servirte, tómalas.

A pesar de la desvergüenza del joven ladrón, no pudo evitar ruborizarse. Sentía

piedad por aquella desgraciada mujer, que tan buena, tan indulgente había sido para con él, que tantas veces le había prodigiado sus maternales caricias. Y compadecía a aquella joven, noble víctima de una situación que no era obra suya.

Pero se hizo fuerte contra su enternecimiento y, con voz brutal, respondió a su madre:

—Deme: iré al Monte de Piedad.

Madame Fauvel le dio un estuche que contenía un aderezo de diamantes. Y, era tal la penuria en que se hallaban aquellas dos mujeres rodeadas de un lujo principesco, con un servicio de diez criados y cuyos enjaezados caballos piafaban en la calle, que pidieron a Raoul que les trajera algo de lo que el Monte de Piedad le prestara, por poco que fuera.

Él lo prometió y cumplió su palabra.

Pero había descubierto un nuevo recurso, un nuevo filón a explotar; y abusó de él.

Uno a uno todos los aderezos de *madame* Fauvel siguieron al de diamantes y, agotadas sus joyas, las de Madeleine siguieron el mismo camino.

Pero, aquellas indignantes extorsiones producían a veces tales crisis que Raoul, conmovido, trastornado, caía en el horror y sentía asco de sí mismo.

—Me falta valor —decía a su tío—, no puedo más. Robemos a mano armada, yo estaré de acuerdo; pero degollar a dos infelices a las que amo es más fuerte que yo.

Clameran no parecía asombrarse en absoluto.

—Es triste —respondía—, lo sé muy bien; pero la necesidad no admite ley. Vamos, un poco de energía y paciencia, estamos llegando al final.

Estaban más cerca del fin de lo que Clameran suponía. A finales del mes de noviembre, *madame* Fauvel se sintió tan cerca de una catástrofe que tuvo la idea de dirigirse al marqués.

Dudó antes de hablar con su sobrina de tal proyecto, temiendo una fuerte oposición.

Con gran sorpresa por su parte, Madeleine lo aprobó.

Y es que la desgracia, maravilloso maestro, había despertado y desarrollado el sentido adivinatorio de Madeleine.

Pensando en los acontecimientos pasados, comparando y estudiando todas las circunstancias, empezaba a sospechar que Raoul era tan sólo el instrumento de su tío.

Su convicción, a este respecto, llegó a ser tan fuerte, que, si de ella hubiera dependido, habría resistido enérgicamente, segura de que las amenazas de escándalo no iban a realizarse.

Recordando, no sin estremecerse, algunas miradas que Clameran le había dirigido, casi adivinaba la verdad. Presentía que todas sus amenazas tenían sólo un objetivo: obligar a su tía a arrojarla en los brazos del marqués.

Resuelta al sacrificio, pese a la repugnancia de su espíritu y a la rebeldía de todo su ser, casi deseaba que el sacrificio se llevara a cabo, todo lo parecía preferible a la atroz existencia a que Raoul la condenaba.

—Cuanto antes veas a *monsieur* Clameran —dijo a su tía—, mejor será.

En consecuencia, dos días más tarde, *madame* Fauvel llegó al hotel del Louvre, a visitar al marqués avisado de antemano por una nota.

Él la recibió con fría y estudiada cortesía, como un hombre que ha sido juzgado mal y que, entristecido y herido, se mantiene a la defensiva.

Pareció indignado de la conducta de su sobrino e, incluso, en cierto momento, dejó escapar un juramento diciendo que él metería en cintura al bribón. Pero cuando *madame* Fauvel le dijo que si el joven se dirigía a ella sin cesar era porque no quería pedirle nada a él, Clameran pareció confundido.

—¡Ah! —gritó—, eso es demasiado. ¡Miserable! En cuatro meses le he dado más de veinte mil francos y lo hice porque me amenazaba, sin cesar, con recurrir a usted.

Leyendo en el rostro de *madame* Fauvel una sospecha muy cercana a la duda, Louis se levantó, abrió su *secretaire* y sacó unos recibos de Raoul que mostró a la mujer. El total se elevaba a 23 500 francos.

Madame Fauvel estaba abrumada.

—De mí ha conseguido casi cuarenta mil francos —dijo—, por lo tanto en cuatro meses ha gastado sesenta mil francos.

—Sería increíble —respondió Clameran—, si, como él afirma, no estuviera enamorado.

Parecía compadecer sinceramente a *madame* Fauvel; le prometió que, aquella misma noche, hablaría con Raoul y sabría conducirlo a mejores sentimientos. Luego, tras largas protestas, terminó por poner toda su fortuna a disposición de *madame* Fauvel.

Ella rechazó sus ofrecimientos, pero se sintió conmovida, y al regresar, dijo a su sobrina:

—Tal vez nos hayamos engañado, tal vez no sea un mal hombre... Madeleine movió tristemente la cabeza. Había previsto lo que había sucedido; el hermoso desinterés del marqués era la confirmación de sus presentimientos.

Raoul por su parte, fue a casa de su tío para saber noticias. Le encontró radiante.

—Todo va a las mil maravillas, sobrino —le dijo Clameran—; tus recibos han funcionado a la perfección. ¡Ah! Eres un buen compañero y te debo mis más entusiastas felicitaciones. ¿Cuarenta mil francos en cuatro meses?

—Sí —respondió con negligencia Raoul—, eso es poco más o menos lo que he conseguido del Monte de Piedad.

—¡Diablos!, debes tener unos buenos ahorros, pues la señorita de las locuras no es, imagino, más que un pretexto.

—Eso, querido tío, es cosa mía. Recuerda lo que acordamos. Lo que puedo decirte es que *madame* Fauvel y Madeleine sacan dinero de todas partes; ya no tienen nada y yo estoy harto de mi papel.

—Tu papel ha terminado también. A partir de hoy te prohíbo que pidas un solo céntimo.

—¿Cuál es la situación? ¿Qué sucede?

—Sucede, sobrino, que el explosivo está ya listo y sólo espero una ocasión para encender la mecha.

La ocasión que Louis de Clameran aguardaba con enfebrecida impaciencia, debía, según pensaba, proporcionársela su rival, Prosper Bertomy.

Amaba demasiado a Madeleine para no sentirse celoso hasta la locura del hombre que ella había elegido libremente, para no odiarle con toda la fuerza de su pasión.

Sólo de él dependía, lo sabía, casarse con Madeleine; pero gracias a indignas violencias, poniéndole un cuchillo en la garganta. Se sentía enloquecer ante la idea de que la poseería, de que su cuerpo le pertenecería, pero que su pensamiento escapando a su poder, volaría hacia Prosper.

De modo que se había jurado precipitar al cajero, antes de casarse, en alguna cloaca infamante de la que fuera imposible salir.

Antaño había imaginado que le sería fácil perder al infortunado joven; supuso que él mismo le proporcionaría los medios. Se engañó.

Prosper llevaba, es cierto, una de esas enloquecidas vidas que conducen con frecuencia a la catástrofe final, pero conservaba cierto orden en medio de su desorden. Si su situación era mala o peligrosa, si las deudas le devoraban y le perseguían los acreedores, si se veía obligado a recurrir a métodos desesperados, era imposible saberlo pues había tomado sus precauciones.

Todas las tentativas que hizo para apresurar su ruina habían fracasado y en vano Raoul, con las manos llenas de oro, desempeñando el papel de tentador, había intentado preparar su caída.

Jugaba fuerte, pero jugaba sin pasión, casi sin placer, y nunca la exaltación de la ganancia ni el despecho por las pérdidas le habían hecho perder su sangre fría.

Su amante, Nina Gypsy, era manirrota, extravagante, pero le era adicta y jamás sus fantasías sobrepasaron ciertos límites.

Íntimo amigo de Prosper, su confidente incluso, Raoul había juzgado la situación con sagaz mirada y penetrado los secretos sentimientos del cajero.

—No cuentes con que ese muchacho cometa una locura —había dicho Raoul a su tío—, sus decepciones amorosas le han dejado la cabeza más fría que la de un usurero. Nadie puede predecir qué futuro le espera. Tal vez, cuando se le acabe la cuerda se saltará la tapa de los sesos; pero seguro que jamás cometerá una acción baja o indelicada; jamás tocará la caja que ha sido confiada a su honor.

—Tendríamos que incitarle más —respondió Clameran—, envolverle, prestarle dinero, halagar su vanidad, sembrar caprichos en la cabecita de *madame* Gypsy.

Raoul movió la cabeza como un hombre que está convencido de la inutilidad de sus esfuerzos.

—No conoces a Prosper, tío. No se puede galvanizar a un muerto. Madeleine le mató el día que le arrojó de su lado. Todo le es indiferente, nada le interesa.

—Esperaremos.

Clameran comenzaba a impacientarse y buscaba algún medio más expeditivo cuando, cierta noche, hacia las tres, Raoul le despertó.

Comprendió en seguida que sólo una circunstancia de excepcional gravedad podía obligar a su sobrino a acudir a su casa a semejantes horas.

—¿Qué ocurre? —preguntó inquieto.

—Tal vez nada, tal vez todo. Acabo de dejar a Prosper.

—¿Y qué?

—Le he llevado a cenar, también a *madame* Gypsy, con tres de mis amigos. Después he organizado una partidita bastante fuerte, pero ha sido imposible animar a Prosper, aunque estaba un poco alegre.

Louis, perdiendo los estribos, tuvo un gesto de despecho.

—Tú sí que estás alegre —dijo—, viniendo a despertarme en mitad de la noche para contarme semejantes tonterías.

—Espera, hay más.

—¡Caramba, habla de una vez!

—Tras haber jugado bastante, hemos ido a comer un bocado y Prosper, cada vez más borracho, ha dejado escapar la palabra que cierra la caja fuerte.

Ante esa seguridad, Clameran no pudo evitar un grito de triunfo.

—¿Qué palabra? —preguntó.

—El nombre de su amante.

—¿Gypsy...? Sí, eso es, en efecto, cinco letras...

Estaba tan agitado, tan trastornado, que saltó de su cama, se puso una bata y comenzó a recorrer a grandes pasos la habitación.

—¡Ya le tenemos! —decía con la delirante expresión del odio satisfecho—, ¡ya es nuestro! ¡Ah!, el virtuoso cajero no quería tocar su caja, nosotros la tocaremos por él y quedará deshonrado del mismo modo. Tenemos la combinación, sabes dónde está la llave, me lo dijiste...

—Cuando *monsieur* Fauvel sale, casi siempre deja la suya en uno de los cajones del *secretaire* de su habitación.

—¡Muy bien!, irás a casa de *madame* Fauvel y le pedirás la llave; te la dará o se la quitarás por la fuerza, no importa; cuando la tengas, abrirás la caja, tomarás todo lo que haya dentro... ¡Ah!, maese Prosper, qué caro va a costarle el amor de la mujer a la que amo.

Durante más de cinco minutos, Clameran, por completo fuera de sí, divagó mezclando de modo tan extraño su odio contra Prosper y su amor por Madeleine, que Raoul llegó a preguntarse si no habría perdido la razón.

Pensó que su deber era calmarle.

—Antes de cantar victoria —dijo—, examinemos las dificultades.

—No veo ninguna.

—Prosper puede cambiar la palabra mañana mismo.

—Cierto, pero es poco probable; no recordará lo que ha dicho; además, nos apresuraremos.

—Eso no es todo. Por órdenes perentorias de *monsieur* Fauvel, por la noche, en la caja no hay nunca más que cantidades insignificantes.

—Habrá una muy importante cuando yo lo quiera.

—¿Cómo dices?

—Digo que tengo cien mil escudos en la banca de *monsieur* Fauvel y que si pido que me los abonen uno de estos días, muy pronto por la mañana, en cuanto abran la oficina, pasarán la noche en la caja.

—¡Qué idea! —exclamó Raoul estupefacto.

—Hoy mismo —concluyó Clameran— pediré a *monsieur* Fauvel que tenga mis fondos dispuestos para el martes.

—El plazo es realmente corto, tío —objetó Raoul—, tenéis ciertos acuerdos, en caso de retirar tu dinero, tienes que prevenirle.

—Cierto; pero nuestro banquero es orgulloso, diré que tengo prisa y pagará aunque para ello tenga que tomarse algunas molestias. Luego tú tendrás que pedirle a Prosper, como un favor personal, que tenga la cantidad dispuesta en cuanto abran la oficina.

Raoul, una vez más, examinó la situación intentando averiguar si existía el granito de arena que, a última hora pudiera convertirse en montaña.

—Esta noche Prosper y Gypsy vienen a visitarme, en el Vesinet —respondió por fin—; pero no puedo pedirle nada sin conocer la respuesta del banquero. En cuanto la sepas, mándame uno de tus criados con una nota.

Todo salió como ambos miserables deseaban. El banquero no quiso recordar los acuerdos y aceptó el pago para el día indicado. Prosper prometió que el dinero estaría dispuesto a primeras horas de la mañana.

La certeza del triunfo pareció enloquecer a Louis. Contaba las horas, contaba los minutos.

Al contrario que su tío, Raoul estaba cada vez más triste. La reflexión le mostraba en todo su horror el atroz acto.

Raoul era un malhechor decidido, audaz, terrible cuando se trataba de satisfacer sus deseos; podía hacer trampas en el juego con la mirada risueña, apuñalar a su enemigo y dormir después, pero era joven.

Es decir que su resolución, tan firme primero, iba haciéndose cada vez más débil a medida que se aproximaba el instante decisivo.

Y, sin embargo, Louis no le dejaba. Louis hacía brillar ante sus ojos los esplendores de un porvenir de lujo, placeres y vanidades satisfechas.

Clameran le envolvía, le obsesionaba, le aturdía, le elevaba la moral o, hablando en su estilo, le calentaba.

Había preparado toda la escena con *madame* Fauvel y se la hacía ensayar a su

cómplice con tanta sangre fría como si se tratara de una representación teatral, esforzándose, decía, para que se empapara del papel que debía representar; papel muy adecuado, según él, para salvar lo que la situación tenía de indignante y de odiosamente brutal.

Pero, por fuerte que Louis gritara, por fuerte que proclamara la deslumbradora cifra: ¡500 000 francos!, la conciencia de Raoul hablaba más alto y más fuerte.

De modo que el lunes por la tarde, hacia las seis, Raoul carecía de fuerzas y valor y se preguntaba si, aun queriéndolo, podría obedecer.

—¿Tienes miedo? —preguntó Clameran, que había seguido con ansiedad todas sus luchas interiores.

—Sí —respondió Raoul—, sí, yo no tengo tu feroz voluntad, tengo miedo.

Estaban entonces en el bulevar; entraron en un afamado restaurante al que iban con frecuencia y se instalaron en un salón reservado.

Pero por más que Louis intentara alegrarle, no pudo tranquilizar ni animar a su compañero.

Raoul permaneció sombrío y pálido mientras el otro bromeaba a costa de sus reparos mientras sólo se trataba, en definitiva, de una «píldora amarga» que debía tragar.

En aquel momento dieron las ocho en el reloj del restaurante.

—Ha llegado el momento —dijo Louis.

Raoul se puso pálido, sus dientes castañetearon. Quiso levantarse, no pudo; sus piernas, más débiles que algodón, se negaban a sostenerle.

—¡Ah, no puedo! —dijo con acento de dolor y rabia.

Un relámpago cruzó por los ojos de Clameran. ¡Todos sus manejos iban a fracasar miserablemente! Pero dominó su cólera comprendiendo que el menor estallido podía echarlo todo a perder. Tiró violentamente del cordón de la campanilla. Apareció un camarero.

—Una botella de oporto —pidió— y una botella de ron.

Cuando el camarero las hubo traído, Louis llenó un gran vaso de una mezcla de ambos licores y lo ofreció a Raoul.

—¡Bebe! —dijo.

De un trago, Raoul vació el vaso, y un fugaz rubor coloreó sus pálidas mejillas. Se levantó golpeando la mesa con el puño y gritó:

—Vamos.

Pero no había dado cincuenta pasos por el bulevar cuando la ficticia energía del alcohol le abandonó.

Caminaba del brazo de Clameran, titubeando como un borracho, más abrumado que el condenado caminando hacia el suplicio.

«¡Mientras entre! —pensaba Louis que conocía a Raoul por haberle estudiado como sólo el interés sabe hacerlo—; una vez haya entrado su papel le dominará y le arrastrará, y todo irá bien».

Y, mientras caminaban, decía:

—Recuerda bien lo que hemos acordado, cuida tu entrada, todo depende de eso.
¿Llevas la pistola en el bolsillo?

—Sí, sí, déjame...

Hizo bien Clameran en acompañar a Raoul pues, al llegar ante la puerta de *monsieur* Fauvel, sufrió un nuevo desfallecimiento.

—Una pobre mujer... —exclamó—. Un infeliz muchacho al que ayer todavía yo estrechaba la mano, perdidos, arruinados... ¡Ah, es cobarde, demasiado cobarde!

—Vamos —dijo Clameran en un tono despectivo—, me he equivocado contigo, cuando no se tienen riñones es mejor seguir siendo honrado.

Pero Raoul acababa, por fin, de vencer la rebeldía de sus instintos. Corrió hacia la puerta y llamó. Abrieron...

—¿Está mi tía? —preguntó Raoul a un criado.

—*Madame* está sola en el saloncito contiguo a su habitación —respondió el doméstico.

Raoul subió.

Raoul al entrar en el saloncito, estaba tan pálido y deshecho, sus ojos tenían tal expresión de extravío que, al descubrirle, *madame* Fauvel no pudo contener un grito.

—¡Raoul...! ¿Qué te ha ocurrido?

El sonido de aquella voz, tan llena de ternura, produjo en el joven bandido el efecto de una descarga eléctrica. Un estremecimiento le recorrió de la cabeza a los pies. Pero, al mismo tiempo, la claridad se hizo en su espíritu. Louis no se había engañado: Raoul iniciaba su papel, estaba en escena, recobraba su seguridad; su naturaleza de bribón vencía.

—La desgracia que me ocurre —respondió— será la última, madre mía...

Madame Fauvel jamás le había visto así; se levantó conmovida, palpitante, y fue a colocarse junto a él, aproximando mucho el rostro, como si mirándole con todas las fuerzas de su voluntad, pudiera leer hasta el fondo de su alma.

—¿Qué ocurre? —insistió—. Raoul, hijo mío, respóndeme.

Él la rechazó con dulzura.

—Ocurre —respondió con voz ahogada y que, sin embargo, hizo vibrar las entrañas de *madame* Fauvel—, ocurre, madre mía, que soy indigno de ti, indigno de mi noble y generoso padre.

Ella inició un gesto con la cabeza, como intentando protestar.

—¡Estoy perdido!

—¡Perdido...!

—Sí, y ya no hay esperanzas. Estoy deshonrado, y por mi culpa, por mi gran culpa.

—¡Raoul...!

—Así es. Pero no temas nada, madre mía, no seguiré arrastrando por el lodo el nombre que me has dado. Tendré, por lo menos, el vulgar valor de no sobrevivir a mi deshonor.

—¿Qué has hecho? —balbuceó.

—Me confiaron dinero; he jugado y he perdido.

—¿Es una cantidad muy grande?

—No, pero ni tú ni yo podríamos conseguirla. ¡Pobre madre mía, te lo he quitado todo! ¡Me has dado hasta tu última joya!

—Pero *monsieur* de Clameran es rico y ha puesto su fortuna a mi disposición, haré que preparen el coche e iré a buscarle...

—*Monsieur* de Clameran, madre, se ha ausentado por ocho días y esta misma noche me habré salvado o perdido. ¡Vamos!, antes de decidirme he pensado en todo. A los veinte años se ama la vida.

Sacó a medias la pistola que llevaba en el bolsillo y añadió con una sonrisa forzada:

—Esto lo arreglaré todo.

Madame Fauvel se hallaba demasiado fuera de sí para pensar en el horror de la conducta de Raoul, para reconocer que sus horribles amenazas eran un supremo ardid.

Olvidando el pasado, sin preocuparse por el porvenir, entregada por entero a la situación presente, sólo veía una cosa, que su hijo iba a morir, iba a matarse y ella no podía hacer nada para arrancarle del suicidio.

—Quiero que esperes —dijo—, André regresará y le diré que necesito... ¿Cuánto te habían confiado?

—Treinta mil francos.

—Mañana los tendrás.

—Me hacen falta esta noche.

Ella se sintió enloquecer y se retorció las manos desesperada.

—Esta noche —dijo—, ¿por qué no has venido antes? ¿Ya no confías en mí...? Esta noche ya no hay nadie en la caja... ¡Si no...!

Raoul esperaba esta palabra, la cogió al vuelo; lanzó una exclamación de alegría como si una chispa hubiera iluminado las tinieblas de una real desesperación.

—¡La caja! —exclamó—, ¿sabes dónde está la llave?

—Sí, está allí.

—¡Bueno...!

Miró a *madame* Fauvel con tan infernal audacia que ella bajó los ojos.

—Dámela, madre —suplicó.

—¡Desgraciado...!

—Te estoy pidiendo la vida.

Este ruego la decidió, tomó uno de los candeleros, entró rápidamente en la habitación, abrió el *secretaire* y tomó la llave de *monsieur* Fauvel...

Pero, en el momento de entregarla a Raoul, recuperó la razón.

—No —balbuceó—. No, no es posible.

Él no insistió y simuló querer retirarse.

—En efecto —dijo—. En ese caso, madre, un último beso.

Ella le detuvo:

—¿De qué te servirá la llave, Raoul? ¿Conoces la combinación?

—No, pero podemos intentarlo.

—¿No sabes que nunca hay dinero en la caja?

—Intentémoslo. Si, por milagro, abro y hay dinero en la caja, es que Dios habrá tenido piedad de nosotros.

—¿Y, si no lo conseguimos, me juras esperar hasta mañana?

—Por la memoria de mi padre, lo juro.

—Entonces, aquí está la llave, ven.

Pálidos y temblorosos, Raoul y *madame* Fauvel cruzaron el despacho del banquero y se introdujeron en la estrecha escalera de caracol que pone en

comunicación la vivienda con la oficina.

Raoul caminaba delante, llevando la luz, oprimiendo entre sus dedos crispados la llave de la caja. En aquellos momentos *madame* Fauvel estaba convencida de que la tentativa de Raoul sería inútil.

Durante algunos segundos de vacilación, cuando comenzaba a bajar, había tenido tiempo de pensar. Conociendo el sistema con que se cerraba la caja, sabía que la cerradura tenía una importancia secundaria y que la llave no serviría de nada a quien no conociera la palabra. Le parecía imposible que Raoul conociera una palabra que ella misma ignoraba. ¿Dónde y cómo hubiera podido averiguarla?

Y aun admitiendo que pudiese abrir, que el azar, que tiene jugarretas sorprendentes, le permitiese hallar la combinación, estaba segura, conociendo las costumbres de la casa, que en la caja no había, no podía haber, mucho dinero, pues los fondos se depositaban siempre en el banco.

Estaba pues casi tranquila en lo que respectaba a las consecuencias de la indigente empresa y sólo temía la desesperación de Raoul tras su fracaso.

«Cuando haya reconocido la inutilidad de sus esperanzas y sus esfuerzos — pensaba—, esperará, me lo ha jurado, hasta mañana, y yo, entonces, mañana... mañana...».

Habían llegado al despacho de Prosper y Raoul había colocado el candelabro en una mesa elevada como para que, a pesar de la pantalla, iluminara toda la habitación. Entonces había recobrado, si no su sangre fría, al menos la mecánica precisión de movimientos, casi independiente de la voluntad, que los hombres habituados al peligro encuentran cuando este es más acuciante.

Rápidamente, con la destreza de la experiencia, colocó uno tras otro los cinco botones de la caja fuerte en las letras que componen el nombre de G,y,p,s,y.

Su fisonomía, durante la corta operación, revelaba una terrible ansiedad. Se preguntaba si la horrible energía que acababa de desplegar no se perdería. Si consiguiera abrir, se encontraría la cantidad anunciada. Prosper había podido cambiar la palabra; ¿habría mandado sacar fondos del Banco durante la jornada? Amigo íntimo de Prosper, habiendo venido a buscarlo cincuenta veces al salir de la oficina, Raoul sabía perfectamente, por haberlo estudiado e incluso ensayado —era un muchacho previsor— cómo debía mover la llave en la cerradura.

La introdujo suavemente, dio una vuelta; la introdujo un poco más, dio una segunda vuelta; la introdujo por completo con una sacudida y dio una vuelta más. Los latidos de su corazón eran tan violentos que *madame* Fauvel hubiera podido oírlos.

La palabra no había cambiado; la caja se abrió.

Raoul y su madre, simultáneamente, dejaron escapar un grito, ella de terror, él de triunfo.

—¡Ciérrala...! —gritó *madame* Fauvel, asustada ante ese resultado inexplicable, incomprensible—, déjalo... Vuelve...

Y, casi enloquecida, se precipitó sobre Raoul, se agarró desesperadamente de su

brazo y tiró hacia ella con tal violencia que la llave salió de la cerradura, resbaló a lo largo de la puerta de la caja y trazó un largo y profundo arañazo.

Pero Raoul había tenido tiempo de ver en el estante superior de la caja tres fajos de billetes de banco. Los cogió con la mano izquierda y los puso bajo su paletto, entre el chaleco y la camisa.

Agotada por el esfuerzo que acababa de realizar, sucumbiendo a la violencia de sus emociones, *madame* Fauvel había soltado el brazo de Raoul y, para no caer, se apoyaba en el respaldo del sillón de Prosper.

—Por piedad, Raoul —dijo—, te lo suplico, deja este dinero en la caja, mañana tendré, te lo juro, diez veces más, y te lo daré hijo mío; te lo ruego, apiádate de tu madre. Él no la escuchaba; examinaba el arañazo producido por la puerta; ese rastro del robo era visible y le inquietaba.

—Al menos —prosiguió *madame* Fauvel—, no lo tomes todo, llévate lo que necesitas para salvarte y deja el resto.

—¿Por qué? El robo será descubierto igualmente.

—No, porque yo, fíjate bien, yo lo arreglaré todo. Déjame hacer, ya encontraré una explicación plausible, le diré a André que he tenido necesidad de dinero...

Con mil precauciones, Raoul había vuelto a cerrar la puerta de la caja fuerte.

—Ven —le dijo a su madre—, retirémonos, podrían sorprendernos, un criado podría entrar en el salón, vernos y extrañarse.

Esa cruel indiferencia, esa facultad de cálculo en semejante momento llenaron a *madame* Fauvel de indignación. Creía tener todavía alguna influencia sobre su hijo, creía en el poder de sus ruegos y sus lágrimas.

—Muy bien —respondió—, ¡mejor! Que nos sorprendan y estaré satisfecha. Entonces todo habrá acabado, André me expulsará de su lado como a una miserable pero no habré sacrificado a seres inocentes. Mañana acusarán a Prosper; Clameran le ha robado la mujer a la que amaba. Tú pretendes por tu parte, robarle su honor, y yo no quiero.

Hablaba en voz alta, tan fuerte que Raoul tuvo miedo. Sabía que un conserje pasaba la noche en la sala vecina. El conserje, aunque no fuera muy tarde, podía perfectamente estar acostado y escucharlo todo.

—Subamos —dijo cogiendo a *madame* Fauvel por el brazo.

Pero ella se resistió; se había asido a una mesa para resistirse mejor.

—He sido ya bastante cobarde sacrificando a Madeleine —repetía—, no sacrificaré a Prosper.

Raoul comprendió que sólo un argumento podía romper la resolución de *madame* Fauvel.

—Pero bueno —dijo con risa cínica—, ¿no comprendes que estoy de acuerdo con Prosper y que me está esperando para compartir el botín?

—¡Es imposible...!

—¡Vamos, vamos!; ¿imaginas entonces que sólo el azar me ha soplado la palabra

y ha llenado la caja?

—Prosper es honrado.

—Claro, y yo también. Pero nos hacía falta dinero.

—Mientes.

—No, querida madre, Madeleine ha despedido a Prosper y, ¡diantre!, se consuela como puede con el pobre muchacho; y los consuelos cuestan mucho.

Había vuelto a coger el candelabro, suavemente pero con extraordinario vigor, empujaba a *madame* Fauvel hacia la escalera.

Ella, ahora, se dejaba arrastrar, más confusa entre lo que acababa de escuchar que ante el hecho de haber visto abrirse la caja.

—¡Cómo! —murmuró—, ¡Prosper ladrón...!

Se preguntaba si no era víctima de alguna odiosa pesadilla, si el despertar no la libraría de tan intolerables torturas morales. Su pensamiento ya no le pertenecía y, maquinalmente, sostenida por Raoul, subió los empinados peldaños de la pequeña escalera.

—Hay que poner de nuevo la llave en el *secretaire* —dijo Raoul en cuanto entraron en la habitación.

Pero ella no pareció escucharle y fue él quien colocó la llave de la caja en el lugar de donde ella la había tomado.

Condujo entonces o, mejor dicho, llevó a *madame* Fauvel al saloncito donde se hallaba cuando él había llegado, y la obligó a sentarse en un sillón.

Era tal la postración de la infeliz mujer, sus ojos fijos e inexpresivos revelaban tan bien el trastorno de su espíritu que Raoul, asustado, se preguntó si no iba a volverse loca.

—Veamos, querida madre —dijo intentando calentar sus heladas manos—, vuelve en ti. Acabas de salvarme la vida y, al mismo tiempo, hacemos un inmenso favor a Prosper. No temas nada, todo se arreglará. Tal vez acusen a Prosper, quizás le detengan; lo sabe, pero negará y, como no podrán probar su culpabilidad, le soltarán.

Pero perdía el tiempo. *Madame* Fauvel no se hallaba en estado de escuchar sus mentiras.

—¡Raoul —murmuró—, hijo mío, me estás matando...!

Su voz tenía tan penetrante dulzura, su acento expresaba tan bien la más horrenda desesperación, que Raoul, trastornado hasta el fondo de su alma, tuvo un impulso de bondad; sintió deseos de restituir lo que había robado. El recuerdo de Clameran le detuvo.

En el restaurante, en la salita donde habían cenado, Clameran torturado por la incertidumbre, aguardaba a su cómplice. Se preguntaba si, en el último momento, no estando él allí para sostenerle, no le habría faltado el valor. Además, basta un capricho del azar para destruir las más ajustadas combinaciones.

Así pues, cuando Raoul apareció, se levantó bruscamente, pálido de angustia, con voz apenas audible, preguntó:

—¿Bueno?

—Todo ha terminado, tío; gracias a ti soy ahora el peor de los miserables.

Desabrochó con rapidez su chaleco y, arrojando sobre la mesa, todavía manchada del vino que le habían servido para animarle, los cuatro fajos de billetes de banco, añadió en un tono donde brillaban su odio y su desprecio.

—Ya estarás satisfecho, aquí tienes una cantidad que costará el honor y tal vez la vida a tres personas.

Clameran no demostró haber escuchado la injuria. Con mano enfebrecida había tomado los billetes de banco y los manejaba como para convencerse de la realidad del suceso.

—Ahora —decía—, Madeleine será mía.

Raoul callaba, el espectáculo de aquella alegría tras las escenas que acababa de vivir, le sublevaba y le humillaba. Pero Louis interpretó mal las causas de aquella tristeza.

—¿Ha sido duro? —preguntó con una sonrisa.

—Te prohíbo —gritó Raoul fuera de sí—, te prohíbo, óyeme bien, que me vuelvas a hablar de esta velada. Quiero olvidar...

Ante tal explosión de cólera, Clameran se encogió imperceptiblemente de hombros.

—Como quieras —dijo en un tono irónico—, olvida, mi pobre sobrino, olvida. Quiero creer, sin embargo, que no te negarás a tomar, como recuerdo, esos 350 000 francos.

Aquella generosidad no pareció sorprender ni satisfacer a Raoul.

—Según nuestro acuerdo —dijo—, tengo derecho a mucho más.

—Eso es solo un adelanto.

—¿Y cuándo tendré el resto?

—El día de mi boda con Madeleine, sobrino mío; no antes. Eres un auxiliar demasiado precioso para que yo pueda privarme de tus servicios y, ¿sabes?, aunque no desconfío de ti, no estoy seguro de tu afecto.

Llegado con la intención de romper con Clameran, Raoul se decidió a no abandonar el destino de su cómplice hasta que no tuviera ya nada que esperar.

—Sea —dijo—, acepto el adelanto, pero no quiero otro trabajito como el de esta noche; me negaría a hacerlo.

Clameran lanzó una carcajada.

—Bien —dijo—, muy bien. Te vuelves honrado en el momento preciso, pues ya eres rico. Tranquiliza tu timorata conciencia, ya sólo te pediré insignificantes minucias. Métete entre bastidores, ahora comienza mi papel.

Durante más de una hora después de la marcha de Raoul, *madame* Fauvel había permanecido sumida en aquel estado de aturdimiento, vecino de la insensibilidad absoluta, que sigue a las grandes crisis morales y a los violentos dolores físicos.

Luego, poco a poco comprendió el sentido de la horrible situación y, con la facultad de pensar, recuperó también la de sufrir.

Las horrendas violencias que acababa de soportar se presentaban a su espíritu con una extraordinaria intensidad y los mínimos detalles, incluso aquellos que al momento habían pasado desapercibidos, le herían vivamente.

Comprendía ahora que había sido víctima de una odiosa comedia, Raoul la había torturado a sangre fría, con premeditación, jugando con sus sentimientos, espectaculares con su ternura.

Pero ¿había o no secundado Prosper el robo del que Raoul acababa de hacerle cómplice?

Para *madame* Fauvel, era esa la cuestión clave.

—¡Ah!, el miserable de Raoul había apuntado bien. Tras haber rechazado la idea de complicidad del cajero, la pobre mujer regresaba y se detenía en ella. ¿Quién si no él podía haber revelado la palabra y colocado una suma considerable en una caja que, por orden formal del patrón, debía estar vacía?

Lo que había sabido sobre la conducta de Prosper hacía creíble la afirmación de Raoul y, siempre cegada, prefería atribuir la idea del crimen a alguien que no fuera su hijo.

Le habían dicho que Prosper amaba a una de esas criaturas que arrasan los patrimonios con el fuego de sus extraños caprichos y pervierten las mejores naturalezas. Desde entonces, podía suponerle capaz de todo.

¿Acaso no sabía, por experiencia, adonde puede llevar una imprudencia...?

Fatalmente inspirada, decidió que el crimen de Raoul seguiría siendo su secreto, como siempre, y pese a que debiera todas sus desgracias a las perpetuas fluctuaciones de su voluntad, a las intermitencias de su energía, transigió con lo que ella creía un imperioso deber, confiándose, para hallar una solución, al tiempo, que hasta entonces la había traicionado.

Cuando, hacia las once, Madeleine regresó de su velada, no le dijo nada y consiguió, incluso, ocultando cualquier huella de sufrimiento con la suficiente habilidad como para evitar preguntas.

Aquella noche tenía que ser, y fue, para *madame* Fauvel un largo e intolerable suplicio.

«Dentro de seis horas —se decía—, dentro de tres horas, dentro de una hora, van a descubrirlo todo. ¿Qué sucederá?»

Llegó el día, la casa despertó; escuchaba las idas y venidas de los criados. Luego,

los ruidos de la oficina que se abría, de los empleados que llegaban, llegaron hasta ella.

Aguardaba, inclinada al borde del lecho, tendiendo el oído, cuando la puerta de su habitación se abrió. Madeleine, que acababa de dejarla, apareció de nuevo.

La infeliz estaba más pálida que una muerta, en sus ojos había el brillo del delirio, se estremecía como las hojas del tiemblo bajo un viento de tormenta.

Madame Fauvel comprendió que habían descubierto el crimen.

—Sabes lo que sucede, ¿no es cierto, tía? —dijo Madeleine con voz estridente—. Acusan a Prosper de un robo; ha llegado el comisario para llevárselo a la cárcel.

Un gemido fue la única respuesta de *madame* Fauvel.

—Veo en todo ello —prosiguió la muchacha—, la mano de Raoul o del marqués...

—¿Pero cómo explicar...?

—Lo ignoro. Lo único que sé es que Prosper es inocente. Acabo de verle, de hablarle. Si hubiera sido culpable no se hubiese atrevido a mirarme.

Madame Fauvel estuvo a punto de confesarlo todo: no se atrevió.

—¿Pero qué quieren de nosotros esos dos monstruos —decía Madeleine—, qué sacrificios nos exigirán todavía? ¡Deshonrar a Prosper...! Mejor era asesinarle..., me habría matado yo también.

La entrada de *monsieur* Fauvel interrumpió a Madeleine. El furor del banquero era tal que apenas si podía hablar.

—¡Miserable! —balbuceaba—. ¡Atreverse a acusarme...! Insinuar que me he robado a mí mismo... Y ese marqués de Clameran parece sospechar de mi buena fe.

Y sin fijarse en las impresiones de las dos mujeres, contó todo lo que había pasado.

Aquel día el afecto de Madeleine para con su tía fue puesto a ruda prueba.

La generosa muchacha vio arrastrar por el lodo al hombre a quien amaba; creía en su inocencia como en la propia: creía conocer a quienes habían tramado el complot del que él era víctima, y no abrió la boca para defenderle.

Mientras, *madame* Fauvel adivinó las sospechas de su sobrina; comprendió que la enfermedad era un indicio y, aunque moribunda, tuvo el valor de levantarse para el almuerzo.

Fue una triste comida. Nadie probó bocado. Los criados caminaban de puntillas y hablaban en voz baja, como en las casas donde ha ocurrido una gran desgracia.

Hacia las dos, *monsieur* Fauvel estaba encerrado en su despacho cuando un conserje fue a avisarle de que el marqués de Clameran quería hablarle.

—¡Pero cómo se atreve...! —exclamó el banquero.

Pero lo pensó bien y añadió:

—Que suba.

El simple nombre de Clameran había bastado para encender de nuevo la mal apaciguada cólera de *monsieur* Fauvel. Víctima de un robo por la mañana, con la caja

vacía y debiendo efectuar un pago, había podido acallar su resentimiento; ahora, se prometía tomar revancha y se alegraba.

Pero el marqués no quiso subir. Pronto el conserje reapareció anunciando que el importuno visitante quería, por razones imperiosas, hablar con *monsieur* Fauvel en las oficinas.

—¿Qué significa esta nueva exigencia? —exclamó el banquero.

Y muy irritado, sin encontrar razón alguna para contenerse, bajó.

Monsieur de Clameran aguardaba, de pie, en la primera sala, la que precede a la caja, *monsieur* Fauvel se dirigió directamente a él:

—¿Qué más quiere, caballero? —preguntó con brutalidad—. ¿Le han pagado, no es cierto?, tengo su recibo.

Con gran sorpresa de todos los empleados y del propio banquero, el marqués no pareció conmovido ni sorprendido al ser apostrofado así.

—Es usted duro conmigo, señor —respondió en un tono de estudiada deferencia, aunque sin humildad—, pero me lo merezco. Esta es, incluso, la razón de mi venida. Un hombre de bien sufre siempre cuando ha cometido una equivocación; este es mi caso, caballero, y me siento feliz de que mi pasado me permita confesarlo en voz alta sin correr el riesgo de ser acusado de debilidad. Si he insistido en hablarle aquí y no en su despacho ha sido porque, habiéndome mostrado muy inconveniente ante sus empleados, quiero también pedirle ante ellos mis más sinceras excusas.

La conducta de Clameran era tan inesperada, contrastaba tanto con sus habituales altiveces, que apenas si el banquero, en su asombro, pudo encontrar algunas frases banales.

—Sí, en efecto, lo confieso, sus insinuaciones, ciertas dudas...

—Esta mañana —prosiguió el marqués— he tenido unos momentos de excesivo despecho durante los que no he sido dueño de mí mismo. Peino canas, es cierto, pero cuando me encolerizo soy violento y desconsiderado como si tuviera veinte años. Mis palabras, créalo, han traicionado mis íntimos pensamientos, y siento mucho haberlas pronunciado.

Monsieur Fauvel, muy impulsivo también pero dotado de una gran bondad, tenía que apreciar mejor que nadie la conducta de *monsieur* de Clameran y sentirse emocionado. Además, una larga vida de escrupulosa honestidad no podía ser afectada por una frase desconsiderada. Ante unas explicaciones dadas con tanta lealtad, su rencor desapareció.

Tendió la mano a Clameran diciendo:

—Olvidémoslo todo, caballero.

Hablaron amistosamente durante algunos minutos. Clameran explicó por qué había necesitado con tanta urgencia el dinero y, al retirarse, anunció que iba a solicitar de *madame* Fauvel permiso para presentarle sus respetos.

Madame Fauvel se hallaba en el saloncito donde, la víspera, Raoul le había amenazado con matarse. Cada vez más afectada, estaba medio acostada en un canapé

y Madeleine estaba con ella.

Cuando el criado anunció a *monsieur* Louis de Clameran, ambas se levantaron asustadas como si se tratara de una horrenda aparición.

Él, mientras subía la escalera, había tenido tiempo de componer su expresión. Casi alegre al dejar al banquero, se mostraba ahora grave y triste.

Saludó; le indicaron un sillón, pero él se negó a sentarse.

—Perdonen ustedes, señoras —comenzó—, que me atreva a turbar su aflicción, pero tengo que cumplir un deber.

Ambas mujeres callaban, parecían esperar una explicación; entonces, añadió bajando la voz:

—¡Lo sé todo!

Con un gesto, *madame* Fauvel intentó interrumpirle. Comprendía que él iba a revelar el secreto que había ocultado a su sobrina.

Pero Louis no quiso ver el gesto. Sólo parecía ocuparse de Madeleine, que le dijo:

—Explíquese, caballero.

—Hace sólo una hora —respondió— que sé cómo, ayer noche, Raoul, recurriendo a las más infames violencias, obligó a su madre a que le entregara la llave de la caja y robó trescientos cincuenta mil francos.

La cólera y la vergüenza ruborizaron, ante esas palabras, las mejillas de Madeleine.

Se inclinó sobre su tía y, tomándola de las muñecas, la sacudió:

—¿Es eso cierto? —preguntó con voz sorda—, ¿es cierto?

—¡Lamentablemente! —gimió aniquilada *madame* Fauvel.

Madeleine se levantó confundida ante tantas indignas debilidades.

—¡Y has permitido que acusaran a Prosper! —exclamó—, ¡has dejado que le deshonren y le metan en prisión!

—¡Perdón...! —murmuró *madame* Fauvel—, he tenido miedo, quería matarse; además, tú no lo sabes pero... Prosper y él estaban de acuerdo.

—¡Oh! —exclamó Madeleine indignada—, ¡te han dicho eso y has podido creerlo...!

Clameran creyó llegado el momento de intervenir.

—Por desgracia —dijo con aire compungido—, su señora tía no está calumniando a *monsieur* Bertomy.

—¡Pruebas, caballero, pruebas!

—Tenemos la confesión de Raoul.

—¡Raoul es un miserable!

—Demasiado lo sé, pero ¿quién le ha dicho la combinación?, ¿quién ha dejado el dinero en la caja? Indiscutiblemente, *monsieur* Bertomy.

Tales objeciones no parecieron impresionar en absoluto a Madeleine.

—¿Y sabe, ahora —dijo sin preocuparse por ocultar un desprecio que llegaba a la náusea—, sabe usted dónde está el dinero?

No cabía duda alguna sobre el sentido de aquella pregunta. Acompañada por una abrumadora mirada, significaba:

«Usted ha sido el instigador del robo y usted ha recibido el dinero».

Esta sangrienta injuria de una muchacha a la que amaba hasta el punto de que él, un malhechor tan prudente, arriesgaba por ella el producto de sus crímenes, afectó tanto a Clameran que palideció. Pero su papel había sido decidido con excesiva claridad como para desconcertarse.

—Llegará el día, *mademoiselle* —continuó—, en que sentirá usted haberme tratado con tanta crueldad. He comprendido el significado exacto de su pregunta, no se tome el trabajo de negarlo.

—Yo no niego nada, señor.

—¡Madeleine! —murmuró *madame* Fauvel que temblaba viendo encender así las malas pasiones del hombre que tenía su destino entre las manos—; ¡piedad, Madeleine...!

—Sí —dijo con tristeza Clameran—, la señorita es implacable; castiga con crueldad a un hombre de honor cuya única equivocación es haber obedecido la última voluntad de un hermano agonizante. Y, sin embargo, si estoy aquí es porque soy de los que creen en la solidaridad de todos los miembros de una familia.

Sacó lentamente de los bolsillos de su paletó varios fajos de billetes y los depositó sobre la chimenea.

—Raoul —dijo— ha robado 350 000 francos, aquí está la cantidad. Es más de la mitad de mi fortuna. De buena gana daría lo que me queda para estar seguro de que este será el último crimen.

Demasiado inexperienced para adivinar el audaz y sencillo plan de Clameran, Madeleine quedó desconcertada; todas sus previsiones caían por los suelos. *Madame* Fauvel, por el contrario, aceptó aquella restitución como la salvación.

—Gracias, caballero —dijo tomando las manos de Clameran—; gracias, es usted muy bondadoso.

Un brillo de la alegría que sintió, iluminó los ojos de Louis. Pero se alegraba demasiado pronto. Un minuto de reflexión había devuelto a Madeleine su desconfianza. Tanto interés le parecía demasiado hermoso en un hombre al que creía incapaz de sentimientos generosos e imaginó que todo debía ocultar una trampa.

—¿Qué haremos con este dinero? —preguntó.

—Devuélvanlo a *monsieur* Fauvel, señorita.

—¿Nosotras, caballero, cómo? Si lo devolvemos denunciamos a Raoul, es decir que perdemos a mi tía. Tome de nuevo su dinero, señor.

Clameran era demasiado listo como para insistir, obedeció y pareció dispuesto a retirarse.

—Comprendo su negativa —dijo—; yo encontraré un medio. Pero no me retiraré, *mademoiselle*, sin decirle cuánto me ha dolido su injusticia. Tras la promesa que se dignó usted hacerme, esperaba otro recibimiento.

—Cumpliré mi promesa, caballero, pero sólo cuando me haya dado usted garantías, nunca antes.

—¡Garantías...! ¿Cuáles? Hable, por favor.

—¿Quién me asegura que, después de la... boda, Raoul no amenazará de nuevo a su madre? ¿Qué supondrá mi dote para un hombre que, en cuatro meses, ha gastado más de cien mil francos? Estamos haciendo un negocio, le entrego mi mano a cambio del honor y la vida de mi tía pero, antes de concluirlo, le pregunto: ¿dónde están sus garantías?

—¡Oh!, se las daré de tal calibre —exclamó Clameran—, que tendrá usted que reconocer mi buena fe. ¡Ay!, duda usted de mi afecto; ¿qué hacer para probárselo? Intentaré salvar a *monsieur Bertomy*.

—Gracias por su ofrecimiento, caballero —contestó desdeñosamente Madeleine—. Perezca Prosper si es culpable; si es inocente, Dios le protegerá.

Madame Fauvel y su sobrina se levantaron, era una despedida. Clameran se retiró.

—¡Qué carácter! —se decía—, ¡qué orgullo...! ¡Exigirme garantías...! ¡Ay, si no la amara tanto! Pero la amo y quiero ver a mis pies a esta orgullosa... ¡Es tan hermosa...! ¡Peor para Raoul, palabra!

Clameran jamás se había sentido tan irritado.

La energía de Madeleine, que sus cálculos no habían previsto, acababa de hacerle fallar la teatral escena con la que había contado, destruyendo así sus prudentes previsiones. Tenía demasiada experiencia para esperar, de ahora en adelante, intimidar a una joven tan resuelta. Comprendía que, sin adivinar sus designios, sin entender el sentido de sus maniobras, ella se mantenía en guardia y no podría ser sorprendida ni engañada. Además, estaba muy claro que terminaría dominando a *madame Fauvel* con todo el poder de su firmeza, comunicándole su osadía, indicándole las prevenciones a tomar y, finalmente, preservándola de nuevos desfallecimientos.

Además, estaba convencido del odio y el desprecio que Madeleine sentía por él, más aún, por una inconcebible y, sin embargo, frecuente aberración del espíritu y los sentidos, la amaba, la deseaba, la quería.

Sin embargo, un brillo de razón iluminaba todavía su enfermo cerebro y decidió no forzar nada. Intuía que, antes de actuar, debía aguardar la resolución del asunto Prosper.

Además, deseaba ver de nuevo a *madame Fauvel* o a Madeleine que, según creía, no podían tardar en pedirle una entrevista.

A este respecto todavía se forjaba ilusiones.

Juzgando fría y correctamente las últimas actuaciones de ambos cómplices, Madeleine se dijo que, por el momento, no irían más lejos.

Se dispuso pues a asumir la plena y completa responsabilidad de los acontecimientos, bastante segura de su bravura como para hacer frente a Raoul tanto como a Louis de Clameran.

Por ello, tras la demanda de Clameran, ambas mujeres, dispuestas a esperar a sus adversarios, dispuestas a verles venir, no dieron más señales de vida. Ocultando tras una indiferencia bastante bien fingida el secreto de sus angustias, renunciaron a intentar conseguir informaciones.

Sólo por *monsieur* Fauvel fueron sabiendo el resultado de los interrogatorios de Prosper, sus obstinadas negativas, los cargos que se le hacían, las dudas del juez de instrucción y, por fin, su puesta en libertad por falta de pruebas, como especificaba la sentencia de «no ha lugar». Tras la tentativa de restitución de Clameran, *madame* Fauvel no dudaba de la culpabilidad del cajero. No decía de ello ni una palabra; pero en su fuero interno le acusaba de haber seducido, arrastrado, empujado al crimen a Raoul, aquel hijo a quien no podía decidirse a dejar de amar.

Madeleine, por el contrario, estaba convencida de la inocencia de Prosper.

Tan segura que, sabiendo que iba a quedar libre, se atrevió a pedir a su tío, con el pretexto de una buena acción, diez mil francos que hizo llegar al infeliz, víctima de las falsas apariencias y que, por todo lo que había oído decir, debía hallarse sin recursos.

Si en la carta que unía al envío, carta recortada de un devocionario, aconsejaba a Prosper abandonar Francia, lo hizo porque no ignoraba que en Francia la existencia le sería imposible.

Además, por aquel entonces, Madeleine estaba convencida de que un día u otro tendría que casarse con Clameran y prefería saber lejos, muy muy lejos, al hombre que antaño había elegido.

Y, sin embargo, en el momento de aquella generosidad que *madame* Fauvel desaprobaba, ambas mujeres se debatían en medio de inexplicables dificultades.

Los proveedores, cuyo dinero había sido devorado por Raoul y que, durante mucho tiempo, les habían concedido créditos, insistían para que las facturas fueran pagadas. No llegaban a comprender, decían, que una casa como la Fauvel les hiciera esperar por sumas que consideraban insignificantes. A uno le debían dos mil, a otro mil, a un tercero sólo quinientos francos. El carnicero, el tendero, el vendedor de vinos, se presentaban a la vez, y costaba mucho hacerles aceptar cantidades a cuenta. Algunos amenazaban con hablar con el banquero. ¡Ay! *Madame* Fauvel se enfrentaba a un déficit de casi 15 000 francos.

Por otro lado, Madeleine y su tía que, durante todo el invierno, se habían abstenido de salir para evitar gastos de vestuario, se verían obligadas a comparecer en

el baile que preparaban los señores Jandidier, amigos íntimos de *monsieur* Fauvel.

¿Cómo ir a aquel baile que, para colmo de desgracias, era un baile de disfraces, y de dónde sacar el dinero para los trajes...?

En ese estado se hallaban, en su inexperiencia de las vulgares y, sin embargo, atroces dificultades de la vida, aquellas mujeres que ignoraban lo que fueran las estrecheces, que siempre habían tenido las manos llenas de oro.

Hacía un año que no habían pagado a la modista; le debían ya una modesta suma. ¿Aceptaría concederles, de nuevo, crédito?

Una nueva camarera, llamada Palmyre Chocareille, que entró al servicio de Madeleine, les sacó del problema.

Aquella muchacha, que parecía tener gran experiencia de las pequeñas dificultades, que son las únicas serias, tal vez adivinó las preocupaciones de sus dueñas.

Lo cierto es que, sin que le dijeran nada, les indicó una modista muy habilidosa que estaba comenzando, que tenía fondos y que se sentiría muy satisfecha proporcionando lo que hiciera falta y concediendo una demora para el pago, con la convicción de que la clientela de las señoras Fauvel la daría a conocer y le proporcionaría nuevos clientes.

Pero aquello no era todo. Ni *madame* Fauvel ni su sobrina podían ir al baile sin joya alguna.

Ahora bien, todos sus aderezos, sin excepción, habían sido ignorados en el Monte de Piedad por Raoul, que había conservado los recibos.

Fue entonces cuando a Madeleine se le ocurrió ir a pedir a Raoul que empleara una parte, al menos, del dinero robado para recuperar las joyas arrancadas a la debilidad de su madre. Le confió el proyecto a su tía diciéndole:

—Fija una cita a Raoul, no se atreverá a negarse y yo iré...

Y, en efecto, dos días después, la valerosa muchacha tomó un *fiacre* y, pese al mal tiempo, se dirigió al Vesinet.

No sospechaba entonces que *monsieur* Verduret y Prosper la seguían y que, subidos a una escalera, eran testigos de la entrevista.

La osada tentativa de Madeleine fue, por otra parte, inútil. Raoul declaró que había compartido con Prosper el producto del robo; que se había gastado su parte y que no le quedaba dinero.

Ni siquiera quería devolver los recibos y fue necesario que Madeleine insistiera con energía para conseguir que le diera cuatro o cinco correspondientes a objetos indispensables y de mínimo valor.

Clameran había ordenado, impuesto, aquella negativa. Esperaba que, en un momento de suprema angustia, recurrirían a él.

Raoul había obedecido, pero sólo tras un violento altercado del que había sido testigo Joseph Dubois, el nuevo criado de Clameran.

Y es que entonces ambos cómplices se sentían ya muy mal juntos. Clameran

buscaba un medio, si no honesto al menos poco peligroso, para deshacerse de Raoul, y el joven bandido parecía presentir las amistosas intenciones de su compañero.

Sólo la certidumbre de un gran peligro podía reconciliarles, y tal certidumbre la obtuvieron en el baile de los señores Jandidier.

No podían adivinar quién era el misterioso payaso que, tras sus transparentes alusiones a las desgracias de *madame* Fauvel, había dicho a Louis en un tono tan singular:

—Soy el amigo de su hermano Gastón.

Pero reconocieron tan bien a un implacable enemigo que, al salir del baile intentaron apuñalarle.

Tras haberle seguido, tras haber perdido su pista, se aterrorizaron.

—Tengamos cuidado —había murmurado Clameran—; demasiado pronto sabremos quién es ese hombre.

Raoul, entonces, intentó decidirle a renunciar a Madeleine.

—No —gritó—, será mía o moriré...

Pensaban que, advertidos, sería difícil sorprenderles. Ignoraban qué hombre corría tras sus huellas.

Estos son los hechos que, con una casi increíble ciencia de investigación, había reunido y coordinado aquel hombre grueso, de rostro risueño, que había tomado a Prosper bajo su protección: *monsieur Verduret*.

Llegado a París a las nueve de la noche, no con el ferrocarril de Lyon, como había anunciado, sino en el ferrocarril de Orleans, *monsieur Verduret* se había dirigido en seguida al hotel del *Grand-Archange*, donde había encontrado al cajero muerto de impaciencia.

—¡Ah!, escuchará usted una hermosa historia —le había dicho—, y se dará cuenta de hasta dónde hay que llegar, a veces, en el pasado para hallar las causas iniciales de un crimen. Todo cuadra y encaja. Si Gastón de Clameran no hubiera ido, hace veinte años, a tomar una copa en el café de Jarneque, en Tarascón, no habrían robado su caja hace tres semanas. Valentine de la Verberie ha pagado en 1866 las puñaladas que se dieron, por su amor, hacia 1840. Nada se pierde ni se olvida. Además, escuche.

Y, de inmediato, comenzó a contar, ayudándose con sus notas y un voluminoso manuscrito que había redactado.

En una semana *monsieur Verduret* había descansado, como máximo, veinticuatro horas, pero no lo demostraba. Sus músculos de acero desafiaban la fatiga y los resortes de su espíritu estaban demasiado bien templados como para ceder jamás.

Otro, en su lugar, estaría aniquilado. Él se mantenía de pie y contaba con sus impulsivas palabras, representando, por así decirlo, el drama cuyas peripecias encadenaba, enterneciéndose o apasionándose, «entrando, para hablar como en el teatro, en la piel de cada uno de los personajes que ponía en escena».

Prosper, por su parte, escuchaba, deslumbrado por aquella sorprendente lucidez, por aquella maravillosa facultad de exposición.

Ciertamente, aquellas explicaciones eran ingeniosas, seductoras como probabilidad, estrictamente lógicas; pero ¿sobre qué reposaban? ¿No serían el sueño de un hombre imaginativo?

Monsieur Verduret tardó mucho tiempo en decirlo todo; eran casi las cuatro de la mañana cuando, tras haber terminado, exclamó con acento triunfal:

—Y ahora están sobre aviso; son listos, pero me importa un bledo, los tengo cogidos, son nuestros. Antes de ocho días, amigo Prosper, estará usted rehabilitado: se lo he prometido a su padre.

—¿Es posible? —murmuró el cajero que veía trastornadas todas sus ideas—. ¿Es posible?

—¿Qué?

—Lo que acaba de decirme.

Monsieur Verduret saltó como un hombre poco acostumbrado a que sus auditores dudaran de la seguridad de sus informaciones.

—¡Que si es posible! —exclamó—. ¡Es la verdad desnuda, la verdad tomada de los hechos y expuesta de forma palpitante!

Las miradas de Prosper interrogaban y suplicaban. Quería conocer las investigaciones de su protector pues todavía dudaba, no se atrevía a creer en la felicidad que le anunciaban: una esplendorosa rehabilitación.

—Veamos —dijo *monsieur* Verduret—, apuesto a que daría cualquier cosa para saber cómo he llegado a la verdad.

—Sí, lo confieso; es tan prodigioso para mí...

Monsieur Verduret gozaba deliciosamente con la estupefacción de Prosper. Ciertamente no era para él ni un buen juez ni un aficionado distinguido; no importaba, una admiración sincera, venga de donde venga, es siempre halagadora.

—Sea —respondió—, voy a demostrarle mi sistema. No hay ni sombra de prodigio. Hemos trabajado juntos en la solución del problema, y ya sabe pues por qué medios llegué a sospechar que Clameran tenía algo que ver en el asunto. Desde aquel momento, con mi certeza, la cosa era fácil. ¿Qué hice? Coloqué mi gente junto a las personas que me interesaba vigilar, Joseph Dubois en casa de Clameran, Nina Gypsy junto a las señoras Fauvel.

—En efecto, y me pregunto todavía cómo Nina consintió en encargarse de esa tarea.

—Esto —respondió *monsieur* Verduret— es mi secreto. Continúo. Teniendo buenos ojos y finos oídos donde hacían falta, seguro de conocer el presente, tuve que informarme del pasado y me fui a Beaucaire. A la mañana siguiente, estaba en Clameran y, de buenas a primeras, puse la mano encima de la vieja Lisa. Le probé que venía de parte de uno cualquiera de los Clameran y se apresuró a contarme todo lo que sabía.

—Pero, esas conversaciones —dijo Prosper—, esas conversaciones tan precisas...

—Cree usted que me las he sacado de la manga, ¿no es cierto? Error. Mientras yo trabajaba allí, mis auxiliares, aquí, no estaban mano sobre mano. Desconfiando el uno del otro, Clameran y Raoul fueron bastante listos como para guardar las cartas que se escribían. Joseph Dubois encontró esas cartas, copió la mayor parte de ellas, hizo fotografiar las más decisivas y me lo mandó todo. Por su parte, Nina se pasaba la vida escuchando detrás de las puertas y me enviaba el fiel resumen de lo que oía. Por fin, tuve en casa de los Fauvel un postrer medio de investigación que le revelaré más tarde.

Era claro, preciso, indiscutible.

—Comprendo —murmuró Prosper—, comprendo.

—Y usted, mi joven amigo —interrogó *monsieur* Verduret—, ¿qué ha hecho?

Ante esta pregunta, Prosper se turbó ruborizándose. Pero comprendió que callar su imprudencia sería una locura y una mala acción.

—¡Lamentablemente —respondió—, he sido un loco! Leí en un periódico que

Clameran iba a casarse con Madeleine.

—¿Y qué? —insistió *monsieur* Verduret inquieto.

—He escrito a *monsieur* Fauvel una carta anónima en la que le doy a entender que su mujer le traiciona a causa de Raoul...

De un formidable puñetazo, *monsieur* Verduret rompió la mesa junto a la que estaba sentado.

—¡Desgraciado...! —gritó—, ¡tal vez lo haya echado todo a perder!

En un abrir y cerrar de ojos, la fisonomía del hombre grueso cambió. Su rostro jovial tomó una expresión amenazadora.

Se había levantado y recorría rabiosamente la mejor sala del hotel del *Grand-Archange*. sin preocuparse por los inquilinos del piso inferior.

—Pero es usted un niño —dijo al consternado Prosper—, un insensato, peor aún... ¡un imbécil...!

—Caballero...

—¡Qué pasa!, hay un buen hombre que, cuando se está ahogando, se arroja al agua y, cuando está a punto de salvarle, usted se agarra a sus piernas para impedirle nadar... ¿Qué le había dicho?

—Que permaneciera tranquilo, que no saliera.

—¿Y pues...?

La certeza de sus errores hacía a Prosper más tímido que un escolar a quien el profesor exige cuentas de sus horas de estudio y que se excusa.

—Era de noche, señor —respondió—, sufría y me paseé por los muelles, creí poder entrar en un café, me dieron un periódico, leí la espantosa noticia...

—¿No habíamos decidido que tendría usted confianza en mí?

—Usted estaba ausente, señor, y el anuncio de la boda me ha trastornado; estaba usted lejos y los acontecimientos podían sorprendernos...

—¡Sólo para los imbéciles hay imprevistos! —declaró perentoriamente *monsieur* Verduret—. ¡Escribir una carta anónima! ¿Pero sabe a qué se expone? Tal vez sea usted la causa de que falte a una sagrada palabra dada a una de las escasas personas que estimo aquí. Me tomarán por un villano, por un cobarde, a mí que...

Se interrumpió como si temiera hablar demasiado, y sólo tras algún tiempo, relativamente tranquilo, continuó:

—Sería idiota darle vueltas a lo que ya está hecho. Intentemos enmendar el mal paso. ¿Dónde y cuándo echó la carta al correo?

—Ayer por la noche, en la calle del Cardinal-Lemoine. ¡Ah!, no estaba todavía en el buzón y ya sentía remordimientos.

—Mejor hubiera sido sentirlos antes. ¿Qué hora era?

—Casi las diez.

—Es decir que *monsieur* Fauvel habrá recibido su regalo esta mañana, con su correspondencia; por lo tanto, cuando haya abierto el sobre y lo haya leído estaría probablemente solo en su despacho.

—No es sólo probable, es seguro.

—¿Recuerda usted los términos en que escribió la carta? No se ponga nervioso, lo que le pregunto es importante; recuerde...

—¡Oh!, no necesito esforzarme mucho. Tengo la carta presente en la memoria como si acabara de escribirla.

Era cierto y, casi textualmente, recitó la carta a *monsieur* Fauvel.

Con la más concentrada atención le escuchó *monsieur* Verduret, y las arrugas de su frente revelaban el trabajo de su pensamiento.

—He aquí —murmuró— una dura carta anónima para quien no la entienda perfectamente. Sugiere sin precisar nada, es vaga, burlona, pérfida... Repítamela.

Prosper obedeció y su segunda versión no varió en absoluto.

Por fin *monsieur* Verduret fue a plantarse erguido, con los brazos cruzados, delante de Prosper.

—El efecto de su carta —dijo— ha debido ser terrible; sigamos. Su patrón es impulsivo, ¿no es cierto?

—Es la violencia misma.

—En ese caso el mal tal vez no sea irreparable.

—¡Cómo!, supone usted...

—Pienso que un hombre de natural violento se teme a sí mismo y jamás sigue el primer impulso. Ahí reside nuestra posibilidad de salvación. Si, cuando ha recibido su bomba, *monsieur* Fauvel no ha sabido contenerse, si se ha precipitado a la habitación de su mujer gritando: «¿Dónde están los diamantes?», se acabó; podemos despedirnos de nuestros proyectos. Conozco a *madame* Fauvel, lo confesaré todo.

—¿Y tan malo sería eso?

—Sí, mi joven amigo, porque a la primera palabra en voz alta entre *madame* Fauvel y su marido, nuestros pájaros levantarían el vuelo.

Prosper no había previsto esta eventualidad.

—Luego —continuó *monsieur* Verduret—, eso supondría causar a alguien un inmenso dolor.

—¿A alguien que yo conozco?

—Sí, compañero, y mucho. En fin, me sabría muy mal que esos dos bribones se largaran antes de que logremos saberlo todo acerca de ellos.

—Sin embargo, me parece que ya sabe usted a qué atenerse.

Monsieur Verduret se encogió de hombros.

—¿No ha advertido usted las lagunas de mi relato?

—En modo alguno.

—No ha debido escucharme bien. En primer lugar, ¿envenenó o no envenenó Louis de Clameran a su hermano?

—Sí, según lo que usted me ha dicho, estoy seguro de ello.

—En segundo lugar, ignoro los antecedentes de Raoul.

—¿Es necesario conocerlos?

—Indispensable, compañero. Pero no tardaremos en saberlos. He mandado a Londres a uno de mis hombres... Perdón, a uno de mis amigos que es muy hábil, *monsieur* Palot, y me ha escrito que tiene ya una pista. Ciertamente, no me molestaría conocer la epopeya del joven bribón, escéptico y sentimental, que, sin Clameran, tal vez fuera un muchacho bueno y honesto...

Prosper ya no escuchaba.

La seguridad de *monsieur* Verduret le daba confianza; veía ya a los auténticos culpables en manos de la justicia y se deleitaba, por adelantado, con ese drama de tribunal donde su inocencia brillaría y donde se le rehabilitaría con esplendor tras haber sido ruidosamente deshonrado.

Aún más: recuperaría a Madeleine, pues ahora se explicaba su conducta, sus reticencias en casa de la modista; comprendía ahora que no había dejado de amarle un solo instante.

Esa certidumbre de futura felicidad tenía que devolverle, y le devolvía, su sangre fría, perdida desde el instante en que, en casa de su patrón, había descubierto que acababan de robar la caja.

Y, por primera vez, se extrañó ante lo singular de su situación.

Prosper que, simplemente, se había asombrado de la protección de *monsieur* Verduret, ante la amplitud de sus medios de investigación, comenzó a preguntarse qué secretas razones le hacían actuar así.

En definitiva, ¿cuáles eran los móviles de la abnegación de aquel hombre y qué precio esperaba obtener por sus servicios?

Tal fue la intensidad de la inquietud del cajero que, de pronto, exclamó:

—No tiene usted derecho, caballero, a ocultarme su identidad. Cuando a un hombre se le ha devuelto el honor y la vida, cuando se le ha salvado, se le comunica a quién debe bendecir y dar las gracias.

Bruscamente arrancado de sus meditaciones, el hombre grueso se sobresaltó.

—¡Oh...! —dijo sonriendo—, todavía no ha salido usted del problema, ni se ha casado aún, ¿no es cierto?; tenga paciencia y fe por algunos días...

Dieron las seis.

—¡Bueno! —exclamó *monsieur* Verduret—, ya son las seis y yo había llegado con la esperanza de dormir toda la noche de un tirón. No es ya el momento.

Salió de la habitación y se asomó por el hueco de la escalera.

—¡*Madame* Alexandre! —gritó—; ¡eh, *madame* Alexandre!

La patrona del *Grand-Archange*, la voluminosa esposa de *monsieur* Fanferlot, llamado el Ardilla, no se había acostado. El detalle impresionó a Prosper.

Apareció humilde, sonriente, apresurada.

—¿En qué puedo servirles, señores? —preguntó.

—Necesito —respondió *monsieur* Verduret— lo antes posible a su... Joseph Dubois y también a Palmyre. Haga que les avisen.

Despiérteme cuando lleguen pues voy a descansar un rato.

Madame Alexandre no había llegado al pie de la escalera cuando el hombre grueso se había arrojado ya sin miramientos en la cama de Prosper.

—Me permite usted, ¿no es cierto? —dijo.

Cinco minutos más tarde, dormía, y Prosper, arrellanado en un sillón se preguntaba, más intrigado que nunca, quién era su salvador.

No eran mucho más de las nueve cuando un dedo tímido dio tres golpecitos en la puerta de la habitación.

El ligero ruido bastó para despertar a *monsieur* Verduret que saltó de la cama preguntando:

—¿Quién es?

Pero ya Prosper, que no se había podido adormecer en el sillón, había ido a abrir.

Entró Joseph Dubois, el criado del marqués de Clameran.

El auxiliar de *monsieur* Verduret jadeaba como un hombre que ha corrido y sus ojillos gatunos se movían con mayor inquietud que de ordinario.

—¡Por fin está aquí, patrón! —exclamó—; por fin podrá aconsejarme de nuevo. Cuando usted estaba ausente ya no sabía a qué santo encomendarme; era como una marioneta a la que hubieran cortado los hilos.

—¡Pero cómo, tú, tú te dejas desconcertar así!

—¡Maldición!, piense que no sabía dónde encontrarle. Ayer por la tarde le envié tres despachos a las direcciones que me había dado: a Lyon, a Beaucaire y a Oloron, y no obtuve respuesta. Creí volverme loco cuando han venido a buscarme de su parte.

—¿Es decir que las cosas empiezan a ponerse al rojo vivo?

—Digamos que están quemando, patrón, y no puedo seguir en mi sitio, ¡palabra de honor!

Mientras hablaba, *monsieur* Verduret había arreglado su traje, algo arrugado durante su sueño.

Cuando hubo terminado, se dejó caer en un sillón mientras Joseph Dubois permanecía respetuosamente de pie, con la gorra en la mano, en la actitud de un soldado que está dando novedades.

—Explícate, muchacho —comenzó *monsieur* Verduret—, y de prisa, por favor; no hagas frases.

—Ahí va, jefe. No sé cuáles son sus intenciones, no sé cuáles son sus medios de acción, pero hay que terminar, usted tiene que dar, rápida, muy rápidamente, el golpe definitivo.

—¿Esta es su opinión, maese Joseph?

—Sí, patrón, porque si espera, si duda, si da rodeos, puede despedirse de la compañía. No encontrará más que una jaula vacía, los pájaros habrán volado. ¿Sonríe...? Sí, ya sé que es usted inteligente, pero también ellos son listos.

—Pero ¿acaso no les has recomendado a los amigos de la Prefectura?

—Sí, pero son gente capaz de escurrirse de entre los dedos, como las anguilas. Saben que hay gente siguiéndoles los pasos.

—¡Diablos! —exclamó *monsieur* Verduret—, habremos cometido alguna torpeza.

Aquella conversación era demasiado clara como para no proporcionar a Prosper motivos de reflexión; de modo que escuchaba con toda su atención advirtiendo la

tranquila superioridad de *monsieur* Verduret y la sincera deferencia, se notaba, del criado.

—No hemos cometido torpezas —respondió Joseph—, la desconfianza de esos tipos, usted lo sabe, patrón, viene de lejos. Comenzaron a sospechar algo la noche en que se disfrazó de payaso, y la prueba está en la puñalada que le soltaron. Desde entonces han dormido con un ojo abierto. Sin embargo, creo, comenzaban ya a tranquilizarse cuando ayer, ¡palabra!, descubrieron definitivamente el pastel.

—¿Y por eso me enviabas los mensajes?

—Naturalmente. Escuche: Ayer por la mañana, cuando saltó de la cama, es decir sobre las diez, a mi honorable patrón se le ocurrió poner orden en los papeles que guarda en un mueble del salón, uno de sus muebles que, sea dicho entre paréntesis, tiene una cerradura que me dio mucho trabajo. Yo, entretanto, simulaba ocuparme del fuego y le observaba. Patrón, ese hombre tiene un ojo de águila. A la primera ojeada se dio cuenta o, mejor dicho, adivinó que habían tocado sus malditos papeles. Se puso blanco como la cera y soltó una blasfemia, ¡pero qué blasfemia...!

—Sigue, sigue.

—De acuerdo. ¿Cómo se dio cuenta de mis investigaciones? Es un misterio. Ya sabe qué cuidadoso soy. Lo había puesto de nuevo todo en orden con mucha atención... Entonces, para convencerse de que no se engaña, mi marqués comienza a examinar una a una todas las cartas, les da mil vueltas, las huele... yo sentía deseos de ofrecerle un microscopio. Pero el muy bribón no lo necesitaba. De pronto, paf, se levanta con los ojos llameantes, envía de una patada su silla al otro extremo del salón y se arroja sobre mí aullando: «Alguien ha entrado aquí, han registrado mis papeles, han fotografiado esta carta...». ¡Brrr!, no soy más cobarde que otro, pero me quedé sin sangre; ya me veía muerto, despedazado, masacrado. Incluso me dije: «Fanfer... perdón, Dubois, hijo mío, estás frito», y pensé en *madame* Alexandre.

Monsieur Verduret se había puesto serio. Reflexionaba mientras el buen Joseph analizaba y exponía sus sensaciones personales.

—Continúa —dijo al fin.

—Sólo fue el miedo, patrón; el malvado no se atrevió a tocarme. Cierto es que, prudentemente, me había puesto fuera de su alcance y que charlábamos teniendo entre ambos la amplia mesa del salón. Mientras me preguntaba cómo había podido descubrir el asunto, me defendía como un gato panza arriba. Decía: «No es cierto, el señor marqués se engaña; ¡no es posible!». Pero no me escuchaba; blandía una carta repitiéndome: «Han fotografiado esta carta, tengo la prueba». Y el buen hombre no se equivocaba. Me señalaba, al mismo tiempo, una pequeña mancha amarilla en el papel: «¡Huele!», gritaba, «¡huele!, es..., es...». Me dijo el nombre pero lo he olvidado; al parecer se trata de una droga que utilizan los fotógrafos...

—Sí, lo sé —interrumpió *monsieur* Verduret—. ¿Y luego?

—Luego, patrón, tuvimos una escena; ¡y qué escena...! Terminó cogiéndome por las solapas y sacudiéndome como a un ciruelo para que le dijera quién soy, a quién

conozco, de dónde vengo... ¡qué sé yo! Tuve que explicarle con pelos y señales el empleo de mi tiempo desde que estoy en su casa. Ese bandido ha nacido para juez de instrucción. Luego llamó al conserje que se encarga del apartamento y le interrogó, pero en inglés de modo que, entiéndalo, no comprendí nada... Sin embargo, al final, se tranquilizó y cuando se hubo marchado el conserje, me dio una moneda de veinte francos diciéndome: «Toma, siento haberte tratado mal, eres demasiado estúpido para hacer el trabajo que yo sospechaba».

—¿Eso te ha dicho?

—Con esas mismas palabras me lo ha dicho a la cara, sí, patrón.

—¿Y crees que lo pensaba?

—Efectivamente.

El hombre grueso lanzó un pequeño silbido que revelaba muy a las claras que su opinión no era la misma.

—Si lo crees así —dijo—, Clameran tenía razón, no eres inteligente.

Se veía muy claro que el excelente Joseph Dubois ardía en deseos de exponer su opinión, pero no se atrevió.

—De hecho —respondió desconcertado—, es muy posible. Lo cierto es que, arreglado el asunto, el señor marqués se vistió para salir. Pero no quiso su coche y tomó uno que había ante el hotel. Entonces, francamente, creí que tardaría mucho tiempo en verle y que tomaría las de Villadiego. Error. Regresó hacia las cinco, alegre como un pinzón. Por mi parte, durante su ausencia, corrí al telégrafo...

—¿Cómo no le seguiste?

—Perdone, patrón, uno de nuestros... amigos le esperaba; me había asegurado de tilo. Por ese amigo sé ahora lo que nuestro hombre hizo. Primero fue a un agente de cambio y bolsa, luego al mostrador de Cartera y, por fin, al banco. ¡Se ve que es un capitalista! Me parece que está preparando un viajecito.

—¿Eso es todo?

—De ese lado sí, patrón. Del otro es necesario que sepa usted que nuestros bribones intentaron empapelar administrativamente, ya me entiende usted, a *mademoiselle* Palmyre. Por fortuna, usted lo había previsto y yo había avisado a nuestros «amigos». Sin usted, la hubieran «enjaulado» de inmediato.

Se detuvo mirando hacia el techo, intentando recordar si le quedaba algo por decir. Luego:

—¡Eso es todo! —exclamó—. Imagino que *monsieur* Patrigent se frotará las manos cuando le haga una visita. No espera todos esos detalles para añadir a su expediente 113.

Se hizo un largo silencio. Como el bueno de Joseph había imaginado, el instante decisivo había llegado y *monsieur* Verduret trazaba su plan de batalla esperando el informe de Nina, que había vuelto a ser Palmyre, para decidir su punto de ataque.

Pero Joseph Dubois estaba impaciente e inquieto.

—¿Qué debo hacer ahora, patrón? —preguntó.

—Tú, muchacho, regresa al hotel; probablemente tu dueño habrá advertido tu ausencia, pero no dirá nada; de modo que continúa...

Una exclamación de Prosper, que estaba de pie junto a la ventana, interrumpió a *monsieur Verduret*.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¡Clameran...! —respondió Prosper—, allí.

De un salto *monsieur* Verduret y Joseph se acercaron a la ventana.

—¿Dónde está? —preguntaron.

—Allí, en la esquina del puente, detrás del puesto de la vendedora de naranjas.

Prosper no se engañaba.

Era efectivamente el noble marqués Louis de Clameran que, emboscado tras el puesto callejero, espiaba las idas y venidas en el hotel del *Grand-Archange*, y aguardaba a su criado.

Pasó algún tiempo antes de que se convencieran, pues el marqués se escondía con habilidad, como un aventurero acostumbrado a tan azarosas expediciones.

Pero llegó un momento en que, empujado por la multitud, se vio obligado a bajar de la acera. Entonces quedó al descubierto.

—¿Tenía razón o no? —gritó el cajero—; no hay duda alguna.

—¡Cierto! —murmuró Joseph convencido—, es increíble.

Pero *monsieur* Verduret, por su parte, no parecía sorprendido en modo alguno.

—Bueno —dijo—, el perseguido se convierte en perseguidor. ¡Muy bien!, Joseph, hijo mío, ¿te empeñas todavía en afirmar que tu honorable patrón se tragó tu papel de Crispín?

—Usted me ha asegurado lo contrario, patrón —respondió el buen Dubois en el más humilde de los tonos—, y si usted afirma una cosa, las pruebas son inútiles.

—Además —continuó el hombre grueso—, su maniobra, por temeraria que parezca, es la indicada. Sabe que le seguimos y, naturalmente, intenta conocer a sus adversarios. ¿Comprenden cómo debe sufrir por su incertidumbre? Tal vez piensa que quienes le acosan son, simplemente, antiguos cómplices hambrientos que desean una parte del pastel.

Se quedará allí hasta que Joseph salga y, entonces, vendrá a informarse.

—Pero yo puedo salir sin que me vea, patrón.

—Sí, ya lo sé, saltarías el murete que separa el hotel del *Grand-Archange* del patio del tabernero; de allí, pasarías al sótano del papelerero y te largarías por la calle de la Huchette.

El buen Joseph puso la divertida expresión del hombre que, de repente, sin saber de dónde le venía, recibiera un cubo de agua helada en la cabeza.

—Eso es, patrón —tartamudeó—. Me dijeron «allí» que usted conocía a la perfección todas las casas de París y sus recovecos. ¿Es cierto?

El grueso amigo de Prosper no se dignó a responder. Se preguntaba qué beneficio inmediato podía obtener de la actitud de Clameran.

El cajero, por su parte, escuchaba boquiabierto, observando alternativamente a aquellos desconocidos que, sin interés aparente, con tanta pasión como él mismo, se esforzaban por ganar la difícil partida cuya apuesta era su felicidad y su vida.

—Hay otro medio —propuso Joseph tras haber pensado.

—¿Cuál?

—Puedo salir tranquilamente, con las manos en el bolsillo y regresar paseando al hotel del Louvre.

—¿Y luego?

—¡Hombre...! Clameran vendrá a interrogar a *madame* Alexandre y, si usted le enseña la lección —ya sabe lo taimada que es—, engañará al mozo de tal modo que no sabrá qué pensar.

—¡Malo...! —dijo perentoriamente *monsieur* Verduret—; no se engaña a un tipo tan comprometido y, sobre todo, no se le tranquiliza.

El hombre grueso había tomado su decisión, pues, con ese tono seco que no admite réplica, continuó:

—Tengo algo mejor. ¿Ha visto Clameran a Lagors desde que sabe que se han registrado sus papeles?

—No, patrón.

—Puede haberle escrito.

—Apostaría mi cabeza a que no. Según las instrucciones que usted me dio, puesto que tenía que vigilar sobre todo su correspondencia, organicé un sistema que me pone en guardia en cuanto toca una pluma; y, desde hace veinticuatro horas, las plumas no se han movido.

—Clameran se ausentó ayer una parte de la tarde.

—Pero no escribió, el hombre que le seguía lo asegura.

—Entonces —exclamó el hombre grueso—, ¡adelante! Baja de inmediato; te doy un cuarto de hora para cambiar de aspecto, toma el aspecto de «nuestros amigos», ya sabes; yo, desde aquí, no perderé de vista al bribón.

Sin dudar, sin decir una palabra, el buen Joseph desapareció ligero como un silfo y *monsieur* Verduret y Prosper permanecieron junto a la ventana, observando a Clameran que, siguiendo el flujo y reflujo de la muchedumbre, aparecía o desaparecía, pero parecía decidido a no abandonar el lugar sin haber obtenido alguna información.

—¿Por qué dedicarse exclusivamente al marqués? —preguntó Prosper.

—Porque, amigo mío —respondió *monsieur* Verduret—, porque...

Buscaba una buena razón, un pretexto; y al no encontrarlo, enojándose, añadió con brutalidad:

—Eso es cosa mía.

Había concedido un cuarto de hora a Joseph Dubois para metamorfosearse; no habían transcurrido todavía diez minutos cuando estaba ya listo.

Del hermoso criado de rojo chaleco, patillas a la Bergami y aspecto a un tiempo rebelde y efectivo, no quedaba ya nada.

El hombre que había aparecido era de aquellos cuya sola presencia asusta y pone en fuga, como gorrión, a los más ingenuos bribones.

Su corbata negra, colocada alrededor de un cuello postizo no muy limpio y

adornada con un alfiler; una levita negra abotonada hasta el cuello y un sombrero grasiento; unas botas tan lustradas que una coqueta hubiera podido utilizarlas como espejo; un grueso bastón, por fin, traicionaban al empleado subalterno de la calle de Jerusalem con tanta claridad como el pantalón caqui revela al soldado.

Joseph Dubois se había desvanecido y, de su librea, escapaba triunfador y radiante, el astuto Fanferlot llamado el Ardilla.

Cuando entró, Prosper no pudo contener una exclamación de sorpresa, casi de espanto.

Acababa de reconocer al hombrecillo que, el día en que se había cometido el robo, ayudaba en sus investigaciones al comisario de policía.

Monsieur Verduret, por su parte, examinaba a su ayudante con aire de evidente satisfacción.

—No está mal —aprobó—, no está mal. Toda tu persona exhala un perfume policíaco que haría estremecer a un hombre honrado. Me has comprendido, eso es lo que yo quería.

El cumplido pareció encantar a Dubois-Fanferlot.

—Ahora que ya estoy listo, patrón —preguntó—, ¿qué debo hacer?

—Nada difícil para un hombre diestro. Sin embargo, fíjate bien, el éxito de mi plan depende de la precisión de las maniobras. Antes de ocuparme de Lagors quiero terminar con Clameran; ahora bien, puesto que los bribones están separados, hay que impedirles que se reúnan.

—Comprendido —dijo Fanferlot guiñando un ojo—: voy a efectuar una operación de diversión.

—Tú lo has dicho. Así pues, saldrás por la rué de la Huchette y te dirigirás al Pont Saint-Michel. Allí, bajarás hasta la orilla y te colocarás en una de las escaleras del muelle, torpemente, de modo que Clameran pueda verte desde donde está y comprenda que, mientras espía, él mismo es espiado. Si no te ve, eres lo bastante inteligente como para atraer su atención.

—¡Pardiez!, echaré una piedra al agua.

Encantado con su idea, Dubois-Fanferlot se frotaba las manos.

—De acuerdo con lo de la piedra —prosiguió *monsieur Verduret*—. En cuanto Clameran te haya visto, comenzará a inquietarse y se largará. Tú le sigues torpemente en apariencia, pero sin dejarle. Viendo que tiene que habérselas con la policía, tendrá miedo y hará todo lo posible para despistarte. Tendrás que estar muy alerta; el tipo no es tonto.

—¡Bueno!, tampoco yo nací ayer.

—¡Mejor así!, se lo pruebas. Lo cierto es que, sabiéndote tras sus talones, no se atreverá a regresar al hotel del Louvre, temiendo que haya curiosos. Esto es para mí lo más importante.

—Pero ¿y si, pese a todo, regresa? —preguntó Fanferlot.

El hombre grueso pareció evaluar la objeción.

—No es probable —respondió—. Si no obstante, tuviera esa audacia, déjale hacer, le esperas y, cuando salga, continúas siguiéndole. Pero no regresará. Antes se le antojará tomar un ferrocarril cualquiera. En ese caso, no le dejes ni que se largue a Siberia. ¿Tienes dinero?

—Le pediré a *madame* Alexandre.

—¡De acuerdo!, no examinaré con demasiada atención la nota de gastos. ¡Ah...!, todavía un par de cosas. Si el bribón toma el ferrocarril, envíame una nota. Además, si tienes que seguirle hasta la noche, desconfía, cuando sea oscuro, de los lugares aislados. Ese bandido es capaz de todo.

—¿Puedo pegarle un tiro?

—¡Alto ahí!, nada de niñerías. Sin embargo, si te atacara... Vamos, muchacho, en marcha.

Dubois–Fanferlot salió y *monsieur* Verduret y Prosper se colocaron en su puesto de observación.

—¿Por qué tantos miramientos? —murmuró el cajero—. Yo no tenía en mí contra todos los cargos que abruman a Clameran y, sin embargo, no tuvieron tanto cuidado.

—Pero bueno —respondió el hombre grueso—, ¿todavía no ha comprendido usted que intento separar la causa de Raoul de la de Clameran...? ¡Pero cálese... Mire...!

El marqués había dejado su puesto de observación para aproximarse al parapeto del puente y se paseaba como si intentara distinguir bien algo insólito.

—¡Ah! —murmuró *monsieur* Verduret—, acaba de descubrir a nuestro amigo.

En efecto, la inquietud de Clameran era manifiesta; dio algunos pasos como si quisiera cruzar el puente; luego, de pronto, pensándolo bien, dio media vuelta y se lanzó en dirección a la rué Saint-Jacques.

—¡Ha picado! —gritó alegremente *monsieur* Verduret.

Pero, en el mismo instante, el ruido de la puerta le hizo dar la vuelta.

También Prosper se giró.

Madame Nina Gypsy, es decir Palmyre Chocareille, se hallaba de pie en medio de la habitación.

¡Pobre Nina! Cada uno de los días transcurridos desde que había entrado al servicio de Madeleine había pesado como un año sobre su encantadora cabeza.

Las lágrimas habían apagado la llama amorosa de sus grandes ojos negros; sus frescas mejillas habían palidecido y se habían hundido, la sonrisa se había congelado en sus labios antaño provocativos y más rojos que la granada entreabierta.

¡Pobre Gypsy! Ella antaño tan viva, tan alegre, tan revoltosa, se hallaba ahora abrumada por el peso de tristezas demasiado agobiantes. Tras haberse permitido todas las insolencias de la felicidad, era ahora humilde como la miseria.

Apenas si demostró reconocer a Prosper. Le saludó tímidamente, así como a un extraño. Toda su atención se concentraba en *monsieur* Verduret. Las miradas que le dirigía tenían esa timidez temerosa y amante del pobre animal que, a menudo, es maltratado por el dueño.

Sin embargo, él se mostraba atento con ella, paternal y afectuoso.

—Muy bien, hija mía —le dijo con su mejor voz—, ¿qué informaciones me trae usted?

—Algo nuevo debe haber ocurrido en la casa, señor, y quería prevenirle en seguida pero mis obligaciones me retenían; ha sido necesario que *mademoiselle* Madeleine encontrara un pretexto que me permitiera salir.

—Agradezca a *mademoiselle* Madeleine su confianza —respondió el hombre grueso—, a la espera que yo pueda expresarle en persona todo mi reconocimiento. Imagino que, por lo demás, sigue cumpliendo lo que acordamos.

—Sí, señor.

—¿Reciben al marqués de Clameran?

—Desde que se decidió la boda, viene cada tarde y *mademoiselle* le recibe bien. Parece encantada.

Estas palabras; que echaban por el suelo todas las ideas de Prosper, le llenaron de indignación. El pobre muchacho que nada comprendía de las sabias maniobras de *monsieur* Verduret y que se sentía manipulado por voluntades inexplicables, se vio de pronto traicionado, burlado, engañado.

—¡Cómo! —exclamó—, ¿ese miserable marqués de Clameran, ese infame ladrón, ese asesino es admitido familiarmente en casa de *monsieur* Fauvel y corteja a Madeleine...? ¿Qué me decía usted, señor, con qué esperanzas me acunaba para adormecerme...?

Con un gesto imperioso *monsieur* Verduret cortó de raíz sus recriminaciones.

—Basta —dijo con dureza—, ya es suficiente. Es usted demasiado... honesto, compañero, si es incapaz de intentar algo serio para salvarse, deje al menos actuar, sin importunarles incesantemente con sus continuas sospechas, a quienes trabajan para usted. ¿No le parece que ya ha hecho lo bastante para molestarme?

Dada esta lección, se volvió hacia Gypsy y, con voz más suave:

—Ahora a lo nuestro, hija mía —dijo—; ¿qué ha sabido usted?

—Bueno, señor, nada positivo, por desgracia, nada que pueda servirle. Lo siento, créame.

—Sin embargo, hija mía, me anunciaba usted un acontecimiento grave.

Madame Gypsy tuvo un gesto de desaliento.

—Es decir, señor —respondió—, que sospecho, que adivino algo. ¿Qué? No puedo decírselo ni expresarlo con claridad. Tal vez sea sólo un ridículo presentimiento que me obliga a contemplarlo todo bajo un aspecto extraordinario. Me parece que la desgracia ha entrado en la casa, que se avecina una catástrofe. Ahora no hay modo de sacarle nada a *madame Fauvel*. Parece un cuerpo sin alma; además, juraría que desconfía de su sobrina, que se oculta de ella.

—¿Y *monsieur Fauvel*?

—Ahora iba a hablarle de él. Le ha sucedido una desgracia, pondría la mano en el fuego. Desde ayer no es el mismo. Va, viene, nunca se está quieto, parece loco. El señor, que me parecía tan bueno, tan indulgente, se ha vuelto brusco, irritable, nervioso. Tiene el aspecto de alguien que está a punto de estallar y se contiene. En fin sus ojos, que he observado bien, tienen una expresión extraña, indefinible, y que se hace terrible cuando mira a la señora/Ayer por la tarde, cuando *monsieur de Clameran* llegó, el señor salió con rapidez diciendo que tenía trabajo.

Una exclamación triunfal de *monsieur Verduret* interrumpió a *madame Gypsy*. Estaba radiante.

—¡Eh! —le dijo a Prosper olvidando su reciente malhumor—; ¡eh!, ¿qué le había dicho?

—Es cierto, señor...

—El infeliz desconfió de su primer impulso, yo lo había previsto. Ahora investiga, busca pruebas que apoyen la carta anónima.

Y cuando digo pruebas... debe ya tenerlas. ¿Salieron ayer las señoras?

—Sí, estuvieron fuera una parte del día.

—¿Qué hizo *monsieur Fauvel*?

—Se quedó solo; las señoras me llevaron con ellas.

—¡No hay duda! —exclamó el hombre grueso—. Habrá buscado y encontrado, ¡pardiez!, indicios decisivos que confirmen esa carta. ¡Ah, Prosper, desgraciado!, su anónimo nos ha hecho mucho daño.

Las reflexiones de *monsieur Verduret* iluminaron con súbita luz el espíritu de *madame Gypsy*.

—¡Ya lo tengo! —dijo—, *monsieur Fauvel* lo sabe todo.

—Digamos que cree saberlo todo y que lo que le han dicho es todavía más horrible que la verdad.

—Entonces me explico la orden que *monsieur Cavaillon* pretende haber escuchado.

—¿Qué orden?

—*Monsieur* Cavaillon afirma que escuchó a *monsieur* Fauvel ordenar a su criado *monsieur* Evariste, so pena de despido inmediato, que sólo le entregara a él las cartas que trajeran a la casa, vinieran de donde viniesen y fuera cual fuese su destinatario.

—Siendo así —observó Prosper dominado por un egoísmo muy comprensible—, siendo así, lo descubrirá todo y sería mejor confesar...

Una vez más la fulminante mirada de *monsieur* Verduret le cortó en seco.

—¿Cuándo —preguntó— escuchó esa orden el joven Cavaillon?

—Ayer por la tarde.

—Eso es lo que me temía —exclamó *monsieur* Verduret—, está claro que ahora ha tomado ya su decisión y que disimula, seguramente quiere vengarse. ¿Tendremos tiempo para impedir sus proyectos? ¿Será posible todavía poner en sus ojos una venda bastante espesa como para hacerle creer en la falsedad del anónimo?

Calló. La locura —excusable, por otra parte— de Prosper echaba por los suelos el sencillo plan que había concebido y, ahora, buscaba en su espíritu vigilante un recurso supremo.

—Gracias por sus informaciones, querida mía —dijo al fin—, voy a ponerme en marcha pues, ahora, la inacción sería muy peligrosa. Regrese en seguida. No se confíe, *monsieur* Fauvel sospecha que usted conoce el secreto. De modo que prudencia, y al menor hecho, por insignificante que parezca, comuníquemelo.

—¿Y Caldas, señor? —preguntó con timidez.

Era la tercera vez, en quince días, que Prosper escuchaba pronunciar este nombre.

La primera vez fue en los pasillos de la Prefectura de Policía: un hombre de cierta edad, de rostro respetable, se lo había murmurado al oído prometiéndole ayuda y protección.

Luego, el juez de instrucción se lo había arrojado a la cara a propósito de Gypsy. Él había buscado ese nombre entre el de los individuos que había conocido y le parecía que debía hallarse mezclado en alguna grave aventura de su vida; ¿pero cuál...?

Monsieur Verduret, por su parte, el hombre impasible, había reprimido ante ese nombre un sobresalto nervioso.

—Le prometí a usted que le vería —dijo—; cumpliré mi promesa... Hasta la vista.

Era mediodía y *monsieur* Verduret notó que tenía hambre. Llamó a *madame* Alexandre y, pronto, la poderosa soberana del *Grand-Archange* dispuso ante la ventana una mesa a la que se sentaron Prosper y su protector.

Pero ni la comida cocinada con amor, ni las ostras de Ostende dignas del barón Brisse, ni el excelente vino añejo que bebieron, consiguieron que *monsieur* Verduret dejara de fruncir el ceño.

A las acuciantes preguntas de *madame* Alexandre, sólo respondía:

—¡*Sht, sht!* Déjeme.

Por primera vez, desde que conocía al hombre grueso, Prosper sorprendió en su rostro rastros de inquietud y de duda, y las exclamaciones y los jirones de frase que dejaba escapar revelaban su incertidumbre.

La ansiedad de Prosper aumentó hasta el punto que se atrevió a preguntar:

—¿Le he metido en un buen embrollo, señor?

—Sí —respondió *monsieur* Verduret—, en un embrollo terrible. ¿Qué hacer?, ¿precipitar los acontecimientos o esperar? Y estoy atado por compromisos sagrados... Bueno, no saldré de esta sin el juez de instrucción; habrá que pedirle ayuda... Venga conmigo.

Como era fácil prever, como había anunciado *monsieur* Verduret, el efecto de la carta anónima de Prosper había sido espantoso.

Era por la mañana; *monsieur* André Fauvel acababa de entrar en su despacho y se disponía a abrir su correspondencia cotidiana.

Había ya roto el lacre de una docena de sobres y recorrido otras tantas comunicaciones o propuestas comerciales, cuando la misiva fatal cayó en sus manos.

La escritura le llamó la atención.

Fue como un rayo. ¡Cómo!, su mujer le engañaba y, además, había elegido precisamente, entre todos, un hombre lo bastante vil como para apoderarse de las joyas que poseía y que había abusado de su ascendiente para obligarla a convertirse en cómplice de un robo que perdía a un inocente...

Pues eso era lo que decía la anónima denuncia.

Pero al cabo de algunos minutos recuperó la razón.

—¡Qué cobarde infamia! —exclamó—. ¡Qué vergonzosa abominación...!

Y, arrugando la maldita carta, convirtiéndola en una bola, rabiosamente, entre sus manos, la arrojó a la chimenea, apagada en aquellos momentos, murmurando:

—No quiero pensar más en ello. No ensuciaré mi imaginación con semejantes torpezas...

Eso decía; más aún, al decirlo lo pensaba, y, sin embargo, no pudo decidirse a seguir despachando su correspondencia.

Acodado en la mesa de su despacho, *monsieur* Fauvel reflexionaba, haciendo inútiles esfuerzos para recuperar su tranquilidad, la lucidez de su espíritu.

—¿Y si fuera verdad?

Al aniquilamiento de los primeros momentos, seguía la cólera, una de esas peligrosas cóleras sordas que privan del libre arbitrio, que ponen al hombre fuera de sí, que le hacen cometer crímenes.

—¡Ah! —decía con las mandíbulas contraídas por el furor—; si conociera al miserable que se ha atrevido a escribirme, si lo tuviera en mi poder...

Se preguntó entonces dónde habían echado al correo la carta, pensando que tal circunstancia podría, tal vez, echar una luz sobre el asunto. Buscó el sobre y, encontrándolo, leyó:

«Rué del Cardinal-Lemoine».

Volvió a coger la carta, deletreando, por así decirlo, cada palabra, una tras otra, sopesando cada expresión, analizando la forma de cada frase.

A medida que *monsieur* Fauvel reflexionaba, sentía que su confianza se alteraba, por absoluta que hubiera sido instantes antes.

—¡No! —exclamó—, no puedo soportar este suplicio por más tiempo. Enseñaré la carta a mi mujer.

Iba a levantarse cuando un horrendo pensamiento, más agudo que una punta de

acero al rojo vivo penetrando en sus carnes, le clavó en el sillón.

—¿Y si, pese a todo, fuera verdad; si me hubieran engañado miserablemente? Al confiar en mi mujer, la pongo en guardia, me privo de toda posibilidad de investigación, renuncio para siempre a conocer la verdad.

Así se realizaban todas las presunciones de *monsieur* Verduret, el gran analista de las pasiones.

«Si *monsieur* Fauvel —había dicho— no cede a la inspiración del primer momento; si reflexiona, tenemos tiempo».

En efecto, tras largas y dolorosas meditaciones, el banquero acababa de decidir que vigilaría a su mujer.

Poseía, además, un medio muy sencillo de verificación. Le aseguraban que los diamantes de su mujer habían sido llevados al Monte de Piedad. Fácil le sería comprobar la exactitud de la afirmación.

Si la carta mentía en este punto, no tendría en cuenta el resto; si, por el contrario, era cierto...

Monsieur André Fauvel había llegado a este punto de sus meditaciones, cuando le avisaron que la comida estaba servida. Se trataba de no dejar transparentar nada. Antes de salir del despacho se miró en un espejo, estaba tan terriblemente pálido que se dio miedo.

En la mesa procuró mantener el dominio sobre sí mismo ante las preguntas que, con la mayor excusa, le dirigía con solicitud su mujer. Incluso habló mucho, contó algunos chistes esperando desviar así la atención.

Pero, mientras hablaba, sólo pensaba en los medios de registrar lo antes posible los cajones de su mujer sin que ella lo notase.

La idea le preocupaba hasta el punto de que no pudo evitar preguntar a su mujer si saldría aquel día.

—Sí —respondió esta—, hace muy mal tiempo pero Madeleine y yo tenemos que hacer urgentemente algunas compras.

—¿Y a qué hora piensan salir?

—En cuanto acabemos de comer.

Acabada la comida, encendió un cigarro, pero no permaneció en el comedor como acostumbraba hacer; entró en su despacho pretextando un trabajo urgente.

Llevó su precaución hasta el extremo de pedir a su hijo Lucien que le siguiera para encargarle un asunto. Quería quedarse solo en casa.

Por fin, al cabo de media hora, que le pareció un siglo, escuchó el ruido del coche en el portón de entrada. *Madame* Fauvel y su sobrina salían.

Sin esperar más, se precipitó hacia la habitación de su mujer y abrió el cajón del tocador donde guardaba sus aderezos.

Muchos estuches que él conocía faltaban, los que quedaban —había diez o doce— estaban vacíos.

La carta anónima decía la verdad.

La certidumbre estalló como una bomba en el cerebro de *monsieur* Fauvel. Y, sin embargo...

—No —balbuceó—, no es posible.

Inmediatamente, con el loco encarnizamiento de la angustia, como si, condenado a muerte, tuviera la esperanza de lograr perdón, se puso a registrar por todas partes, a buscar en todos los muebles; guardando, sin embargo, cierto orden, teniendo la precaución de no dejar rastro de su registro.

Madame Fauvel, él lo comprendía vagamente, podía haber cambiado las joyas de sitio, haber llevado alguna de ellas para que las arreglaran o las montaran de nuevo.

¡Nada, no encontró nada...!

Entonces recordó el gran baile que habían dado los señores Jandidier. Vanidoso, le había preguntado a su mujer:

—¿Por qué no te pones los diamantes?

Ella había respondido sonriente:

—¿Para qué?; todo el mundo los conoce: no llevándolos destacaré más; por otro lado, no irían bien con mi disfraz.

Sí, lo había dicho sin turbarse, sin ruborizarse, sin que le temblara la voz.

¡Qué desvergüenza! ¡Qué corrupción se ocultaba bajo la apariencia de virgen que seguía conservando tras veinte años de matrimonio!

Pero, de pronto, en la angustia de sus pensamientos, una mínima esperanza, apenas aceptable, apareció ante él que la recibió como el náufrago se agarra a los restos del naufragio.

—*Madame* Fauvel puede haber dejado sus diamantes en la habitación de Madeleine.

Sin pensar en lo odioso de su registro, corrió a la habitación de la joven y allí, como en el aposento de su mujer, introdujo en todas partes sus brutales manos, olvidando el respeto que debía a aquel santuario.

No halló los diamantes de *madame* Fauvel; pero, en el joyero de Madeleine, encontró siete u ocho estuches vacíos.

También ella había dado sus aderezos, conocía la vergüenza de la casa, era su cómplice.

Este postrer golpe aniquiló el valor de *monsieur* Fauvel.

—¡Estaban de acuerdo para engañarme —murmuró—, estaban de acuerdo...!

Y abrumado, sin fuerzas, se dejó caer en un sillón.

Gruesas y silenciosas lágrimas rodaban por sus mejillas y, de vez en cuando, un profundo suspiro hinchaba su pecho.

Todos los sueños, todas las esperanzas de aquel hombre tan desgraciado reposaban en el amor de aquella mujer. Al descubrir, como creía, que era indigna de él, cerraba todas las puertas a la felicidad y se preguntaba por qué y para qué viviría.

Sin embargo, el estado de postración de *monsieur* Fauvel duró poco. El fuego de la cólera secó pronto sus lágrimas y se levantó, alterado por el deseo de venganza,

decidido a que pagaran cara su destruida felicidad.

Pero comprendía que no podía abandonarse a las inspiraciones de su resentimiento por el solo indicio de los desaparecidos diamantes.

Por fortuna, no le costaría hallar otras pruebas.

Para comenzar, llamó a su criado y le ordenó que no entregara más que a él, al dueño, las cartas que llegaran a la casa.

Luego mandó a un notario de Saint-Remy, su corresponsal, un despacho telegráfico muy detallado, en el que solicitaba exactas informaciones sobre la familia de Lagors y, en particular, sobre Raoul.

Por fin, siguiendo los consejos de la anónima denuncia, corrió a la Prefectura de Policía esperando hallar en ella una biografía de Clameran.

Pero la policía, afortunadamente para mucha gente, es discreta como una tumba. Guarda para sí sus secretos, como un avaro su tesoro. Se necesita una orden del tribunal para que hablen las terribles cartulinas verdes que se guardan en una galería cerrada como una caja fuerte.

Preguntaron cortésmente a *monsieur* Fauvel qué razones le llevaban a querer informarse del pasado de un ciudadano francés; y, como no podía darlas, le aconsejaron que se dirigiera al procurador imperial.

Él no podía aceptar aquella insinuación. Se había jurado que el secreto de sus infortunios quedaría entre los tres interesados. Mortalmente ofendido, quería ser el único juez y ejecutor.

Regresó a su casa más irritado que cuando salió de ella, y encontró un despacho de Saint-Remy que respondía al suyo:

«La familia de Lagors —le decían, como se lo habían dicho a Verduret— está en la peor de las miserias, y nadie conoce al señor Raoul. *Madame* de Lagors sólo tuvo, de su matrimonio, hijas...».

Tal revelación fue la gota de agua que hizo rebosar el vaso. El banquero pensó que aquello le daba la medida de la profundidad de la infamia de su mujer. Veía en ella el refinamiento de una duplicidad más horrenda, tal vez, que el propio crimen.

—¡Miserable! —gritó loco de dolor y de rabia—, ¡miserable! Para ver con mayor libertad a su amante, para no perderle jamás de vista, se atrevió a presentármelo como si fuera un sobrino que jamás ha existido. Tuvo la inconcebible desvergüenza de abrirle mi casa, de sentarle en el hogar conyugal entre nuestros hijos y yo. Por mi parte, honrado imbécil, marido confiado y crédulo, estimaba a ese muchacho, le estrechaba la mano, le prestaba dinero...

Imaginó entonces a Raoul y su mujer divirtiéndose, en sus citas, por su cándida bonachonería, y los agujones del amor propio ofendido se añadieron a su horrible sufrimiento y le hicieron sentir el más horrendo suplicio posible.

¡La muerte! Sólo la muerte podría castigar tales injurias. Pero la propia intensidad de su resentimiento le dio fuerzas para fingir, para contenerse.

«Ahora me toca a mí engañar a los miserables», se dijo con horrenda satisfacción.

Aquella noche transcurrió como de costumbre. Bromeó a la hora de la cena y sólo cuando, hacia las nueve, vio entrar a Clameran, huyó, temiendo no poder contenerse y sólo regresó muy tarde.

A la mañana siguiente recogió el fruto de su prudencia.

Entre las cartas que, en la distribución de mediodía, le trajo su criado, halló una que llevaba matasellos del Vesinet.

Con infinitas precauciones rompió el lacre y leyó:

Querida tía:

Es indispensable que te vea hoy mismo y te espero.

Ya te diré qué razones me impiden ir a tu casa.

Raoul

—Ya les tengo —gritó *monsieur* Fauvel estremecido por el goce de la venganza satisfecha.

Tan vengado se creía ya que, abriendo uno de los cajones de la mesa de su despacho, tomó en sus manos un revólver cuyo tambor hizo girar.

Ciertamente se creía solo pero había un testigo de sus menores gestos. Con el ojo pegado a la cerradura, Nina Gypsy, al regreso del *Grand-Archange*, observaba, y los gestos del banquero le revelaron la verdad.

Monsieur Fauvel había dejado su revólver en la chimenea y se ocupaba de recomponer el lacre de la carta. Terminada la operación, salió para llevarla de nuevo al portero, no deseando que su mujer supiera que la misiva de Raoul había caído en sus manos.

Sólo estuvo ausente unos minutos pero, inspirada por la inminencia del peligro, Gypsy tuvo tiempo de entrar en el despacho, correr a la chimenea y descargar con rapidez el revólver.

«De ese modo —pensó— se conjura el peligro del primer instante y *monsieur* Verduret, a quien avisaré por medio de Cavaillon, tal vez tenga tiempo de tomar una decisión».

En efecto, bajó y dio instrucciones al joven empleado encomendándole que, para estar más seguro del éxito, se confiara a *madame* Alexandre.

Una hora más tarde, *madame* Fauvel, tras haberse vestido, pidió un coche y salió.

Monsieur Fauvel que, por adelantado, había pedido también un vehículo, se lanzó tras sus pasos.

«¡Dios mío...! —pensó Nina—, si *monsieur* Verduret no llega a tiempo, *madame* Fauvel y Raoul están perdidos».

Tras saber, por *madame* Fauvel, qué condiciones ponía Madeleine a su matrimonio, Raoul comprendió el enorme interés que Clameran tenía en deshacerse de él.

Habiendo entrado la sospecha en su mente, recordó la multitud de pequeños hechos insignificantes que habían ocurrido en los días precedentes; dio sentido a ciertas palabras pronunciadas al desgaire, interrogó muy hábilmente al marqués y, pronto, sus dudas se convirtieron en certidumbre.

Juzgando bien a su cómplice, Raoul sólo vio emboscadas a su alrededor; presentía que la muerte se levantaba ante él en todas sus formas.

Tanto temía salir como permanecer en casa; sólo se atrevía a dejarse ver en los lugares públicos tras mil precauciones, y desconfiaba del veneno tanto como del acero. Apenas si se atrevía a comer; encontraba en todos los manjares que le servían extraños sabores, cierto gusto a estricnina.

Vivir así no era posible y, tanto por deseos de venganza como por necesidad de defensa personal, decidió tomar la delantera.

Iniciada así la lucha, en ese terreno, entre Clameran y él, comprendió que era preciso que uno de los dos sucumbiese.

«Mejor es —se dijo— matar al diablo que dejarse matar por él».

A resultas de esta decisión, largamente meditada, escribió a *madame* Fauvel solicitándole una cita.

La pobre mujer no dudó. Acudió al Vesinet a la hora indicada, temblorosa ante la idea de sufrir una vez más sus exigencias y sus amenazas.

Se engañaba. Encontró al Raoul de los primeros días, a aquel hijo tan seductor y tan bueno cuyas caricias la habían conquistado. Porque, antes de confiarse a ella, antes de explicarle a su modo la verdad, él quería tranquilizarla.

—Te he hecho sufrir demasiado, madre —murmuró con su más cálida voz—; me arrepiento, escúchame...

No tuvo tiempo de decir más; al escuchar el ruido de la puerta que se abría se irguió bruscamente.

De pie en el umbral se hallaba *monsieur* Fauvel con un revólver en la mano.

El banquero estaba horriblemente pálido.

Realizaba, era fácil verlo, sobrehumanos esfuerzos para mostrar la fría impasibilidad del juez que contempla el crimen y castiga; pero su calma era aterradora como la que precede y presagia las convulsiones de la tempestad.

Al grito que su mujer y Raoul no pudieron contener, respondió con la risita sarcástica y nerviosa de los infelices a punto de perder la razón.

—¡Ah!, no me esperabais —dijo—. Pensabais que mi imbécil confianza os aseguraba una eterna impunidad...

Raoul, por lo menos, había tenido el valor de colocarse ante *madame* Fauvel,

cubriéndola con su cuerpo y esperando, hay que hacerle justicia, preparándose, para recibir una bala.

—Créame, tío... —comenzó.

Un gesto amenazador del banquero le interrumpió.

—¡Basta —dijo—, basta de mentiras y de infamias como esta! No sigáis esta odiosa comedia que ya no me engaña.

—Le juro...

—Ahorraos el trabajo de negar. No os dais cuenta de que lo sé todo, oídme bien, ¡absolutamente todo! Sé que los diamantes de mi mujer han sido llevados al Monte de Piedad y sé quién lo ha hecho. Conozco al autor del robo por el que el inocente Prosper fue detenido y encarcelado.

Madame Fauvel, aterrada, había caído de rodillas.

Se dio cuenta de que estaba perdida y, con gesto suplicante, con el rostro inundado de lágrimas, balbuceó:

—Piedad, André, te lo ruego, perdona.

Al escuchar los acentos de aquella voz moribunda, el banquero se estremeció conmoviéndose hasta lo más profundo de sus entrañas.

Era una voz que le recordaba las horas de felicidad que, desde hacía veinte años debía a la mujer que había sido dueña soberana de su voluntad y que, con una sola mirada, podía hacerle feliz o desgraciado.

Y, ante el recuerdo de los goces de antaño, que no regresarían nunca, su corazón se hinchó de tristeza, la ternura comenzaba a dominarle y el perdón subió a sus labios.

—¡Desgraciada —murmuró—, desgraciada! ¿Qué te hice? ¡Ah!, sin duda te amaba demasiado y dejé que te dieras cuenta. Todo cansa en esta vida, incluso la felicidad. Te parecían insulsas, ¿no es cierto?, las alegrías del hogar doméstico. Cansada del respeto que te rodeaba y que merecías, quisiste arriesgar tu honor, el nuestro, y desafiar el desprecio del mundo. ¡En qué abismo has caído, Valentine!

Monsieur Fauvel hablaba con lentitud, haciendo los esfuerzos más penosos, como si a cada palabra estuviera a punto de ahogarse.

Raoul, por su parte, que escuchaba con profunda atención, comprendió que si, en efecto, el banquero sabía mucho, no lo sabía todo.

Comprendió que informaciones erróneas habían engañado al banquero y que, en este momento, era víctima de engañosas apariencias.

Pensó que el malentendido podía explicarse.

—Señor... —comenzó—, permítame, se lo ruego...

Pero el tono de su voz bastó para romper el encanto. La cólera del banquero se despertó, más terrible, más amenazadora.

—¡Ah, cállese! —gritó blasfemando—, ¡cállese...!

Se produjo un largo silencio, interrumpido sólo por los sollozos de *madame Fauvel*.

—He venido —continuó el banquero— con la firme intención de sorprenderles y matarles a los dos. Les he sorprendido, pero... el valor, si, el valor me falta... No puedo matar a un hombre desarmado.

Raoul intentó una protesta.

—¡Déjeme hablar! —interrumpió *monsieur* Fauvel—. Su vida está entre mis manos, ¿no es cierto? La ley excusa la cólera del marido ofendido. ¡Muy bien!, no quiero la excusa del Código. Veo en la chimenea un revólver como el mío, tómelo y defiéndase...

—¡Nunca...!

—¡Defiéndase! —prosiguió el banquero levantando su arma—. Defiéndase o...

Raoul vio, a escasos centímetros de su pecho el cañón del revólver de *monsieur* Fauvel tuvo miedo y tomó el arma de la chimenea.

—Póngase en una esquina de la habitación —continuó el banquero—, yo me colocaré en la otra y cuando el reloj, que sonará dentro de algunos segundos, dé la hora, tiraremos al mismo tiempo.

Se colocaron como *monsieur* Fauvel decía, lentamente, sin decir una palabra. Pero la cena era demasiado horrible para quemada me Fauvel pudiera soportarla. Sólo veía una cosa, que su hijo y su marido iban a matarse allí, ante sus ojos.

El espanto y el horror le dieron la fuerza de levantarse, y se colocó entre ambos hombres, con los brazos abiertos, como si esperase poder detener las balas. Se había vuelto hacia su marido.

—Por piedad, André —gimió—, deja que te lo diga todo, no le mates.

Monsieur Fauvel tomó aquel impulso de amor maternal por un grito de mujer adúltera que defendía a su amante.

Con inaudita brutalidad, agarró a su mujer del brazo y la echó a un lado gritando:

—¡Atrás...!

Pero ella volvió a la carga y, precipitándose hacia Raoul, le estrechó entre sus brazos diciendo:

—Soy yo quien debe morir, sólo yo soy culpable.

Ante esas palabras, la sangre subió a la cabeza de *monsieur* Fauvel, apuntó hacia el odioso grupo e hizo fuego.

Como ni Raoul ni *madame* Fauvel cayeron, el banquero disparó de nuevo y, luego, otra vez aún...

Estaba armando el revólver por cuarta vez cuando un hombre cayó en el centro de la habitación, arrancó el arma de manos del banquero, le derribó sobre un canapé, y se precipitó sobre *madame* Fauvel.

Ese hombre era *monsieur* Verduret, a quien Cavaillon había podido por fin encontrar, pero que ignoraba que *madame* Gypsy había descargado el revólver de *monsieur* Fauvel.

—¡Gracias al cielo! —gritó—; no está herido.

Pero el banquero se había levantado.

—¡Déjeme —decía debatiéndose—, quiero vengarme...!

Monsieur Verduret le tomó por las muñecas, apretándolas como si quisiera romperlas y, aproximando su rostro al del banquero para dar a sus palabras una mayor autoridad:

—Agradézcale a Dios —dijo—, que le haya evitado cometer un crimen atroz; la carta anónima le ha engañado.

Las situaciones exorbitantes tienen una peculiaridad, que los acontecimientos excesivos que de ellas proceden parecen naturales a los actores que las viven porque su pasión ha roto ya el marco de las convenciones sociales.

Monsieur Fauvel no pensó en preguntar a aquel hombre, aparecido de pronto, quién era ni de dónde había sacado sus informaciones.

Sólo vio, sólo retuvo una cosa: la carta anónima mentía.

—¡Mi mujer confiesa que es culpable! —murmuró.

—Sí, lo es —respondió *monsieur Verduret*—, pero no de lo que usted cree. ¿Sabe quién es el hombre que iba a matar?

—¡Su amante...!

—No..., ¡su hijo...!

La presencia de aquel desconocido tan bien informado parecía confundir a Raoul y asustarle más aún que las amenazas de *monsieur Fauvel*.

Sin embargo, tuvo bastante presencia de ánimo como para responder:

—¡Es cierto!

El banquero parecía a punto de volverse loco y sus oscuros ojos iban de *monsieur Verduret* a Raoul y, luego, a su mujer, más abatida que un criminal aguardando la sentencia de muerte.

De pronto, la idea de que querían burlarse de él cruzó por su cerebro.

—¡Lo que usted dice no es posible! —gritó—; ¡quiero pruebas!

—Tendrá usted esas pruebas —respondió *monsieur Verduret*—, pero, para empezar, escuche.

Y, rápidamente, con su maravillosa facultad de exposición, esbozó a grandes rasgos el drama que había descubierto.

Ciertamente, la verdad seguía siendo horrible para *monsieur Fauvel*; ¡pero qué representaba si la comparaba con lo que había supuesto!

Veía, por los dolores padecidos, que amaba todavía a su mujer. ¿No podía perdonar una falta lejana, expiada con una vida de abnegación y nobleza?

Hacía varios minutos ya que *monsieur Verduret* había terminado su relato y el banquero seguía callando.

Tantos sucesos se habían precipitado desde hacía cuarenta y ocho horas, irresistibles como una avalancha, tan horrible había sido la escena que acababa de suceder, que *monsieur Fauvel* estaba aturdido y había perdido su facultad de reflexión.

Sacudido como el corcho a merced de las olas, su voluntad flotaba perdida al

albur de los acontecimientos.

Si su corazón le aconsejaba perdón y olvido, el amor propio herido le exigía recuerdo y venganza.

Sin Raoul, aquel miserable que estaba allí, de pie, vivo testimonio de una lejana falta, no hubiera dudado. Gastón de Clameran había muerto y él hubiese abierto los brazos a su mujer diciéndole:

—Ven, los sacrificios que has hecho por mi honor son tu absolución; ven y que el pasado sea sólo una pesadilla que el día se lleva.

Pero Raoul se lo impedía.

—¡Y este es su hijo —dijo a su mujer—, este hombre que le ha robado, que me ha despojado!

Madame Fauvel estaba demasiado trastornada como para poder articular una sílaba. Por fortuna, *monsieur* Verduret estaba allí.

—¡Oh! —respondió—, la señora le dirá que, en efecto, este joven es el hijo de Gastón de Clameran, lo cree, está segura de ello... pero...

—¡Pero qué...!

—Para estafarla con mayor facilidad, le han mentido indignamente.

Desde hacía unos instantes ya, Raoul maniobraba con habilidad para acercarse a la puerta. Imaginando que, en aquellos momentos, nadie pensaba en él, quiso huir...

Pero *monsieur* Verduret, que había previsto aquella acción, espiaba a Raoul por el rabillo del ojo y le detuvo en el momento en que iba a desaparecer.

—¿Nos marchamos sin decir nada, guapo —dijo llevándole hacia el centro de la habitación—, queríamos privar a los amigos de la compañía? No es muy amable. Antes de separarnos, ¡qué diablos!, es conveniente explicarse.

El aire sarcástico de *monsieur* Verduret, su irónica entonación, fueron para Raoul como un rayo de luz.

Retrocedió aterrado, murmurando:

—¡El payaso!

—¡Eso es! —respondió el hombre grueso—, muy cierto. ¡Ah!, ¿por fin me reconoce? Entonces, lo confieso: Sí, soy el alegre payaso del baile de los señores Jandidier. ¿Lo duda?

Levantó la manga de su paletó, desnudó su brazo y prosiguió:

—Si no está convencido, examine esta reciente cicatriz. ¿No conoce, por casualidad, al torpe que, cierta noche, cuando yo pasaba por la calle Bourdaloue, cayó sobre mí con una navaja abierta en la mano...? ¡Ah!, ¿no lo niega...? Mucho mejor. En este caso, tenga la amabilidad de contarnos su pequeña historia...

Pero Raoul era presa de uno de esos terrores que contraen la garganta e impiden pronunciar una sola palabra.

—¿Calla? —continuó *monsieur* Verduret—, ¿es usted modesto? ¡Bravo...! La modestia conviene al talento y, en verdad, para su edad, es usted un bribón bastante completo.

Monsieur Fauvel escuchaba sin comprender.

—¡En qué abismo de vergüenza hemos caído!

—Tranquilícese, señor —respondió *monsieur Verduret* de nuevo serio—. Tras lo que me he visto obligado a contarle, lo que me queda por decir no tiene importancia alguna. He aquí el complemento de la historia.

Al dejar a Lisa, que acababa de contarle las... desventuras de *mademoiselle Valentine* de la Verberie, Clameran sólo pensó en dirigirse a Londres.

Bien informado, pronto encontró a la digna granjera que, por encargo de la condesa, se había ocupado del hijo de Gastón.

Pero allí le aguardaba un inconveniente.

Le dijeron que el niño, inscrito en la parroquia con el nombre de Raoul-Valentin Wilson, había muerto de difteria a la edad de dieciocho meses.

Raoul intentó protestar.

—¿Dijeron eso...? —comenzó.

—Le dijeron, sí, buen mozo, y lo escribieron también. ¿Cree usted que soy hombre que se satisfaga con vanas palabras?

Sacó de su bolsillo distintos papeles llenos de timbres oficiales y los depositó sobre la mesa.

—He aquí —prosiguió— las declaraciones de la granjera, de su marido y de cuatro testigos; aquí está también un extracto del registro de nacimiento y, por fin, he aquí un acta de defunción en debida forma, todo legalizado por la embajada francesa. ¿Satisfecho, buen mozo, le basta eso?

—¿Pero entonces...? —preguntó el banquero.

—Entonces —continuó *monsieur Verduret*—, Clameran imaginó que no necesitaba el niño para sacar dinero a *madame Fauvel*; se engañaba. Su primera tentativa fracasó. ¿Qué hacer? El bribón es imaginativo; de entre todos los bandidos que conocía —y conocía a muchos— eligió al que tienen ante sus ojos.

Madame Fauvel se hallaba en un estado que daba compasión y, sin embargo, renacía a la esperanza. Había sido, durante tanto tiempo, tan atroz su ansiedad que, al saber la verdad, sentía un horrendo consuelo.

—¡Es posible —murmuró—, es posible!

—Pero —dijo el banquero— ¿puede alguien, en nuestra época, imaginar y ejecutar tales infamias?

—¡Todo es falso! —afirmó con audacia Raoul.

Y sólo a Raoul respondió *monsieur Verduret*:

—¿El señor desea pruebas? —dijo con una reverencia irónica—; el señor está servido. Precisamente acabo de dejar a uno de mis amigos, *monsieur Palot*, recién llegado de Londres y que está muy bien informado. Dígame pues lo que piensa de la pequeña historia que acaba de contarme.

Hacia 1847, lord Murry, que es un gran y generoso señor, tenía un *jockey* llamado Spencer, por el que sentía particular afecto.

En las carreras de Epsom, el hábil *jockey* cayó con tanta desgracia que se mató. Lord Murray quedó desesperado y, como no tenía hijos, decidió encargarse del porvenir del hijo de Spencer, hijo que por aquel entonces tenía cuatro años. El lord cumplió su palabra. James Spencer fue educado como el heredero de un gran señor. Era un niño encantador, felizmente dotado de seductora apariencia y con una inteligencia viva y clara.

Hasta los diecisiete años James dio a su protector todas las satisfacciones imaginables. Por desgracia, a esa edad, hizo malas amistades y, ¡palabra!, se descarrió.

Lord Murray que era la indulgencia personificada, perdonó muchas faltas, pero un buen día, tras descubrir que su hijo adoptivo se divertía imitando su firma en letras de cambio, indignado, le expulsó.

Hacía cuatro años que James Spencer vivía en Londres, del juego y de otras actividades diversas, cuando encontró a Clameran que le ofreció 25 000 francos por representar un papel en una comedia de su invención...

Raoul no necesitaba escuchar más.

—¿Es usted agente de la policía de seguridad? —preguntó.

—En este momento —respondió—, sólo soy un amigo de Prosper. Según lo que usted haga, seré una cosa u otra.

—¿Qué quiere?

—¿Dónde están los 350 000 francos robados?

El joven bribón dudó un instante.

—Están aquí —respondió por fin.

—¡Muy bien...! Tendremos en cuenta esta franqueza. En efecto, aquí están los 350 000 francos; yo lo sabía, y sé también que están escondidos en la parte baja de este armario. ¿Los devuelve...?

Raoul comprendió que había perdido, corrió al armario y sacó varios fajos de billetes y una gran cantidad de recibos del Monte de Piedad.

—Muy bien —dijo *monsieur* Verduret inventariando lo que Raoul le entregaba—, muy bien, eso es actuar con prudencia.

Raoul había contado con ese instante de atención. Despacio, conteniendo la respiración, llegó a la puerta, la abrió con rapidez y desapareció cerrándola tras de sí pues la llave se había quedado fuera.

—¡Ha huido...! —exclamó *monsieur* Fauvel.

—¡Naturalmente...! —respondió *monsieur* Verduret sin dignarse volver la cabeza—, yo contaba con que lo haría.

—Pero...

—¿Pero qué...? ¿Quiere usted dar publicidad a todo esto? ¿Se empeña en contar ante la policía las monstruosidades de que ha sido víctima su mujer...?

—¡Oh, caballero...!

—Deje pues que el miserable huya. Aquí están los 350 000 francos robados, no

falta nada. Aquí están también los recibos de los objetos pignorados. Considerémonos satisfechos. Él debe tener todavía unos cincuenta mil francos, y eso es bueno. Esta suma le permitirá pasar al extranjero y no oiremos hablar de él...

Monsieur Fauvel, como todo el mundo, sufrió la influencia de *monsieur Verduret*.

Poco a poco, había vuelto a la realidad; inesperadas perspectivas se abrían ante él y comprendió que acababan de salvarle algo más que la vida.

La expresión de su gratitud no se hizo esperar; tomó las manos de *monsieur Verduret* casi como si quisiera llevárselas a los labios y, con la más conmovida de las voces, dijo:

—¿Cómo probarle nunca, caballero, la magnitud de mi agradecimiento...? ¿Cómo pagarle el inmenso servicio que acaba de prestarme...?

Monsieur Verduret reflexionó.

—Siendo así —comenzó—, tengo que pedirle un favor.

—¡Un favor, usted...! ¿A mí? Hable, caballero, hable. Tanto mi persona como mi fortuna están a su disposición.

—¡Muy bien!; le confesaré, señor, que soy un amigo de Prosper. ¿No quiere ayudarme a que se rehabilite? Puede hacer usted tanto por él, caballero. El ama a *mademoiselle Madeleine*...

—*Madeleine* será su mujer, señor —interrumpió *monsieur Fauvel*—; lo juro. Sí, le rehabilitaré, y de tal modo que nadie jamás se atreverá a reprocharle mi fatal error.

El hombre grueso, como si se hubiera tratado de una visita ordinaria, fue a tomar su bastón y su sombrero que estaban en una esquina.

—Perdone usted que le importune —dijo—, pero *madame Fauvel*...

—¡André...! —murmuró la pobre mujer—, ¡André...!

El banquero dudó algunos segundos, luego, tomando una valerosa decisión corrió hacia su mujer y, estrechándola entre sus brazos, dijo:

—No, no soy lo bastante loco como para luchar contra mi corazón. No perdono, *Valentine*, olvido; lo olvido todo...

A *monsieur Verduret* no le quedaba ya nada que hacer en el *Vesinet*.

Por ello, sin despedirse del banquero, salió, se dirigió al coche que le había traído y le dijo al cochero que le llevara a París, al hotel del Louvre... y a toda marcha.

En aquel momento le devoraba la inquietud. Por el lado de Raoul, todo se había arreglado, el joven bribón debía estar lejos. ¿Pero era posible evitar a Clameran el castigo que había merecido? Evidentemente no.

Y *monsieur Verduret* se preguntaba cómo entregar a Clameran a la justicia sin comprometer a *madame Fauvel*, y por más que tomara en consideración todos los posibles recursos, no veía ninguno que se adaptara a las circunstancias presentes.

Estaba verdaderamente desolado ante su impotencia cuando el coche se detuvo ante el hotel del Louvre. Casi había anochecido.

Bajo el porche del hotel y bajo las arcadas se apretujaban, al menos, un centenar de personas pese a los: «¡circulen, circulen!» de los agentes municipales; parecían

hablar de un grave acontecimiento.

—¿Qué ocurre? —preguntó *monsieur Verduret* a uno de los curiosos.

—Algo inaudito, señor —respondió este, que era una especie de experto—, un hecho extraño e incluso singular, como sólo se ve en la capital; lo he visto, lo he visto perfectamente, mire, en la séptima ventana de arriba, allí, ha aparecido por primera vez. ¡Iba semidesnudo! Alguien, desde dentro, ha intentado asirlo pero ¡sí, sí...!, con la agilidad de un mono o sonámbulo se ha lanzado hacia el tejado gritando que querían asesinarlo. La extremada imprudencia de la escalada me hace suponer...

El curioso se detuvo, de pronto, vejado; su interlocutor acababa de marcharse.

«¿Y si fuera él —pensó *monsieur Verduret*—, si el espanto hubiera desorganizado ese cerebro tan maravillosamente dispuesto para el crimen?».

Mientras proseguía su monólogo, utilizando los codos, había conseguido penetrar en el patio del hotel.

Allí, al pie de la escalera principal, esperaba *monsieur Fanferlot* acompañado de tres caballeros de singular fisonomía.

—¡Bueno...! —gritó *monsieur Verduret*.

Con loable unanimidad los cuatro hombres se pusieron firmes.

—¡El patrón...! —dijeron.

—Veamos —dijo el hombre grueso con una blasfemia—, ¿qué sucede?

—Sucede, patrón —respondió *Fanferlot* con aire desolado—, sucede que no tengo suerte, eso es todo. Por una vez que caigo sobre un buen asunto, ¡paf!, el criminal me falla en el último momento.

—Entonces, era *Clameran* el que...

—¡Sí...! ¡Él era! Esta mañana, al verme, el mozo arrancó a correr como una liebre, ¡qué velocidad, caramba...! Creí que llegaría así hasta, por lo menos, *Ivry Nones*. Cuando llegó a la rué del *Ecoles*, ha tenido una idea repentina y ha venido aquí. Probablemente buscaba la pasta. Pero ¿qué ha visto al entrar? Ha visto a mis tres compañeros, aquí presentes. Eso ha sido para él como un martillazo en la frente. Se ha sabido perdido y su razón ha tomado las de *Villadiego*.

—¿Pero dónde está?

—Sin duda en la Prefectura; he visto a dos municipales que le ataban y le introducían en un *fiacre*.

—Vamos pues...

En efecto, en una de las celdas individuales reservadas a los huéspedes peligrosos, *monsieur Verduret* y *Fanferlot* encontraron a *Clameran*.

Le habían puesto una camisa de fuerza y se debatía furiosamente entre tres empleados y un médico que quería obligarle a tragar una poción.

—¡Socorro...! —gritaba—, ¡a mí, auxilio...! ¿No le ven? Ya viene, es mi hermano, quiere envenenarme...

Monsieur Verduret tomó aparte al médico para solicitar algunas informaciones.

—El infeliz está perdido —respondió el doctor—; este tipo particular de

alienación es incurable. Cree que quieren envenenarle, rechazará la comida y la bebida... y, hagamos lo que hagamos, terminará muriendo de hambre tras haber sufrido todas las torturas del veneno.

Monsieur Verduret se estremeció al salir de la Prefectura.

—*Madame Fauvel* está salvada —murmuró—, Dios se encargará de castigar a Clameran.

—Con todo ello —gruñó Fanferlot—, no he sacado ni para los gastos; ¡qué mala pata...!

—Cierto —respondió *monsieur Verduret*—, el *Expediente 113* no saldrá nunca del archivo. Pero consuélate. Antes de fin de mes te enviaré con una carta a uno de mis amigos, y lo que has perdido en gloria lo ganarás en dinero.

Cuatro días más tarde, por la mañana, *monsieur* Lecoq —el Lecoq oficial, el que se parece a un jefe de oficina—, se paseaba por su despacho, mirando sin cesar el reloj de pared.

Llamaron por fin y la fiel Janouille introdujo a *madame* Nina y a Prosper Bertomy.

—¡Ah! —dijo *monsieur* Lecoq—, ustedes, los enamorados, son puntuales; eso está bien.

—No somos unos enamorados, señor —respondió *madame* Gypsy—, y han sido necesarias las órdenes expresas de *monsieur* Verduret para que nos reuniéramos una vez más. Nos ha citado aquí, en su casa.

—¡Muy bien...! —dijo el célebre policía—, en ese caso, tengan la bondad de aguardar aquí unos instantes, voy a avisarle.

Durante el cuarto de hora largo que Nina y Prosper permanecieron a solas, no intercambiaron ni una sola palabra. Finalmente, se abrió una puerta y apareció *monsieur* Verduret.

Nina y Prosper quisieron precipitarse hacia él, pero les inmovilizó con una de aquellas miradas a las que nadie resiste.

—Vienen ustedes —les dijo en tono duro— para conocer el secreto de mi conducta. Se lo prometí..., cumpliré mi palabra aunque, ahora, me cueste mucho; escúchenme pues. Mi mejor amigo es un buen y leal muchacho llamado Caldas. Ese amigo era, hace dieciocho meses, el más feliz de los hombres. Prendado de una joven, sólo vivía por y para ella, y, pobre ingenuo, imaginaba que por encima de todo ella le amaba también.

—¡Sí! —exclamó Gypsy—, ¡sí, ella le amaba...!

—Sea. Ella le amaba tanto que cierta tarde se marchó con otro. Al principio. Caldas, loco de dolor, quiso matarse. Luego, pensándolo bien, se dijo que mejor era vivir y vengarse.

—¡Pero entonces...! —balbuceó Prosper.

—Entonces, Caldas se ha vengado a su modo. Es decir que, ante los ojos de la mujer que le traicionó, ha demostrado brillantemente su inmensa superioridad sobre el otro. Débil, cobarde, sin inteligencia, el otro corría hacia el abismo; la poderosa mano de Caldas le ha salvado. Han comprendido ustedes, ¿no es cierto...? La mujer es Nina; el seductor es usted; y, en cuanto a Caldas...

De un violento gesto hizo saltar su peluca y sus patillas, la cabeza inteligente y orgullosa del verdadero Lecoq apareció.

—¡Caldas...! —exclamó Nina.

—No, ni Caldas, ni Verduret, sino Lecoq, el agente de seguridad...

Hubo unos momentos de estupor, tras de los cuales *monsieur* Lecoq se volvió hacia Prosper.

—No me debe sólo a mí su salvación —dijo—. Una mujer ha tenido el valor de confiar en mí y me ha facilitado la tarea. Esta mujer es *mademoiselle* Madeleine; a ella le juré que *monsieur* Fauvel no sabría nunca nada... Su carta anónima imposibilitó mis planes. He dicho...

Quiso volver a su habitación, pero Nina le cerró el paso.

—¡Caldas! —dijo—, te lo ruego, soy muy desgraciada... ¡Ah!, si supieras, perdón... piedad...

Prosper salió solo del domicilio de *monsieur* Lecoq.

El quince del mes pasado se celebró, en la iglesia de Notre-Dame-de-Lorette, la boda de *monsieur* Prosper y de *mademoiselle* Madeleine Fauvel.

La banca sigue estando en la calle Provence, pero *monsieur* Fauvel, queriendo retirarse al campo, ha cambiado su razón social que ahora es: *Prosper Bertomy y Cía*.